

COLECCIÓN

DE

ESCRITORES CASTELLANOS

CRÍTICOS


EX-LIBRIS.

DISCURSOS

Y

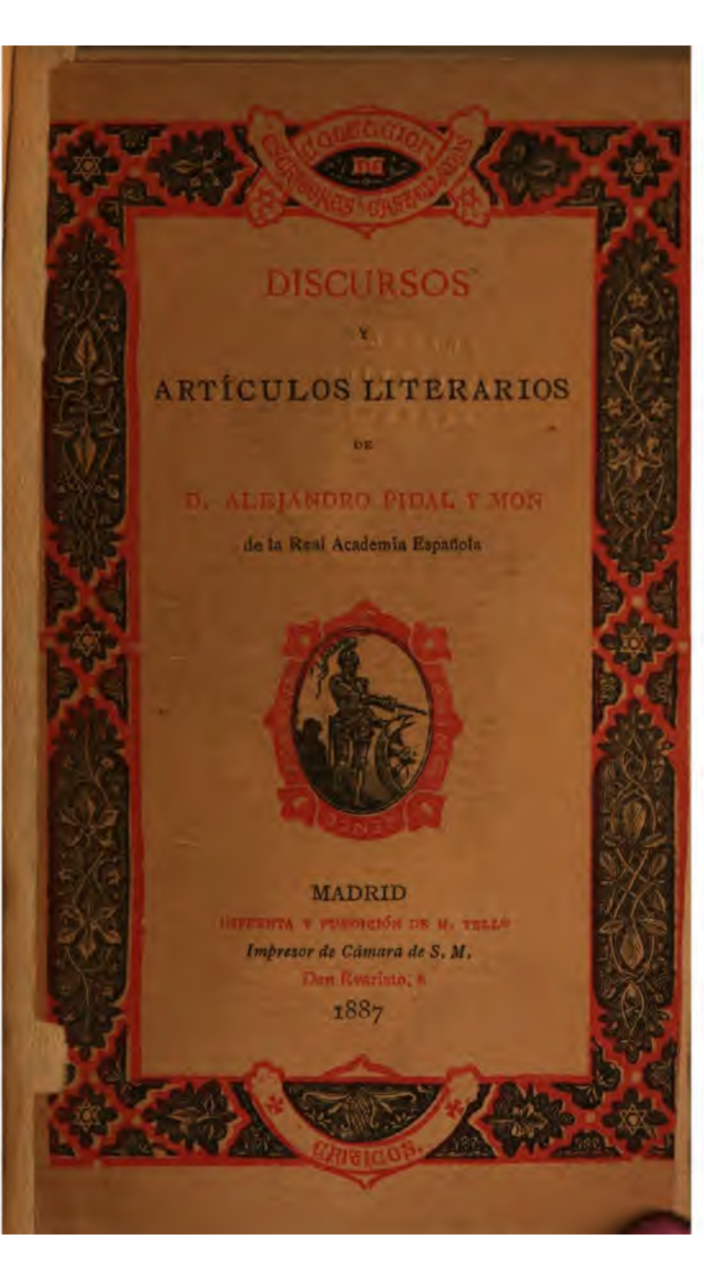
ARTÍCULOS LITERARIOS

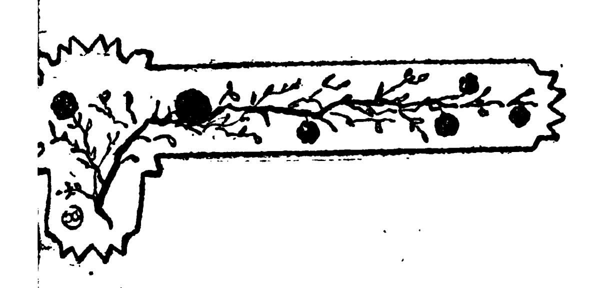
TIRADAS ESPECIALES

50 ejemplares	en papel de hilo, del	......	1 al 50.
10	» en papel China, del	....	I al X.
10	» en papel Japón, del..	......	XXVI al XXXV.



A. Pidal y Mon


DISCURSOS
Y
ARTÍCULOS LITERARIOS
DE
D. ALEJANDRO PIDAL Y MON
de la Real Academia Española
MADRID
IMPRENTA Y FUNDICIÓN DE M. TELLO
Impresor de Cámara de S. M.
Don Evaristo, 8
1887

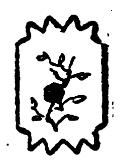


ADVERTENCIA DEL EDITOR.

No encierra este tomo, como comprenderán ·ícilmente nuestros lectores, la cc ección completa de los liscursos y artículos literarios de D. Alejanlro Pidal; pues au dejando aparte los políticos, son muchos los científicos y artísticos para incluirlos en un solo volumen. Tuestro objeto es ofrecer á los suscritores na breve y escogida muestra de las produciones literarias de este autor, formando con llas un libro de fácil manejo é interesante ectura.

De los discursos hemos tomado uno de

cada género, desde la Disertación académica, científica y literaria, hasta la Improvisación religiosa y patriótica; en cuanto á los artículos, hemos preferido á los trabajos serios, críticos y de polémica, los más amenos.



DISCURSO

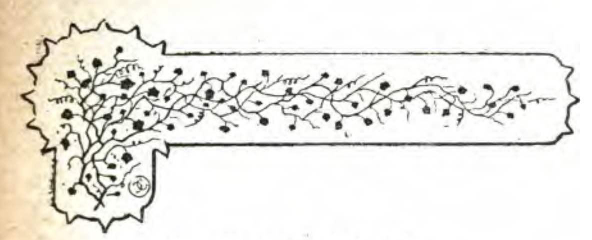
LEÍDO

EN LA REAL ACADEMIA

DE

CIENCIAS MORALES Y POLÍTICAS

el día 3 de abril de 1887



DE LA METAFÍSICA CONTRA EL NATURALISMO.

SEÑORES ACADÉMICOS:

HEME aquí ya entre vosotros. Dilataron este momento, bien contra mi voluntad, sucesos providenciales, que, relacionados con hechos que consignará solemnemente la historia, ó limitados á la obscura y modesta esfera de mi vida, no embargaron por eso menos unos que otros mi actividad, forzándome, antes de atravesar vuestros umbrales, á inclinarme sobre una larga fila de sepulcros, donde vi caer sin interrupción y con espanto la inocencia, la virtud, la inteligencia, el valor, la majestad misma, y hasta obligándome además á asomarme á los bordes del mío propio.

Parecía como que la Providencia, deseosa de cooperar al fin que os movió al elegirme, con-

curría á mi preparación para tomar asiento á vuestro lado, haciéndome asistir de cerca á la dilatada serie de catástrofes que en lúgubre y aterradora procesión desfilaron por los horizontes de la patria, y dándome, con la rápida, pero formidable visión de la eternidad, la mirada serena que se requiere para contemplar, tales como ellas son, las realidades que se desarrollan en el tiempo.

Así lo comprendísteis, señores, al otorgarme un plazo más para venir á vuestro seno, á donde llego al fin con temor, pero con el ánimo resuelto y decidido que requiere el empeño en que nos hallamos. Porque temor y respeto tiene, por necesidad, que imponerme el suceder en vuestra ilustre Corporación á aquel varón docto, recto, y piadoso además, que, con tanto honor para vosotros y para él, tomó parte en vuestras sabias deliberaciones, iluminándolas con la luz de su razón que, si no deslumbraba con las fulguraciones súbitas del genio, esparcía la suave y serena claridad del buen sentido, del honrado y seguro entendimiento español, forjado entre las creencias y tradiciones seculares del viejo hogar castellano.

Al amparo de estos principios, D. Fernando Alvarez cumplió como bueno en la ruda batalla de su tiempo; pasó haciendo bien por entre los hombres y los sucesos de su época; fué fiel

á su bandera como los soldados de su raza, y alcanzó á ver impávido, como el justo de la antigüedad, el grandioso cénit de la formidable lucha de las negaciones contemporáneas, á cuyo crepúsculo habíale tocado asistir en los días serenos de su infancia.

Encierra, á las veces, la Providencia grandes enseñanzas en las coincidencias más casuales, y no fué por cierto de las menores aquélla por la cual encomendó, como último acto y tarea de D. Fernando Alvarez como Académico, apadrinar la entrada en esta Corporación del religioso dominico Fr. Zeferino González.

Al contemplar con la mirada sintética del pensador cómo él, el hombre de los tiempos exaltadores de la duda cartesiana y del empirismo de Bacon, del eclecticismo francés y del espiritualismo incompleto de la escuela escocesa, el testigo de vista de la cruenta proscripción de las Ordenes religiosas, en cuyos oídos vibraban todavía, con el clamor de las últimas campanas de los monasterios arruinados, los últimos ecos de las carcajadas de Voltaire y de las lamentaciones de Rousseau, era el llamado á dar el abrazo cordial de bienvenida al fraile de Santo Domingo de Guzmán, restaurador de la antigua filosofía de las Escuelas entre nosotros, que traía entre los blan-

cos pliegues de su hábito, como ofrenda en el día de su recepción, el temeroso cuadro de la lucha científica contemporánea, reducida y condensada ya en el formidable aunque singular encuentro entre el Dios vivo de los católicos y la Nada divinizada por el ateísmo blasonado de la ciencia novísima, debió sentir embargado su ánimo con honda y duradera emoción, y debió inclinar su frente, ya surcada, con el peso de graves meditaciones.

Porque si de un lado veía desvanecerse, como sombras disipadas por el viento y la luz del mediodía, los ideales científicos de toda una generación que marcó con hondos caracteres su paso por la historia, veía por otro adelantarse y crecer, organizada, avasalladora y audaz, la Negación absoluta, aquélla que relegaban con lástima y con desprecio á los cuidados de la medicina, como morbosa excepción y como aberración individual y aislada, los inexpertos filósofos espiritualistas de su tiempo; y en frente miraba, á su vez, surgir como una aparición de otro mundo el hábito blanco de los hijos de Santo Domingo de Guzmán, que, rompiendo la losa en que se había pretendido sepultar su Orden y su doctrina, se aparecen de pronto en medio del campo de batalla en que yacen vencidos y destrozados todos los espiritualismos incompletos, todos

los idealismos vagos, todos los transcendentalismos fantásticos, para cubrir con su escudo á la civilización amenazada en su idea fundamental, mientras hieren en su mismo pecho al error con la espada de fuego y de luz del Angel de las Escuelas.

¡Ah, señores! D. Fernando Alvarez debió alegrarse, y se alegró, como creyente, como pensador, como hombre (y bien explícitamente lo manifestó en su respuesta), de esta reivindicación apremiante de la verdad en la ciencia, lentamente preparada por la Providencia en la historia, y merced á la cual la fiera vencedora de los voceadores gozquecillos, se encontraba ya frente á frente con el aguerrido mastín, jubilado por la impericia y codicia de los antiguos Pastores; pero, como individuo de su generación, como testigo de su tiempo, debió llorar lágrimas de sangre al ver tanta labor inútil, tanta demolición imprudente, tanto dique improvisado ya roto, las turbias aguas de la inundación desbordadas y sólo, al cabo, contenidas por los vigorosos retoños de los árboles seculares más torpemente descuajados.

Entonces sí que debió hallar satisfacción y consuelo al dirigir una mirada retrospectiva sobre su conciencia y sus obras, y mirar, como premio á sus afanes y labores, ser como el introductor en este recinto del espiritualismo

armado hasta los dientes y blindado de hierro, que puede ya hoy únicamente surcar sin peligro los mares de la ciencia, apestados por los innumerables corsarios y piratas del pujante materialismo contemporáneo.

Como quiera que fuese, D. Fernando Alvarez, personificación, en lo que tuvo de bueno, de una sociedad que va cayendo en los dominios de la historia, al dar aquí su mano al representante de aquella antigua y siempre nueva filosofía que se presentaba ante vosotros, dió, á la vez que un testimonio solemne á la Historia de la Filosofía, y una prueba elevada á la Filosofía de la Historia, una confirmación definitiva del fondo substancial de sus ideas, del carácter distintivo de su personalidad, de la finalidad constante de su existencia, tan modesta como laboriosamente difundida por las vastas esferas de la jurisprudencia, de la administración y de la política, y tan honrosamente terminada á la sombra benéfica de la Cruz, que le cobijó desde la cuna.

Pero si el recuerdo de que vengo á suceder á varón de tan raras prendas intelectuales y morales, me infunde, como os he dicho, temor, anímame, por otra parte, este recuerdo también, con la consideración de que vengo á un campo por necesidad amigo, á un campo en que á la sazón tenemos que hallarnos todos

ligados por los más estrechos y apretados lazos, los lazos del común peligro que atravesamos, ante la furiosa tormenta que amenaza la esencia y el nombre mismo de nuestra Institución, puesto que una Academia de Ciencias Morales y Políticas es una academia proscripta ya de antemano por los que, otorgándose el título de *Sabios* modestamente á sí propios, excluyen del templo augusto de la ciencia á todas las que aquí noble y generosamente cultiváis, considerándolas como *Quimeras* propias de cerebros débiles y visionarios, ó como resultados fatales de la circulación dinámica de la materia.

Porque no cabe ya dudarlo. En medio del tumultuoso caos que produce en el seno de la sociedad moderna el choque de tantas ideas, intereses y sentimientos como batallan; en medio de la infinita variedad y oposición de escuelas, de partidos y de sistemas, como resultado definitivo y combinado de su conjunto en la marcha de la civilización, se está llevando á cabo un movimiento más ó menos lento y pausado, pero fijo, continuo y universal, capaz de dejar absorto al ánimo más osado con el peso de hondas preocupaciones, y al término del cual sólo se presiente una definitiva catástrofe, á menos que la mano de Dios, bajando de lo alto y sumergiéndose visiblemente en la

historia, no arranque á viva fuerza la humana personalidad, de las fauces mismas del abismo que la fascina y que la absorbe, y donde fatalmente va cayendo, arrastrando en pos de sí todo el orden social, olvidándose de la alteza y dignidad de su origen, de las invencibles fuerzas y energías de su propia naturaleza, de sus inefables y gloriosos destinos.

De este gran movimiento, evolución, descenso, ó como queráis, vengo á hablaros; que ni encuentro objeto preferente que someter á vuestra consideración, ni que más directamente os interese, ni yo acertaría en la ocasión presente, tan grave y solemne para mí, á discretear los breves momentos que he de ocupar vuestra atención sobre asuntos de curiosidad arqueológica ó secundaria, cuando siento estremecerse la tierra bajo mis pies, y oigo el sordo rumor de este trabajo, contra el que se rebela impaciente mi dignidad de hombre, de filósofo y de cristiano.

Y no temáis, señores Académicos, que, dejándome llevar de la temerosa impresión que producen en el ánimo de todo hombre honrado ciertos espectáculos, venga á molestaros reproduciendo ante vuestros ojos la interminable exposición de los exabruptos y enormidades con que diariamente alardean de su propósito de aniquilar á la sociedad los apóstoles

del evangelio socialista, en el seno de sus cenáculos industriales y desde las redacciones de sus libelos incendiarios. Tarea es esta ya ejecutada mil veces, y que nadie necesita ya ejecutar; de tal suerte suenan ya familiares á nuestros oídos, y aun á los de nuestras esposas y nuestros hijos, las maldiciones que, con su obligado acompañamiento de blasfemias, lanzan en todo lugar y con toda ocasión, contra todo lo que constituye su historia, contra su propia generación y su propia patria, los que acaudillan ó explotan, que suelen hacerlo todo juntamente á la vez, las masas que algunos llaman desheredadas, sin duda por haberlas despojado ellos mismos de la rica herencia de creencias, costumbres é instituciones que les legó la civilización cristiana.

No: considerando ya ociosa la denuncia del mal social bajo este aspecto, heme de concretar en la ocasión presente á investigar en más serenas regiones la génesis científica del mal en sus caracteres substanciales que, antes de llegar á las muchedumbres para excitar en ellas la torpe concupiscencia de sus apetitos desenfrenados, invade y anega ya á las clases superiores, directoras del movimiento social, acarreando en la conciencia pública la catástrofe)cial á que aludo, más honda y terrible é irreediable, á mi ver, que aquella otra material

con que nos amenaza el comunismo en las calles, y buscando en la esfera de las ideas el remedio científico también, como cumple á los fines de este Instituto, que puede definitivamente atajarle en sus fundamentales principios. Que en vano tronará uno y otro día el cañón contra las turbas fanatizadas, si la mano con que se ametrallen las consecuencias esparce al propio tiempo la semilla de las premisas, y en vano gemirán las prensas con el parto de fecundos ingenios defensores de la sociedad, si, aunque en sus propósitos y conclusiones se combata el error, de nuevo se le engendra con sus principios; que así como para restablecer fundamentalmente el orden social no hay, en definitiva, otra fuerza que la que avasalla las conciencias, así para restablecer el orden intelectual no hay ni puede haber otra fuerza que la que avasalla la razón, la ley de la lógica. En suma: en una como en otra esfera, la verdad, la verdad total demostrada; que es al fin y al cabo privilegio del hombre no obedecer, en último extremo, más que á esta gran fuerza espiritual, que aquieta y domina irresistiblemente las almas.

Hojeando no há mucho las atrevidas páginas de un estudio de estética de nuestros días, tropecé por casualidad con la fórmula más exacta, á mi parecer, del problema, tal como ven-

go á plantearlo ante vosotros; por lo que me he de valer de las propias palabras del autor, nada sospechoso por cierto.

«El dominio del hombre sobre la naturaleza, asegurado por la ciencia y la industria (afirma este escritor tan original como despreocupado), es el lugar común característico de nuestro tiempo, el primer artículo de fe de la sociedad moderna. Pero si el hombre es ante todo un sér moral, una voluntad libre, un alma cuya grandeza se mide por el influjo que ejerce sobre ella misma, por su conocimiento del deber, por su energía para cumplirlo, aun á costa del sacrificio; si las artes, las ciencias y las instituciones deben juzgarse por la influencia que ejercen sobre la voluntad, sobre la libertad moral, en una palabra, sobre la dignidad humana, nosotros podemos afirmar lo siguiente: En ninguna época el espíritu humano ha estado más oprimido por el mundo exterior que en el tiempo presente: La naturaleza domina hoy al hombre más soberanamente que nunca: Esta tiranía de las cosas exteriores sobre el alma interior, de la materia sobre el espíritu, se acrecienta á cada progreso de la ciencia ó la industria, y es totalmente imposible prever el término de esta dominación.»

He aquí, señores, la fórmula más terminante y más precisa del mal que corroe las entra-

ñas y amenaza el porvenir de nuestra civilización, tal como me he propuesto presentárosle, y del que sólo son efectos y consecuencias lógicas, aunque remotas y parciales, las explosiones anarquistas. Y si esta fórmula puede aparecer declamatoria y vulgar á los espíritus superficiales que no penetran más allá de la corteza de las cosas, vosotros, nutridos con el pan cotidiano de las últimas manifestaciones de la ciencia, templados sobre el yunque de las eternas antinomias que agobian y estimulan el humano ingenio, no podéis menos de reconocer que en esta aparente contradicción que encierran los términos del problema, hay algo más que un reto lanzado al rostro de la opinión general, orgullosa de las conquistas y descubrimientos científicos de nuestros días; hay algo más hondo y grave que eso; y eso que hay de hondo y de grave, vosotros de sobra lo comprendéis, es la malla rota en la red que tejemos sobre el universo, y por donde el universo se nos va, y se revuelve, y se apodera de nosotros, ofreciendo á las miradas de la Historia el cuadro que ya presintió la antigüedad en el mito de Hércules, vencedor de la hidra y del centauro, y sofocado y destruído después por la emponzoñada sangre de sus víctimas que empapaba la túnica de la olvidada Deyanira.

Y, con efecto, señores: si el predominio del hombre sobre la Naturaleza, sojuzgada, merced á los progresos de la industria y las ciencias, es tan evidente de suyo que constituye el lugar común de nuestro tiempo, el argumento constante del Himno perpetuo que nuestro siglo se entona á sí mismo, saludándose con todas las voces de la literatura y del arte, como siglo del vapor y de la electricidad, siglo del progreso y de las luces, que horada las cordilleras, trunca los istmos, vadea los estrechos, salva los abismos, pesa y registra los astros, visita las células invisibles, suprime las distancias, aisla y dirige las fuerzas, haciendo del ingeniero ó del químico el héroe ideal de la gran epopeya contemporánea, superior á los teósofos y videntes de la antigüedad, en el imperio que ejerce sobre las fuerzas de la Naturaleza; si el hombre es ante todo un sér moral y una voluntad inteligente y libre, una *personalidad*, en fin, consagrada por la voz inextinguible de los genios, que son la gloria y el honor de la humanidad, por el testimonio venerable de la tradición que guarda los títulos nobiliarios del linaje humano, por el grito irresistible de nuestra conciencia en el seno de nuestro propio sér, por la palabra persuasiva de la filosofía que científicamente nos lo demuestra, y por el acento divino de la religión que dog-

máticamente nos lo revela, ¿cómo se explica esa cruzada vasta y gigantesca, contra todo orden sobrenatural, y aun contra todo orden ideal mismo, contra toda causalidad y finalidad, que se levanta de los cuatro puntos cardinales del horizonte, amenazando destruir los «viejos ídolos» del espiritualismo, para reemplazarlos con las exclusivas divinidades de la materia y del hecho, del goce y del dolor? ¿Cómo se explica la propaganda organizada y sistemática de esa ciencia novísima, *La Ciencia* por antonomasia, que, despreciando á bulto y montón los antiguos saberes, se presenta en oposición irreductible, no sólo contra toda religión, sino contra toda metafísica? ¿Cómo se concibe la boga creciente de esa literatura y de ese arte, que, rechazando como antiestética toda inspiración que no sea la puramente naturalista, se revuelca con éxito y con placer en el cieno del *realismo* contemporáneo? ¿Cómo se imagina siquiera ese dogma de la destrucción por el hierro y el incendio, tan profundamente imbuído en los mismos agentes de la producción, que han logrado esculpirlo con caracteres de fuego sobre los escombros de la capital del mundo civilizado? ¿Cómo esa beatitud inerte, cuando no absurda complicidad, con que miramos hacinarse la leña los señalados en público pregón para ser arrojados en la

hoguera los primeros, tan sólo por la cobarde debilidad de no interrumpir el curso ordinario de nuestras comodidades y nuestros goces?

Y no es esto, señores, que, como ligeramente pudiera sospechar alguno, é impudentemente afirman los detractores de la religión y de la Iglesia, las escuelas que se informan con sus principios condenen el cultivo y progreso de las ciencias naturales y los adelantos que de ellas proceden, como enemigos del dogma, de la virtud y de los destinos del hombre. Ni creo que necesito extenderme en demostraros lo absurdo de esta proposición, sólo esgrimida como arma de mala ley por los adversarios de *escalera abajo* de aquellas Santas Instituciones.

No: la religión nos enseña terminantemente lo contrario, y no hay que olvidar que precisamente en estas enseñanzas pretendió la escuela de De Maistre fundamentar algunas de sus excesivas conclusiones, inclinándose á encaminar la actividad humana casi exclusivamente á la esfera de las ciencias experimentales. Ni para lo uno ni para lo otro hay razón. La religión, como verdad divina, no teme ni rechaza ninguna investigación razonable de la verdad humana; antes las alienta y estimula: v la historia nos prueba cómo la Iglesia ha sado, en ocasiones críticas para esas mismas ncias, levantar el laboratorio en el santua-

rio, y dejar ocioso el incensario alguna vez para alimentar el fuego de las retortas y alambiques; y aun, hoy mismo, lo que hizo en la edad de hierro por la ciencia y la humanidad, lo hace por el esplendor y brillo de la verdad religiosa y científica, cuya harmonía irradia con irresistible fulgor en los nombres de los que van á la cabeza del verdadero progreso científico en nuestros días.

Conocéis la elevada clasificación de las ciencias por Santo Tomás, con relación al mayor ó menor grado de abstracción y universalidad con que el entendimiento considera su objeto, y recordáis que, si exige para todo conocimiento científico, el conocimiento de lo universal con abstracción de lo singular, si coloca como las primeras en dignidad las ciencias metafísicas que abstraen, bien con separación lógica ó con separación real, toda materia, y como segundas las que abstraen la materia sensible, aunque no abstraigan la inteligible, como sucede con las ciencias matemáticas, no excluye por eso, antes coloca, formando parte del conocimiento científico, las ciencias naturales en cuanto abstraen la singularidad, pero sin excluir las cualidades sensibles que constituyen propiamente su esfera.

No: las ciencias naturales tienen su puesto en la escala de los conocimientos humanos;

están sujetas, es verdad, á las leyes generales del ser y del conocer, pero tienen su objeto propio y su método especial, y mientras no se extralimiten de su órbita, invadiendo ó usurpando dominios á que no alcanza su poder, son tan soberanas de suyo como pueda serlo cualquiera otra ciencia en su propia jurisdicción.

Por eso, lejos de confundir en un común anatema, *á bulto y montón*, como los declamadores de oficio, á todos los partidarios del método experimental y del determinismo científico, aplaudimos aquella distinción necesaria con que el talento estratégico de Caro aisló á los sectarios de la escuela positivista, separándolos de los representantes genuínos de la escuela experimental. Que sólo á éstos se deben los nuevos datos de la realidad, obtenidos por sus atentas observaciones, sobre los que osadamente después tratan de fundamentar sus teorías contra todo derecho y razón los primeros, pretendiendo así hacer pasar como verdades demostradas, al amparo y con la autoridad de un descubrimiento científico, hipótesis absurdas que, no por ostentar su odio á la metafísica con estruendo, dejan de ser hipótesis metafísicas también, aunque de la peor pecie conocida.

Con razón ha dicho un moderno escritor

que las ciencias no son ni pueden ser antirreligiosas, más que cuando dejan de ser *positivas* y se lanzan al campo de lo fantástico y conjetural.

No espere, pues, nadie de mí aversión ni desconfianza hacia estas ciencias. Antes bien, tengo por providencial su desarrollo en este siglo, considerándolo como una nueva fase de la apología dogmática que, evocada por manos indiferentes ó enemigas, se levanta á hacer la naturaleza, de las verdades reveladas.

Sí; digámoslo de una vez: todos los adelantos y descubrimientos científicos, todas las conquistas de la razón sobre las fuerzas ciegas del universo, todas las invenciones útiles de la industria, son otros tantos trofeos de la inteligencia espiritual del hombre en la lucha con que se posesiona de su reino; son otros tantos actos de la obediencia que debe á Dios, cuando, en el momento mismo de crearle, le mandó *sojuzgar la tierra;* son otras tantas confirmaciones de la ley fundamental del trabajo que le impuso aun antes de la caída original, al colocarle entre las harmonías del Paraíso; son los primeros escalones de aquella ascendente gradación en que ordenó el Apóstol todas las cosas: *Omnia sunt vestra, vos autem Christi, Christus autem Dei.*

Cuando el hombre haya coronado su obra

con la última de sus conquistas; cuando haya sometido á su imperio todo el sistema de los orbes; cuando haya impreso su huella real en los últimos extremos de todos los reinos de la naturaleza; cuando haya tomado posesión de todas las fuerzas del universo; cuando perciba plenamente todas las inenarrables harmonías de la creación, entonces será cuando, admirando al Creador en sus hechuras, adivinando en los predicados de lo sensible todos los atributos de lo inteligible, poniendo al servicio del bien y de la verdad todas las fuerzas cósmicas combinadas, hará de la naturaleza un templo, de la enseñanza, un sacerdocio, y de la ciencia un culto con que adorar á Dios en espíritu y en verdad.

Separada ya de nuestro camino esta torcida interpretación que pudiera darse á nuestras afirmaciones, cúmpleme, señores, consignar que si no puede estar el mal en la naturaleza, ni en el cultivo de las ciencias que tienen su estudio por objeto, ni en el método especial con que se las cultiva, tiene que ser forzosamente metafísico el origen del mal, y en la metafísica ha de tratarse, y metafísicamente resolverse el medio de su necesaria desaparición.

La metafísica, ha dicho alguien, gobierna al nundo por su presencia ó por su ausencia, y 'o me atrevo á compararla con el sol, que es-

tablece el día ó la noche, según nos niega ó nos otorga su luz, aun á tanta distancia de la tierra.

No necesitamos, pues, como cree gran parte de los espiritualistas modernos, descender al fondo de los anfiteatros y laboratorios, como no sea para comprobar la exactitud de sus descubrimientos. En cuanto el hecho demostrado trate de elevarse á ley, caerá bajo nuestra jurisdicción y dominio. La lógica, ciencia metafísica del conocer, examinará sus credenciales; la ontología, como ciencia metafísica del sér, sus fundamentos; y la metafísica particular seguirá cerniéndose en las regiones superiores, como el águila sobre los volcanes, segura y fuera del alcance de sus formidables erupciones.

La química y el microscopio podrán descubrir cada día nuevas propiedades en los cuerpos, que den ocasión á las combinaciones de fuerza más sorprendentes y fecundas; pero no podrán salvar jamás las invisibles fronteras del espíritu.

Dejemos, pues, señores, á los detractores de aquella *Prima Philosophia* que mereció de la antigüedad el nombre glorioso de *Sapientia*, porque, según Santo Tomás, *circa maxima intelligibilia versatur;* dejémosles abominar como de una «ilusión» y una «sofistería» de la ciencia

que da el fundamento y la base á todas las demás, y, manteniéndonos dentro de las atribuciones y de los fines que son la jurisdicción propia de esta Academia, y conformes con el parecer de la humanidad, que repite con el Poeta:

Felix qui potuit rerum cognoscere causas,

interroguemos á la ciencia que estudia las causas mismas de las cosas, por la causa metafísica de este mal, en cuya investigación estamos empeñados.

Señores Académicos: dirigiendo una mirada sintética al campo de las especulaciones filosóficas, salta á la vista que á la hora presente se ha realizado ya en los dominios de la ciencia la fiel reproducción de aquella tragedia dolorosa que en los albores mismos de la creación, y entre los rientes horizontes del Paraíso, nos presentá en toda su sublime sencillez la divina narración de las Sagradas Escrituras.

Todos recordáis los detalles de aquel episodio transcendental en los destinos del linaje humano. El hombre sacado de la Nada y coronado Rey de la creación, sentado en el trono del Paraíso de las terrenales delicias, libre de todo mal y dolor, y señor de todas las cosas y de mismo, oye la voz misteriosa que murmura n su oído la eterna palabra de tentación: *Eri-*

tis sicut Dii, «Seréis como dioses;» y consumada la rebelión contra Dios, el grito de la rebelión de todas las cosas contra él, le muestra en un próximo porvenir el sarcástico cumplimiento de tan brillante promesa. Adán, al abandonar las luminosas alturas del Edén, pudo divisar en los horizontes de la historia la obscura caverna donde, inferior á las mismas bestias, devora los palpitantes miembros de sus hermanos el antropófago salvaje.

Pues bien: lo mismo ha sucedido en la ciencia.

Todos conocéis lo que la filosofía cristiana había hecho del hombre cuando estalló la rebelión de la filosofía separatista en los días críticos de la edad moderna. El hombre, aquel monarca destronado de la creación, que había perdido con la caída original la diadema que resplandecía sobre su frente, y que había visto en su curso las aguas de la tradición dejar abandonados y dispersos los fragmentos de la revelación primitiva, al verse frente á frente de las maravillosas harmonías y de los sublimes horrores del Universo, sintió en sí aquel vehemente *deseo de entender* en que fundó el Estagirita el origen racional de la filosofía, y al verse desnudo, desarmado y solo ante aquel mundo exuberante de fuerza y en todo el esplendor de sus vírgenes manifestaciones en las épocas pri-

mitivas de la creación, le adoró como á Dios, y en el seno del dios-mundo se perdió por completo la humana personalidad, ansiosa, no de proclamarse á sí misma como distinta de él, sino de confundirse con él, abismándose en el seno de la Unidad.

La historia del Oriente, sus artes, su literatura, sus instituciones, sus castas y su religión, son el comentario elocuente del eterno dilema de su filosofía: ó anegarse, como la gota de agua en el Océano, en el seno de *Brahm*, ó desvanecerse, como la luz que se apaga en las tinieblas, en el seno obscuro del *Nirvana*.

Así fué que la influencia oriental sobre la filosofía griega antesocrática se dejó conocer en las dos direcciones principales de sus sistemas, la escuela jónica y la eleática, que compartieron su influjo en este período, que, por ocuparse casi exclusivamente del mundo, lleva el nombre de *cosmológico* en la Historia de la Filosofía.

Pero Sócrates aparece iniciando el período *antropológico* después, y el genio griego, obedeciendo al fin el mandato del oráculo de Delfos, empieza á *conocerse á sí mismo*, y mientras ·dias reproduce en el arte el ideal del hom- e exterior todo entero, Sócrates labra la es- tua del hombre interior, arrancándole así,

unirse secretamente con su Dios, el filósofo, depurando las gloriosas conquistas de la filosofía Helena, iluminándolas con la luz de la revelación, completando el hombre de la Naturaleza con el hombre de la gracia, se une con el teólogo á su vez en el organismo perfecto de aquella sublime ciencia, cuya base descansa en la tierra y cuya cúspide se esconde en el cielo; ciencia racional y creyente, evidente y revelada á la vez, en la que la razón humana y la razón divina, firmando el testamento de su indestructible alianza, ascienden unificadas por la inmensa escala de la realidad en pos de la verdad antropológica, en su aspecto religioso, científico y social, en todas sus gradaciones y harmonías.

A su luz, el hombre, imagen y semejanza de Dios, centro, compendio y fin del Universo creado, lazo entre el mundo de la materia y el mundo del espíritu, no sólo asciende ya de nuevo sobre el trono de la creación, no sólo recobra ya definitivamente sus derechos al reino de la gloria, sino que contempla absorto á su propia naturaleza, hipostáticamente unida con la naturaleza divina, sobre el solio eterno de la divinidad. Y mientras la teología nos revela la profundidad de los misterios divinos, ante cuya grandeza se aumenta el valor moral del hombre que ha merecido estos extremos

del amor de Dios, la filosofía escribe el luminoso comentario de estas verdades en páginas que constituyen lo más preciado del tesoro intelectual de la humanidad.

El origen primario, la naturaleza propia y el fin último del hombre se desarrollan harmónicamente con la revelación, que se completa y se comprueba además científicamente. El supuesto humano, compuesto de espíritu y materia, de alma y cuerpo á la vez, aparece en toda su harmónica unidad de persona, de substancia y de naturaleza. El alma racional, forma substancial de este supuesto, creada *ex nihilo* por Dios, se proclama espiritual; como espiritual, simple; como simple, incorruptible; como incorruptible, inmortal: su entendimiento brilla como una participación y reflejo del mismo entendimiento de Dios; su voluntad, basada en esta inteligencia, tiene por atributo la libertad. La personalidad humana, una, inteligente, volente y libre, tiene por suprema finalidad la visión intelectual de la esencia divina.

La ciencia ha entrado ya en plena posesión del conocimiento del hombre. El precepto que el oráculo de la antigüedad grabó en el frontispicio de su templo, se ha realizado en absoluto por la Cristiandad. Sócrates ha sido ›mpletado por San Pablo, Platón por San gustín, Aristóteles por Santo Tomás.

Cuando he aquí que de pronto la serpiente, enroscándose de nuevo en el árbol de la ciencia del bien y del mal, nuevamente murmura al oído de la filosofía la antigua palabra del Paraíso: *Eritis sicut Dii*, «Seréis como dioses;» y la filosofía, sucumbiendo á su vez á las falaces promesas de la tentación, tiende la mano al fruto maldecido.

Los movimientos generales de la humanidad suelen personificarse en un hombre que tiene la fortuna de llegar á tiempo. «Gracias á Descartes, según nos ha consignado la impiedad moderna, somos todos protestantes en filosofía, como, gracias á Lutero, somos todos filósofos en religión.»

Y, con efecto, un día el padre de la moderna filosofía racionalista se levantó con la modesta pretensión de «dotar al género humano de un nuevo cuerpo de filosofía acabado y completo;» y jactándose de demostrar que la filosofía antigua, desde Aristóteles á Santo Tomás, «no había podido dar la solución de ningún problema que él no pudiera demostrar como falso;» ofreciendo á la ciencia y á la humanidad redimirlas de la tiranía de la tradición filosófico-cristiana, del yugo de la autoridad y de la servidumbre de la teología, rompió las dos grandes unidades forjadas sobre el yunque eterno de la realidad por los cíclopes

de la ciencia; y con la misma mano presuntuosa y ligera con que se atrevió á poner por fundamento de la sabiduría la duda, separó la razón humana de la razón divina en el organismo científico, y separó el alma del cuerpo en el organismo humano.

Desde entonces la teología perdió su base y trabazón científica, y la filosofía sus iluminaciones dogmáticas. El hombre se desvaneció en una serie ascendente de espiritualismos, cada vez más idealistas, y en otra serie descendente de sensualismos, cada vez más materialistas también; y mientras el escepticismo idealista y crítico sentaba sus reales entre el orden lógico y ontológico de una filosofía sin religión, y el tradicionalismo levantaba la cabeza en el vestíbulo de una religión sin filosofía, como resultado de la destrucción del organismo harmónico de la antigua ciencia, brotaron como por encanto, entre los elementos antitéticos del dualismo, sistemas sustitutivos ó mediadores, ocasionalistas y harmónicos, vitalistas y frenológicos, que sólo sirvieron para demostrar el inmenso vacío que había dejado en pos de sí, con su desaparición, la unidad substancial del compuesto humano. El filósofo no estudió ya más al hombre, sino al gel, mientras que el naturalista sólo se ocu- del cadáver; y cuando el uno miró desva-

necerse entre sus ensueños el espíritu, viéndose sometido á la pura contemplación de la idea, y el otro encontró bajo su escalpelo un conjunto de cuerpos inorgánicos falto ya hasta de las reminiscencias de la vida, se lanzaron ambos por los dos opuestos extremos de la escala fantástica de la evolución dialéctica y morfogénica, para venir á encontrarse, terminada ya su respectiva evolución, como de espaldas, es verdad, pero á encontrarse al cabo, como para negarse en la apariencia, pero para confundirse en realidad, en el seno de esa *ciencia* novísima y exclusiva, de «*¡La Ciencia!*» por antonomasia, que se levanta, oráculo infalible de nuestros días, como sacerdote de la materia, señalándonos con una mano lo inconsciente como principio, y con la otra, como fin, la Nada.

Tal es el término ó conclusión de aquel gigantesco silogismo, que, según el último gran historiador de la filosofía, abarca y representa el proceso de la ciencia negativa en estos tres siglos, y cuya mayor, iniciada para él por Descartes abriendo el ciclo de la filosofía moderna que se cierra en medio de las orgías del Terror, y cuya menor, representada para nosotros por Kant, al iniciar el ciclo de la filosofía novísima, nos dan como forzosamente ineludible la lógica conclusión del *Monismo nihi-*

lista de nuestros días, que nos ha presentado ya en la *Commune* como la *sinfonía* de la obra maestra que intenta poner en escena en el teatro de la civilización contemporánea.

No es ésta la ocasión, señores, de reproducir aquí el proceso y la evolución de la filosofía novísima, de la filosofía transcendental ó de la filosofía de lo absoluto, como se apellidó á sí misma, en el desvanecimiento de su soberbia, la víspera de su vergonzosa abdicación en el seno del escepticismo y del empirismo materialista. Conocéis hasta la saciedad las sucesivas transformaciones del pensamiento germánico, que, pasando del idealismo transcendental de Kant al subjetivismo de Fichte, y de éste al sistema de la identidad absoluta de Schelling, para resumirse en el panlogismo de Hegel, se corona finalmente con el ateologismo pesimista de Schopenhauer y de Hartmann. Y no he menester ciertamente detenerme á explicar ante vosotros por qué causa y de qué manera el *etwas* numénico de Kant, el *yo* de Fichte, lo *absoluto* de Schelling, la *idea* de Hegel, la *voluntad* de Schopenhauer y lo *inconsciente* de Hartmann, se compenetran y se funden, condensándose á través del filtro gla- l del *positivismo* de Comte y de Littré, en *fuerza* y *materia* de Büchner y de Hæckel. o es que, tomando por causa ocasional la

reacción de lo positivo contra lo fantástico, el monismo ideal y transcendente del panteísmo idealista, y el monismo cósmico del positivismo materialista, se identifican y confunden en las consecuencias lógicas de sus métodos, en la esencia metafísica de sus negaciones, y en sus aplicaciones y resultados en todos los órdenes de la vida.

Porque, aun dejando aparte toda la larga serie de razones que demuestran el conocido apotegma, de que el panteísmo que palpita en el fondo de estos sistemas es el ateísmo más la mentira, no he menester recordaros aquí la comunidad de soluciones que en la mayor parte de los transcendentales problemas de la ontología, cosmología y de la moral, ostentan ambas doctrinas, y conocéis de sobra el breve y fácil camino que en brazos de la lógica llevó á la izquierda hegeliana hasta el seno del materialismo más crudo, para que yo necesite esforzarme en probar la identidad real que en medio de contradicciones aparentes encierran las dos direcciones del error en el seno de la filosofía contemporánea. Nadie ha llevado más allá que Renán este paralelismo, dando á su pensamiento materialista y ateo todo el espiritualismo idealista de que es capaz el estilo fluido y matizado de cambiantes del antiguo seminarista, y lo que Renán confirma con to-

nos y tintas tan delicados, lo proclama con su franqueza brutal Strauss, al escribir el moderno evangelio de *la ciencia*, su *Antigua* y su *Nueva fe.*

Y es en vano que se nos hable de *voluntad* y de *inconsciente:* por los nombres no hemos de reñir. Si por *voluntad* entendemos una fuerza fatal y ciega, y por *inconsciente* un principio esencial é inmanente en la materia misma, y que con ella se desarrolla y actúa, lo *inconsciente* y la *voluntad* son apelativos diversos de la *fuerza*, apodos diferentes del principio *monista* en su dirección materialista y atea, y el *Pesimismo* que los corona, su resultante final, expresada en la satánica maldición con que la criatura devuelve y arroja al Creador el beneficio de la vida, como consecuencia ineludible del *odio al sér* que constituye la esencia del Nihilismo, y como involuntaria protesta de la humanidad al ver la sombra gigantesca de la *Gran Nada* sellar definitivamente con el sello de la eternidad la losa sepulcral sobre sus inmortales destinos.

Que todo se reduce en definitiva en el mundo á la lucha del *Naturalismo* con lo *Sobrenatural*, y una vez triunfante el primero y convertida la tierra de lugar transitorio de merecimiento y de prueba, en cielo definitivo de terrenales placeres, surge como consecuencia

inmediata el *Pesimismo*, buscando en el anonadamiento el reposo, que no halló en los mentidos placeres de la Naturaleza, el espíritu creado para el Bien absoluto y sobrenatural.

Así es que, gracias á la acción combinada de esos sistemas y á su final consecuencia, el mismo positivismo francés, el transformismo radical de los discípulos de Darwin, pasa hoy como concepción tímida y deficiente á los ojos del crudo materialismo alemán, y el hombre, que la antigua filosofía nos había presentado como rey de la creación, no es ya en el evangelio de la *Ciencia* ni siquiera una individualidad, sino una *federación fortuíta de muchas células independientes;* su origen no es ya la voluntad creadora de Dios, sino las *propiedades químicas del carbono*, el *mucus amorfo*, bautizado con el enfático nombre de *Eozoon* ó de *Batybius*, y el mono *anthropopiteco* ó *pithecantropo*, que frisa con los límites de la humanidad; y en cuanto á su finalidad suprema, en vez de aquel torrente de espirituales delicias que *el ojo no vió ni el oído oyó*, y *que prepara Dios para los que le aman*, sólo consiste en su *disolución* en el seno inerte de la materia, en el *aniquilamiento total* del *cosmos*, como único medio definitivo de abismarse y perderse en las frías y silenciosas tinieblas de la Nada.

Al llegar á estas absurdas y desconsoladoras

conclusiones que constituyen el total y definitivo naufragio de la humana personalidad en la conciencia pública, y que, como última revelación y como suprema conquista de la *Ciencia*, nos presentan alegremente sus apóstoles, lícito nos ha de ser preguntar qué se hizo de aquella orgullosa *deificación* de la humanidad, tan solemnemente ofrecida por el racionalismo, al incitar á la filosofía á la rebelión contra el yugo de la autoridad, de la tradición y del dogma.

¡Ah, señores! Aquellas vanas y aparatosas declamaciones contra la filosofía *sierva* de la teología (lo que indicaba, no la *servidumbre* de la esclavitud, sino los *servicios* que la prestaba al organizarla científicamente); aquel continuo plañir sobre la superstición que encadenaba al hombre con las pesadas cadenas del temor de Dios, convirtiendo en valle de lágrimas el paraíso de la vida; aquellas ansias, aquellos anhelos de horizontes más dilatados y serenos que la vida futura en la eternidad y el goce de la visión beatífica; aquellos ditirambos en honor de la omnipotente soberanía de la Razón; aquellos cánticos á la moral independiente; aquellos himnos á la absoluta é ilimitada libertad, ¿qué se han hecho?

Apenas triunfó la rebelión y se pidió el cumplimiento de sus promesas, pasó lo que

pasa siempre en la historia con los agitadores de toda revolución; lo que pasa con los tribunos convertidos en dictadores que, según la frase enérgica de Lacordaire, sólo consiguen hacer de la segunda parte de su vida un insulto constante á la primera. La filosofía que rebelaron contra la religión, se ve negada y escarnecida por *La Ciencia*, que se rebela á su vez contra sus derechos más legítimos; el orden natural que opusieron al orden sobrenatural, se ve desconocido y destruído por el orden material á su vez; el hombre, para quien les pareció vergonzoso depender de la Providencia divina, abdica su libertad en manos del fatalismo y determinismo de la materia, más abyectos que los fatalismos antiguos, que al cabo abdicaban en Dios; y, en suma, á las eternas y anhelantes preguntas del hombre sobre su origen, sobre su naturaleza y su fin, que constituirán siempre el principio y el término de la ciencia, ¿qué contesta el racionalismo separatista contemporáneo, que les ofreció *ser como dioses?*

¡Ah! Contesta, por la voz inapelable de la *Ciencia*, que no hay *alma*, que no hay *razón*, que no hay *libertad;* que la *vida* no vale la pena de vivirse; que la *moral* es un instinto, la *caridad* un absurdo, el *derecho* una inmoralidad, el *hombre* un tubo perforado por los dos extre-

mos y por el cual atraviesa una corriente de materia, el *genio* una neurosis, el *vicio* y la *virtud* productos como el vitriolo y el azúcar, el *pensamiento* una secreción del cerebro, los *genios* (gloria de la inteligencia humana), los *héroes* (honor de la voluntad), los *santos* (honra de la Iglesia), transformaciones y nada más que transformaciones de la actividad solar, *Dios* la materia moviéndose eternamente al acaso, la *vida futura* el aniquilamiento, y hasta la misma *Ciencia*, esa ciencia en cuyo nombre se lleva á cabo la total destrucción de todos los ideales del hombre, el eterno *ignorabimus* en que se resuelven y confunden todas las arrogancias de la razón acorralada por el estrecho círculo de insolubles enigmas é irreductibles antinomias, en que ella misma se encierra al renegar *sistemáticamente* y *a priori* de las únicas soluciones que le presentan de consuno la religión, la metafísica y la verdadera ciencia experimental.

Como veis, las pomposas promesas de la filosofía separatista no han podido tener más irrisorio cumplimiento: «*Seréis como Dioses*,» exclamó, y la *deificación* ha tenido lugar. Si Dios no es más que una secreción viciosa del cerebro, el hombre, sin otro dogma que la desesperación, busca ya en el aniquilamiento absoluto, como supremo bien, la negación de

su propia esencia y existencia. No cabe ir más allá.

Pero si el progreso que revela esta fétida exhumación de los más añejos errores despierta vuestro asombro y vuestra admiración, lo que no puede menos de despertar vuestra indignación más profunda es la audacia inconcebible y absurda con que en nuestros mismos días y ante nuestros propios ojos se está llevando á cabo, como ordenado y sistemático plan, la coexistencia combinada de estos errores contrapuestos. Como si no tuviéramos ojos para ver ni oídos para oir, el radicalismo social que nos trabaja se esfuerza en persuadir á la humanidad que el conjunto de negaciones científicas que ostenta el materialismo contemporáneo es la realización más cumplida de las ofuscadoras promesas con que la filosofía racionalista desvaneció en su día al linaje humano, y profesando abiertamente la creencia de la inanidad radical de toda realidad metafísica, la propaga al amparo y con el favor de las ideas y sentimientos más opuestos. Al mágico grito de *Libertad*, en nombre de la emancipada *Razón*, invocando el sagrado nombre del *Derecho* como en holocausto á la *Ciencia*, revela como verdad única en sus escuelas sin Dios, la negación de todas estas entidades, y, por la más insolente de las men

tiras, se presenta como el apóstol ferviente del *progreso ilimitado de la humanidad*, de los *derechos absolutos del hombre* y de los *ideales de la razón y de la fraternidad universal*, el que impone más que enseña, por el más odioso monopolio, la *fatalidad* necesaria de una evolución ciega y eterna, cuya base es la *materia inorgánica*, cuya perfección exige y proclama el frío y sistemático abandono de todos los desgraciados á los horrores de la *esclavitud*, de la *enfermedad* y de la *miseria*, y cuyo término final es la *reintegración* absoluta de la humana personalidad en el seno de la *materia cósmica*.

Leed, hojead, abrid siquiera las páginas de las obras maestras de la *Ciencia*, publicadas por los *Sabios* contemporáneos á que aludo; las que forman el fondo de las *Bibliotecas populares* de propaganda y de vulgarización de los conocimientos *científicos* para la multitud; las que se reparten como premios á la niñez en las escuelas; las que difunden á los cuatro vientos de la publicidad las *Bibliotecas internacionales* en los idiomas más extendidos por el mundo, y en ellas veréis al *libre-pensador* que alardea de la independencia y soberanía de su razón en la cátedra, y al tribuno que vocifera -- el *club* en favor de los derechos ilegislables hombre, *dogmatizar* enseñando como verles *axiomáticas* todas las tesis, no menos

despóticas y abyectas que absurdas, contradictorias y gratuitas, del materialismo dinámico, que ha venido á sustituir al materialismo mecánico de los antiguos sofistas.

Desde el método experimental, como *único* procedimiento científico, hasta la hipótesis del evolucionismo transformista, sin causalidad ni finalidad, como *única* ley del universo, de la *sociología* y hasta de la moral; desde la contradictoria hipótesis de la *No homogeneidad* que rompió el equilibrio y la inercia de la materia para iniciar la eternidad de su movimiento, hasta la inmanencia de ese movimiento en la materia, produciendo la difusión y el desvanecimiento de los mundos muertos y de los soles apagados, para la creación de nuevos sistemas planetarios en que se perpetúe *la lucha por la existencia*, y, por lo tanto, el dolor, sin alcanzar jamás la meta de la bienandanza ó el reposo; desde la absurda generación de la *mónera* primitiva por la famosa *aglutinación de los tiempos*, hasta el proceso biológico por la *heterogenia* ó producción autógona del *protoplasma;* desde la *identidad* del mundo orgánico é inorgánico hasta el origen *mineral* de la vida; desde el regimen de la fuerza y de la casta establecido por la *selección natural*, la *adaptación* y el *atavismo*, hasta la derivación de la ley moral del *hambre* y la *lujuria*, como

primarias manifestaciones del amor á nosotros mismos y á nuestros semejantes, bautizados con los nombres de *egoísmo* y *otroísmo;* desde la vergonzosa transmigración de las *moléculas de hierro*, que constituían la *inspiración* del artista y la *inteligencia* del pensador, á las ruedas de la locomotora que devora el espacio sin darse cuenta que lleva en su seno el alma de Platón ó de Homero, hasta el proyecto de explotación sacrílega de los *Camposantos* convertidos hoy en lugares sagrados con notorio daño de la economía rural, perjudicada con la substracción inútil de tantos *estiércoles*, ricos en *fosfatos de cal*, que, entregados á la circulación, producirían lucida cosecha de *legumbres* y de *hombres grandes* por añadidura; desde las diatribas contra la *caridad*, la *beneficencia* y la *filantropía*, que derrochan sumas inmensas en *Hospitales* y en *Hospicios* y en abolir la *trata* y la *esclavitud*, para conservar á la humanidad los *débiles*, los *tontos*, los *enfermos* y los *desvalidos*, que deben desaparecer *eliminados* para bien del rebaño social, hasta las maldiciones á la *vacuna*, que arranca á las garras de la muerte tantos individuos que se debía llevar, y las bendiciones al *cólera* como *gran selector* de naturaleza humana; todos los delirios, en ...na, todas las aberraciones y monstruosida... sociales que se desprenden de la negación

metafísica, todo se encuentra allí, presentado á los ojos de la multitud como la última palabra de la *Ciencia*, como la suprema conquista del *Progreso*, como el triunfo definitivo de la *Civilización*.

Por eso os he dicho, al comenzar este discurso, que se está llevando á cabo un trabajo de destrucción social, sobre el que no fijan bastante su atención los elementos sociales amenazados. Orgullosos con nuestra cultura material, deslumbrados con el esplendor de nuestras victorias, no miramos con bastante detención cómo crece y se extiende la llaga que nos corroe, y cómo á la ruína especulativa de las verdades y principios sobre que se sustenta el orden moral, tenía que suceder, sucede necesariamente, y está sucediendo, la destrucción práctica de aquéllos sobre que descansa el orden social todo entero. El error especulativo, que hace dentro de los límites de su gabinete del filósofo un sofista, suele hacer, una vez fuera de ellos, del hombre de acción un criminal, y puede convertir al encargado de velar por los intereses sociales en cómplice y aliado de sus numerosos enemigos. La negación de la libertad y de la responsabilidad, por consecuencia, si sólo constituye un falta de lógica en el Psicólogo, será un peligr social en el Jurisconsulto y el Magistradc

llamados á establecer y aplicar con inflexible mano la ley contra los más odiosos criminales, y no quiero detenerme en considerar ante vosotros las consecuencias y resultados de este error, en cada una de las jerarquías del estado, de las clases de la sociedad y de los miembros de la familia. Pero estoy seguro de que convendréis conmigo en que, cuando errores científicos de esta importancia descienden de las alturas de la pura especulación para invadir las ciencias prácticas, las profesiones y las costumbres, corre gran peligro la vida toda del cuerpo social, que suele pagar estos errores, no con la fama en el papel, sino con lógicas y necesarias consecuencias, que dejan honda y terrible huella en la historia.

Así es que mientras en la esfera teórica de los principios no queda ya nada que negar, hasta el punto de que vemos expuestos al culto y á la veneración de la humanidad los viles sofistas de la Grecia, oprobio hasta hoy del género humano, antepuestos ya á Sócrates y á Platón por los modernos historiadores de la filosofía, sólo porque negaron los primeros principios de la razón y las eternas y evidentes manifestaciones axiomáticas de la verdad; ›n la esfera de aplicación de las ciencias dicas y sociales no queda en pie ninguna :ución ni ninguna verdad fundamental de

las que fueron base y cimiento de la moral, del derecho, de la justicia, de la familia y del Estado; si en la esfera de las ciencias médicas y naturales se abandonan ya con desprecio las teorías que no consignan como propiedades de la materia los atributos del espíritu; si en la esfera literaria y artística, que interpreta y refleja nuestros sentimientos y aspiraciones, vemos autorizada, cuando no la respuesta, la pregunta del gran apóstol de la impiedad germánica: *¿Somos cristianos todavía?* en la esfera privada, práctica é individual, no hay día que no registre la sección criminalista de nuestros periódicos delitos horrendos, crímenes cínicamente ejecutados, no por el arrebato de la pasión, sino calculados sabiamente y fundados teóricamente además en la ley de la ciencia evolutiva, que se llama *la lucha por la existencia*, ley en virtud de la cual el fuerte devora al débil para mejorar de asiento en el banquete de la vida, contribuyendo al propio tiempo, por medio de la *selección natural*, al progreso general de la humanidad, y retardando, en virtud del más incontrovertible de los derechos, su *reintegración* en el seno de la materia. La respetable clase de los *asesinos letrados* que ha venido á reemplazar en las naciones más adelantadas á la de los *asesinos irresponsables*, relegados ya á las rezagadas en el camino del

progreso, era un fenómeno desconocido en los anales de la humanidad cuando imperaban las *tinieblas* de la Revelación y la *barbarie* de la Escolástica.

Ha sido preciso que, perdida de vista toda realidad sobrenatural y metafísica, despreciada toda religión, desconocido todo orden moral, desierto el camino de toda especulación espiritualista y de toda mística contemplación, esclavo de las necesidades de los sentidos y atento sólo á las voces del placer y del dolor, el hombre hiciese cómplice á su entendimiento extraviado de su corazón pervertido, para convertir en *derecho* al *delito*, elevando á *credo* de principios indiscutibles la causa y la explicación de los crímenes más horrendos.

Ha sido preciso que ante los cielos desiertos y la naturaleza degradada, sólo descollase una realidad: *¡La Materia!* eternamente evolucionando sobre sí y reduciendo en su mortero universal á la misma masa común el bien y el mal, el vicio y la virtud, la verdad y el error, para que el hombre proclamase abiertamente su *derecho* ilegislable á gozar, y á gozar sólo físicamente, el corto espacio de tiempo que dura y se aparece como realidad concreta y consciente de sí, la federación fortuita de las *'ídulas* que le componen.

ı sido preciso, en fin, que, consumado el

Renacimiento oriental que se pretendía en pos del Renacimiento occidental que se había llevado á cabo, *la rehabilitación de la materia* contra el orden ideal en nuestros días, sucediese á la *rehabilitación de la carne* de la Edad Moderna, contra las mortificaciones y penitencias del espiritualismo ascético de la Edad Media.

En suma: ha sido preciso que Budha destronase á Platón, como Platón había destronado á Jesús.

He aquí, señores, por qué os he afirmado al principio que había algo más que una declamación en la fórmula que, hallada por acaso en un estudio sobre la música, escribí como cartel de desafío del paso de armas en que vuestro reglamento me impone el papel de mantenedor.

Encierra ella mejor que otra alguna los términos de la crisis total que atraviesa la ciencia en nuestros días, y con la ciencia todas las esferas de la actividad del espíritu humano. Al *materialismo científico* corresponde el *naturalismo literario*, el *realismo artístico*, el *socialismo político*, el *comunismo económico* y el *nihilismo social*. La teología, la metafísica, la jurisprudencia, la medicina, la historia, las ciencias morales y políticas, en fin, hasta las mismas matemáticas, ya lo sabéis, han sufrido el [illegible]pe de esta invasión del materialismo e[illegible]

ciencia, viendo destruído su objeto, ó rebajada su dignidad, ó puesto en duda el carácter evidente de sus axiomas. Todo está ya reducido á encontrar en el campo del microscopio, ó en los residüos de la retorta, los anillos, invisibles aún, de la eterna transformación de la materia.

El dominio de la Naturaleza por el hombre, es verdad, aparece hoy avasallador y pujante; pero si el hombre es un sér moral ante todo, no cabe duda, el predominio es más aparente que real.

Al aprisionar en la red científica al universo para arrancarle sus secretos, hemos dejado rota la malla espiritual, y el *alma* del universo se nos ha escapado por ahí, y se va apoderando de nosotros.

Por eso ha podido decir el mencionado escritor que si la naturaleza ha sido domada por el hombre, como se dice, hay que confesar que se ha tomado una revancha terrible. Ha cogido al hombre por el alma. Un paso más, y el hombre se verá definitivamente derribado. Hércules ha vencido á la hidra; pero la sangre emponzoñada de su víctima postra en el suelo al héroe vencedor de los monstruos de la Naturaleza.

está el mal en las ciencias naturales, hemos visto, sino en la *metafísica negati-*

va que se intenta levantar sobre los fenómenos sensibles que observan las ciencias experimentales, para llenar el vacío que dejó la metafísica positiva al desaparecer, como desapareció, en la ruína del organismo científico y del organismo antropológico, iniciadas por el racionalismo separatista en la reforma cartesiana.

La metafísica, separada de la revelación por Descartes, negada en su valor objetivo por Kant, rechazada en su posibilidad por Littré, abandonó el campo de la realidad, yendo á perderse, á través de dialécticas idealistas, en los espacios fantásticos de lo absoluto, y la realidad espiritual, invisible á los ojos de la física, se desvaneció también, refugiándose en la esfera del sentimiento religioso, y la realidad sensible, ininteligible sin la clave ideológica de la metafísica, se vió despojada de toda causalidad, de toda razón suficiente, de todo orden dinámico y teleológico, de toda finalidad á la vez. Á los ojos de la metafísica negativa que hacían los *metafísicos del positivismo* sin saberlo, la Naturaleza, despojada de la refulgente diadema del ideal, no es ya la hechura del Creador que la sacó de la Nada, como espejo de su hermosura, en que se ven las inteligibles perfecciones de Dios reflejadas en las perfecciones sensibles d

universo; no es ni siquiera aquella fascinadora divinidad que despertaba la adoración infantil del género humano en los misteriosos ritos del Oriente, ni tampoco el gracioso olimpo que el politeísmo occidental pobló de ninfas y de genios: es sólo el agregado fortuito de átomos errantes que chocaron en el vacío á impulsos de una fuerza necesaria, ciega y fatal; es solamente, en su acepción más torpe y más brutal: la *Materia*. ¡La materia, única realidad que se levanta en el anfiteatro de la ciencia moderna, única divinidad que se descubre en el *cosmos* de la ciencia experimental!

El hombre, privado de la clave metafísica para descifrarla, y del conjuro moral para someterla, se dejó ofuscar por los vapores que se levantan de sus crisoles en tornasoladas nubes; se dejó envolver por el torbellino ciego de sus fuerzas, que lo arrastraban con vertiginosa velocidad; se dejó enervar por la sorda voluptuosidad de sus sabias preparaciones halagadoras de los sentidos, y poco á poco, desfallecido y fascinado, cayó en los sensuales brazos de la absorbente divinidad, y, olvidándose de su origen, de su naturaleza y de sus destinos, la adoró como Dios.

No veía otro desde que, ahuyentada la metafísica, la teología había perdido el telescopio

científico con que acercaba á la razón el verdadero Dios, velado en los misterios de su gloria.

Y si ese culto, si esa adoración de la materia que lógicamente imponen las conclusiones de la *Ciencia*, no crece y se extiende en la vida general hasta el punto de parodiar, no ya los dogmas, sino hasta la liturgia de la religión y de la Iglesia, obedeciendo sin duda por una parte á leyes de la Naturaleza, y por otra á tácticas sobrehumanas de la gran batalla entre las dos ciudades, ¿qué significan esa manía de *religiones teofilándricas y humanitarias*, ese reverdecimiento de *ritos masónicos* y de *cultos espiritistas*, esas *divinizaciones* de la Naturaleza, en fin, con sus dogmas, sus misterios, sus santos, sus ceremonias, sus templos, sus sacerdotes, y con sus milagros, como en pleno reinado del escepticismo vencedor surgen por todas partes, aumentando el número de sus propagandistas y adeptos en torno de la misma estatua de Voltaire, que, á no simbolizar el odio eterno de todas las mentiras contra la verdad, debería animarse á impulsos de su indignación, para bajar avergonzada del pedestal á que la elevaron los sumos sacerdotes de las supersticiones contemporáneas?

Pero aún más: como si todas las potestades del universo se hubieran dado cita para una

última y suprema conjuración contra la libertad moral del género humano, del fondo mismo de su propia naturaleza, en el centro de los anfiteatros levantados á la experimentación, surgen prodigios y maravillas á deponer en contra suya en el *expediente de Canonización* que instruye la *Ciencia* á la *Materia*. Sabéis que á la hora presente conmuévese el mundo científico por excelencia, el que se consagra á la experimentación y al estudio en los gabinetes, en los laboratorios y en las salas de los hospitales, con la contemplación y el análisis de los fenómenos inverosímiles, que se han revelado de pronto con los nombres de *sugestión* y de *hipnotismo*.

Cuando la burla y el descrédito parecían haberse congregado ya sobre las tumbas de Mesmer y del Cagliostro; cuando el magnetismo animal sucumbía relegado ya á la última fila de los teatros, ó á los magnetizadores ambulantes de feria en feria; cuando el espiritismo parecía haberle sucedido definitivamente en su doble tarea de explotar incautos y de poblar manicomios, henos aquí, siguiendo paso á paso las etapas de ese renacimiento oriental tan preconizado, vueltos de pronto á los tiempos y lugares de los *thugs* y de los *bheels* de la India, los fakires de Persia y de los sacerdotes de udha.

Sí: hoy, en las orillas del Sena y á la sombra de la estatua de Voltaire, como entre los talleres de Nueva York y bajo las miradas de la estatua de la Libertad, los nombres más ilustres en la ciencia experimental, los filósofos de la *Revista de ambos mundos*, y los enemigos jurados y *á priori* de todo sobrenatural religioso, afirman que, ya por imperio irresistible de la voluntad, ya por cansancio físico de ciertos órganos, duermeñ ó adormecen á sus clientes, les *sugieren* dormidos los actos que han de ejecutar fatalmente, cuando despiertos, como absolutamente voluntarios y propios, y los despiertan después para vérselos realizar, olvidados de que nadie se los haya *sugerido*, á despecho de todo género de consideraciones y dificultades.

El crimen más repugnante y alevoso ejecútase así por ministerio de un sér inocente é irresponsable, impelido fatal y necesariamente á su ejecución, con impunidad absoluta del que se lo *sugirió* durante el sueño.

El predominio tiránico del *hipnotizador* sobre su víctima es tal, que á veces no necesita dormirle para *sugerirle* la idea que á despecho de su libertad ha de ejecutar como propia, y en vano el tormento ó el suplicio tratarían de recabar una delación; la cadena *hipnótica* es tan fuerte, que mientras no se lo *sugiera* su

señor, no obtendrá nada el magistrado de la sierva.

¡Qué mucho, si el mismo *hipnotizado* ve, toca y cree como reales todos los fenómenos aparentes, todas las alucinaciones que le sugirió su *hipnotizador*, deleitándose con el sabor de manjares fantásticos, pintando cuadros sin colores, hablando con personas ausentes, que ve, oye y toca la víctima de la *sugestión*.

En verdad que ante tales prodigios no se concibe ya el error y la burla á los milagros de la religión de la mayor parte de estos doctores, y lo cierto es que la religión, la justicia y el orden social todo entero, andan cerca de resultar inútiles ó perjudiciales ante tanto prodigio natural, ante tanto criminal inocente, ante la ruína de casi toda noción, sobre la que parece destacarse triunfador el antiguo axioma de Spinoza: «Nuestra ilusión de libre albedrío no es más que la ignorancia de los motivos que nos obligan á obrar,» proclamado ya por los más fervientes *hipnotistas* como uno de los dogmas más fundamentales de la religión de la materia.

Dejando, pues, á los ilustres doctores de la Salpêtrière que discutan con los sabios doctores de Nancy el alcance, las consecuencias y causas de esta *sugestión* y de este *hipnotismo* que han tomado ya puesto de honor en el se-

no de los tribunales, y sobre cuya existencia están acordes todos los sabios, ¿qué mayor prueba necesitamos de nuestra aseveración de que el materialismo nos anega, si ante fenómenos nerviosos, efecto tal vez de estados patológicos que nuestro progreso experimental pone de relieve acaso con perjuicio de la salud, se levantan y fundamentan como evidentes con irresistible evidencia, teorías absurdas, negando lo sobrenatural por supuesto, destruyendo la libertad en redondo, atribuyendo á facultades *psíquicas* de la materia lo que es puramente orgánico y condicional, y deduciendo de experimentos incompletos teorías radicales sobre la educación, sobre la familia, sobre la religión, sobre el orden social todo entero; teorías que el vulgo ha de aceptar más fácilmente cuanto más impresionado se encuentre por la contemplación de estos fenómenos tan sorprendentes como innegables?

Enseñadle al *soberano* de nuestros días, al átomo inconsciente del sufragio universal, al miembro de nuestros jurados, al proletario ó jornalero, una persona *hipnotizada;* hacedle ver cómo ante el prestigio de una *sugestión* comete el crimen más repugnante á su conciencia, más opuesto á sus intereses, más contrario á su voluntad; mostradle con qué

inquebrantable decisión ó perfecto convencimiento declara que ella sola ha sido el autor. Continuad haciéndole ver todos los fenómenos asombrosos á que le conduce esa esclavitud, la facilidad con que se le impone por la *sugestión* toda clase de ideas, de afectos, de sentimientos y sensaciones, llegando hasta el asombroso extremo de perder la *conciencia de su propia personalidad*, creyéndose la persona que se le mande; y veréis, veréis con qué facilidad acepta después que todo *taumaturgo* es un *hipnotizador*, que lo *sobrenatural* es una *alucinación*, que las determinaciones de la *voluntad* son fenómenos *nerviosos*, que la *libertad* es una *ficción*, que el *crimen* y la *virtud* son *fatales*, que el criminal es *irresponsable*, que todo es efecto de una *sugestión*, y que el eterno *sugeridor* es el *rey*, el *magistrado*, el *sacerdote;* que todo *orden* social es contraproducente, que la *anarquía* es el régimen natural, y, en definitiva, que la *fuerza* es la única ley que se impone como real entre las *ficciones* de la voluntad y de la razón.

Ante estos prodigios de la *materia revelada;* ante estos asombros verificados por los *taumaturgos de la materia* misma, implántase el *dogma materialista* con mayor fuerza en la ciencia y en la sociedad, faltas muchas veces de aquella lógica precisa, de aquella finura de distinción, de aquel tacto dialéctico de los an-

tiguos escolásticos, que seguían impasibles el hilo sutil de la deducción á través del más intrincado laberinto de fenómenos y de ideas.

El espíritu y la razón, desmoralizados hasta en la fe de sus propios fundamentos, ven vacilar, desmoronarse y caer las verdades más robustas y las más arraigadas convicciones. Recusados los testimonios más fehacientes, todo vacila y se prosterna ante lo que se ve, y lo que se ve resulta tan maravilloso, que si la más severa é inflexible lógica no nos sostiene, caemos en el remolino fatal que nos arrastra, hasta sumergirnos en la adoración de la *Materia*.

¡Adoracion *teórica*, en cuanto se le reconoce como sér único, eterno y necesario; adoración *práctica*, en cuanto por ella y para ella se vive; adoración *artística*, en cuanto sólo á ella se canta; adoración *ritualizada*, en cuanto simbólicamente se la venera; adoración *mística*, en cuanto en sus extáticas contemplaciones buscamos nuestra identificación absoluta con su sér y la comprobación de su divinidad en sus portentosas maravillas con apariencias de milagros!

Ríanse en buen hora de estas afirmaciones los que, superficiales observadores de las cosas, ó los que, empeñados en las luchas de los *juegos olímpicos* de la vida, no se detienen á

abarcar en una mirada sintética los movimientos generales de la multitud; pero nosotros, señores, que, á semejanza del filósofo de la antigüedad, asistimos al *juego de la vida* como observadores concienzudos dados á la contemplación serena de los efectos y á la investigación desinteresada de las causas, nosotros no nos podemos reir, so pena de hacer patente nuestra ignorancia total de lo que sucede en el mundo de las ideas.

Corra en buen hora, como extravagancia de un loco á quien la moderna tolerancia permitió la libre propagación de sus extravios, la adoración externa de la *Materia* ritualizada en el solemne culto del *Sol*, y el himno á esa *Materia* misma personificada en *Satán*, rehabilitado ya, como *Judas*, de la propia manera que el pueblo deicida rehabilitó á *Barrabás*, como víctimas de la tiranía teísta y espiritual de la religión revelada; pero el himno y el culto á la *Materia* que brotan en todos los ámbitos del nuevo estado social, constituyendo la religión novísima de la humanidad y volviendo á proponer á su adoración reflexiva la *Bestia* de las teogonías orientales, simbolizada, no ya en el *cocodrilo*, ni en el *elefante*, ni en el *buey*, sino [illegible] el *hombre* despojado del soplo. y la llama [illegible]piritual, de la diadema de la razón, y del [illegible]ro de la voluntad libre, eso no lo podemos

considerar sino como *signo de los tiempos*; y, lo volvemos á repetir, ó la mano de Dios se sumerge visiblemente en la Historia, despertando una inesperada reacción espiritualista en la conciencia de los pueblos, ó, salvo que la lógica sea un absurdo, la catástrofe social tan anunciada se aproxima ya hacia nosotros, y aun esa misma catástrofe tendremos que bendecir como conmoción salvadora que sacuda á la mísera humanidad del hondo letargo que se apodera de las energías de su espíritu y en que parece que se sume para no despertar jamás.

No espero que toméis, señores Académicos, estos temores como hijos de un espíritu visionario y estrecho; pero si los tomáis así, habréis por fuerza de confesar que merecieron este nombre todos los grandes pensadores de nuestros días. Oid, oid la voz autorizada de los que van á la vanguardia de la civilización y como á la descubierta de sus destinos, preguntarse atónitos y en alta voz, pretendiendo detener nuestra marcha vertiginosa: «*¿A dónde vamos?*» Oid, oid, no ya la respuesta de ciertos místicos, almas timoratas tal vez, que responden demasiado pronto, impresionadas por el rugido de la blasfemia: «*Al fin del mundo.*» No: escuchad á los mismos adalides y en otros tiempos fervorosos campeones del progre-

á los mismos apóstoles de la novísima redención, en sus momentos de sinceridad y en sus horas de angustias y vacilaciones, confesando que vamos á una *gran barbarie moral*. Oid hasta el cántico triunfal de los que conducen las hordas á la victoria, y si prestáis atento oído, escuchad, á través de las nieblas que nos cercan, el lento pero solemne estampido del cañón con que pide auxilio para las grandes verdades patrimonio de la humanidad, que lleva hace diez y nueve siglos á su bordo, la barca de San Pedro.

Pasaron ya los tiempos en que el ferviente apóstol de las grandezas de la edad moderna nos trazaba con su inimitable pluma el cuadro de la sociedad europea humeando como un volcán en el intervalo de sus erupciones, y á sus hijos durmiendo sobre una tierra cuyo reposo no era tampoco más que otro sueño, asaltados, cada vez que inclinaban su cabeza con el peso de la reflexión, por las sospechas más formidables. «Aun lo presente, decía, les es tan desconocido como lo futuro, porque lo futuro lanza sobre lo presente su sombra gigantesca. En vano en esta obscuridad los más audaces se forjan teorías consoladoras; en va- ɔ afirman la luz, como el jinete que pasa la he en un bosque silba sobre su caballo: de -no en tiempo, el sordo rumor de las tem-

pestades viene á conmover su doctrina, y sienten que la guerra existe, aunque las armas estén colgadas de los muros y la araña aparezca haber tendido en el polvo un hilo de paz.»

Ya están lejos, señores, de nosotros los días en que el gran agitador alemán Lassalle, tendiendo el oído como en espera de la revolución social, terrible y salvaje que nos amenaza, contestaba á los que se burlaban de su fe en su próximo advenimiento: «Cuando, apartado de los ruidos del día, me encierro en la historia, entonces vuelvo á oir su ruidosa marcha.»

Que no es necesario ya encerrarse en la historia, sino asomarse á la realidad que nos invade y nos circunda, para oir los estallidos de la erupción y para ver que ha desaparecido el polvo de las armas, teñidas ya con sangre preciosa, brotada de lo más hondo del corazón del orden social.

Si á la terrible pregunta: «¿Á dónde vamos?» formulada por el Prelado más liberal de todo el orbe cristiano, responde la voz más autorizada de la democracia europea: «Marchamos al Nihilismo,» del fondo de la propia conciencia de los obreros mismos de esta destrucción se escapan contra su voluntad gritos de espanto ante las consecuencias de su obra.

«Jamás, exclama uno de ellos, jamás calamidad más aterradora ha caído sobre el género humano; jamás en la historia del hombre se vió una calamidad semejante á la que pueden prever hoy todos los que fijan su mirada en el porvenir. Avanza sobre nosotros como un diluvio preñado de negras destrucciones, irresistible en su poder, desarraigando nuestras esperanzas más queridas, abismando nuestras creencias más preciadas, enterrando nuestras vidas más elevadas en una desolación que no se puede imaginar.»

El cuadro, en verdad, es aterrador: quisiera uno tacharlo de exagerado, pero la realidad está ahí patente, acusadora, brutal; no hay medio de dejarla de ver. A la fórmula científica negando toda realidad metafísica, así en la ciencia como en la religión, desde la cátedra de honor sostenida por el Estado, contesta como un eco el rugido feroz de las muchedumbres proletarias que pueblan nuestros talleres, y donde recluta la revolución sus turbas, gritándonos desde el seno de sus huelgas y sus congresos: «No queremos oir hablar de vida futura ni de cielo. La *ciencia* ha demostrado que son un sueño, una mentira. No los queremos. Lo que pedimos es el infierno; es la *Nada*, con todos los goces que la preceden.»

Terrible y lógica conclusión de las premisas metafísicas de la ciencia que en el seno de nuestra cultura material formulan las masas adoctrinadas por nuestras clases directoras, olvidadas de que sólo con la ley pagana de la esclavitud, ó con la ley cristiana del amor, se encauzan ó se someten los apetitos, no satisfechos jamás, del mayor número de los hombres.

Y no nos tranquilice, señores, el tiempo que llevamos viviendo ya, bien que entre zozobras y entre alarmas, esperando ó temiendo, pero sin llegarlo á ver, el anunciado cataclismo. Sucede con los fenómenos de la sociedad lo propio que suele acontecer con los de la Naturaleza, que, por lo mismo que son tan transcendentales, no se presentan de improviso; antes bien se anuncian con síntomas precursores, cuya frecuente reproducción suele al principio intimidar sobremanera, y al fin y á la postre acostumbrar y adormecer á los superficiales espectadores. Que los elementos volcánicos están en fusión, no hay medio de dudarlo. Es verdad que la erupción definitiva tarda en estallar, dada la fermentación que bulle y se agita en su seno, y tal vez por eso nos aquiete la esperanza de que el volcán se enfríe lentamente. Sin duda un sentimiento análogo ó semejante ayudó á conciliar el sue-

ño en la antigüedad, á la falda misma del Vesubio, á los habitantes de Herculano y Pompeya.

Oían, de seguro, el sordo rumor que acusaba la ebullición de las materias eruptivas; veían ondear el blanco penacho de humo sobre el cráter; quizás entreveían alguna vez las llamaradas precursoras, ¡quién sabe!; suele tender sobre estas imprevisiones indisculpables de la humanidad un velo compasivo la historia; pero una noche el volcán reventó, y Herculano y Pompeya se recostaron para siempre en el panteón de las naciones.

Bien sabemos que para Dios no hay imposibles, y que á veces se complace en hacer que brote la luz en lo más obscuro de las tinieblas. Porque si parece evidente que sobre los destinos de la ciencia y de la civilización que se presienten en el formidable cuadro de la negación materialista, positivista y atea, puede escribirse, como sobre el Infierno del Dante, el

«*Lasciate ogni speranza;*»

y que toda idea de redención parece absurda ante una sociedad civilizada que vuelve las espaldas á la Cruz, para sumirse obstinadamente en las más horrendas negaciones de las baries prehistóricas; también es cierto que se movimiento puede personificarse y has-

ta idealizarse en un hombre dotado de todas las perfecciones que se requieren para inspirar respeto, y hasta veneración, en medio de la obra de perversión que llevó á cabo, circundado con la aureola de la virtud en medio de todas las premisas del vicio, ese hombre no puede ser otro que el Supremo Pontífice, augusto, universal, el apóstol, el profeta, el verbo, si queréis, del positivismo materialista contemporáneo, el famoso Littré, que ha merecido de los suyos el expresivo dictado de *El Santo del ateísmo*.

Pues bien: ese hombre, sabio, paciente, laborioso, para quien el positivismo era una religión y su propaganda el deber supremo de la vida; ese hombre, que, hijo como su sistema de la impiedad del siglo de la enciclopedia y de la revolución, ni siquiera había sido bautizado; ese hombre, cuyo contacto parecía una maldición y cuyo solo nombre era una blasfemia; ese hombre, que era como la encarnación del método en lo que tiene de austero, y de la negación en lo que tiene de yerta; ese hombre, un día se sintió morir, y por inescrutable designio de la Providencia divina, que ilumina y que ciega, que alumbra y que deslumbra con los golpes de luz de sus fulminantes relámpagos, en los umbrales mismos de la eternidad y en los dinteles de

muerte, se encontró entre los maternales brazos de la Iglesia católica, que le daba el primer saludo y el último adiós que da en los dos extremos de la vida á los fieles que nacen y mueren en su seno, ungiendo con el Óleo santo de la Extremaunción su frente bañada aún por el agua regeneradora del Bautismo.

Señores: ¡qué espectáculo el del lecho de muerte de Littré á los ojos del pensador y del filósofo! Allí, en aquella tabla horizontal donde vienen indefectiblemente á desembocar y á confundirse todos los caminos de la vida, allí se verificó el gran misterio. El *sumo ateo* transfigurado en el *catecúmeno elegido*. El *positivismo* en persona adorando en la *causa de las causas* su *primera causa final*.

El Aristóteles del positivismo antimetafísico, exclamaba al morir, como el Aristóteles de la metafísica positiva: *Causa causarum miserere mei;* que si el antiguo se había elevado en alas de la filosofía sobre las miserias de su religión, el moderno se levantaba en alas de la religión sobre las miserias de su filosofía. La ciencia llevó al primero hasta el verdadero Dios perdido entre la muchedumbre de los dioses del Olimpo. La religión llevó al se-
...ndo hasta la causa primera y último fin,
...ltos tras las múltiples causas segundas y
...es secundarios de la ciencia experimental.

Es verdad que entre el politeísmo del pagano griego y el materialismo del pagano francés, mediaban veinte siglos; pero también lo es que en medio de esos siglos se levanta una Cruz, y lo que los genios de la antigüedad entreveían apenas con la mirada profunda é investigadora de su poderosa razón, brilla hoy esplendente á los ojos más miopes, aun cuando se cierren voluntariamente para no mirar. Que no en vano pende de esa Cruz la verdad absoluta para salvar á los individuos y dar la salud á las naciones.

Por eso al contemplar las maravillas de la gracia de Dios y sus infinitas misericordias; al reflexionar lo que simboliza y representa el nombre de Littré en la historia de la filosofía, parece como que se siente uno tentado á esperar que el representante augusto de la ciencia atea sea como el precursor de esa ciencia misma en la pila bautismal del catolicismo, donde la espera, para ungirla con el sagrado crisma de la regeneración espiritual, el sacerdote de aquél que es *Dios de las ciencias* y *principio de la sabiduría*.

La luz que brilló inesperada ante el alma empedernida de Littré, bien puede iluminar el alma de la sociedad moderna, inundándola con los irresistibles esplendores de la verdad.

Pero éste es el secreto de Dios y la futura

revelación de la historia. Aparte, pues, del inevitable impulso de la gracia divina y de las fuerzas sobrenaturales de la Religión, no hay más remedio, para el terrible mal que deploramos, que una restauración universal y completa de la metafísica entre nosotros.

No es necesario empeñarse en largos é imposibles trabajos para resucitarla. Vive, y vive con gloria y con honor, si bien en apartado y silencioso retiro.

La voz potente de León XIII, que es siempre voz de resurrección y de vida, nos ha invitado ya desde lo alto de la colina del Vaticano para que vayamos á su encuentro y la coloquemos en el trono augusto de las ciencias.

Desde el elevado solio de las primeras causas de las cosas, *la ciencia de todas las demás y de sí misma*, como la llamaba Platón, presidirá el harmónico desarrollo de las ciencias parciales que investigan la realidad en todas sus manifestaciones. Al resplandor sereno de su luz, se aquilatarán la legitimidad de sus métodos, se autorizará la solemne proclamación de sus leyes. El mundo de la materia, interpretado por el mundo ideal, nos revelará el mundo sobrenatural de los espíritus, y sobre todos ellos aparecerá, como su primera causa y último fin, el Sér por esencia, Dios, cuyo

inefable nombre constituye, á la vez que la primera y última palabra de la realidad, la primera y última palabra de la ciencia.

Apresurémonos, pues, á coadyuvar á esa gloriosa restauración, señores Académicos; y puesto que se trata ya nada menos que de *ser ó no ser*, no nos acobarden, á nosotros, cruzados de la verdad y de la ciencia, ni las arduas dificultades de la empresa, ni la muchedumbre y poder de nuestros irreconciliables enemigos.

Yo he leído en los empolvados pergaminos de la historia, que cuando los bárbaros de larga y crespa cabellera, ebrios de sangre y de matanza, se repartían como rico botín los despojos del mundo antiguo, entrando á saco por su furor, á la luz de las llamaradas del incendio que se cebaba entre sus ruínas, los hombres de blanca barba y negro sayal que surgieron, como un ejército de sombras, á la voz del patriarca de Occidente, para restañar las heridas de la cristiandad y dar sepultura al vasto cadáver del Imperio, encontraron, desangrada y casi exánime ya, entre los moribundos que iban á ser pasto de las fieras, á una joven matrona de estirpe sacerdotal y de sangre helena, de belleza serena y escultural, que agonizaba, mostrando el hierro matador, mal escondido entre los esplendores de su se-

no. Recogiéronla con compasión y con amor, y dándola asilo en el santuario, volvieron á su cuerpo el calor y las fuerzas de la salud, y reanimaron y vivificaron su espíritu con las celestes emanaciones de la gracia divina. Y cuando cesó la tempestad de hierro que la cólera del Señor había desencadenado sobre el mundo; cuando humeaban ya casi apagados los escombros, la varonil matrona, transfigurada por la oración, la meditación y el estudio, abandonó el retiro de los claustros para sentarse como reina en la cátedra del saber, donde acudió á rendirla culto y homenaje la flor y nata de la juventud de todo el mundo conocido.

Y al influjo irresistible de su poder, ante los hechizos de su hermosura, el romano, degradado y envilecido, se reanimó, rompiendo uno tras otro los anillos de sus cadenas; el bárbaro soltó la frámea con afán para desenvolver el papirus que había perdonado el incendio; el árabe detuvo su camello, olvidando el precepto del Korán para comentar los monumentos de la antigua sabiduría; el judío levantó la mirada de las páginas del Antiguo Testamento creyendo escuchar la voz sagrada de sus profetas, y en breve aquella Europa, semejante á un campamento devastado, se pobló escuelas y de universidades, de las cuales

ha podido decir un profundo escritor, que, sin detrimento de la verdad, encerraron en germen todas las evoluciones del espíritu moderno, y vaticinaron toda la historia de la filosofía contemporánea.

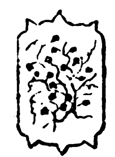
El panteísmo oriental, que había levantado la cabeza y desenroscado sus anillos como una sierpe gigantesca para lanzarse sobre la nueva civilización y ahogarla en su cuna, retrocedió deslumbrado, y, lanzando su baba ponzoñosa, corrió á ocultarse en la caverna de las hediondas herejías. El racionalismo occidental que, al escuchar el nombre de los antiguos sofistas, quiso asomarse á los bordes de su sepulcro, volvió á desplomarse en su podredumbre, viendo caer con estrépito sobre él la losa que le cerraba para siempre su entrada en las escuelas de la cristiandad. Y el materialismo grosero, mirando á la lógica vigilante á las puertas del método experimental, y á la metafísica presidiendo el ensayo de los laboratorios, después de intentar en vano deslizarse, merced á la confusión de la Kábala y el Korán con las ideas cristianas, producida por árabes y judíos, se resignó á su natural condición y apropiado destino, abandonando toda pretensión de filosofar, para vegetar alegremente, en manadas, bajo el rústico silbato de Epicuro.

Y entonces, batiendo las alas con que había cobijado los elementos nacientes y los gérmenes necesarios de la nueva civilización, la Metafísica, rejuvenecida y restaurada, se lanzó rauda á los espacios, se elevó hasta las etéreas regiones de la luz increada, descorrió el misterioso velo del santuario, y coronó su faz, ya esplendente con la llama del genio, con los albores de la luz celestial que irradiaba su frente después de las visiones divinas.

Y el divino Platón y el eterno Aristóteles renacieron sublimados en Santo Tomás; cantó Dante con los acentos inspirados de Homero y de Virgilio; Demóstenes volvió á dejar oir su voz por labios de Granada y de Bossuet; Fidias y Apeles resucitaron con los nombres de Rafael y Miguel Ángel, y el siglo de Pericles, que constituyó la edad de oro del mundo antiguo, se renovó entre nosotros en el siglo de León X, brotando, como Venus de entre las ondas del mar, en medio de las sombras de la edad de hierro, *la Grecia en gracia de Dios*, como llamó al Renacimiento (y llamamos nosotros á la Cristiandad) un escritor contemporáneo.

No hay duda, señores Académicos: en el …len moral, todo lo puede la gracia de Dios; … la gracia viene ó se retira, según el ardor … que se la desea; en el orden intelectual,

todo lo puede la verdad científicamente organizada, la verdadera, la única, la *perenne* filosofía. Sólo nuestro abandono la puede hacer desaparecer; pero conociéndola, es imposible dejarla de amar, y con su amor correspondido seremos invencibles en la contienda. Defendámosla, pues, vosotros con vuestro notorio saber y vuestra reconocida autoridad, yo con el ferviente anhelo de mi adhesión, y restituyámosla con honor sobre el solio augusto de la ciencia. Si lo hacemos, la triste *Elegía* que palpita en las páginas de este discurso, puede aún trocarse en *Oda* heróica y en triunfante *Himno;* si no lo queremos hacer, lo que para nosotros será terrible castigo, será para la Metafísica solemne confirmación de la inmutable exactitud de sus leyes, que, no porque no los derrame sobre nosotros, brillarán menos espléndidos los rayos de su hermosura, como no resplandece menos fúlgido el sol en los espacios infinitos porque amontonemos entre nosotros y su luz los opacos vapores de la tierra.

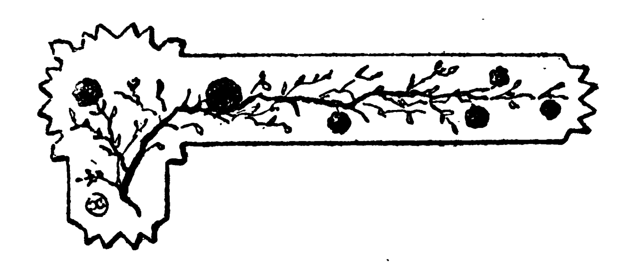


DISCURSO

LEÍDO EN LA

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

EL DÍA 29 DE ABRIL DE 1883



SEÑORES ACADÉMICOS:

NUNCA admiré tanto como ahora la profunda sabiduría de aquel filósofo de la antigüedad, que imponía el tributo de un largo y religioso silencio á los recién iniciados en los misterios de su Escuela. Obligar al que conmovido y absorto traspasa por primera vez estos umbrales, á usar del magisterio de la palabra, cuando, penetrado su espíritu de la más sincera humildad, reclama ansioso el más solemne recogimiento, sería insigne inhumanidad, si no fuese honra manifiesta; y de mí sé deciros que jamás embargó mi ánimo tanta confusión como en estos instantes en que, llamado á justificar vuestra elección, temo dar irrecusable testimonio de nuestro yerro.

Porque, á la verdad, hay cosas en la vida en que se cree y en que se espera, pero que, cuan-

do suena la hora de su realización, sorprenden de tal modo, como si el ánimo no hubiera tenido noticia de ellas jamás.

Tal acontece con las grandes honras, y al verme hoy entre vosotros, reprodúcese en mí el asombro de aquel salvaje, creación portentosa de nuestras letras, arrancado de un golpe á la miseria de sus pieles y á los horrores de su caverna, para ser transportado, como en sueños, á las suntuosas magnificencias de un palacio, donde su creciente estupor sólo le permite prorrumpir en aquella famosa serie de exclamaciones que tantas veces han resonado sobre las tablas de nuestra escena, con el aplauso que acompañará, mientras dure el arte español, los sublimes conceptos de *La vida es sueño*.

Y no me negaréis, señores, la exactitud de la comparación, porque si la llevara adelante sin jactancia, como sin modestia, hallaría completa la semejanza de Segismundo hoy conmigo; pues si la rudeza de su condición sólo es comparable con la de mi espíritu, y las galas de mi lenguaje con las de sus toscas vestiduras, sólo puede hallarse explicación á nuestro inesperado encumbramiento (permitidme esta legítima vanidad) en los derechos de la sangre.

Porque por notoria que fuese mi indignida[d]

por personales é intransmisibles que sean los méritos literarios, no en vano descansa sobre la naturaleza misma del hombre ese principio fundamental de las sociedades que se llama *Herencia;* y aunque, por no haber sabido cumplir con las obligaciones de mi nombre, pudiera considerarme como desheredado, y aunque el principio electivo sea la ley suprema de vuestra constitución, no creo que nadie en el mundo pudiera privarme con justicia de que, aun alejado de ella por mi culpa, considerase, con tanto orgullo filial como vergüenza propia, esta Academia como la casa solariega de mis mayores.

Eso fué lo que me animó á solicitar vuestra benevolencia, impulsándome á llamar á las puertas de este recinto, no con el acento imperioso del conquistador, ni con la reposada voz del derecho, sino con la humilde súplica del huérfano menesteroso, que no implora la hospitalidad del alcázar para compartir el solio con su señor, sino para guarecer su desnudez del frío, calentándose á la opulenta llama del hogar, y recoger las migajas del festín, para acallar el hambre de su inteligencia.

Así lo comprendísteis vosotros al elegirme. No alcanza otra razonable explicación aquella tativa unanimidad, y ante la urna en queositásteis vuestros sufragios, como en to-

dos los trances solemnes de mi vida, surgió, para amparарme con su memoria, la sombra venerable de aquél que, sin dejar la presencia de Dios, donde goza el premio de sus virtudes, me precede en el áspero sendero de la existencia, abriéndome paso con el brazo invisible de su prestigio y realzándome con la brillante aureola de su recuerdo.

¡Que sea su nombre bajo estas bóvedas para mí estímulo creciente á la perfección y al merecimiento, como fué para vosotros irresistible conjuro que me franqueó como mágico talismán las puertas de este templo; y ojalá que fuera más propicia esta ocasión que para la tristeza, para el regocijo, que yo vencería mi confusión y mi pena, consolándome con que todo cuanto de menos se eche en mí para tomar asiento entre vosotros, conviértese en homenaje al renombre del que ni ha muerto ni morirá en los fastos de la Real Academia Española!

Pero es ley inflexible del destino que las puertas del alcázar de la inmortalidad sólo puedan abrirse por la descarnada mano de la muerte: y como enseñanza provechosa á los desvanecimientos del espíritu; como para recordarnos en la hora misma del triunfo la nad[a] de la vida, la sabiduría providente de vuestr[o]s Estatutos dispone que, al ofrecerse á la abso[...]

ta mirada del que por primera vez atraviesa vuestros umbrales el seno de vuestras grandezas y esplendores, se encuentren ante todo sus ojos con una tumba, y sean las primeras palabras que su pluma trace en este recinto, un epitafio.

Breve debiera ser el que mi diestra trazase sobre el sepulcro del Conde de Guendulaín, si es condición precisa de los epitafios abreviar las palabras á medida de lo que aumenta la grandeza de las virtudes que conmemoran. El cristiano que, en el largo y accidentado curso de lo que va de este siglo de negaciones y de dudas, dió testimonio firme y constante de su fe con su palabra y con sus obras; el vasallo que, en dos guerras civiles y en una larga serie de revoluciones y trastornos, guardó á sus Monarcas inquebrantable lealtad, á prueba de emigraciones, confiscaciones y cadalsos; el patricio que, ya Diputado foral del antiguo reino de Navarra, ya Procurador de la nación, ya Senador del reino, ya Consejero de la Corona, dedicó desinteresadamente su vida al servicio de su país; el noble que, en la edad democrática que atravesamos, supo hacerse perdonar los timbres de su alcurnia, llevando -¹ -nismo tiempo con dignidad la Grandeza de ›aña sobre sus hombros; el Académico que, es de penetrar en este recinto por vuestra

elección, lo tomó por asalto con sus propias fuerzas, arrancándoos premios coronados de aplausos, que sin saber su nombre le otorgásteis, no há menester las largas disertaciones que necesitan otros para extraer y poner de relieve, sobre el fondo osbcuro y vulgar de una vida común, sus títulos ignorados. Basta nombrarle, para decir todo lo que fué. El que quiera aquilatar las dotes de su inspiración como poeta, lea lo que dijeron de él Lista y Quintana, sus maestros, y Donoso Cortés, por él vencido en literaria justa; saboree las bellezas clásicas que encierra *El Cerco de Zamora* y las románticas que hermosean *El Príncipe de Viana*; estudie su poema *Inés ó las guerras civiles de Navarra*, *El Trono y el pueblo*, *El Guerrillero* y otras diversas poesías, algunas de las cuales merecieron el desusado honor de formar, vertidas á todos los idiomas extranjeros, parte del caudal literario, patrimonio común de la Europa culta. El que quiera estudiarle como político, lea sus discursos en el Parlamento, en que siempre defendió con entereza la santidad de la religión, los venerandos fueros de su país, la majestad del trono de su Rey y las libertades de su patria. El que prefiera conocerlo como hombre, que trepe por las fértiles montañas de Navarra, que pene en su desolado hogar, y á la sombra de las

tustas torres blasonadas de su solar nobiliario interrogue á los amigos, y á los deudos, y á los servidores, y á los pobres, por la memoria del venerable padre de familias, del señor patriarcal, del anciano de ochenta y dos años que acaba de bajar al sepulcro, y las lágrimas en todos los ojos le dirán, mejor que pudiera hacerlo yo, quién era D. Joaquín Ignacio de Mencos y Manso de Zúñiga, Barón de Biguezal y Conde de Guendulaín.

En cuanto á mí, tocaba ya en el ocaso de su vida cuando estreché por primera vez su mano. Era el momento crítico y solemne en que, dado felice fin á la última revolución española, se iba á decidir de los futuros destinos de la patria, puestos acaso por última vez en manos de la Monarquía legítima y constitucional. Con ser él veterano de cien combates y yo recluta en la política española, hallámonos juntos, peleando á la sombra de la misma bandera, en aquellos días; y más de una vez, al contemplar su firme adhesión á sus eternos ideales, la caballerosidad de sus sentimientos, la cortesanía de su trato, la clara luz de su razón y el vigor moral de su carácter, que le daba fuerzas para sostener con entereza y rectitud sus principios, lo mismo en la edad de las ilusiones que en la edad de los desengaños, en la próspera como en la adversa fortuna, á prueba

de halagos y de desdenes, seguro de la ingratitud de todos y del agradecimiento de ninguno, no pude menos de saludar en él á uno de los últimos restos de aquella generación que va desapareciendo ya por completo en los abismos de la muerte, y que, llamada al teatro de la Historia en la hora solemne en que el antiguo régimen se derrumbaba, más bien por efecto de su propia descomposición que á impulsos de la revolución moderna que lo combatía y que se levantaba sobre sus ruínas, supo, en algunas de sus personalidades más eminentes al menos, mantenerse firme sobre los únicos, pero indispensables fundamentos de la nacionalidad española, representados por la Religión, el Trono y las Cortes, ofreciéndose como blanco descubierto, por tanto, á todos los violentos de una y otra parte, que, enamorados de instituciones más ó menos modernas ó anticuadas, pero extranjeras todas ellas, desconocían los caracteres propios de nuestra civilización y la grandeza de alma necesaria para proclamarlos con firmeza y defenderlos con serenidad entre el vocerío y la grita de los bandos enemigos y turbulentos.

La Academia fué la última que lo perdió, compartiendo tan triste honor con su familia. Cuando la política dejó de ser para él arena en que lidiar por la felicidad de su patria, recon

centró todos sus afectos en su casa-solar y en la Academia Española, que era para él como la casa paterna de su saber. En sus forjas, como Marte en las de Vulcano, había venido á buscar el temple de sus armas, y en el crisol de vuestro blasón depuró la nitidez de su acero, con que tantos timbres ganó peleando en las lides de la inteligencia. ¡Qué mucho que, inválido y retirado ya de la lucha, viniese á reanimar sus ateridos miembros al calor de la llama de vuestro hogar, aunque no fuese más que para recordar tristemente al amor de la lumbre sus hazañas!

Un ilustre compañero vuestro y amigo suyo del corazón (1) las ha consignado recientemente en un trabajo, que es un acabado cuadro de la vida familiar de esta Academia, y un perfectísimo retablo de la historia de Guendulaín. En él se ve en toda su dolorosa integridad la magnitud de la pérdida que acaba de experimentar la Academia, y en él puede aprender el vulgo, que extraña ver en estos sitiales otros nombres que los de los ídolos que tiránicamente impone á su adoración la nueva casta sacerdotal que monopoliza y explota el culto de la diosa opinión, el elevado criterio con que, fuera de la ocasión presente, elige sus miembros

(1) El Sr. Marqués de Molíns.

la Academia, no por el vano é interesado aplauso de la popularidad que pasa, sino por el testimonio irrecusable de sus méritos más ó menos ocultos á los ojos del vulgo, pero patentes ante el tribunal severo de la crítica, cuyo supremo fallo ha de confirmar en su día, como sucede hoy, la verdadera fama, que es la que sólo hace resonar su voz vencedora del tiempo y del espacio sobre la soledad de los sepulcros, y cuando ya se han apagado en los aires los ecos de las aclamaciones y de los vítores de las generaciones interesadas.

Y pues que esto es lo que acontece con el Conde de Guendulaín, ya que ha empezado para él la hora de su glorificación solemne, tributemos un respetuoso homenaje á su memoria, esperando que la Providencia, que vela por los destinos de la Academia, nos deparará algún día quien cumplidamente le reemplace en el seno de esta Corporación.

Llamado yo entre tanto por vuestros votos á sucederle, su recuerdo me agobia con pesadumbre irresistible, porque si es glorioso suceder á los ilustres campeones de las grandes causas en las murallas y en las trincheras de la vida en que se les sucede para pelear y para morir, es embarazoso sucederles en los puestos de honor que conquistaron, porque sobre estos pedestales en que se destaca mejor la grande-

za de los colosos, se hace más visible también la pequeñez de los pigmeos.

Gran capitán él en las contiendas de la literatura y la política, y suelto almogávar yo en la reconquista de los eternos fueros de la verdad á que asistimos, hecho á pelear por mi cuenta, con buena ó mala fortuna, en todos los palenques abiertos por el espíritu de nuestro siglo á los mantenedores de todas las causas, nunca soñé que el tosco y mellado hierro de mi palabra, bueno sólo para esgrimido entre el humo y la sangre de los combates, hubiera de darse al aire y á la luz ante vosotros, para dar guardia de honor con él á los restos de aquel adalid insigne, cuyas bruñidas y lucientes armas, que tantas veces iluminó el sol de la victoria, aumentan ya el esplendor y gala de vuestro gloriosísimo trofeo.

Sirva, pues, de realce al brillo de su fama la sombra de mi obscuridad, para que luzcan mejor los timbres de su nombre, y demos tregua y descanso á ese sitial que abrumaron con la pesadumbre de su gloria Pignatelli, Puñonrostro, Jovellanos y Guendulaín, dando ya asiento en él á quien deba mirarle con veneración y tenga que acercársele con respeto.

Señores Académicos: Buscando con escruta-)ra mirada por las altas regiones de la filoso-ı y por los vastos dominios de la Historia,

asunto que, por su relación con el fin especial de esta Academia, con la tendencia particular de mis estudios y hasta con los títulos que hayan podido servir de pretexto, ya que no de causa, á mi elección, fuese propio del acto solemne á que asistimos, sólo supe hallar uno, entre los que me dejó por espigar la infatigable codicia de mis antecesores en esta tribuna, que, reuniendo las condiciones indicadas, resaltase, además, por su natural importancia y grandeza y por su aplicación y transcendencia á la época en que vivimos, para que, absorta por él vuestra atención, desapareciese, cuanto antes, de vuestra vista la personalidad del que lo expone.

El primer aspecto con que se ofreció á mi consideración atentísima, fué nacido de una observación arrancada por la meditación al estudio de mis materias predilectas, comprobada después en el público ejercicio de mis exiguas facultades, y elevada á ley por el imperio de la lógica en los dominios de mi razón. Sintetizando, para dogmatizar, lo que analicé para inquirir, manifestaré todo mi pensamiento con esta fórmula: *Siendo la verdad y la belleza ontológicas propiedades transcendentales del ente; siendo la filosofía el conocimiento más cierto y evidente de la verdad, y la elocuencia la expresión más bella de esta verdad misma, la filosofía es la fuente más pu-*

ra de la elocuencia. Por eso el tema se me presentó bajo esta forma: *Elocuencia de la Filosofía.*

Pero ¡oh triste infecundidad del espíritu humano! Apenas hube exclamado *Eureka* en los adentros de mi sér, conocí que este descubrimiento, aunque olvidado merced á la confusión de los sistemas modernos, era muy viejo en realidad, pues ya el Príncipe de los oradores romanos había dicho que en los libros de los filósofos, mejor que en los libros de los retóricos, había de estudiarse la elocuencia, y que esta regla de Cicerón, comprobada más bien que descubierta por mí, era un aspecto parcial de la cuestión, cuyo nexo, cuyo principio generador y de unidad, el verdadero tema, en fin, se presentaba ya en toda su integridad á mi espíritu con el nombre de *Filosofía de la Elocuencia*.

Tema elevado, profundo y vasto por demás para ser tratado en un discurso, y cuyo desarrollo didáctico está pidiendo á voces un libro que realice lo que con su título nos ofreció la docta pluma de Capmany, para darnos en realidad con su retórica, no la filosofía del arte, sino el arte mismo de la elocuencia.

Érame, pues, preciso concretar y condensar ›ensamiento; y del análisis de los principios esta ciencia brotó, no como parte depen- nte disgregada arbitrariamente de un todo

orgánico, sino como organismo particular, cifra y compendio y perfección del todo, el tema de la elocuencia en su expresión más propia, más elevada y más fundamental: el tema de la *Oratoria sagrada*, que es la confirmación más victoriosa de aquel principio, en cuanto, bebiendo su inspiración en la más alta filosofía, es la más sublime elocuencia; y buscando en la Historia como comprobación y como ejemplo la determinación de este principio, el sentimiento religioso, el estético y el patriótico además, me señalaron de consuno el siglo XVI, en que España llegó á tocar, tanto por las letras como por las artes y las armas puestas al servicio de la Religión, el apogeo de su gloria.

¿Quién podrá extrañar, después de esto, que, como aparece y brota en el seno de la luz difusa el astro que rutila, como entre las ráfagas del aroma la flor, como el símbolo personificando las propiedades inteligibles de la idea, surgiese ante mis ojos arrobados entre los oradores sagrados del siglo XVI, en el coro de místicos y de ascéticos que forma la más brillante constelación del cielo de nuestras letras, la angélica figura de nuestro insigne predicador Fr. Luis de Granada?

Que así en el mundo complejo de las ide[as] y de los hechos brotan los datos de la obse[r-]

vación, induce de ellos su ley el raciocinio, adivina su principio fundamental el genio, deduce de él sus consecuencias y aplicaciones el método, sintetiza su fórmula la ciencia, y el arte la personifica en el símbolo.

No reconocen otro origen las grandes personalidades de la Historia: los mitos religiosos de la antigüedad, las creaciones populares de la Edad Media, y hasta el positivismo materialista y ateo que constituye el fondo de la filosofía de lo *inconsciente* de hoy, obedece sin sospecharlo, aunque imperfectamente, á esta ley, buscando en vano, á través de todas las categorías del sér, el símbolo metafísico de la Nada.

Fr. Luis de Granada, pues, no en los detalles de su vida claustral, como fué objeto de los trabajos de sus biógrafos; ni en el análisis gramatical de sus producciones literarias, como lo fué de los estudios de sus críticos, sino como encarnación de los grandes principios estéticos de la elocuencia en su más elevada manifestación y como personificación de las grandes fuerzas históricas nacionales en su más completo desarrollo; en suma, como el orador sagrado de la España del siglo XVI, se- l tema que rápida y brevemente someta á stra docta consideración.

ıda nuevo os podré decir acerca de él se-

guramente; pero á lo menos habré entretenido vuestra atención todo el tiempo que su ocupación corre á mi cargo, haciendo comparecer ante vosotros, evocado por el torpe conjuro de mi voz, un asunto que embarga el ánimo contemplativo del filósofo entregado á las difíciles investigaciones de lo bello, que exalta la fantasía del historiador solicitada por el cuadro deslumbrador de nuestras colosales grandezas, que despierta el sentimiento del artista hiriendo las fibras más delicadas del corazón con el invisible dardo de los afectos más puros, y que deleita el oído del retórico con los ecos lejanos de aquella inefable voz que marca el punto culminante á que llegó la lengua castellana y en que tan cumplidamente se contiene la más alta y sublime manifestación del espíritu humano fecundado por la gracia divina, en el siglo de oro de la civilización española.

Allá en los albores del siglo xvi, cuando las viejas banderas españolas, enarboladas todavía en el asta de la Cruz, con que Pelayo inició la reconquista en las montañas de Covadonga, ponían fin al último canto de esta epopeya, tremolando al soplo de las brisas de Sierra Nevada, sobre la torre de Comares, un cuantos muchachos, apoderados de una pl zuela en uno de los arrabales de Granada, p

rodiaban en animado simulacro las heróicas acciones de sus mayores, jugando alegremente á la guerra de moros y de cristianos.

Acertó á pasar por allí en aquella sazón el Marqués de Mondéjar, encargado del gobierno y custodia de la ciudad; y como intentase apaciguarlos, temeroso aquel capitán insigne de que se lastimasen las tiernas criaturas, llamó vivamente su atención, tanto por la dulzura de su rostro como por la gracia y compostura de sus modales, uno de los precoces combatientes. Hízole venir ante sí, con no poco susto del rapazuelo; y como le interrogase acerca de su nombre, condición y familia, quedó tan prendado del natural despejo de su ingenio, como conmovido ante la bondad, pobreza y abandono que revelaban con infantil candor sus respuestas; y por un sentimiento de caridad, tan común en los corazones cristianos de los más rudos guerreros de nuestra patria, se lo llevó á su palacio, educándole juntamente y al igual de sus propios hijos.

Este casual y al parecer indiferente suceso que trasladó al hijo de una anciana y pobre lavandera desde la choza en que se alimentaba, merced á la santa limosna de la sopa de un convento, á las regias estancias de la Alham-, marcó en el porvenir de las letras españo- el término de su perfección y el apogeo de

su grandeza, y suministró á la fama un nombre más que añadir al católogo interminable de ilustres y memorables genios suscitados en aquella hora crítica por Dios, para presidir á la transformación de la sociedad antigua que espiraba, y al advenimiento de la nueva que surgía en los dominios de la Historia.

Porque era aquélla la hora en que, floreciendo y fructificando por fin los gérmenes de vida y de muerte que la Cristiandad venía desarrollando en su seno, se desenvolvían en todo su esplendor, llegada ya su madurez, en sus respectivas manifestaciones. Eran los tiempos en que Europa, despojándose de su sayal, apartaba ya sus oídos de los acordes solemnes del órgano que acompañaban la fúnebre salmodia del *Dies iræ* bajo las bóvedas de nuestras sombrías Catedrales, para abrirlos al rumor harmonioso de las ondas azules del Mediterráneo, que le traía con sus auras la seductora voz de las sirenas del Renacimiento. El imperio de Oriente, que con la perfidia de los griegos había rechazado el auxilio espiritual de la Unidad é inutilizado el auxilio material de las Cruzadas, recibía el castigo de su degradación, doblando la cerviz al yugo y entregando el cuello á la argolla del Poder otomano; la imprenta, desenvolviéndose de las ligaduras de la i fancia, extendía ya el cetro de su poder p

todo el Occidente; Colón se disponía á coronar la serie de sus navegaciones por los mares, levando las anclas de su bajel con rumbo á las playas de la eternidad, dejando á las generaciones que le sucedían el encargo de desenvolver las transcendentales consecuencias de su descubrimiento prodigioso; Copérnico meditaba ya la revolución de los astros en el cielo, que tanto había de influir en la de los hombres sobre la tierra; Gonzalo de Córdova, terminada la Reconquista, acababa de abrir de nuevo con su espada el camino de Italia á la ociosa actividad de nuestras armas, emplazadas allí por los secretos designios de la Providencia divina; Erasmo enturbiaba con su malsana erudición las verdaderas fuentes del saber, incubando los gérmenes de la Reforma; Maquiavelo reducía á leyes, con el aparato de su ingenio, el arte de la tiranía; Julio II ponía la primera piedra del Vaticano, á cuya grandeza habían de contribuir Bramante, Rafael y Miguel Angel, bien ajeno de que por aquellos mismos días profesaba en Erfurt el monje agustino que, con ocasión de los recursos allegados para levantar aquel templo, había de desgarrar á la Cristiandad con el más terrible de los cismas; Cisneros acababa de echar los cimientos del [illegible]der real á la sombra del soberano prestigio [illegible] los Reyes Católicos, como si presintiera el

alzamiento de las Comunidades y Germanías y la imperiosa necesidad en que se iba á encontrar España de reconcentrar todas sus fuerzas para hacer frente á toda Europa, y la corona de Carlomagno, que se balanceaba sobre la cabeza del nieto de Isabel *la Católica* y de Maximiliano I, mientras que Selim *el Feroz* asumía en el imperio turco el poder de los antiguos Califas, esperaba precisamente el mismo día en que fuese coronado como Sultán en Constantinopla Solimán *el Grande*, para ceñir en Aquisgram las sienes de Carlos V.

El desvalido huérfano que recogió por acaso y por caridad el ilustre soldado de los Reyes Católicos, no alcanzó fama inmortal ni renombre imperecedero á la cabeza de los invencibles tercios españoles, ni en las galeras de nuestras victoriosas escuadras, ni en las carabelas de nuestros audaces exploradores: fué simplemente un religioso de la Orden de Santo Domingo, *un fraile*, y en unos cuantos *sermones*, que no fué otra cosa lo que escribió, conquistó, á la vez que la gloria celestial para su alma, la gloria terrenal para su nombre, que no desapareció arrollado por el tropel de colosales sucesos de que fué testigo presencial en la profunda sima del olvido, sino que traspasando los reducidos muros de su convento, s elevó al cielo de nuestras glorias, donde brill

como astro de primera magnitud entre los soles que lo ilustran; porque, aunque sin darse cuenta tal vez de ello, recibió de Dios una vocación, fué fiel al llamamiento divino y realizó su misión cumplidamente en la tierra, siendo como la voz de la España católica, que desde la cúspide de su renacimiento dedicaba á Dios la obra acabada de la civilización española, mientras señalaba perpetuamente á sus hijos el secreto de su poder, su misión providencia, en la Historia y el Norte eterno de su vida, imprimiendo al hacerlo, y en el momento de su feliz desarrollo y definitiva formación, al habla castellana, el sello indeleble de su inspiración divina, brotada de las propias entrañas del genio nacional formado en ocho siglos de combate por la Cruz, y recibida en el éxtasis de su oración á los pies de Cristo.

Para desempeñar cumplidamente tan alto ministerio con el sublime ejercicio de la palabra, era menester que el cielo, que siempre proporciona los medios convenientes para alcanzar los fines que su Providencia determina, dotase al Orador Predestinado con el don poderoso de la elocuencia, realzándole con la autoridad que le concedió su aureola de santidad v el prestigio de sus extraordinarias virtudes, › le iluminase con la esplendorosa luz del er que reflejó con tanta profusión sobre su

frente *el Sol de la Iglesia*, su maestro, Santo Tomás de Aquino, y que prestase á su voz elevación, alcance, penetración y duración suficientes para subir hasta Dios sentado en el trono de su gloria, para imprimir sus acentos en los corazones más endurecidos por el vicio, y para perpetuarse de generación en generación por los ámbitos de la patria, colocándole, para que fuera mejor oído, como sobre una tribuna, sobre los trofeos de dos mundos, amontonados por el valor de nuestras armas en el seno de nuestra indivisa nación, y revestido con la librea de la elocuencia, con el hábito blanco y negro de San Vicente Ferrer, como hijos ambos de la ínclita *Orden de Predicadores*, fundada por el Apóstol español Santo Domingo de Guzmán.

Estudiemos, pues, en sus fundamentos primero, los admirables resortes de su poder, para contemplarle después, con más admiración todavía, en toda la magnitud de su gloria.

Sabéis que el poder de la elocuencia es un poder sobre todo poder, y que sobre todas las manifestaciones de la elocuencia descuella la manifestación de la palabra. Por eso, reconociendo su imperio, y después de haber recibido el homenaje de la admiración de sus conciudadanos en el teatro, en las escuelas y en el circo, llamaba Eurípides á esta elocuencia «I soberana de las almas.»

La Religión en sus más inefables misterios, la filosofía con sus más elevados principios, el arte en sus secretos más recónditos, nos dan la razón de esta soberanía que confirma plenamente la Historia.

Desde el Verbo divino, que es la palabra substancial con que Dios se habla eternamente á sí mismo en el misterioso coloquio de la Santísima Trinidad, hasta el sordo murmullo del átomo que vibra en el seno inerte de la materia, todo sér habla ó resuena, todo sér está dotado de una voz más ó menos inmaterial ó sonora, con que, dando su concepto en la nota que le corresponde, según el puesto que ocupa en la inmensa escala de los seres, contribuye á la soberana harmonía, al gran concierto del himno que el universo entona á la gloria de Dios.

El oído del hombre, limitado por naturaleza, no percibe el soberano conjunto de este concierto; pero adivina su maravillosa harmonía por las notas dispersas, por los ecos lejanos, por las ráfagas fugitivas que le traen las ondas vibrantes de las auras.

La ciencia de Dios y la ciencia de los espíritus, basadas en la metafísica y coronadas por la revelación, nos dan como la clave del ·guaje espiritual y divino en que Dios se di- á sí propio la eterna palabra de su Verbo, el seno de su infinita esencia, y en que los

ángeles, como iluminándose y transparentándose por un acto simplicísimo de su voluntad, hacen perceptibles sus pensamientos como voces con que alaban incesantemente al Señor asistiendo al trono de su gloria.

Las leyendas y tradiciones de todos los pueblos nos cuentan que sus videntes, distinguiendo muchos ruidos de la naturaleza imperceptibles para nuestros órganos gastados, se deleitaban escuchando las misteriosas harmonías que se encierran en ese levísimo rumor producido por los seres infinitamente pequeños que pueblan el mundo del microscopio; y todas las religiones antiguas nos enseñan en sus libros sagrados que el sabio de las edades primitivas, en el silencio de las noches serenas, á través del impalpable éter en que flotan, oía el coro lejano de los astros, la concertada música de las esferas celestes, girando acompasadas sobre sus ejes luminosos y cantando la gloria del Hacedor por la curva majestuosa de sus órbitas siderales.

Y viniendo ya á nuestro reino, concretándonos al testimonio de nuestra propia experiencia, la clara percepción de nuestros sentidos nos atestigua que todos los seres de la naturaleza que dominamos están dotados de una voz: el céfiro que susurra entre las flores, el agua que bulle en el manantial, el arroyo que murmur

sobre el césped, el insecto que zumba en el rayo de sol, el ave que trina en la enramada, el árbol que gime en el bosque, el torrente que muge en el abismo, el huracán que brama en la sierra, el trueno que estalla en la nube, el volcán que hierve en el monte, el león que ruge en el desierto, el reptil que silba en la cueva, el águila que grita en la altura, el mar que retumba soberbio, revolviéndose en su cárcel de arena contra el cielo, que salpica con la espuma de su furor y enturbia con los vapores de su ira, ó se tiende límpido y terso como un cristal, reflejando la claridad y transparencia del cielo azul, y adormeciéndose al son cadencioso de sus olas, que espiran blandamente sobre la playa.

Todos estos seres resuenan y todas estas voces pregonan la gloria del Creador reflejada en sus criaturas; y el arrobado místico que las contempla, y el laborioso sabio que las estudia, y el inspirado poeta que las canta, perciben á veces ó adivinan el sentido misterioso de aquella voz que alaba un atributo del Altísimo.

«De esta manera,» como dice el mismo Fray Luis de Granada, hablando según su costum- con Dios, «las criaturas hermosas predi- vuestra hermosura, las fuertes vuestra fortaleza, las grandes vuestra grandeza, las artifi-

ciosas vuestra sabiduría, las resplandecientes vuestra claridad, las dulces vuestra suavidad, las bien ordenadas y proveídas vuestra maravillosa providencia;» que no son á los ojos de este gran orador las criaturas con que la mano creadora de Dios pobló y embelleció el universo, «sino predicadoras de su Hacedor, testigos de su nobleza, espejos de su hermosura, anunciadoras de su gloria, despertadoras de nuestra pereza, estímulos de nuestro amor y condemnadoras de nuestra ingratitud.» Por eso, inflamado en vivas ansias de amor y como transportado por la harmonía de este canto maravilloso, exclama: «¡Quién no se deleitará con música tan acordada, de tantas y tan dulces voces, que por tanta diferencia de tonos nos predican la grandeza de vuestra gloria!»

Así se confirman aquellas palabras del Apóstol de las gentes á los romanos: «Las perfecciones invisibles de Dios se han hecho visibles, después de la creación, por el conocimiento que nos dan las criaturas;» palabras que completan aquellas otras que dirigió más tarde á los corintios: «Hay muchos linajes de lenguas en este mundo, y nada hay sin voz.» Porque la unidad simplicísima de Dios se refleja en la múltiple variedad del mundo, como cuando, no bastando una sola palabra para abarcar toda la sublimidad de un concepto, se agrupan mu-

chas para expresarlo. Las criaturas, escalonadas como los tubos sonoros ó las vibrantes cuerdas de un instrumento, hacen oir su voz, y dando la nota que le corresponde según su naturaleza, el mineral, substancia material, dice «Dios es,» y el vegetal, substancia vegetativa, «Dios vive,» y el animal, substancia sensitiva, «Dios siente,» y el ángel, substancia intelectual, «Dios entiende;» que sólo el Verbo Divino, creador y arquetipo de todos los seres y palabra del sér por esencia, expresa, con la única y eterna palabra de su divino sér, todas las perfecciones y atributos que se comprenden con el inefable nombre de Dios.

No hay duda: la creación está dotada de una voz que pregona las excelencias del Eterno. Por eso el antiguo panteísmo oriental creyó ver en el mundo el cuerpo gigante de aquella divinidad monstruosa que habla por la voz del trueno, respira con el soplo del huracán, se estremece en los terremotos, llora en las fuentes y los ríos, mira por la ardiente pupila del sol, y, embozándose con su manto de nubes, se duerme en las silenciosas tinieblas de la noche. ¡Por eso el antiguo politeísmo occidental creyó la naturaleza poblada de divinidades infe-
es, viendo en cada gruta, en cada lago, en
a bosque, en cada río, un dios que, hacien-
empio y morada de su seno, suspiraba en

las brisas de la mañana, gemía en los vientos de la tarde, lloraba en el rocío de la noche y celebraba sus misterios en la soledad, en el silencio y en el reposo, demostrando su irritación y su ira cada vez que un mortal los profanaba con su presencia, con el rumor y estruendo de su follaje, de sus ondas ó de sus ecos alterados, hasta que se le aplacase con sacrificios!

Que fué menester que el sentimiento de lo divino se perdiese casi por completo entre los hombres, para que sólo se viese en las voces de la naturaleza ruido de átomos que chocan unos con otros al acaso, impelidos por el torbellino brutal de una fuerza ciega, y que, fortuitamente combinados, producen aguas que descienden por los abismos, aves que gorjean en las alturas y brutos que aullan sobre la tierra, sin que, ni como ideal, ni como fin, ni como causa, apareciese reflejándose en ellos la Divinidad, ente inútil, concepto innecesario y enojoso para los que, encenagados en la materia, ignoran ó desconocen por completo los desfallecimientos y las ansias, las turbaciones y los anhelos que produce la celestial nostalgia del espíritu.

Pero la santa Religión y la verdadera filoso fía, proclamando la existencia *a se* del Creado y la creación *ex nihilo* de las criaturas, recono

ciendo la distinción real, formal y substancial entre el mundo y Dios, la diferencia entre la causa ejemplar y las causas formales y materiales, entre la actividad pura y la impura, y señalando el hilo dinámico y el teológico, que forma el lazo cósmico de la creación, verán siempre la naturaleza, no sólo como un inmenso espejo en que se refleja la hermosura del Creador, sino como una harmoniosa lira suspendida en la eternidad, cuyas misteriosas cuerdas vibran sonoras, pulsadas por la invisible diestra del Altísimo, y como un órgano gigantesco cuyas voces, animadas por el soplo de Dios, cantan sin cesar las excelencias de los divinos atributos.

Y sobre todas estas voces, sobre todos los ruidos de la materia inorgánica, y sobre todos los sonidos y gritos de la materia organizada por la información del alma vegetativa y sensitiva, descuella, como sobre la turba de los vasallos, la majestad del Rey, la voz de esa misma materia organizada por la información del alma racional, por el Espíritu hecho á imagen y semejanza de Dios: la palabra.

En el límite que separa el mundo de la materia del mundo del espíritu, tocando con el ıto por las resonancias del cuerpo y con el ;el por las iluminaciones del alma, cifra y npendio de los orbes y centro del universo

creado, aparece el hombre, como apretado nudo del lazo universal de la creación, cuya palabra ha recibido el poder supremo del arte de idealizar lo sensible y sensibilizar lo ideal, para llevar á cabo cumplidamente su elevada misión sobre la tierra, sirviendo de harmonioso intérprete entre lo visible y lo invisible, para encaminar todas las criaturas, como á su último fin, á Dios.

Rey de la creación, sentado en el trono de la naturaleza, reflejando en su rostro la luz increada del Verbo, con una mano toma del entendimiento divino la fuerza creadora de las ideas, y con la otra recoge, como tributo, el eco de todas las harmonías dispersas por la vasta extensión de sus dominios, y elevando su mirada á Dios, extiende el cetro de su palabra sobre todas las criaturas del universo.

Así se reproduce en el hombre una como simbólica representación del misterio divino, que, á la vez que la analogía de la palabra con la creación, revela el poder creador de la palabra.

Á la manera que Dios engendra eternamente su Verbo, y de su mutua contemplación brota el divino amor que los inflama, y como manifestación de este Divino Verbo y de este amor se crea, por ministerio del mismo Verbo, el universo, así el hombre engendra su verbo en

las profundidades de su mente, brota el amor de la belleza que le adorna, y la palabra en que se encarna esta idea, esta belleza y este amor, surge como una aparición radiante en el silencioso seno de la nada.

Nacida de la contemplación del ideal en su concepto más puro, el inteligible, se transfigura, al pasar por el mágico prisma de la imaginación que la delinea y la colora, y aparece en los labios abiertos, en el nobilísimo rostro del hombre, como revelación sublime del espíritu. La voz le presta sus más suaves melodías y sus harmonías más solemnes; el brillo de los ojos, los rasgos de la fisonomía, la animación del semblante, le dan vida con su expresión, y la gentileza y apostura del cuerpo, con sus gallardos ademanes, la acentúan á compás de las cadencias del ritmo que la imprime la violencia de la pasión, encendida en la llama que brota del corazón como de un horno caldeado. El oído recoge entonces aquellos sonidos harmoniosos con inefable curiosidad y placer; la fantasía reproduce, con líneas y colores, las imágenes evocadas del panteón de la memoria; el entendimiento abstrae la pura esencia de la idea; el corazón afectado acelera sus palpitaes, y la voluntad, rendida á tantos encan- obedece.

omo de Dios, se puede decir del hombre:

Dixit et facta sunt: que no en vano fué el hombre hecho á imagen y semejanza de Dios; pues si Dios con su solo Verbo creó el universo de los seres, el hombre con sola su palabra ha creado un universo de ideas, de sentimientos y determinaciones.

El hombre, reproduciendo con su acento el eco interior de la palabra divina, habla, y á su voz los elementos enmudecen como asombrados, se someten los brutos á su dominación, reconociéndole como rey, y las generaciones le veneran como profeta.

Adán surge animado por el soplo de vida del Creador, como rey del universo creado, y la naturaleza, engalanada con toda la pompa y hermosura de sus vírgenes esplendores, escucha el misterioso coloquio del hombre con la Divinidad al tomar posesión solemne del trono de su reino. Las auras del Edén repiten harmoniosas el eco de la primer palabra de amor, que arranca del corazón enajenado del Padre común de los mortales la espléndida aparición de su hermosísima compañera; y las flores desde sus tallos, y los cedros desde sus troncos, inclinan suavemente sus hojas para oir al Monarca de la creación nombrar con su verdadero nombre á la innumerable turba de sus vasallos, que desfilan obedientes ante su Trono, para recibir el bautismo de su palabra

La voz dulcísima de la mujer, convirtiéndose en eco del engañoso silbo de la serpiente, arrastra al hombre á la desobediencia de los mandatos del Eterno, animándole á comer del fruto vedado del árbol de la ciencia, y la maldición terrible de Dios retumba con el acento de la tempestad sobre la naturaleza perturbada. El primer lamento de la humanidad resuena en los ámbitos de la tierra, iniciando el inagotable ritmo del dolor que ha de perpetuarse en sus ecos, y el ansia y la esperanza de una redención, prometida por la augusta palabra del Creador, enciende en el hombre la inextinguible sed de la revelación de la palabra.

Mientras la tierra sea *de un solo labio*, los hombres adorarán á un solo Dios, conocerán una sola verdad y constituirán una sola familia: cuando la confusión de las lenguas traiga consigo, como natural consecuencia, la dispersión de las razas, los dioses se multiplicarán, se dividirán las verdades, y las tribus se harán la guerra, y sólo cuando, llegado ya á todo su apogeo el mal de la división y la discordia, pueda compendiar el historiador el atomismo intelectual en que agoniza la humanidad en aquella frase aterradora *tot homines, tot senten-* [illegible], será cuando, llegada la hora de la pleni- de los tiempos, el Verbo Divino restaura- la verdad en Cristo, pronunciando aquella

palabra de vida de que es eco perdurable la Iglesia; y, disipada la confusión de Babel por la harmonía del Cenáculo, se acercará la hora designada en los consejos del Eterno, en que, mediante unos mismos dogmas predicados por una lengua universal, órgano oficial de una sola Iglesia, se verá realizada aquella consoladora profecía que nos anuncia un solo rebaño y un solo pastor.

Los pueblos, en tanto, dispersos sobre la haz de la tierra, emigrarán de clima en clima y de región en región, obedientes al imperio de la palabra. El vate, sacerdote, caudillo y patriarca á la vez, eleva su voz, al rayar el alba, bajo las ramas sagradas del árbol de los sacrificios, y entona el himno de la oración y la rapsodia de su raza. Á su acento la tribu levanta las tiendas del aduar, abandona el suelo natal en que apacentó sus ganados, donde crecen los sauces en que mecieron, suspendidas al aire, sus cunas, y que dan sombra á sus sepulcros, y acompañando con el suave coro de las vírgenes y el más grave y solemne de los guerreros, los inspirados cantos del Profeta, desciende de las montañas, salva los torrentes, cruza las selvas, atraviesa los lagos, vadea los ríos caudalosos; y sólo cuando se apaga y extingue el eco de su voz, hace alto, para acan par, á la caída de la tarde, en el oasis del d

sierto ó en las riberas de la mar, en el recinto designado por el humo del sacrificio, por el vuelo del ave puesta en libertad, por la hoja del árbol entregada al soplo incierto de las auras, como el sitio señalado por Dios para echar los cimientos de la ciudad y levantar el ara de su templo.

No quiso significar otra cosa la antigüedad con sus mitos de Orfeo y de Anfion, á cuyo canto, acompañado de su lira, calmaban su furor los vientos, amansaban las fieras su ferocidad, se conmovían las montañas y bajaban obedientes las piedras desde las alturas de los montes para edificar los sagrados muros de Tebas.

La palabra del hombre, caída de sus labios en el oído de sus hijos, esculpida en piedras que repetirán su pensamiento á las futuras generaciones, grabada en bronces imperecederos, pintada en tablas y en lienzos que, aunque sensibles á las injurias del tiempo, se perpetuarán inmortales en copias que darán la vuelta á la tierra, difundida en alas del pergamino y del papel que la llevarán á los confines del universo, reproducida en su representación ideográfica, en su simbólica significación, en su expresión fonética ó en su rítmica tonalidad, repercutida por la voz estentórea de la prenta, determinará el rumbo del porvenir l destino de las civilizaciones.

Las artes, germinadas en su seno, brotarán á su paso, como flores destinadas á tejer la corona de su prestigio, como rayos de luz para acrecer el brillo de la aureola de su inmortalidad. El orador habla, y realizando la belleza en las dos esferas del arte, el tiempo y el espacio, que han de ocupar más tarde las respectivas artes del oído y la vista, es, á la vez que arquitecto por el plan y las líneas arquitectónicas de su discurso, escultor por las actitudes esculturales de su cuerpo, pintor por la luz brillante de sus ojos y las tintas y matices con que da á su rostro la expresión, músico por el número de su acento, y hasta declamador y coreógrafo por la entonación y las flexiones de su voz y la mímica de sus ademanes. Por eso, cuando las artes emancipadas de la palabra constituyan organismos independientes, volverán por su propia finalidad al origen de su propio sér, agrupándose escalonadas, para dar resonancia, fijeza y duración á la palabra; y la arquitectura compendiará la tierra en sus muros y el firmamento en sus bóvedas, para que retumbe más vibrante el eco de su voz; la escultura inmortalizará la gallarda figura del orador, su actitud noble y reposada y sus altivos ademanes; la pintura fijará el relámpago fugaz con que iluminó su rost la pasión, reflejando por medio del color

animación del semblante, el fuego deslumbrador de su mirada, la palabra interior de su espíritu; la música acompañará con el compás de su ritmo y con la melodía y la harmonía de sus sones las majestuosas cadencias de su voz, y hasta el baile reflejará con sus movimientos acompasados la acción del orador, las pausas graves y solemnes, los arrebatos y los éxtasis que comunica á todo el sér la viva emisión de la palabra.

Cuando suene la hora de la restauración universal, y, por tanto, de la restauración de la palabra, la Iglesia, encargada de su regeneración, que la venera en sus dogmas, la perpetúa en su tradición y la santifica en sus costumbres, reconcentrará todas las artes purificadas, para ponerlas al servicio de la palabra divina; y en el templo erigido á la majestad de Dios simbolizará la creación idealizada; elevará á lo alto sus bóvedas, á imitación de las del cielo; abrirá sus naves á la representación de todos los seres que pueblan la tierra y el mar; robará á los bosques sus penumbras, para dar solemnidad y misterio á su recinto y convidar al recogimiento y á la meditación á los creyentes; esmaltará con todos los matices del iris la luz que se refleja sobre el santuario; hará re-ar los acordes majestuosos del órgano al pás de las tradicionales cadencias de la

danza sagrada, y en frente del altar en que se eleva por entre nubes de incienso la estatua del Verbo encarnado pendiente de la Cruz, levantará la Cátedra del Espíritu Santo á la palabra, que es la palabra de Dios, que resonará en todos los corazones con el acento de la gracia divina, por los inspirados labios de un Santo Domingo de Guzmán, de un San Vicente Ferrer ó de un Fr. Luis de Granada.

¡Que si el Verbo Divino, la palabra creadora de Dios, refleja su belleza ideal en los seres creados que pueblan el universo, como caracteres dispersos que componen el inefable nombre de Dios, como voces que nos predican sus excelencias, el verbo del hombre se refleja á su vez en todas las artes que procrea como voces de lo ideal, y sólo en la elocuencia de la palabra se encarna plena y directamente este verbo, como la palabra eterna de Dios solamente se encarna en aquella sacratísima Humanidad que apareció en la plenitud de los tiempos, para conversar con nosotros y salvarnos con la revelación redentora de su palabra!

Por eso la palabra que, como hemos visto, edifica, esculpe, graba, pinta y canta todo á la vez, reconcentró en su poder el prestigio de todas las demás artes; y si la estética separ tista de nuestros días excluye á la oratoria

entre estas manifestaciones de lo bello, por tener un fin más transcendental que la pura realización de la belleza, la estética de la clásica antigüedad la sentó sobre el trono de sus hermanas, coronándola como Reina y Señora de las artes.

Por eso el lenguaje popular, informado por las grandes verdades, patrimonio del linaje humano, gradúa las bellezas de las obras maestras del arte por su semejanza con la palabra. Y para expresar el colmo de la perfección á que pueden llegar las artes, dirá que los instrumentos músicos *cantan*, que los artistas *hacen hablar* á los mármoles ó á los bronces, y que sus cuadros ó estatuas *están hablando*. Por eso, las leyendas y tradiciones fantásticas del arte nos pintan presa dentro de la caja de cada violín un alma que, atormentada por el arco, llora y ríe, reza y canta, y se queja con ayes y lamentos desgarradores; y los poetas nos fingen el genio melancólico del dolor que exhala hondos suspiros y dolientes lágrimas, al compás de los acordes solemnes y graves del salterio y de las notas lánguidas del arpa ó de la lira. Por eso, sin duda, Miguel Ángel, arrobado en la contemplación de su ...isés, creyendo haber realizado el sueño ...rno del artista, hirió con el martillo el már...ol modelado por la gigante diestra de su ge-

nio, gritándole con imperioso acento: ¡*Parla!*

Sin caer en el error tradicionalista, que niega toda eficacia á las fuerzas propias de la razón, bien podemos decir que la palabra es como el cincel con que se labra la estatua de nuestra personalidad y el plectro con que se pulsan las cuerdas vibrantes de nuestro espíritu. La dulce voz de nuestra madre levanta en el santuario de nuestra conciencia el altar en que consagramos nuestros primeros pensamientos á Dios y nuestros primeros amores á la Virgen María; la voz severa de nuestro padre graba en las tablas del arca santa de nuestro pecho el código del honor y del deber; el acento purísimo de una virgen conmueve hondamente todas nuestras fibras, abriendo al alma horizontes desconocidos con el tímido reclamo de su amor, y hasta el vagido con que el hijo brotado de sus entrañas rinde tributo al dolor en los umbrales de la vida, despierta nuestro corazón á sentimientos nunca sospechados.

Y nada vale, para desmentir la evidencia de este poder, la afirmación contraria consignada en un proverbio oriental, que sólo sirve para atestiguar la inercia de una raza y lo estacionario de una civilización, diciendo con vano alarde de profundidad: «La palabra e plata y el silencio es oro;» porque si el silenci

es oro alguna vez, es porque precisamente en esas ocasiones el silencio es la más elocuente de las palabras. David enmudece ante las grandezas divinas en Sión, y su silencio es el himno más arrebatador que entona su respeto á estas grandezas; Jesús calla ante Pilatos y Caifás, y su silencio es la voz elocuente de la inocencia, que levanta á gritos su clamor contra la cobardía del romano y la vileza del fariseo; el monje de la Trapa hace voto de silencio toda su vida, pero es para dar mayor realce y solemnidad á la eterna palabra de sus labios, con que evoca constantemente ante su espíritu el grave recuerdo de la muerte. Por eso ha podido afirmar no hace mucho uno de vuestros grandes oradores, explicando su ausencia de la tribuna en el seno de nuestra Representación nacional, que hay ocasiones críticas y solemnes en la vida en que, siendo poco elocuente la voz, «tiene la palabra el silencio [1].»

Y el gran tribuno de la revolución francesa, calificando de *pública calamidad* el silencio de Sièyes, dió testimonio de que, resuene ó enmudezca la voz, no deja por eso de aparecer más patente el grandioso poder de la palabra, que, ó retumba tonante como la tempestad, ó

(1) El Sr. Cánovas del Castillo.

la palabra en la Historia, ya auxiliada por la elocuencia sobrenatural que le presta la palabra de Dios, ya tan sólo por el poder natural de la elocuencia: ¡Tirteo, que trocando en entusiasmo la burla que suscita su deformidad, conduce las falanges griegas á la victoria, al son bélico y marcial de sus cánticos á la patria! ¡Demóstenes, que obtiene la corona y el castigo de Esquines, su rival, vendido al oro de Filipo, y arrastra á los frívolos atenienses y á los ofendidos tebanos á la guerra sagrada de Queronea! ¡Cicerón, que arranca la sentencia de Verres y el perdón de Liggario á la corrupción del Senado y á la severidad del César! ¡San Pablo, que obliga á los gentiles, lo mismo á los refinados helenos que á los romanos orgullosos, á que derriben los dioses del Olimpo y de la Ciudad en que simbolizaron sus creencias y divinizaron sus pasiones, para adorar y venerar como único Dios á un judío crucificado! ¡San León, que cierra el paso de su botín al bárbaro emplazado por la cita misteriosa del destino en el corazón enfermo del imperio para crugir, como el azote de Dios, sobre la Europa degradada! ¡Pedro *el Ermitaño*, que levanta el Occidente como un solo hombre, le hace tomar la cruz y le precipita sobre el Oriente, para marcar con la blanca hilera de sus huesos sobre el Desierto el ca-

mino de la civilización, que ha ido trazando con sus huellas la fe en pos de un sepulcro vacío! ¡Savonarola, que trueca en pleno Renacimiento el jardín artístico de Italia en un convento de la Edad Media! ¡Napoleón, que hace arrostrar la muerte con desprecio á los soldados de la Revolución en el siglo de la Enciclopedia, mostrándoles cuarenta siglos asomados á las Pirámides para ser testigos de su valor! ¡O'Connell, el gran agitador de la antigua Hibernia, que rompe una por una las cadenas de la verde Erín, los grillos con que la isla de los herejes había aprisionado á la Isla de los Santos, y hace descender, en medio del círculo de hierro de sus verdugos, el ángel de la libertad sobre la *Esmeralda de los mares!* ¡Lacordaire, que entre las últimas ráfagas de la tormenta hace brotar sobre el suelo, devastado por la risa de Voltaire y calcinado por la revolución, las Ordenes religiosas, como palomas mensajeras de paz que anidan entre los palos de la guillotina, única cosa que había dejado en pie el diluvio de sangre del Terror!

Y entonces comprenderéis cómo la fantasía popular, que personifica en imágenes todas las ...as, fingió, para explicar la miel de la pala... de Platón y la dulzura de la de San Am...io, que un enjambre de abejas luminosas

habían labrado entre sus entreabiertos labios un panal durante un sueño de su infancia, y que San Bernardo había bebido la suavidad celeste de su inspiración en los virginales pechos de María, y comprenderéis por qué calificó la posteridad de *Boca de oro* á San Juan Crisóstomo, y veréis la llama de fuego que brotó de entre los labios de Granada en el más patético de sus sermones, y hasta disculparéis que princesas honestas como Margarita de Hungría, atropellando todo respeto, depositen delante de su corte un beso de su boca sobre los labios de Alain Chartier, dormido en un ángulo del claustro de su palacio, recostado sobre uno de sus góticos capiteles.

La importancia que Grecia y Roma concedieron á la elocuencia y que nos atestiguan con sus enormes exigencias y sus menudencias increíbles los diálogos de Platón, de Tácito y de Cicerón, y las retóricas de Aristóteles y de Quintiliano, el poder y la celebridad de Pericles y la fama imperecedera de Cicerón y de Demóstenes; la aureola que esparció sobre la frente del que la manejaba en las disputas de la escuela durante los siglos medios, y que nos confirma la popularidad sin ejemplo de Abelardo; la influencia y prestigio de la oratoria en las sociedades modernas, regidas por asambleas deliberantes, de que tengo ante mis ojos

tan abundantes y vivientes pruebas, demuestran el poder asombroso de la palabra sobre los individuos y naciones, y sobre los destinos de la civilización en todos los ámbitos de la Historia.

Pero donde verdaderamente brilla este poder en todo su esplendor y en toda su eficacia, abarcando por completo al arte, y por tanto, la hombre todo entero, es en la elocuencia por excelencia, en la Oratoria sagrada.

Y aquí tocamos la piedra angular de nuestra argumentación y el punto fundamental de nuestro discurso. En el rápido y somero análisis que hemos hecho de la formación de la palabra, hemos visto surgir la división en dos grandes elementos componentes de la oratoria, que son como las dos alas con que el orador se remonta á las regiones sublimes de lo bello: de una parte la idea, esto es, el conocimiento de la realidad, tanto más perfecta cuanto más ideal, que sólo puede darnos la filosofía; de otra parte el sonido, esto es, la voz, tanto más sonora cuanto más sujeta al ritmo propio de la pasión, de que es eco pasajero y fugaz, y cuyo secreto nos da en sus reglas la retórica. La filosofía y la retórica, pues, son como el alma y el cuerpo de la oratoria, y tanto como sobre- y predomina sobre la materia el espíritu el organismo humano, tanto debe predomi-

nar y sobresalir la filosofía sobre la retórica en la oratoria; pues si el alma separada del cuerpo puede vivir, aunque sea una vida incompleta, el cuerpo sin el alma es un cadáver privado de las iluminaciones del espíritu y del calor y el movimiento de la vida. El orador que sea filósofo solamente, tal vez podrá degenerar en severo y árido escolástico, atento sólo á la precisión del lenguaje y al rigor dialéctico de su argumentación. El orador que desconozca ó desprecie la filosofía, degenerará seguramente en charlatán, dejará de ser *orador*, para convertirse en *retórico*, en la acepción socrática de la palabra.

Y es que la filosofía, ciencia de las causas, no sólo nos da el conocimiento racional de Dios, del hombre y del mundo, y nos enseña el arte del discurso en su lógica y la naturaleza del lenguaje en su gramática general y hasta las mismas reglas de la retórica, sino que, elevando el corazón y la mente del orador con el temple que da su estudio, comunica á su vista la fuerza del águila caudal, para fijar su pupila en el foco mismo del sol, y da impulso poderoso á su genio, para colocarse de un salto en la cumbre de todas las cuestiones; y mientras el orador retórico revolotea como mariposa fugaz de flor en flor por entre los arbustos de un jardín, el orador filósofo se remon

á las nubes, contempla en su misma fuente la luz; y se cierne como el condor sobre las cimas excelsas de los Andes.

Así lo reconoció la antigüedad por boca de sus más afamados filósofos y oradores. Todas las teorías que sobre este punto explanó Platón en sus Diálogos inmortales, se reducen á que, siendo ideas innatas en la humanidad lo bueno, lo verdadero y lo bello, el orador debe conocerlo como filósofo y practicarlo como justo, á menos de convertir su arte en una rutina miserable, en una baja adulación de las pasiones rastreras de la multitud envilecida, arte, dice el filósofo, que sea, respecto de la verdadera elocuencia, lo que el arte *Opsonica* respecto de la medicina, lo que la cosmética respecto de la gimnástica, y lo que la sofística respecto de la filosofía; engañosa ficción y perjudicial apariencia, tan distante del arte divino de la oratoria, que le obligó á afirmar por boca de la razón, simbolizada para él en Sócrates, que sólo puede ser perfecto orador el perfecto filósofo. Y lo que acerca de lo mismo dijo Cicerón, ¿quién sería capaz de compendiarlo? Es verdad que á primera vista parece que coloca la oratoria sobre la filosofía; pero ...ue para él el orador tiene que poseer la ...cia del filósofo, al paso que entre las dotes ...ilósofo no halla de rigor la elocuencia. Por

eso protesta contra semejante separación, y otorgando la palma al orador que conoce la filosofía, consiente en que se le bautice con el nombre sintético de filósofo. Por eso aseguró, en sus tratados acerca del orador, que *sin la filosofía nadie puede ser elocuente*, no sólo porque nada puede saberse «de la vida, de los deberes, de la virtud y de las costumbres, sin un gran estudio de la filosofía,» sino «porque sin esta ciencia, como añade en otro lugar, nada de lo que pertenece á la Religión, á la muerte, á la sociedad, al amor de la patria, á las virtudes, á las obligaciones, al dolor, al deleite, á las pasiones y afectos del alma, puede tratarse con majestad, amplitud y riqueza;» lo que repetidas veces nos confirma con el ejemplo de los más renombrados oradores, que no hicieron consistir la elocuencia «en el ruido y torrente de las palabras,» ni habían aprendido la oratoria en «los gritos de ningún hablador que midiese el tiempo por la clepsidra,» sino en el estudio de los más afamados filósofos de la antigüedad, como Pericles en el de Anaxágoras, Demóstenes en el de Platón, Isócrates en el de Sócrates, y con su mismo ejemplo además, pues, como confiesa con humildad orgullosa, no sacó los primores de su elocuenc- *de las oficinas de la retórica, sino de los jardin de la Academia.*

No hay duda: el símbolo de esta doctrina nos lo dejó la antigüedad en la alegoría desenvuelta en uno de los diálogos de Platón. Sócrates, reduciendo al silencio por la contradicción á Gorgias, es el triunfo de la filosofía sobre la retórica en las luchas de la elocuencia.

Por eso la retórica, invadiendo los dominios de la filosofía, aspiró á contenerla en su seno, y si puso al lado de la pronunciación de las palabras y de la acción de los movimientos la invención de las razones y la disposición de las pruebas, extendiendo el objeto de la oratoria á convencer, agradar y conmover para persuadir á la acción, el genio superior de San Agustín enlazó con la unidad de su principio la variedad de sus divisiones, en aquella sublime fórmula en que señaló el fin inmediato de la elocuencia: *Ut veritas pateat, ut veritas mulceat, ut veritas moveat.*

¡La verdad! Esto es, la realidad; la verdad objetiva, metafísica y transcendental; la ecuación del ente con su arquetipo, con su ideal, con la palabra creadora de Dios, con el mismo Verbo Divino; aquélla cuya ecuación con el entendimiento produce la verdad subjetiva, lógica y formal, cuya expresión sincera constituye á su vez la verdad moral de la palabra, do todas el alma generadora de la elocuenque, según se desprende de la doctrina de

Platón, de Aristóteles, de Cicerón, de San Agustín y de Santo Tomás, nos atreveremos á definir *como el arte de manifestar por la palabra la belleza de la verdad, para que la voluntad la quiera como su bien.*

Que si Dios, verdad eterna, bondad infinita y belleza absoluta, ha impreso el reflejo de estos tres divinos atributos de su naturaleza divina sobre las propiedades transcendentales de todos los seres, el hombre, centro y cifra de la creación, é imagen de la esencia divina, reconoce en cada sér su grado propio de verdad, de bondad y de belleza; y mientras que con su entendimiento, impresión y participación del entendimiento divino, penetra en la verdad de cada sér, y asciende por su conocimiento á las verdades superiores, en busca del bien que en cada una de ellas disfruta, hasta anegarse en la posesión del Sumo Bien en que descansa, suelta enajenado su voz, presa del delirio que atribuyó la antigüedad al amado de las musas, para expresar con el himno purísimo de su amor la belleza de la verdad que contempla, el deleite que su percepción le produce, y convidar á todos los seres de la creación á embriagarse en el torrente de las celestiales delicias, trepando por la escala de la contemplación, que sube desde los últimos efec de la tierra á la primera causa de los cielos

Por eso la Iglesia, que arranca, tanto sus dogmas como sus disciplinas é instituciones, del fondo mismo de la naturaleza de las cosas, cuando instituyó la *Orden religiosa de Predicadores*, esto es, de oradores sagrados, dió por destino y misión á su palabra un fin tan en harmonía con las necesidades de la religión como con las exigencias de la estética. *Contemplata aliis tradere;* y siendo la teología con que informa su discurso el orador sagrado una filosofía revelada, ó mejor, completada con la luz sobrenatural de la revelación; siendo las verdades que enseña y las realidades de que trata la *Suprema Verdad* y el Sér *Realísimo* por esencia, y teniendo su estudio por fin el conocimiento de Aquél que es el ideal eterno de todos los seres, la causa de su bondad, de su verdad y de su belleza, ¡qué no dirían los grandes genios del arte que tanto pregonaron las excelencias de la filosofía moral en la oratoria, de esta otra filosofía divina, que con la antorcha de la fe alumbra el espíritu y el corazón del hombre, y con la mano misma de la razón descorre el velo del santuario!

Sin duda alguna, señores, el genio de Sócrates y de Platón, como el de Cicerón y de ...tóteles, postrados ante los cielos entreabiertos, saludarían enajenados en la *Reina de* ...*iencias*, á la más pura fuente de inspiración

para la *Reina de las artes*, dándonos con una de sus fórmulas sublimes la ley de la relación entre ambas soberanías.

Ellos nos manifestarían por sobrehumana manera cómo, siendo la belleza para Platón el *esplendor de lo verdadero*, no puede haber belleza superior á la que irradian las verdades eternas, y cómo, si pudo afirmar San Agustín que la hermosura es el *esplendor del orden*, apenas habrá quien pueda resistir los fulgores y rayos que despiden el orden harmonioso de la creación y la admirable economía del plan divino: ellos nos mostrarían, en suma, que si, según San Buenaventura y Santo Tomás, es condición precisa de la belleza concentrar lo vario en lo uno, la posee como nadie en la tierra la ciencia que lo ve todo en Dios; y si es la mayor perfección de esta belleza, según el sentir de Kant y Hegel, ostentar lo infinito en lo finito, nadie podrá superar á quien, con la celeste potencia de su visión, ve clara y distintamente á Dios en todo.

¡Que no fué vana alegoría, por cierto, aquélla en que la inspiración maravillosa del Dante, que informó con la ciencia de Santo Tomás la gigante elocuencia de su poema, nos mostró en la sublime aparición de su *Para*[...] con las formas radiantes de Beatriz

Vestita di color di fiamma viva.

á la teología escolástica, que, separándole ya de la filosofía moral, simbolizada en Virgilio para acompañarle por los tenebrosos antros del dolor, conduce al poeta á través de las moradas celestiales, para inspirar su musa imperecedera con la visión de la esencia divina!

La belleza increada de Dios se refleja en la mirada brillante de Beatriz, que, á medida que asciende por las esferas celestes, se transfigura y resplandece más, tornándose más encendida y luminosa. El poeta baja la vista á veces, deslumbrado por el fulgor de la luz eterna que despiden los ojos de la hermosa aparición que le guía, y ella le explica el brillo de su mirada celestial en el esplendor de las verdades que contempla en la llama viva de amor que la ilumina y que la abrasa, y que nos explana después en sus sublimes tercetos el poeta:

«Si en el fuego de amor te centelleo
Con luz mayor de la que el hombre alcanza,
Y ciega así la de tus ojos veo,

No te asombres: procede esa pujanza
De perfecta visión, que, en cuanto aprende,
Hacia el bien que aprendió, veloz se lanza.

Ya viendo estoy que en tu intelecto prende,
Y en él aquella eterna lumbre luce,
Que siempre amor, con sólo verla enciende.

Que si otra cosa vuestro amor seduce,
Es sólo algún vestigio no bien noto
De esa lumbre eternal que allí trasluce (1).»

No cabe, como veis, señores Académicos, formular mejor mi pensamiento. La Oratoria sagrada vive y se agita en las regiones de lo bello; el brillo que despiden los asuntos de la elocuencia profana son pálidos reflejos de algún rayo perdido de aquella luz.

«......... Vestigio no bien noto
De esa lumbre eternal que allí trasluce.»

Y si las condiciones objetivas de esta oratoria la colocan, como hemos visto, sobre todas las demás elocuencias, sus condiciones subjetivas alcanzan no menor grado de poder y de eficacia.

Sabéis que el mundo del orador, aquél en que, como un Dios, debe dominar á su antojo, se divide en tres partes: el asunto, el orador y el auditorio. Del asunto acabamos de hablar; del orador pocas palabras bastarán para dejar probada nuestra tesis. Porque si es para vosotros innegable que la belleza moral se refleja en la belleza física del orador, y que un hom-

(1) Hemos preferido para esta cita, un tanto abstrusa, en vez del texto italiano, la correcta é inspirada versión del señor Conde de Cheste.

bre que habla es un alma que vibra, porque de la abundancia del corazón habla, á veces hasta á su pesar, la boca, y si la autoridad del orador descansa en la idea de su virtud que le acredita y nos da el testimonio de su sinceridad, ¡qué duda cabe que tenía razón la antigüedad, exigiendo, por boca de Sócrates y de Cicerón, la práctica de la justicia para ser orador, y definiéndole por labios de Catón: *Vir bonus dicendi peritus!*

Y no creáis que los oradores corrompidos que entre las impurezas de la realidad nos muestra tan á menudo la Historia, sean contradicción palpable de este aserto, porque estos oradores, ó sólo merecieron el nombre denigrante de *retóricos*, ó dejaron su corrupción en las gradas mismas de la tribuna. Así nos lo confirma Lamartine cuando, hablándonos de Mirabeau, nos asevera que «si cuando se hallaba al pie de la tribuna era un hombre sin pudor ni virtud, en cuanto subía á ella se convertía en un completo hombre de bien.»

Y si esto no sufre contradicción, por su palpable evidencia, decidme: ¿á dónde habrá belleza, autoridad y crédito mayor? ¿Dónde más garantías de sinceridad que en el orador sa-ıdo, que, poseído de la divina locura de la uz, realiza el ideal perfecto del cristiano, .ndona todo lo terreno, y se niega á sí mis-

mo para dar testimonio con su vida, y pronto á darlo con su muerte, de la verdad que predica con su palabra?

¿Y por lo que mira al auditorio? ¡Ah, señores! Permitidme que abra mi pecho para dar salida á la convicción que abrigo, por más que parezca una paradoja lanzada al rostro de la realidad, en medio del positivismo práctico reinante.

Yo he visto á la multitud en el templo, agrupada al pie de los altares para oir la voz del enviado del Señor. Yo la he visto acudir allí, no congregada por la pasión, por el interés ni por la consigna, sino por la voz secreta del deber, por las tribulaciones de la vida, cuando más por el aliciente de la curiosidad; allí iba cada cual con su dolor, con su cruz, con sus pasiones más ó menos encadenadas, pero prontas todas á la rebelión y al alzamiento contra la virtud y la razón: también he visto deslizarse por entre la muchedumbre al incrédulo que, mirando con desdeñosa lástima al pecador, se apoyaba impasible contra los pilares del santuario, y cuando el sacerdote, separándose del altar, impregnado todavía de la presencia de Dios, subía á la Cátedra del Espíritu Santo, y con el acento de la caridad realzado por el aspecto paternal de la ancianidad venerable, en medio del solemne recogi

miento de los oyentes y del misterio de las sombras que velaban los secretos de su pudor, exclamaba: «Hermanos míos en Jesucristo,» he visto doblegarse todas las cabezas, como á la voz amiga de un padre abandonado que se queja dulcemente de nuestro olvido; y si el orador lo era de verdad, al desarrollar el plan sublime de Dios, su amor solícito por las almas y los misterios de su pasión dolorosa; al desplegar ante los ojos de su auditorio los maravillosos cuadros de la omnipotencia y la misericordia de Dios, del Verbo encarnado pendiente de la Cruz, de la Virgen Madre á sus pies, de la Iglesia luchando en el tiempo para triunfar en la eternidad; al verle llevar con tanta suavidad como firmeza la mano á cada una de las llagas del corazón, para ungirla con el bálsamo de los divinos consuelos; al escuchar sus voces amorosas de pastor llamando al redil á la descarriada oveja, he oído los sollozos crecientes de la multitud, y he sorprendido en los áridos ojos del escéptico la lágrima brotada del corazón, en su rostro, impasible al principio, suceder al mal reprimido disgusto la sombría y reconcentrada reflexión, para dilatarse, finalmente, con los rasgos expansivos de la ternura, y flaqueando sus rodillas al empuje de su emoción vencedora, irse inclinando lentamente, hasta poner su frente en el

polvo y su mano en el corazón, exclamando desde lo más profundo de su alma: «¡Señor, Señor! ¿por qué me has abandonado?»

Que el hombre, alma desterrada en la tierra, peregrino errante por el desierto de la vida, incierto sobre su origen, sobre su naturaleza y sobre su fin, siente en su seno la sed inextinguible de la verdad, busca con avidez la revelación de sus destinos, y después de prestar oído atento á todos los ruidos de la naturaleza que le rodea, después de reconcentrarse en sí mismo, para interrogar el grito interior de su conciencia y de escuchar las grandes voces de la historia, conoce que hay un Dios que le ha creado para su bien, comprende que este Dios no puede haberle dejado abandonado en el mundo á merced de los errores que han de arrastrarle inevitablemente á su mal, y tiende ansioso el oído á toda palabra que resuena con el acento de la inspiración, esperando encontrar el oráculo que le transmita el tesoro de las verdades divinas. La voz del hombre que le habla con la autoridad de su misión, de su inteligencia y de su saber, le subyuga; y si esta voz, al mismo tiempo que le presenta con la verdad el bien, le deslumbra con la espléndida luz de su belleza, enseñándole en todo su ideal la realidad del ente en que se unen, conmueve tan poderosamente

su voluntad con el amor, que, entregándose todo entero á sus mandatos, funde su alma con el alma del orador en el solemne y misterioso abrazo que constituye el soberano triunfo de la elocuencia y el misterio sublime de la palabra.

La historia lo confirma con el testimonio de todos los siglos y regiones y con el ejemplo de las teogonías más diversas. Budha dirige su voz á los hijos de Brah-ma y de Maya, y ante la palabra del «Enviado,» las castas sacerdotales que custodian la verdad sagrada en el misterioso sentido de los Vedas, se estremecen, y el Asia entera abre su corazón á las revelaciones de la nueva doctrina. Confucio enseña su moral en el seno inerte de la inmóvil y petrificada China, y los hijos del Celeste Imperio abrazan las enseñanzas del «Preceptor de todos los siglos.» Zoroastro levanta su voz en la Bactriana, y el luminoso Ormud recibe el homenaje de la adoración por toda la Persia. Pitágoras comunica sus enseñanzas esotéricas en Crotona, y ejerce el influjo de su poder en las colonias más florecientes de la Grecia. Sócrates habla en Atenas, y, enmudecidos los sofistas, se inicia la gran restauración socrática de la filosofía helena, de cuyo seno han de brotar las enseñanzas divinas de Platón y las eternas Aristóteles, cuya voz escucharán con avi- hasta su consumación los siglos.

Y mientras los Hierofantes, teósofos, videntes y filósofos de la antigüedad conducen á los pueblos gentiles con el báculo de su palabra de un error á otro error, en pos de la eterna luz de la verdad, que reclama imperiosa desde el seno de sus tinieblas el alma, sin satisfacer nunca su conciencia, la voz del enviado de Dios, que resuena sin cesar en la Historia, aquieta y satisface cumplidamente esta sed con la contemplación de aquella sublime realidad, cuya consonancia con nuestro espíritu hace que repose tranquilo en su visión, confirmando aquella profunda sentencia del apologista: *El alma es naturalmente cristiana.*

¡Ah, señores! ¡Quién me diera el harpa de David, la suave lira de León ó los inspirados acentos de Granada, para presentaros el cuadro sublime de esta elocuencia y cantaros las maravillas de la palabra de Dios en la Historia!

¡Cómo deciros los misterios de la revelación primitiva entre las vírgenes grandezas de la creación, en el secreto coloquio del Paraíso, la voz augusta de la tradición resonando bajo las tiendas de los Patriarcas, el acento de la Divinidad entre los truenos y relámpagos del Sinaí, el grito sublime de Josué parando al sol en su carrera, la voz solemne de aquellos Profetas cuyos labios agita Dios en sus éxtasis con s soplo, como si fueran un instrumento ó u

flauta, según la hermosa expresión de un apologista!

Entonces os haría escuchar la *voz clamante en el desierto*, anunciando entre el estrépito y la charla de los múltiples dioses del Olimpo, entre las disputas de los retóricos y sofistas, entre los clamores de fariseos, esenios y saduceos, en medio del silencio profundo de la verdad, la encarnación de la Palabra divina; desplegaría á vuestros ojos los misterios de la sublime Redención del hombre, á esta palabra, que *se hizo carne para conversar con nosotros;* os contaría sus disputas con los doctores de la ley, sus parábolas admirables, cómo se preparó para predicar con el ayuno en el desierto, y cómo rechazó las tentaciones del espíritu de la mentira y del mal, diciéndole: «Escrito está: no de sólo pan vive el hombre, sino de toda palabra que procede de la boca de Dios;» veríais cómo, al eco potente de aquella voz, se calman las aguas y los vientos, suelta el sepulcro su presa, el demonio sus víctimas, el cuerpo sus dolores, sus pasiones el alma, y cómo, resonando desde la Cátedra de la Cruz, elevada entre la tierra y el cielo, sobre el horizonte de la humanidad, en medio de los tiempos y á la faz de todas las naciones, pronuncia aquella abra de reconciliación tan prometida y tan perada, aquella palabra final que ha de es-

tremecer los fundamentos de la tierra, romper el cetro de la muerte, forzar las puertas del infierno, y descoger el ceño airado de Dios: *Consumatum est:* Todo está consumado.

Los Apóstoles, *mensajeros de Cristo*, recogen los ecos de aquella voz que, al ir á perderse en las alturas de la gloria, les da por testamento supremo el encargo de predicarla á todas las gentes; el Espíritu Santo, en forma de ondulantes lenguas de fuego, baja sobre la frente de sus discípulos, y dotados con el don sobrenatural de las lenguas aquellos judíos rudos, groseros é ignorantes, rompen á hablar en todas las lenguas conocidas, predicando la *Buena nueva* á todo el orbe; la Sinagoga, aterrada, mira convertirse á sus hijos á la clara explicación de sus símbolos y figuras y á la palpable realización de sus solemnes profecías; el Areópago siente estremecerse los fundamentos de su religión á la voz inspirada del Apóstol de las gentes, que le anuncia la presencia del Dios ignoto de sus mayores, y Nerón ve vacilar el trono de los Césares á los rudos acentos del Pescador de Galilea, que pone con su última palabra la primera piedra del solio eterno de los Pontífices. El bárbaro, el griego y el judío; el que mora en los suntuosos palacios de la ciudad y el que habita en carros y tiendas movedizas, oyen la palabra de Dios: los cris-

tianos, desconocidos ayer, pueblan las villas, las islas, los castillos, el ejército, el Senado y el Foro; sólo desdeñan ocupar los templos, y San Pablo, asegurándonos á los pocos años de su predicación que «el Evangelio se había predicado á todas las criaturas que había debajo del cielo y que en todas había fructificado,» nos manifiesta el rápido y asombroso cumplimiento del vaticinio de Isaías. «En los confines de la tierra oimos las alabanzas del Justo.»

Los Apóstoles no predican con la elocuencia que dan las letras y la retórica del siglo, sino con la elocuencia de la verdad y la gracia divina: «Tosco en mi lenguaje, mas no en el saber,» «no vine con sublimidad de palabras ni de sabiduría á anunciaros á Jesucristo,» dice San Pablo, «porque yo sólo he creído saber entre vosotros á Jesucristo Crucificado,» «para que vuestra fe no consistiese en sabiduría de hombres, sino en virtud de Dios;» y al eco de esta palabra que, revestida con las preseas del cielo, desdeña las garras de la tierra, la hoguera del sensualismo se apaga, la poligamia se destruye, se derrumban las aras de los ídolos, y la Cruz, ignominioso suplicio del Esclavo, elevada en el Lábaro de los Césares, se enseñorea del universo.

En vano los dioses del paganismo llamarán su auxilio á los verdugos y á los retóricos;

la lengua de los sofistas se desgarrará, como la de Nicómaco, al declamar contra las verdades divinas, y los mártires, haciendo de cada dolor una palabra, y una tribuna de cada potro, convertirán en catecúmenos á los sayones.

Cuando, abandonando las Catacumbas, los monjes huyan de la civilización pagana al Desierto, esperando la hora en que hagan surgir del seno mismo del Desierto la civilización hija de la Cruz, los arenales del Asia y del Egipto se poblarán de anacoretas penitentes, que, vestidos de hojas de palma y morando en las grietas de las peñas, predicarán, desde lo alto de las columnas olvidadas por el tiempo entre las ruinas, las maravillas de la palabra de Dios á todas las criaturas de la naturaleza que silenciosa los rodea. El árabe ó el sirio que atraviesa errante aquellas vastas soledades, se detiene sobrecogido de admiración, al oir el harmonioso concierto de sus himnos que brotan, en las noches serenas, del fondo de aquellos derruídos templos, habitados de nuevo por los dioses. El filósofo que, aguijoneado por la curiosidad, se internó en el desierto para oir la palabra de estos solitarios, renuncia al aplauso de las escuelas y se alista en las filas de la milicia sagrada. La cortesana que, estimulada por la vanidad y por el oro, se comprometió á seducirlos, desplegando á lo

ojos del solitario sus fascinadores atractivos, herida por el rayo de su palabra, deja sus galas por el sayal, y sepultándose viva en una tumba, trueca la hermosura perecedera de su cuerpo mortal por la belleza eterna de su alma. Las ciudades más populosas los ven aparecerse como espectros en medio de sus plazas, escuchan aterradas el formidable tronido de su voz, que confunde á los secuaces de Arrio en la ciudad de los Tolomeos y defiende á Antioquía de los furores de Teodosio, ó miran, como Roma, salir de los arenales de la Frigia al heróico monje Telémaco, para arrojarse entre las espadas de los dos últimos gladiadores de su circo, cerrando con su cadáver, en aquel sublime martirio, el inagotable manantial de sangre que fluía de las arenas del Coliseo.

¡Ah, señores! *¡Multitudinem quis enarrabit!* ¡Quién podrá contar la fuerza y la multitud de los oradores sagrados, desde los apologistas á los Santos Padres, á los Doctores y á los Predicadores, desde San Atanasio á Bossuet, desde San Agustín á Fenelón, desde San Jerónimo á Granada! ¡Quién encerrar en los estrechos límites de un discurso la voz de los monjes de Occidente entonando sus cánticos á s en el interior de las selvas, á cuyos ecos lían mansas las fieras y arrepentidos los

bandoleros, para roturar los bosques y desecar los pantanos, para edificar los puentes sobre los ríos y las hospederías en los desiertos, y para elevar el monasterio donde, á la luz de la lámpara del santuario, aprendió á deletrear sobre los monumentos de la antigüedad la nueva Europa, en medio del sepulcral silencio de la noche de la barbarie, y entre el estruendo y tumulto de las armas de los siglos de hierro! ¡Quién haceros oir la voz de los frailes mendicantes arrojando, con los tesoros de Platón y las riquezas de Aristóteles, las verdades del Evangelio á la juventud estudiosa apiñada sobre la paja de las escuelas! ¡Quién explicaros los portentos de su palabra en las misiones, llamando con su voz tonante al hombre de los bosques y las cavernas, desde las degradaciones de la bestia á las contemplaciones del ángel! ¡Quién recordaros los grandes oradores de estas milicias que civilizaron á Europa con la Cruz y la roturaron con el arado! San Bernardo, que llena con su voz todo su siglo; San Francisco, heraldo que proclama *el gran Rey* á todas las criaturas; Raimundo Lulio, que levanta su voz vibrante como un clarín, en medio de la cristiandad consternada; San Francisco Javier, que conquista más pueblos con sola su palabra á la fe, que los que le hicieron perder las mil lenguas de la herejía; y

en medio de todos, Santo Domingo de Guzmán, el gran Apóstol de la Cristiandad, el fiel mastín, celoso guardador de la fe, que, recogiendo de manos de los Santos Apóstoles el Evangelio y el cayado, y de sus labios la vocación de su destino en aquel célebre mandato, *Vade et predica*, pone fuego al mundo con su predicación, y hace surgir de la tierra, hiriéndola con su sandalia, el innumerable ejército de la *Orden de Predicadores*, que, con el fuego ardiente de su inspiración ó con la celeste serenidad de su palabra, evangelizan todo el Norte como San Jacinto, arbitran la suerte de los reinos de Europa como San Vicente Ferrer, establecen el reinado de Jesucristo en pleno renacimiento como Savonarola, realizan los sueños de Colón con Fr. Diego de Deza, reivindican los derechos del hombre sobre la frente del salvaje como Las Casas, y elevan, sobre el ronco clamor de todos los errores y sofismas convocados de Oriente y de Occidente, la voz perenne de la verdad como el Angel de las Escuelas.

¡Que siempre, en todos los tiempos, á través de todas las regiones, en medio de todos los climas, lo mismo entre las corrupciones de civilización que entre los tormentos de la barie, aparece el hombre de la palabra de s, el misionero, descalzo, cubierto con un

tosco sayal, con el báculo del peregrino en la mano, con el amor á sus semejantes en el corazón, pronto á dar testimonio de su palabra con su sangre, y lo mismo sentado sobre las piedras cubiertas de musgo de las antiguas ruínas, que á orillas de los grandes lagos, que sobre el tronco añoso caído á impulsos del huracán en el interior sombrío de las selvas, en la proa de la carabela perdida en el inmenso mar, en las chozas de corcho de los salvajes, sobre las cátedras de las escuelas, en las cámaras de los palacios y en los calabozos de las cárceles, hace resonar con su voz las cuerdas vibrantes de la elocuencia que ineludiblemente palpita en la palabra del Apóstol, rebosando unción y caridad, desinterés y convicción, cuando llama con reclamo amoroso al alma perdida entre las sombras de la confusión y de la duda á los campos de la morada celestial, donde reside el Sumo Bien porque suspira.

Perdonadme, señores Académicos, esta prolija digresión en que mi espíritu, asomado á los horizontes de la elocuencia, ha ido arrastrado, de evocación en evocación, por todos los ámbitos de su Historia. Ella os habrá confirmado tal vez la evidencia de lo que hemos proclamado al principio, el inmenso poder la palabra, sobre todo de la que pronuncia nombre de Dios el enviado del Altísimo en

los hombres, y os hallaréis en mejor disposición de ánimo para comprender cuánto pudo ser el poderoso influjo de Granada, heredero de estos predecesores, y hablando de estas imperecederas verdades, en la España del siglo XVI.

Porque, no háy que dudarlo, señores: el siglo XVI fué la edad culminante de España, el apogeo de su poder; porque en ella llegó á su grado máximo el principio á que debió su formación, su unidad, la misión providencial de su destino.

Cuando Dios, según la terrible expresión del Profeta, dió un silbido para congregar á las gentes del Aquilón sobre el corrompido coloso del Imperio que había ya llenado su misión cumplidamente en la Historia, tres elementos se encontraron en el teatro de la catástrofe, que acabaron al fin por combinarse en el supremo organismo de la Cristiandad: los bárbaros, el Imperio y la Iglesia.

En Italia, según el sentir de los historiadores, prevalecieron, como era natural, las formas de la civilización romana, á que debía su esplendor; en Francia y Alemania los bárbaros implantaron con mayor fuerza el espíritu lividualista y feudal de que venían animas, mientras que en España, menos poderos estos elementos que el eclesiástico, reci-

bieron más pronto y de una manera más eficaz el sello de la Religión que les impuso con mano paternal la Iglesia, y que atestiguan, como gloriosos monumentos de nuestra civilización, los memorables Concilios de Toledo.

Por eso cuando la barbarie, saliendo de nuevo de sus desiertos de hielo del Norte y de las arenas abrasadas del Mediodía, vuelve á llamar á las puertas de la civilización cristiana, el Islamismo sucumbe al cabo á manos de la nación española, mientras que la Reforma triunfa en Alemania y penetra en Francia, siendo Italia la arena en que España riñe sus últimas batallas en defensa del *Palladium* de la civilización europea.

La múltiple variedad de tribus aborígenes y colonias griegas y africanas unificadas por la Cruz en la antigüedad, y fundidas con las razas del Norte en el seno de una nación por el báculo de los Obispos, más aún que por la espada de los guerreros y que por el cetro de los Reyes, hacen en tal manera de la fe la forma substancial de su organismo, que ni sin ella se comprende su existencia como nación, ni sin la nación se alcanza, dados los trazos de la Historia, cómo pudo salvarse humanamente la fe en los días críticos de la Edad Moderna.

El cántabro feroz, el formidable astur, almogávar indomable, que, custodiando las s

gradas reliquias en las cuevas de sus inaccesibles montañas, descendieron por las faldas del Pirineo para pelear con el árabe mahometano, como antes habían peleado con el godo arriano y con el romano politeísta, alistados ya en los invencibles tercios españoles, son los héroes de aquella inmortal epopeya, escrita con sangre para siempre en las páginas de la Historia, contra el germano protestante sobre las nebulosas márgenes del Elba, y contra el turco infiel en las hirvientes aguas de Lepanto.

Con razón ha dicho un profundo escritor que veo sentado entre vosotros, que fué en suma de suyo grande y magnífico el siglo XVI, porque condensó en él todos los esfuerzos públicos ó latentes de la Edad Media (1).

La Historia de España, durante esta Edad, es la epopeya gloriosa de una Cruzada permanente. En medio del estruendo y del fragor de la lucha por la fe, prepara misteriosamente la Providencia sus caminos, y sólo cuando suena la hora solemne señalada por Dios en la Historia, se comprende toda la transcendencia del continuo guerrear de ocho siglos por la Cruz, desde Pelayo á Isabel la Católica; el irresistible impulso que llevaba las galeras de Aragón á las costas italianas; el ansia de expediciones

(1) El Sr. Cánovas del Castillo.

náuticas que hizo de Portugal *la nación sabidora en el descobrir;* el fervor religioso que hizo expulsar de nuestro seno á los eternos enemigos de nuestra nacionalidad, atentos á aprovechar toda ocasión favorable de herirnos por la espalda; la supremacía del poder real sobre el feudalismo español y sobre las comunidades populares, y hasta la muerte en flor del Príncipe heredero de los Reyes Católicos, causa de la providencial alianza de las coronas de Castilla y de Aragón y del Sacro Romano Imperio sobre las sienes de Carlos V.

En efecto: la eterna lucha entre el Oriente y el Occidente, que ya nos predice en una de sus más célebres maldiciones la Biblia, y que inicia Grecia bajo los sagrados muros de Ilion, para terminarla en las memorables jornadas de Maraton, de Salamina y de Platea; la lucha religiosa, científica, artística y social entre el panteísmo fatalista y el antropomorfismo espiritual, que hace del Occidente el pueblo preparado por Dios para recoger la herencia del Oriente desheredado por el deicidio; la lucha entre la civilización asiática con sus castas y con sus déspotas, con sus eunucos y serrallos, y sobre todo con su esclavitud, y la civilización europea con sus santos, sus magistrado- y sus filósofos, sus caballeros, sus damas y su ciudadanos; la lucha en cuya variada histori

figuran, como otros tantos luminares que alumbran la marcha de la humanidad, los nombres de Sócrates y de Fidias, de Alejandro y de Santo Tomás, de Pelayo y Carlos Martel, de las guerras médicas y de las Cruzadas; la lucha que tiene, ya á Homero, ya á Tasso, por cantor, va á reanudarse de nuevo en Europa en el seno mismo de la Cristiandad, presentando con el símbolo de la Media Luna, á la civilización hija de la Cruz, la más formidable de sus batallas.

Los soberbios Osmanlis, conquistadores de *la Madre del universo*, que había preferido ver triunfante en Bizancio el turbante del Gran Turco á la Tiara del Pontífice, invencibles por mar hasta entonces, ponen sitio por el Tirreno y el Adriático á la ciudadela del Pontificado, y avanzan amenazadores sobre el corazón del Imperio, el alma y el cuerpo de la Cristiandad en la Edad Media, al tiempo que los corifeos de la Protesta, encendiendo la guerra intestina en frente de la extranjera, se ligan con los modernos bárbaros, como reconociéndose hijos de un mismo espíritu, mientras el *Monarca defensor de la fe*, y el *Cristianismo primogénito de la Iglesia*, anteponiendo su liviandad cruel y sus rivalidades personales á los inte-
s de la civilización, hacen causa común con
s; y, ¡triste espectáculo por cierto, aunque

excepcional por fortuna! algunos de los soberanos de la misma Roma, obcecados por su amor á la independencia de Italia, que tan mal había de pagarles Italia en lo sucesivo, parecen contrarrestar, como Reyes, los intereses que defienden como Pontífices.

Entonces fué cuando Dios, que se había preparado, en el secreto de sus designios, un pueblo, premió su fe y su virtud, constituyéndole en caballero mantenedor de la Religión; y para que saliera gallardamente con su empresa adelante, derramó sobre él el soplo de su gracia, poblándole de santos, héroes y genios, como nunca los soñó iguales nación alguna en tan corto período de su Historia. El siglo de Pericles en Grecia, el de Augusto en Roma, el de Luis XIV en Francia, apenas pueden competir con el siglo que, más que de *la Reforma* ó de *León X*, merece el nombre de *Siglo de Oro de la Civilización Española*.

Desde que la toma de Granada pone fin á nuestra gloriosa reconquista hasta que la anexión de Portugal completa nuestra unidad nacional; desde el descubrimiento de América hasta la publicación del *Quijote;* en el espacio que media entre la expulsión de los judíos y la expulsión de los moriscos, es decir, en el corto espacio de poco más de cien años, Es-ña realiza tal número de epopeyas, que, nc

biendo hallado aún Homero digno de cantarlas, parece, cuando se las encuentra dispersas por las crónicas, que sueña delirante la cabeza, excitada por los efluvios del corazón henchido del amor patrio.

Que ensueños y no otra cosa parece la Historia de aquella España que, después de haber contrabalanceado con su valor el poder de Roma y de Cartago; después de haber asombrado al imperio con el esfuerzo de sus mártires, con el saber de sus filósofos, con la inspiración de sus poetas y con el genio de sus Emperadores; después de haber iluminado la Cristiandad con el reflejo de su brillo en el siglo de oro de la España goda, reducida por la traición á los tenebrosos antros de una cueva, desciende como un alud de las nevadas montañas del *País de los torrentes*, y arrollando al África y al Asia y á Europa entera en ocasiones, hace del Mediterráneo un lago español que no pueden surcar los peces si no llevan sobre sus escamas las barras de Cataluña, asombra con el estruendo de sus espadas, que *despiertan* chocando sobre la tierra, las regiones clásicas de Italia, de Grecia y del Oriente, arranca del cielo de la victoria el astro de la Media Luna para hacerlo trofeo de sus plan-
rompiendo las columnas de Hércules
ierran el paso á la impetuosidad de su

genio, cabalga sobre las tempestades del ignoto Océano, hace del Nuevo Mundo una simple colonia española, y engarza el sol en la corona de Castilla, para que alumbre sin cesar los domínios que rige el poderoso cetro de sus Monarcas.

Y mientras ante la proa de las carabelas españolas surge de entre la bruma de los mares América dormida entre sus ondas, Vasco de Gama, venciendo el poder de Adamastor, dobla el Cabo de las Tormentas; Vasco Núñez de Balboa saluda desde las cumbres del Darién el gran Océano Pacífico, y se entra armado por sus aguas, tomando, espada en mano, posesión del mar del Sur, en nombre de los Monarcas españoles; Magallanes rompe con la cortante proa de sus naves el estrecho que ha de unir el Oriente con el Occidente; Orellana se abandona á la vertiginosa corriente del Marañón hasta el Atlántico; Solís remonta animoso el curso del río de la Plata; Pinzón descubre el Brasil, y, atravesando el Ecuador por el lado Occidental del Atlántico, contempla atónito las maravillas celestes del nuevo hemisferio, y mientras Hojeda, Pinzón, Cabral, Almeida, Alburquerque, Ponce de León, Alvarado, Quirós y tantos otros registran los senos del planeta. El Cano graba con la acera quilla de su *nao* inmortal alrededor de la ti

rra el lema de su blasón nobiliario: *Primus circumdedisti me*, simbolizando de una manera sublime, según la hermosa expresión de nuestro Balmes, que la civilización española tomaba posesión del Universo.

Época verdaderamente maravillosa, señores, en que mientras nuestros audaces investigadores arrancan á la naturaleza sus secretos, completando el conocimiento del planeta nuestros insignes capitanes, paseando en pos de ellos victoriosos los blasones de Aragón y de Castilla, sujetan al yugo español la mayor parte del universo; pues apenas caía en nuestro poder el último baluarte de la morisma española con la rendición del reino de Granada, el reino de Nápoles venía á consolidar nuestra influencia en Italia, Navarra completaba nuestra dominación en el Norte de la Península, Orán aseguraba nuestro predominio en África, Hernán Cortés, Pizarro y Almagro tomaban, al frente de un puñado de héroes legendarios, á través de todo género de imposibles, posesión de los imperios de los Aztecas y de los Incas, el Duque de Alba nos conquistaba á Portugal, y en batallas como las de Otumba, Muhlberg, Túnez, Pavía, San Quintín y Le-nto, aterrábamos á nuestros adversarios con stro valor, y hacíamos prisioneros ó vasa- de nuestras armas á los emperadores de

Méjico y del Perú, al rey de Francia, á los príncipes soberanos de Sajonia y de Hesse, á los reyes de África, y hasta el mismo Soberano de Roma caía á nuestro pesar en nuestras manos; en tanto que el cetro de Inglaterra venía á ocupar la diestra que regía el cetro español, como la corona de Alemania había venido á gravitar sobre las sienes que ceñía la diadema de San Fernando.

Y todo, todo por el servicio de la fe: que si con las letras y las armas España combatía idólatras en el Nuevo Mundo, mahometanos en África, herejes en Europa, y judíos, moriscos y falsos cristianos en España, aún las guerras y las conquistas que tenían al parecer un objeto más material, como los derechos de una familia, la destrucción de unos piratas ó el comercio de las especias, no reconocían otra finalidad que la salvaguardia de la Religión, el oro necesario para una nueva cruzada, la conversión y el bautismo de los infieles y la defensa de la Iglesia, aun en aquellos mismos instantes en que los hombres que la regían se contaban en el número de nuestros más encarnizados enemigos.

Así Colón, errante sobre la tierra, despreciado por los grandes y escarnecido por los pequeños, sólo amparado por dos frailes, monje y un Cardenal, abandona la sopa de

convento que como limosna le daba la Religión y se embarca en las carabelas, que como limosna le daba la Monarquía, más que para abrir nuevos derroteros á la navegación y al comercio, más que para descubrir nuevos mundos, para hallar en los fabulosos tesoros del Katay recursos con que reconquistar el Santo Sepulcro, y devolver á la Cristianidad su Jerusalén libertada; Isabel la Católica se despoja de sus preciadas joyas con placer, pensando, no en las ocultas riquezas de las minas, ni en mayores dominios que sojuzgar, ni en los nuevos esclavos y vasallos, sino en las tristes almas de los infieles privadas de la luz espléndida de la fe, y Felipe II se opone al abandono de nuestras Islas Filipinas que le proponen sus estadistas más capaces, por no abandonar á los indígenas en brazos del error, salvando así con su *fanática piedad* el más rico joyel de nuestras riquezas coloniales. Por eso el Nuevo Mundo recibe el bautismo de la religión de manos de nuestros infatigables misioneros, antes que la confirmación de la Monarquía de manos de nuestros heróicos soldados; la Cruz se levanta antes que el pendón real, lo mismo en América que en Granada, para proclamar reinado de Dios en los dominios del infier- antes que el de los Monarcas españoles en s del salvaje y el moro; Colón pone el nom-

bre de *Santa María* á la primera carabela en que se embarca, y el de *El Salvador* á la primera isla que descubre; la ciudad que los Reyes Católicos improvisan en frente del último baluarte de la Media Luna en España, tiene por nombre *Santa Fe;* el primer cuidado de Hernán Cortés en su conquista es levantar el leño de la Cruz sobre las aras de los ídolos en el imperio de Motezuma; Magallanes da el nombre de *Todos los Santos* al estrecho que ha de inmortalizar su nombre; y El Cano, dada la vuelta al mundo, corre á la Iglesia á cumplir sus votos á Dios y á Nuestra Señora de las Victorias, haciendo así del altar el primero y el último paso de su portentosa jornada.

¡Qué extraño es, pues, señores, que los que todo lo hacen por la Religión, busquen en la Religión su fuerza, y, como Pizarro, Luque y Almagro, comulguen con una misma hostia partida en tres pedazos, antes de entregarse á los azares de su expedición maravillosa, ó, como Carlos V, señalen por General de sus ejércitos y armadas contra el corsario Barbarroja á Nuestro Señor Jesucristo! Si guerreros tan formidables y capitanes tan temidos como el vencedor de Flandes, de Alemania y de Portugal proclamaban entre la gloria de sus campañas, como pudiera hacerlo el más devoto de nuestros místicos, «que ni aun á trueque de ir

al cielo quisieran cometer un solo pecado,» ¡cómo extrañar los soberanos alientos que comunicaba á su corazón el sentimiento religioso, suministrándoles esfuerzo para dar pronta cima y cumplido fin á las más increíbles hazañas! Así, la vista de un crucifijo arcabuceado por los luteranos alemanes en las encrucijadas de un camino del interior de la Bohemia, encenderá de tal suerte el ánimo del Emperador y de sus capitanes españoles, que acaso decida de la suerte de la Cristiandad en la memorable batalla de Muhlberg, y los soldados de D. Juan de Austria, asombrados ante la copia de naves otomanas, sentirán enardecerse su corazón al percibir desde sus galeras, en el instante solemne del acometer, el sordo rumor de la Cristiandad, que desde las remotas playas de Occidente eleva su voz á Nuestra Señora del Rosario, pidiéndole ayuda para nuestras armas, en la más alta ocasión que vieron y verán los siglos.

Suerte verdaderamente excepcional, señores, es ésta de España, por fortuna; pues mientras las glorias de otros países, ó sus hechos más memorables, están en oposición con los intereses ó con los principios de la Religión ...ladera, como le sucede á Alemania con su ...sofía, á Francia con su revolución, á Sue... y los Países Bajos con su independencia, á

Italia con su reciente unidad, en nuestra patria sucede todo lo contrario: todas nuestras hazañas son católicas, y el genio de la gloria que animó á nuestros insignes capitanes é inspiró á nuestros artistas y poetas en sus creaciones más gallardas, lleva en su mano, para mostrarles el áspero camino de la inmortalidad, la clara antorcha de la fe.

Que cuando las hogueras del Santo Oficio levantaban más alto sus llamas y la juventud española se anegaba entre las ondas que hicieron zozobrar la *Invencible;* al tiempo que los Reyes Católicos expulsaban á los judíos, por no vender como Judas el Cristo que les presentó Torquemada; mientras que San Ignacio alistaba los héroes de su gloriosa Compañía, y Carlos V arrojaba, en son de reto, su guante á la Reforma en Occidente, y en Oriente al Gran Turco; durante las guerras por la fe que sostuvo la Casa de Austria en nombre del pueblo español con toda Europa, se levantaba el Escorial y se imprimían las dos Políglotas; llevaban la voz nuestros Doctores en las Universidades más célebres de Europa; se vertían á todos los idiomas nuestros autores castellanos; escribían nuestro teatro Lope, Tirso, Moreto y Calderón; era nuestro novelista Cervantes, y nuestro historiador Mariana; renovaba todas las disciplinas Luis Vives; enlazaba Foxo Mor-

cillo el genio de Platón con el de Aristóteles; escribía Suárez su *Metafísica;* cultivaban las lenguas orientales Fr. Luis de León y Arias Montano; las de la clásica antigüedad Arias Barbosa y Nebrija; el Brocense la *Gramática general;* investigaba León Hebreo los misterios recónditos de la belleza, y los secretos resortes del gobierno de las repúblicas Quevedo, Saavedra y Furio Seriol; la ciencia del derecho entregaba sus tesoros á Alpizcueta, Antonio Agustín y Covarrubias; se elevaban á las alturas de la contemplación en alas de nuestra lengua los dos Luises, Santa Teresa y San Juan de la Cruz; arrastraban la muchedumbre tras de sí Ávila y Granada con su predicación; enseñaban astronomía Alfonso de Córdova y Juan Moya; herborizaban Acosta y Hernández; escribían *La Araucana* Ercilla, Camöens sus *Luisiadas*, Herrera sus *Canciones*, sus *Églogas* Garcilaso, y Góngora sus *Romances;* eran nuestros arquitectos Toledo y Herrera; nuestros pintores se llamaban Juan de Juanes, Rivera, Zurbarán, Velázquez y Murillo; Montañés, Berruguete y Alonso Cano nuestros escultores, y mientras hasta

«El aire se serena
Y viste de hermosura y luz no usada,
Salinas, cuando suena

La música extremada
Por vuestra sabia mano gobernada,»

la Ciencia de las ciencias, la Sacra Teología, despide á torrentes su esplendor, y sobre la innumerable multitud de santos, genios, sabios, de capitanes invencibles y de navegantes y conquistadores que los griegos hubieran elevado á su Olimpo, y que brotaban espontáneamente de nuestro suelo, fecundado por el sol clarísimo de la fe, descuellan nuestros teólogos como ¡Victoria, Melchor Cano, los dos Sotos, Láinez, Salmerón, Suárez! ¡terror de la herejía! ¡admiración y pasmo de la Cristiandad! ¡oráculos de Trento! que hicieron de aquel glorioso Concilio un Concilio español, secundados por la valía de nuestros embajadores, como Vargas y como Mendoza, y por el empeño con que le promovieron, auxiliaron y confirmaron con sus leyes los fervorosos Monarcas españoles (1).

Que no en vano se apellidaban nuestros Reyes, ya antes *Católicos* por antonomasia, *brazo derecho de la Iglesia; Corona defensora de la fe*

(1) Acerca de lo que en ciencias y letras, religión y artes, produjo la España inquisitorial durante el siglo [illegible] consúltense, para apreciar debidamente su valor, las [illegible] de Menéndez Pelayo, señaladamente el tomo III d[illegible] *Heterodoxos Españoles* y *La Ciencia Española*.

nuestra Monarquía; *pueblo de Dios* el pueblo español, y pudo decir el Nuncio Castiglione, contendiendo con Alfonso de Valdés sobre el *Saco de Roma*, «que si Nuestro Señor Jesucristo había fundado la fe, la había restaurado Carlos V.»

Por eso más que por nada merecimos ser blanco de las calumnias é injurias de la Europa protestante, tantas veces humillada por nuestras armas, que llamaba *Demonios del Mediodía* á nuestros Reyes; exageraba, olvidándose de la suya inconsecuente, nuestra consecuente intolerancia, y se propuso y consiguió deslustrar á los ojos del mundo moderno nuestras glorias; y aun hoy mismo el positivismo indiferente de nuestros días acusa por la pluma de Buckle á Carlos V porque se jactaba al fin de su carrera de haber pospuesto siempre su patria alemana á su fe religiosa, así como á Felipe II por aquella máxima favorita, clave de toda su política, según él, formulada en estas palabras: «que valía más no reinar que reinar sobre herejes;» idea á que subordinó toda su ambición, porque si soñaba, dice este escritor, con el imperio de Europa, era porque con él contaría con más recursos para restaurar la autoridad de la Iglesia; y ¿qué ...s? hasta el mismo Rousselot, que demues... menos horror á nuestras cosas, nos pinta

con colores sombríos á Carlos V en la soledad de su retiro de Yuste, con la vista siempre fija sobre el mundo que abandonó, lanzando el grito de alarma contra el protestantismo en España, grito que asusta al mismo Felipe II y al terrible inquisidor Valdés, y obliga á la Inquisición española á avivar la llama de sus hogueras.

Y no se equivocaron en sus odios los sectarios de la Reforma: sin aquel hombre providencial en quien reunió Dios las dotes del gran capitán y del gran político; sin aquel Rey, español, alemán y flamenco á la vez, que personificaba y enlazaba con su personalidad los miembros distintos de su imperio; sin aquel gran Emperador que reunió y combinó debidamente los tesoros del Nuevo Mundo por la corona de Castilla, los derechos sobre Italia por la corona de Aragón, y sus deberes con la Iglesia y la Cristiandad por la corona de Carlomagno, la Protesta, propagándose con rapidez por todas partes, hubiera vuelto á Europa á los más crudos tiempos de la barbarie germánica, y Solimán, cayendo sobre ella de improviso, hubiera hecho resonar las herraduras de su caballo bajo la cúpula de San Pedro, como pocos años antes Mahometo bajo la bóvedas de Santa Sofía.

No fué, pues, con el imperio universal co

lo que soñó Carlos V, como juzgaron superficiales exploradores de la Historia, sino en ser el campeón de la Iglesia, de la Religión, de la Cristiandad, de la civilización occidental, en suma, expuestas como nunca á perecer al embate de la barbarie oriental, y amenazadas en su Religión por el Corán, en su familia por el harem, en su libertad por la tiranía y la esclavitud, y ¡pluguiera á Dios que Francisco I y Enrique II, Enrique VIII é Isabel I, hubieran cumplido sus deberes de Reyes cristianos como el Emperador, y que Clemente VII y Paulo IV hubieran seguido el ejemplo que les había dado León X, y que les confirmó San Pío V!: las banderas de la cristiandad hubieran flotado sobre las torres de Bizancio; la Cruz hubiera tomado posesión en otra nueva Cruzada de los Santos Lugares; Europa no hubiera visto cubrirse de sangre y ruínas su suelo á la voz del Hijo de perdición; América, desposándose con España á través de los mares, hubiera recibido en arras la civilización europea en todo su esplendor y sin ninguna de sus sombras, y la Iglesia, regocijándose ante el cuadro amoroso de todos sus hijos abrazados en torno de la Cruz, hubiera visto realizadas esperanzas que sonreían á Carlos V cuando, elevación al Pontificado, de Adriano, es- ía á su antiguo preceptor estas memora-

bles palabras: «*Me semeja que, estando el Papado en vuestras manos y el Imperio en las mías, es para que hagamos juntos buenas y grandes cosas.*»

Pero es necesario proclamar muy alto que si Carlos V fué el héroe de esta epopeya, España fué su instrumento como nación, y sólo á condición de identificarse con su destino y de personificar la misión que venía desempeñando en la Historia, pudo la casa de Austria llenar cumplidamente su deber, pues si en aquel duelo colosal con todo el orbe España fué el principal sostén del Emperador, y aun del imperio, el Emperador, al sostenerlo, no hizo más que ser mandatario humilde de la nación, que le gritaba con la voz de sus teólogos y filósofos, de sus políticos y poetas, con la voz del genio de sus artistas y el grito de la soberanía nacional, que hiciese contra el germano y el turco lo que Pelayo y Jaime el Conquistador, lo que los Alfonsos y Fernandos habían hecho contra el árabe y el moro en ocho siglos de contienda: ser el centinela avanzado del Occidente, el dique de la barbarie oriental, el Josué del pueblo escogido por Dios para detener el sol en su carrera, como luminar perpetuo del campo de batalla en que, cual nuevos Macabeos, peleaban por su patria y su Dios.

Tal era, señores, el pueblo en que Fr. L[illegible] de Granada iba á ejercer su misión de após[illegible]

de la palabra divina; y si, como dice Lacordaire, el orador y el auditorio son dos hermanos que nacen y mueren el mismo día, y á los que se puede aplicar el dicho profundo de Cicerón: «No hay orador grande sin la multitud que le escucha;» si á los ojos de este insigne orador toda voz es el eco de su siglo, y sólo la voz de Dios puede sustraer al hombre de esta otra voz que le rodea y le penetra, ¿cómo extrañar que Fr. Luis de Granada, que oía estas dos voces acordes y harmoniosas á un tiempo, fuese como el eco poderoso de ellas y como el instrumento providencial y viviente, para que resonasen en dos mundos con los graves acentos del habla castellana?

Y después de esto, señores, si la Elocuencia es el poder sobre todo poder, como nos ha demostrado su filosofía y nos ha confirmado su historia; si sobre todas las elocuencias descuella, soberana por su propia virtud, la elocuencia sagrada; si todo orador se agranda á medida que aumenta la grandeza de su auditorio, y no hubo pueblo como el pueblo español en los grandes días de su Historia, para inflamar la inspiración y para recoger la palabra del orador sagrado, tendremos forzosamente que reconocer, á menos de negarle toda elocuencia, inmenso influjo de Fr. Luis de Granada en 1 siglo, en su lengua y sobre su patria.

Entonces comprenderemos fácilmente la inmensa autoridad y prestigio que alcanzó en breve en todo el orbe el huérfano de la lavandera del convento de Santa Cruz de Granada, el solitario de las ermitas de los Ángeles en el desierto de Córdoba, el que, obediente á su vocación, hizo de la predicación un oficio, su única y exclusiva ocupación, á la que pospuso toda clase de cargos y de honores, y en la que le sorprendió, como en su cantar al cisne, más que las sombras de la muerte, la aurora de la inmortalidad.

Porque aquel fraile mendicante, que, atento sólo á la gloria de Dios y á la salvación de las almas, no salió de su celda más que para subir al púlpito, vió á las muchedumbres arremolinadas á su alrededor, para recoger sedientas el rocío de su palabra; vió á los Príncipes y á los Reyes arrodillados á sus pies, para pedirle dirección y consejo; los Pontífices le escribieron á ruego de los Santos más ilustres de la Cristiandad, para darle alabanzas por sus escritos; le aplaudieron las Órdenes y le ensalzaron las Universidades; tuvo que rechazar con tesón dignidades, mitras y capelos; sus obras, publicadas cien veces, se tradujeron á las lenguas sabias de la antigüedad, á todas las modernas de Europa y hasta á las más bárbaras del Oriente, y ganosos de contemplar su

rostro y su figura, vinieron en hábito de peregrinos muchedumbre de gentes á Lisboa, con el sólo fin de visitarle, como se apresuró á hacerlo á su entrada triunfante en Portugal Felipe II, como también lo hicieron el gran duque de Alba y el invencible Andrea Doria, y como de sí propia afirma Santa Teresa que no lo hubiera dejado de hacer *por ningún trabajo, si se sufriera conforme á su estado y ser mujer.*

Calculad, pues, señores, cuánta sería su elocuencia para granjearle en vida tanta fama en un siglo y en un país en que la santidad, la ciencia, el genio artístico y literario eran cosa casi ordinaria y común, y en que, ocupados en las más arduas empresas, teníamos como distraída la atención con el espectáculo de las más gloriosas hazañas.

Harto lo dicen los elogios con que la Historia pregona su valer, el llanto que derramó la Cristiandad sobre su tumba, el entusiasmo con que encarece su memoria la Patria. Su Orden lo enumera entre los mayores discípulos del Angel de las Escuelas; el Renacimiento lo apellidó su Cicerón; Fr. Luis de León dió testimonio á Arias Montano de que Granada había recibido de Dios el don sobrenatural de la elocuencia; la Iglesia calificó de milagrosos sus escritos, y la voz de la posteridad le confirmó el título que le expidieron sus contemporá-

neos, dándole el nombre, glorioso sobre todo nombre, de *Angel de la Elocuencia Cristiana*.

Y tuvieron razón para llorarle y mantener viva su memoria, porque si su voz llenó todo su siglo y elevó tan alta en España la meta del bien decir, su muerte lo evidenció con el vacío que dejó en las letras su silencio; pues semejantes á los torrentes desbordados son los genios de la humanidad, y no se conoce bien la altura y la fuerza de una inundación hasta que se retiran las aguas.

En vano levantaron su voz, apagada ya la de Granada, los Salustios, los Lanuzas y los Vieiras: la elocuencia de Santo Tomás de Villanueva y del venerable Ávila había llegado á su apogeo en Granada, y le era forzoso declinar. La Cátedra del Espíritu Santo enmudeció con la muerte del más preclaro de sus oradores. Los que la ocuparon después no tuvieron voz bastante poderosa para llenar el vacío que había dejado en ella Fr. Luis, y sobrevino la irremediable decadencia. No pudiendo seguir el majestuoso vuelo de su sublime sencillez, se buscó la elocuencia en los discreteos y retruécanos, y en el abigarrado oropel del culteranismo literario. El cetro de la oratoria sagrada cayó de nuestras manos en las del pueblo de Luis XIV, y mientras Fr. Hortensio Paravicino llevaba á su perfecc

el gongorismo oratorio, cuyos excesos tan rudamente había de fustigar más tarde el P. Isla en su *Fray Gerundio de Campazas*, el púlpito francés resonaba elocuente con los ecos de nuestra voz, que, por más que lo nieguen ó desconozcan sus críticos, está sobrado patente en Bossuet, en Bourdaloue, en Massillon y en Fléchier la influencia de nuestro Fr. Luis de León y de nuestro Fr. Luis de Granada. Pues, por más que se dé tortura al ingenio para adular el orgullo y la vanidad nacional, no se puede encontrar explicación suficiente á la rápida elevación de la Oratoria sagrada en el púlpito francés, tan acerbamente censurado por Montaigne poco antes, no siendo en el natural influjo de nuestros oradores sagrados, especialmente de Granada, cuya voz había resonado en todos los ámbitos de la Cristiandad, y cuyas obras, que habían sido las delicias de Santa Teresa de Jesús, de San Carlos Borromeo, de San Francisco de Sales y de la Patrona de las Indias, y que un ilustre franciscano había visto ofrecer como rico don al poderoso Monarca de la Persia, continuaron ocupando puesto de honor en todas las bibliotecas del mundo conocido.

Porque, ¡será casualidad! pero lo cierto es e sus títulos afamados saltan á los ojos del toriador en los lugares más diversos, lo mis-

mo entre los libros escogidos con que adornó las desnudas paredes de su celda el solitario de Yuste, que entre los contados volúmenes con que entretuvo su resignación admirable el maestro León en las cárceles del Santo Oficio, y hasta en los calabozos del Terror, donde acompañaron sus obras al empedernido Marchena, al colaborador de *El Amigo del Pueblo*, de Marat, al individuo del *Comité de salvación pública*, que no quiso desprenderse de este tesoro, ni aun en su fuga presurosa con los representantes de la Gironda, ni aun en sus peregrinaciones y destierro por las orillas del Rhin y á las montañas de Suiza, enamorado de las galas del orador, á pesar de que, forzado por su soberana elocuencia, derramaba lágrimas al leerlas, trocándose durante algunos momentos todos los días, el ateo jacobino y terrorista francés en pío y fervoroso cristiano.

Por eso pudo decir Fr. Miguel Rosel, de Granada, con tan general aplauso como profundidad y razón: «*que así como Santo Tomás había venido al mundo para alumbrar los entendimientos de los hombres, Fr. Luis había venido para encender las voluntades.*» Y esta elevada misión que le reconoció todo su siglo, obedece, por otra parte, también al plan de la economía divina en la Historia. Pues si fué admirable providencia de Dios que el *Angel de las Escuel*

dictase los cánones de la verdad científica en la Italia y la Francia del siglo XIII en la época de mayor desarrollo intelectual de la Cristiandad, cuando, dada al sutil ejercicio de la dialéctica, entraba por primera vez en posesión de los monumentos de la antigüedad, pervertidos por los comentarios de los árabes, en los albores del Renacimiento filosófico, cuando apuntaban los gérmenes de la protesta y comenzaba la emancipación y la secularización de la sociedad, pasados los siglos de hierro, no fué menor que la palabra del *Angel de la Elocuencia* resonase potente en la España y el Portugal del siglo XVI, en pleno renacimiento literario y artístico, verificado ya el cisma de la Cristiandad por la Reforma, entre judíos y moriscos, y cuando América, catecúmeno de Europa, pedía las enseñanzas de la revelación sobre el espíritu, en cambio de la revelación de sus maravillas sobre la naturaleza.

Y que Fr. Luis de Granada informó los períodos ciceronianos de su elocuencia con las fórmulas abstractas de la ciencia de Santo Tomás, es cosa de todo punto innegable para quien hondamente penetre en la teología dogmática, mística y moral, en la metafísica general y particular que ilustran las obras de los Frailes Predicadores.

¿Quién que haya sondeado los misterios de

la metafísica de Santo Tomás y los arcanos de su teología; quién que se haya engolfado en los profundos y sutilísimos análisis de las pasiones en su antropología y en su moral; quién que haya admirado el orden, la elevación, la claridad y hasta la prudencia doctrinal que resplandecen en sus obras, y haya reconocido los tres grandes caracteres teológico, filosófico y místico, que imprimen tan profundo sello á sus escritos, dejará de reconocer la huella del león escolástico en las vastas amplificaciones, en las subdivisiones múltiples, en los apóstrofes é invocaciones con que el *Águila de la Elocuencia* declara la soberana grandeza de Dios, manifiesta la sublime alteza del hombre, pone de relieve la espléndida harmonía del universo, y registra los últimos repliegues del corazón humano en que se refugia y esconde el imperceptible germen del amor propio?

Sin duda alguna no podrá menos de reconocer que, á través de la piel sonrosada y viviente de la retórica del orador, se adivina el esqueleto y los músculos de hierro de la filosofía del Doctor, no agobiados con la pesadumbre embarazosa de la carne, sino embellecidos y disimulados con la suave redondez de sus formas y la clara transparencia de su color.

Y no podía ser de otra manera: la filoso de la elocuencia nos demostró la necesidad

tiene la elocuencia de la filosofía; y si el orador profano nada puede decir elocuentemente de Dios sin la teodicea que le avalora sus infinitas perfecciones, ni del hombre sin la antropología que le enseña la unidad misteriosa de su sér, en que se unen el espíritu y la materia, formando un abreviado de todo el universo, ni del mundo sin la cosmología que le manifiesta el orden cósmico de la creación, ¿cómo el orador sagrado por excelencia había de desconocer estas enseñanzas, y qué otras enseñanzas había de profesar que las de aquel sabio Maestro, gloria de su Orden, que, no contento con haber levantado sobre la tierra con la fuerza de su razón el monumento de la filosofía católica, hizo bajar del cielo, encendiéndola en la luz de la revelación, la llama de la sacra teología, para que coronase dignamente la gran pirámide de la ciencia cristiana, erigida en el centro de la Historia, como luminoso faro que alumbrará perpetuamente los derroteros de la humanidad?

No: Fr. Luis de Granada conocía y profesaba la doctrina de Santo Tomás, y hacía de ella como el alma de sus sermones. Abrid la *Suma* de Santo Tomás y la *Guía de Pecadores* ó el *Símbolo de la Fe* de Granada; comparadlos de la primera advertencia ó introducción que manifiestan sus propósitos, y teniendo

en cuenta que el uno obra en la esfera de la pura especulación, como quien trata de formar el *Doctor cristiano*, y el otro en la esfera práctica de la voluntad, como quien se propone realizar el ideal práctico del *Justo*, veréis, no el plagio vulgar ni la servil imitación, sino el sublime paralelismo de sus obras, el desarrollo y la amplificación con que difunde y aplica el orador las enseñanzas del teólogo.

Conocéis la economía admirable de la *Suma*, el cuadro portentoso en que Dios aparece en la cúspide de la realidad, demostrado por la razón y la revelación y velado entre los misterios de la gloria: á sus plantas la creación brotada de la nada, como reflejo de su hermosura y como muestra de su poder; de un lado la esfera espiritual, el mundo de las inteligencias celestiales; de otro la esfera material, el mundo de las substancias corpóreas; en medio la humanidad, enlazándolo y abarcándolo todo en su unidad maravillosa imagen de la esencia divina; después el mal, rompiendo la harmonía de la creación por el abuso de la libertad, su lucha con el bien, que constituye la trama de la Historia, y finalmente la redención por la encarnación del Verbo divino y la pasión y muerte del Hijo de Dios, que nos da el reme-dio espiritual con los Sacramentos de la Igle-sia, y nos abre las puertas de la eterna bien

venturanza, que constituye nuestra finalidad, ó sea la posesión del mismo Dios, principio y fin de todas las cosas.

Pues bien: la *Guía de Pecadores* y el *Símbolo de la Fe* no tienen otro argumento, ni tal vez otra división; no reconocen otro principio, ni conducen á otro fin. El portentoso cuadro que nos enseña Santo Tomás con la luz de su inteligencia, es el que nos describe Fr. Luis á la llama de su pasión; el uno nos lo manifiesta para que lo comprendamos; el otro para que lo amemos: ambos nos dan el conocimiento de la realidad. Santo Tomás en la soberana visión de su belleza, reflejada en la celeste serenidad y limpidez de su verbo terso y transparente; Fr. Luis en los impulsos ardientes de su amor con que transfigura y colora la obra maestra de su palabra.

Con razón ha dicho uno de vosotros que hasta que no se estudien mejor nuestros teólogos y filósofos, no se entenderá del todo bien la historia de nuestra literatura (1).

Porque si la época en que providencialmente apareció Fr. Luis de Granada para elevar la meta de la elocuencia en la Iglesia, era la época del renacimiento español, en que los estudios escriturarios y patrísticos florecían á la

(1) El Sr. Menéndez Pelayo.

par que los trabajos sobre los filósofos y retóricos de la antigüedad, merced á los adelantos filológicos y al espíritu crítico y de controversia que se agitaba en todas partes, sobre las voces de Cicerón y de Demóstenes, de Aristóteles y de Platón, de San Jerónimo y de San Agustín; al lado de la misma palabra de Dios, como síntesis de todas ellas, resonaba la voz de Santo Tomás, que, después de reducir al silencio al racionalismo escolástico y al panteísmo árabe, y de hacer del harmonismo heleno el pedestal de las verdades divinas, á través de los claustros de las escuelas refundidas en nuestras célebres Universidades retumbaba potente como el trueno llenando los ámbitos de la Cristiandad con los acentos de su palabra, á la que respondían como cánticos del cielo y como rugidos del averno los dos gritos del siglo XVI: el de la Protesta, que, arrojando al fuego en Witemberg, con las Bulas de los Pontífices, las obras de Santo Tomás, exclamaba: *Tolle Thomam et disipabo Ecclesiam Dei*; y el de los Padres del Concilio, que, abriendo á cada cuestión la *Suma* colocada con la Sagrada Biblia á los pies del Crucifijo que presidía sus deliberaciones en Trento, exclamaban, mirando al cielo y á la Cristiandad: *Consulamus divum Thomam*.

La influencia de la escolástica, tal como

había depurado y completado Santo Tomás de Aquino, no es menos evidente en nuestros predicadores que lo es en nuestros políticos y juristas, y señaladamente en los teólogos de nuestro glorioso renacimiento.

Á eso debió sin duda Fr. Luis la perpetuidad del favor que gozan sus obras, pues así como Santo Tomás de Aquino es el doctor universal que, atento sólo á la verdad, dicta sus oráculos inefables, sin mirar á la sociedad que le rodea, como quien habla á la eternidad, así Fr. Luis de Granada no se preocupa en sus oraciones con el imperio de Carlos V, como Bossuet con la monarquía de Luis XIV, ni como Lacordaire con la revolución del 89, sino en el alma desterrada sobre la tierra, en la muerte del hombre y en el juicio de Dios, en la caída, en la redención y la gracia; por eso su actualidad es constante, y, como dirigido á todos los hombres, tiene por auditorio á la humanidad.

No se halla sin excepción esta regla, y aunque perdido para nosotros, por desgracia, no es menos cierto que el religioso granadino que en el retiro de su celda oía las consultas del gran Rey y las confesiones del gran guerrero, nquistadores de Portugal, hubo de predicar n sermón, para convencer á los obstinados rtugueses de la conveniencia de la unión de

Portugal con España, que, á juzgar por el asunto y su estilo, debía ser un monumento memorable levantado á la Unión Ibérica en el siglo XVI por la cristiana elocuencia del fraile dominico.

Pero, por regla general, sin más excepción quizá que la precedente, Granada sólo predicaba contra los vicios más aún que contra los errores de su tiempo; porque eran para él los vicios de la Cristiandad la causa final, ejemplar, ocasional y eficiente de los errores, ya porque de la necesidad de justificar la mala costumbre se forja la mala teoría, ya porque la pérdida de la fe es el castigo natural de nuestros pecados.

Y aquí tocamos la nota característica de la doctrina de Fr. Luis de Granada, que al mismo tiempo que señala para nosotros de un modo más terminante la influencia tomista sobre sus obras, nos da el motivo por qué los críticos en general consideran á nuestro gran orador más propiamente como *ascético* que como *místico*.

Fué el misticismo siempre como fragante y hermosísima flor que, brotando naturalmente en la cima de toda religión espiritualista, sólo florece con todo su esplendor y gala en lo más secreto y escondido del pensil cristiano.

El amor desinteresado al soberano bien, á la absoluta belleza; el amor perfecto al amor

sumo, basado en la humana finalidad y en la causalidad divina, si en las falsas religiones del Oriente pudo conducir al anonadamiento de la personalidad del hombre, á la adoración estúpida del Nirvane, á los absurdos dogmas de la palingenesia ó á las sacrílegas prácticas de la theurgia; si en las sectas heréticas del Occidente pudo llevar á los brutales extremos del fanatismo de los fratricellis, begardos y flagelantes, de los convulsionarios de Francia y de los tembladores de Inglaterra, en la Religión verdadera de Jesucristo nos dió los Santos que forzaron las puertas del cielo con sus oraciones desde la tierra, para ver en sus arrobamientos y en sus éxtasis la imagen de la esencia divina, los confesores que alegraron sus calabozos con la luz de las apariciones celestiales, los mártires que asombraron á sus verdugos, entonando desde sus potros el epitalamio de sus desposorios eternos, los doctores que marcaron sobre el mapa de nuestra vida el itinerario de la ascensión del espíritu en pos de la divina unión, y, finalmente, nuestros poetas y oradores, que de tal modo encendieron en el ánimo la lumbre de los espirituales afectos con sus apóstrofes y sus liras, que hicieron de [a]quella ruda lengua neo-latina, *vibrante y agu[d]a como el clamor de una trompeta*, la lengua dul[c]ísima de León y la harmoniosa de Granada.

Y si en esta múltiple variedad que se contiene en la eterna unidad de su doctrina llevan unos á la práctica sus conclusiones, como el solitario con sus éxtasis en sus contemplaciones espirituales, fijan otros su naturaleza, sus divisiones y su origen en las reglas con que determinan su teoría, como el teólogo y el filósofo en sus especulaciones más abstrusas, y cantan otros, como nuestros poetas, los inefables deliquios de la unión perfecta con Dios en la *noche obscura del alma*, tócale señaladamente al orador, cuyo objetivo es la voluntad, cuyo fin es mover, que se sirve como señor de la ciencia que enseña, del arte que seduce, para la acción que busca, tomar al hombre todo entero, y arrastrarle desde la verdad demostrada, y desde la belleza de esta verdad entrevista, á la posesión eterna de ese bien, que sólo se logra en la eternidad, trepando por el áspero sendero de la virtud, arrancando, en suma, por violencia de las manos de Dios las llaves del cielo.

Sin duda por eso, y no por ligereza, como presumen los críticos, debió llamar Donoso Cortés á Fr. Luis de Granada *el primer místico del mundo*, pues el ascetismo que inspira y que informa todas sus obras es, no sólo la única y verdadera raíz del misticismo (que es la unión del hombre con Dios por el amor), en cuanto

la herejía ó desconocimiento voluntario de Dios es consecuencia del pecado, sino también y en la misma manera, su fruto, en cuanto la más alta é íntima unión con Dios por el amor en la tierra sería inútil y hasta perjudicial, si no fuese imposible, no dando por resultado la virtud, que es la fe viva, el amor verdadero y el único camino para unirse con Dios en la eternidad.

Por eso Santo Tomás, como Fr. Luis de Granada, enseñan que el principal resultado de la más alta oración es la resolución de no pecar, y que los éxtasis místicos son recompensas y no méritos, son favores de Dios, pero no Dios mismo, que á Dios sólo se llega mereciendo, y sólo se merece por la virtud, y la virtud sólo se alcanza por la oración. Por eso es de la oración de lo que más predica Granada.

Pero no se crea por esto que faltan en los escritos de Fr. Luis, no sólo aquellas altísimas enseñanzas que acerca del éxtasis, de la visión, del rapto, del amor de concupiscencia y del amor de benevolencia, consignó en sus obras inmortales el *Angel de las Escuelas*, sino ni aun aquellos análisis psicológicos del miscismo subjetivo que sorprende el filósofo des-ientado en las obras de nuestras monjas ás humildes, y es uno de los caracteres co-

munes á los escritores especulativos de nuestra Patria.

No: el hilo de oro extraído de la generosa vena de Platón por manos cristianas, esmaltado por el rayo de luz bajado del cielo, y en que se engarzan como piedras preciosas los nombres del Areopagita, de Hugo y Ricardo de San Víctor, de San Bernardo, de San Buenaventura, de Dante, del autor de la *Imitación* de Gerson, de Suso y de los Ruisbrochios y Tauleros une también con el nombre de Santo Tomás el del más elocuente de sus discípulos; y el que cuidadosamente registre sus obras irá encontrando disuelta, y como esparcida por ellas, la doctrina mística que tan alto ha puesto el nombre español entre los investigadores de *la más alta y generosa filosofía* que vieron los siglos.

En ellas encontrará explicada con los símiles más felices, y con las más ingeniosas comparaciones, la teoría de la gracia, tal como la consignó Santo Tomás, y que es para Granada una participación de la naturaleza divina, una forma sobrenatural, atavío espiritual del ánimo labrado por el Espíritu divino; la diferencia entre la lumbre de la sabiduría y la luz de la ciencia; la alegría y gozo espiritual que proceden de aquella luz; el divino dulzor de la oración que absorbe los cuidados del día y de-

sea la noche quieta para gastarla toda con Dios, principalmente la que es serena y estrellada; el conocimiento de Dios por el estudio de las criaturas; la naturaleza de la meditación y contemplación, y la parte que cabe en ellas á la voluntad y al entendimiento; las excelencias del amor *unitivo* y sus ocho grados ó peldaños por donde asciende el amador desde el conocimiento experimental, por el deseo, la hartura y la embriaguez del deleite, al cumplido reposo de la voluntad sobre los pechos del amado, y, finalmente, aquel árbol místico y simbólico del amor, cuya raíz es la especulación del entendimiento, el tronco el ardentísimo deseo de la voluntad, las ramas las virtudes prácticas de la vida, y su fruto la deseada unión del alma con Dios, cuya divina consonancia explica en un sublime y acabadísimo paralelo entre el espíritu creado y el Espíritu Creador.

Y encontrará todo esto puro, libre de todo asomo de *quietud*, de *alumbramiento* y de confusión ó identidad entre el Creador y la criatura, y expuesto con claridad, en español, sin esconder tras la obscuridad del lenguaje la pobreza del pensamiento, ni buscar en sus equí-
[illegible]os el disfraz para que, con bandera amiga [illegible]religión, penetre el ponzoñoso error por los [illegible]os confiados en el alma cristiana.

Porque en los místicos españoles, y señaladamente en Fr. Luis, no sólo resplandecen los esenciales caracteres del verdadero misticismo, sino que se contienen las reglas para diferenciarlo y distinguirlo en la práctica, lo mismo del anonadamiento budhista que del misticismo espiritista ó teúrgico de los neoplatónicos; lo mismo del gnosticismo cristiano de Clemente de Alejandría que del quietismo panteísta de Eckart; lo mismo del escepticismo árabe de Algazel y del panteísmo arábigo-judáico de Tofail y de Gabirol que de los sortilegios y brujerías de la escuela teosófico-naturalista de Paracelso y de Boehm, y del famoso *quietismo* de Molinos, ó del célebre *molinosismo* de Mad. Guyon, que tan á menudo confunde el vulgo de los sabios con la sublime doctrina de nuestros místicos.

Por eso no aplaudimos, aunque lo comprendamos, que la Inquisición española, atenta al estrago que en aquella sociedad religiosa producía el falso misticismo con su plaga de milagreros y alumbrados, molestase á veces á varones tan piadosos como San Ignacio y el venerable Juan de Ávila, prohibiese libros en romance acerca de esta doctrina espiritual, y, atenta á las apasionadas acusaciones de Melchor Cano y á otras más torpes de envidioso y fanáticos de aquel tiempo, diese testimoni

contra los críticos que lo niegan, del carácter místico de las obras de Fr. Luis de Granada, poniendo en el *Índice* de Valdés la *Guía de Pecadores* y su *Tratado de oración*.

¡Que no faltaron entonces en España espíritus ruínes y menguados que hicieran de los puros dogmas de nuestra Religión instrumentos de sus pasiones, ni necios que, equivocando la fe con la exaltación más ó menos sincera, creyesen en semejantes delaciones, aun cuando, partiendo de labios desautorizados, recayeran sobre varones de probada virtud y doctrina!

Pero no pertenecían á esta clase los ilustrados miembros del Santo Oficio, y, aclaradas estas denuncias, volvió la misma Inquisición por la fama de los denunciados; y si hubo un Fr. Alonso de la Fuente que, utilizando el lugar común de la acusación de moda por aquel tiempo, acusase de «alumbrado» á Granada, juntamente con la Compañía de Jesús, de quien decía que *tenía pacto expreso con el demonio* (1), hubo también un supremo Consejo

(1) No es esto lo más curioso, ni que asegurase, con asentimiento de muchos, que la Compañía de Jesús era «la persecución más sutil y más grave que *jamás* ha padecido la Iglesia,» sino que añadía, con tan infantil simpleza como inconsciente vanidad, que era «tan secreta y ndida esta persecución y tan disimulada en los cones de estas gentes, que *si Dios no hace un milagro*, no se puede descubrir.» El milagro debía ser, sin la estupenda perspicacia del Padre.

de la Inquisición que impuso la debida retractación al fraile. Los sentidos lamentos de Santa Teresa, privada de libros místicos en romance, se abrieron paso entre las voces de alerta de los celosos centinelas de la fe católica en España, y los libros y los sermones de Fr. Luis volvieron á encaminar las almas por el ascetismo á la unión, al mismo tiempo que, en sus *Peligros de la oración*, Granada secundaba las miras del Santo Oficio, refutando á los iluminados.

Y este misticismo sublime, cuyas alas ceñía el genio de nuestro orador, para elevarse desde las tinieblas de *esta cárcel baja, obscura*, hasta las rientes regiones de la luz increada, desligándose de las cadenas de la materia, no desequilibró su espíritu para sumirle en ese idealismo enervador, sentimental y vago de los falsos poetas místicos de la edad moderna, ni para hacerle despreciar la naturaleza ni huir de ella como de sirena fascinadora y mortal, sino que, dándole la suprema visión de lo inteligible en lo sensible, hizo de ella como la escala mística de Jacob, por donde ascienden y descienden los ángeles, llevando al cielo las oraciones de la tierra, y bajando sobre la tierra los efluvios de la gracia divina.

El sentimiento de la naturaleza, no abs bente como en la literatura oriental, ni mut

lado como en las clásicas de Occidente, sino como lo restauró el Cristianismo en la Edad Media y lo perfeccionó el Renacimiento español, como brilló en nuestros místicos, que se sirvieron de las maravillas del orbe como de símbolos vivientes, en que se reflejan como en nn espejo lleno de luz y de color los atributos inteligibles del Eterno, es el que amoroso palpita en las obras místicas de Granada. La agreste soledad de los desiertos de Córdoba y la salvaje majestad de los campos de Pedrogaón imprimieron profundamente en su espíritu el sello de sublime melancolía, que los grandes espectáculos de la naturaleza producen en las almas enamoradas de lo infinito, que no es, no, la vaga é indeterminada aspiración del espíritu enervado por las sensaciones de la materia, sino el vivo anhelo del alma inteligente y libre que suspira amorosa por su Dios á cada flor que dejó caer de su mano sobre la creación desierta y vacía, cuando

«Mil gracias derramando,
Pasó por estos sotos con presura,
Y yéndolos mirando,
Con sóla su figura,
Vestidos los dejó de su hermosura.»

:se fué el sentimiento de la naturaleza que ›iró la mente de Fr. Luis, y que de su es-

píritu transcendió á su pluma, dando pintoresca animación á su estilo, harmonía y rotundidad á sus períodos y esplendor y claridad á su prosa.

Porque es verdad, por todos reconocida y proclamada, que el fundador de la *limada y culta prosa castellana*, como le llama uno de sus críticos modernos; el que fijó definitivamente el período español, dándole proporciones y sonoridad; el que realizó en castellano los preceptos de Cicerón acerca del *ámbito* de las palabras; el que limpió la lengua de barbarismos y cacofonías, y rindió tal culto á la propiedad, que, como asegura Muñoz, no se halla en todas sus obras una sola palabra «*que no sea de solar conocido en estos reinos*;» fué el mismo que, informándola con su fervor, con su saber y con su arte, hizo de ella la lengua divina de la oración, tan refractaria á las impurezas de la materia como propia para expresar los sublimes conceptos del espíritu.

Y fué tan íntimo el enlace que estableció entre la idea y la palabra, tan estrecho el nudo de unión entre el alma y el cuerpo de su estilo, que el que, movido una vez por la curiosidad, por los estudios literarios, por misteriosa cuanto irresistible vocación de lo alto, pone el pie en este *desatado raudal de la elocuencia cristiana*, como lo apellidaba Marchena, embeb

con la admiración de tan peregrino lenguaje, no siente que su corazón va perdiendo pie, y que, insensiblemente arrastrado por la fuerza de la corriente, corre á anegarse en lo más profundo del dogma religioso y moral. Perdida ya de vista la orilla á que le condujeron las musas, sólo ve el cielo abierto sobre su cabeza y el abismo á sus pies, y lo que comenzó distracción, entretenimiento ó estudio, concluye en oración fervorosa, acompañada de lágrimas y suspiros. El orador se desvaneció entre las brumas del horizonte; sobre aquella vasta inundación sólo se siente el soplo del espíritu del Señor, que agita y que conmueve las aguas.

Bien nos lo atestigua la Historia con los frutos de su predicación, con el espectáculo de las lágrimas que hizo verter al impío fundador del sacrílego culto de *Ibraocha*, y con el testimonio de Capmans suspendiendo su apasionada lectura «porque el dolor embargaba el oficio de la lengua y los ojos perdían la luz con el peso del llanto.»

Por eso fué su elocuencia vencedora y verdaderamente soberana: porque alcanzó el alto fin que se proponía, á pesar de los obstáculos que le opusieron las pasiones, y que no fué otro, como ya hemos visto, que labrar con el [illegible]el de su palabra, en el opulento mármol [illegible]espíritu, la acabada estatua del cristiano.

El hombre que Diógenes buscaba á la débil luz de su linterna en las clásicas ciudades de la antigüedad, y que Pilato enseñó por fin al género humano coronado de espinas; aquél que, vencedor de los demás y de sí mismo, llevando resignado la Cruz y dando paz á todas las gentes, pasó haciendo bien sobre la tierra con rumbo á su patria celestial, á donde le llamaba su destino, es el ideal que inspira la sublime elocuencia de Granada: realizarlo es el único afán del orador y su única recompensa.

Por eso pudo escribir algo de lo que yo he intentado demostraros en este discurso: que no conocía «nada más alto ni mayor que el fin de la elocuencia sagrada.»

Para alcanzarlo, es verdad, llama á las puertas de Cicerón, al mismo tiempo que á las de la inspiración cristiana; roba del cielo el fuego creador, y toma del arte hasta los ápices de Quintiliano; pero después de enriquecerse con los despojos del agora y del foro, después de agotar la sed de su espíritu investigador en las cuatro fuentes de su saber, que son la Biblia y la *Suma*, la clásica antigüedad y la riente naturaleza, se postra á los pies del Crucifijo, el libro que señaló Santo Tomás á los que le preguntaron por las fuentes de su sabiduría; y después de tomar en aquella Cátedra sagrada la luz y el fuego de su inspi

ción, escribe estas palabras, que son la síntesis de su retórica, y en las que nos enseña que el buen predicador debe buscar, «no su gloria, sino la de su Señor, y la salud de las almas,» «más con oraciones que con sermones, más con lágrimas que con letras, más con lamentos que con palabras, y más con ejemplos de virtudes que con las reglas de los retóricos.»

Y este es el verdadero secreto de su elocuencia, la explicación de sus triunfos maravillosos; y si Fr. Luis Patillo de la Mesa pudo decir de Granada que, «no sólo fué Santo, sino que hizo con sus escritos muchos Santos,» fué porque puso en práctica constante la ley irreductible y suprema de la retórica sagrada: «No predicarse á sí mismo, sino á Jesucristo crucificado.»

Entonces, cerrada el alma á toda distracción de los sentidos, sorda á todo clamor del amor propio, entregada á las iluminaciones de la fe y á los espasmos del amor, el orador cristiano, conforme al consejo que de Avila tomó Granada, cuyo fundamento nos demostró Santo Tomás y cuya fórmula nos dió con sublime sencillez San Pablo, clava en el corazón del auditorio la Cruz, levantada como un astro en medio de las tinieblas del mundo el llagado [cue]rpo de Dios, y despliega á los ojos atónitos la humanidad el ideal eterno del hombre.

Y al mismo tiempo que llena todas las condiciones subjetivas y objetivas de la oratoria; al mismo tiempo que el rocío celeste de la gracia abre los labios del que habla y el corazón de quien le oye, el principio de estética que desarrollamos en este estudio, aquél en cuya virtud establecimos que la filosofía es la fuente más pura de la elocuencia, se realiza en toda su integridad y en su mayor elevación, dando por principio, por medio y fin al discurso el *¡Verbo Divino!*, cuyo esplendor, reflejado sobre todas las criaturas, constituye la esencia de la belleza, según el sentir de Santo Tomás de Aquino.

Hemos terminado nuestra tarea: asombrados por el eco sonoro de la majestuosa voz de Granada, hemos investigado los secretos resortes de su poder, y á través de todas las harmonías del universo, lo mismo las que vibran en el mundo sensible de los cuerpos que las que irradian en la esfera de los espíritus celestiales, penetrando por fin en el interior misterioso del hombre, donde se forja el rayo de su verbo, hemos indagado el origen y la naturaleza de la palabra, cuya importancia nos han confirmado después las grandes voces de la humanidad, resonando en las cimas más altas de la Historia. La Oratoria sagrada, levan-

tando su base sobre los más profundos y sólidos fundamentos de la elocuencia y escondiendo su vértice en las regiones sublimes de la gracia, ha surgido en nuestro camino como la gran Pirámide en que se confunden como en un solo acento la palabra del hombre y la palabra de Dios. Y en la cúspide de esa Pirámide, entre el Misionero y el Apóstol, hemos contemplado la angélica figura de nuestro insigne predicador Fr. Luis de Granada. La voz del gran orador español, elevándose en la cumbre de nuestras grandezas, nos ha confirmado plenamente aquel gran principio de la filosofía de la elocuencia, según el cual la fuente más pura de la elocuencia es la filosofía; y cuando le hemos preguntado por el secreto de su inspiración, su diestra nos ha señalado á Santo Tomás arrodillado á los pies de su Crucifijo.

Así, en esta rápida odisea, á través de las esferas de la Metafísica y de los mundos de la Historia, partiendo de un principio ontológico, hemos venido á parar, como todo esfuerzo del hombre en pos de la verdad, del bien ó de la belleza, á los pies de Cristo.

Ni era posible que á otra parte nos llevase la elocuencia de Fr. Luis de Granada.

Vosotros, señores Académicos; vosotros, como depositarios y custodios de las glorias de nuestras letras, sois los encargados de mante-

ner perpetuamente á los pies del Verbo de Dios la palabra del hombre nacido en esta tierra, que debe por su naturaleza, como todos, primero, y por su historia, como ninguno, después, á la gracia de Jesucristo, sus inmarcesibles laureles.

El habla castellana, bien lo sabéis, se forjó, como nuestra nacionalidad, de tribus aborígenes y de colonias griegas y africanas, uniformadas por el romano, pero unificadas sólo por la Cruz; las palabras que durante ocho siglos de lucha por la Cruz se introdujeron en nuestro idioma, quedaron en él á modo de mudejares y de mozárabes españoles; y si hoy pueden decir los filólogos que la lengua española «*no se forjó para decir herejías*,» y se atribuye á Carlos V el dicho de que era la más propia para hablar con Dios, y mereció ser llamada *lengua de ángeles*, como hemos visto, fué principalmente porque, como dice Fr. Bernardino de Villegas, «*Fr. Luis de Granada santificó la lengua castellana con sus divinos escritos*.»

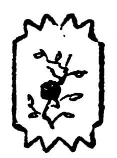
Y puesto que tanto por vuestra constitución como por el ardiente deseo de conservar inmaculada la pureza de nuestra lengua que á todos por igual os anima, puedo considerar esta Academia como *el Santo Oficio del lenguaje* que tiene en el *Diccionario* su *Índice* y hasta en *el fondo de la urna* sus *hogueras*, permitidme que, al

tes de ceñir á mi cuello la medalla y abjurar *de leví* por el sabor herético que contra mi voluntad conserven muchas palabras de mi discurso, os haga explícita profesión de fe, manifestándoos la esperanza que me sonríe, aun entre los más negros presentimientos y los más sombríos temores que me acongojan, esperanza que ha hecho brotar en mi corazón el sello indeleble impreso por la elocuencia de Fray Luis de Granada en las entrañas mismas de nuestra habla.

Sabéis que lo primero que se corrompe de una civilización es su lengua, y sin embargo es lo último que desaparece. Hay un no sé qué de divino en esos sones que encarnan el alma de una civilización, que se sostiene hasta en las fugitivas ondas de un eco. Humboldt cuenta que en una de sus exploraciones por el Nuevo Mundo, como preguntase á una tribu errante, que encontró en las orillas de un gran río, por los restos de otra tribu aborigen cuyas huellas había descubierto en sus anteriores investigaciones, le respondieron los salvajes: «Todos los hombres de esa lengua han muerto; pero entrad en aquella selva, y encontraréis un loro que ha conservado algunas palabras de su dialecto.»

Señores Académicos: cuando en la soledad de mi gabinete medito sobre las negaciones

metafísicas que pugnan por infiltrar su virus en nuestra nacionalidad corrompiendo el sentido cristiano de nuestro idioma, me estremezco, acordándome involuntariamente de la tribu de Humboldt, una de tantas como han decaído con la corrupción para desaparecer en la barbarie. Pero el espectáculo del filólogo reconstruyendo una civilización sobre los datos que le prestan los inconscientes gritos de un loro, me consuela algo á mi pesar; porque si llega un día en que el idioma de Cervantes, corrompido por términos, y frases, y giros bárbaros, instrumento del sofisma y del mal, se borre sobre la haz de la tierra, y los vestigios de su hermosura se refugien en los ecos de algún bosque, tengo la seguridad de que el sabio del porvenir que lo reconstruya subirá por el hilo de oro de su genio hasta nuestra gloriosa civilización, y saludará lleno de asombro al pueblo que habló á los hombres de Dios en la lengua de Fr. Luis de Granada.



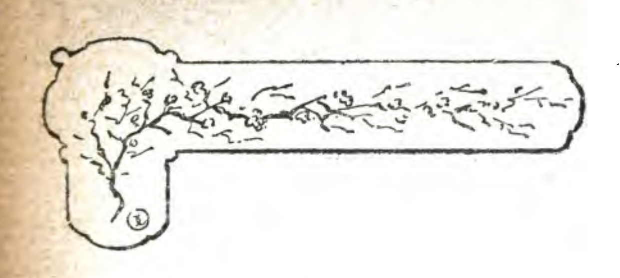
DISCURSO

LEÍDO EN LA VELADA LITERARIA

QUE EN HONOR DE

D. JOSÉ SELGAS

se celebró en la Unión Católica la noche del 30 de abril de 1882



SEÑORES:

OBEDIENTE á la voz de la autoridad que me ordena inscribir el epitafio de Selgas en el monumento que estáis levantando á su memoria, cumpliría mi encargo á toda satisfacción con sólo pronunciar aquí el nombre del poeta cristiano.

Porque, ¿qué mejor epitafio que la palabra *¡Selgas!* en medio de la guirnalda de poesías que forman la corona que le habéis tejido esta noche, última de abril y primera de mayo, los meses de las flores, y, por tanto, el aniversario del reinado de su cantor?

Ocioso es, pues, de todo punto que desde esta tribuna, en que vibran todavía los ecos de su palabra coronada de vuestros aplausos, le-nte mi torpe voz para deciros lo que era lgas.

Tanto valdría, si no lo conociéseis vosotros,

que disertara largamente para explicar con áridos conceptos las galas, los encantos, los colores, la gallardía y el perfume de una flor.

No: si queréis saber lo que es una flor, dejaos de vanas descripciones, salid de la atmósfera opaca de la ciudad, id al campo; y á la hora en que despunta el día, cuando las primeras luces del alba brillan en las últimas perlas del rocío, inclinaos sobre las flores, sorprendedlas en el momento que, erguidas sobre sus tallos, abren pudorosas sus capullos al beso de las auras para enviar desde el casto seno de sus cálices su purísimo aroma al cielo, y comprenderéis, ó, mejor dicho, admiraréis lo que es una flor.

Pues bien: vosotros acabáis de penetrar en el pensil de las poesías de Selgas, y todavía estáis como embriagados por la fragancia de sus flores.

¿No sería, pues, una brutal profanación que, con el escalpelo del botánico, empezase mi torpe mano á deshojarlas, para intentar explicaros, sin conseguirlo por supuesto, porque, como la violeta, escondiéndose entre las flores, esparce en el ambiente el perfume de la modestia, Selgas, desde el escondido valle de Murcia, en que escribió, embalsamó con el aroma de su inspiración el cielo de las letras?

Basta, pues, á mi intento por hoy, señore

aseguraros, con la confianza que abriga el que conoce de antemano vuestra opinión, que Selgas todo entero está en las flores que cantó á su paso por el desierto de la vida.

Sí, señores: allí está toda su alma, toda su existencia; allí está hasta la imagen de su muerte y el secreto de su inspiración.

Por eso sus versos no perecerán, por eso serán inmortales; porque no son versos forjados en el taller de la rima, con el martillo de la dura labor sobre el yunque del arte métrica, sino versos brotados de su corazón, vivos con su vida é imperecederos como su espíritu inmortal.

Os he dicho que allí está toda su alma, y dije bien; porque, ¿quién que le haya conocido, al leer sus versos, no verá palpitante en ellos su sencillez, no contemplará su candor, su modestia, su bondad, todas sus virtudes, que tan galanamente se reflejan allí, en aquel edén celestial, en que más que el perfume de las flores se respira el perfume del alma de Selgas?

¿Pues su vida? ¿Dónde hay un espejo más fiel de toda su vida que sus producciones? ¿Dónde hay analogía más clara, paralelismo más evidente, que el de su existencia y sus obras?

Flores y espinas se llama una de las producnes más geniales del que pasó por entre sotros cantando sin cesar las flores del cie-

lo, mientras se desgarraba los pies con las espinas de la tierra!

En *Primavera*, *Estío* y *Otoño* se dividen los inmortales cantos de su poema y las variadas estaciones de su vida.

La *Primavera*, símbolo de su florida juventud, representada por el claro cielo de su patria y la hermosura de su suelo natal, en que su alma se despierta á la luz de la Religión en los altares, y se desarrolla al calor de las virtudes en el hogar; en que la amistad, como el aura cariñosa, trae los ecos de sus cantos á la corte de la sabiduría, donde, repitiéndolos con su poderoso acento la voz de la crítica y de la fama, los propone á la recompensa del Poder, que nunca aparece tan grande como en el ejercicio del atributo más sublime de su soberanía: colocando la corona de la recompensa sobre las desvalidas sienes del genio.

¡Arnao, Guerra, Cañete, San Luis! eslabones de oro de la cadena con que la Providencia divina ligó el mérito con el premio; ¡peldaños de la escala por donde la estatua se colocó sobre el pedestal; manos que pusísteis en el candelabro la luz! ¡qué bien os ha recompensado el cielo! Nunca el dulce lazo de la amistad, el ferviente culto á las letras, la f
balanza de la crítica, el cetro del poder, se
lazaron tan dichosamente y emplearon con

feliz acierto sus prerrogativas. La gloria de Selgas es vuestra gloria, y el arte os debe agradecimiento. Este solo hecho os hace acreedores de la humanidad.

Sigue á la *Primavera* el *Estío*, como siguió para Selgas el período de la madurez al de espontaneidad exuberante. En el *Estío*, la naturaleza pierde algo de su frescura y esplendor, pero es porque maduran los frutos de la tierra. Selgas suspende de cuando en cuando su lira, como los pájaros que sestean; pero bajo la forma ligera de *Hojas sueltas* que se desprenden del árbol de su ingenio, y que trae y lleva la brisa, escribe graves pensamientos y sentencias profundas el filósofo sobre todos los arduos problemas de la vida. Cuando los miasmas nacidos en el cieno de los pantanos insalubres se condensan en opacas y húmedas nieblas, que velan el esplendor de los cielos, Selgas, como nube de verano que simula la tempestad, truena, y el rayo incisivo del sol radiante de su ingenio hiere y penetra los vapores, y al soplo de su risa se desvanecen los miasmas, dejando exhausto y seco el charco que los exhaló. No de otro modo, ante el estrépito de las carcajadas, el brillo de los chispean-
ojuelos y el soplo de las *indirectas* de *El*
lre Cobos, se disiparon las nieblas que amon-
ó sobre la patria la revolución de 1854.

Señores: al *Verano* empezó á suceder el *Otoño*, esa estación triste de la vida en que las golondrinas se van y las hojas caen amarillentas desde la copa de los árboles. Selgas puso al mismo tiempo el pie en los umbrales de esa estación, y la pluma en la introducción de ese canto de su poema; la introducción quedó sin concluir; Selgas cayó como las hojas amarillas de los árboles, y su alma se fué como las golondrinas que se van en busca de más aire y más luz á otras regiones.

La vida, como las obras de Selgas, no tuvo *invierno*. Su musa, tiritando de frío, se hubiera helado entre las escarchas, como su cuerpo al soplo del cierzo de Guadarrama se heló entre las garras de una pulmonía. Dios los llevó juntamente á la eterna primavera del Paraíso.

Selgas murió, y hasta en su muerte fué fiel á su inspiración; murió como mueren las flores que se marchitan: dobló su tallo á la puesta del sol, y entre las sombras de la noche reclinó su corola sobre los capullos de sus hijos, y exhaló al cielo la última ráfaga de sus aromas.

Su espíritu, como las almas de las flores que su estro simbolizó en las mariposas...

«Alzándose lentamente
El sauce pomposo salva
Y se pierde en las alturas
Donde la vista no alcanza.»

Y si su alma, su vida y hasta su muerte están como estampadas en sus obras, ¿cómo no ha de estarlo la inspiración que las produjo?

El estro de Selgas, como el de todos los grandes poetas de esta época, como el genio simbólico de las artes, pega con su planta en el suelo para lanzarse á las alturas, y el sentimiento que más descuella en su inspiración es el sentimiento de la naturaleza.

No de la naturaleza absorbente, avasalladora, despótica del panteísmo oriental, que fascina con su voz de sirena al poeta y lo arrastra para devorarlo á los abismos de los mares; no de esa naturaleza que cerca, domina y subyuga al artista, arrollándole y envolviéndole en su engranaje triturador para apropiarse su voz como un acento del sér único, y lanzar como un sarcasmo terrible el canto de la inmortalidad al perderse en el mar sin orillas de la *totalidad de los seres*, en cuyo fondo toda personalidad se anega, toda contradicción se identifica y toda vida se confunde.

Tampoco la naturaleza que canta Selgas es la naturaleza que adoró la gentilidad como teatro de sus religiones voluptuosas. No; la naturaleza sensual, el templo del placer, el serrallo de las divinidades del olimpo, no es la naturaleza que Selgas celebró en sus composiciones; y menos todavía esa otra naturaleza, pura

ficción, vagos ensueños de un idealismo indeterminado, sin sentido ni realidad, fantástica y caprichosa como las quimeras de un visionario.

Y en cuanto á esa otra naturaleza, compuesta de fuerza y materia solamente, de átomos combinados al acaso, sin primera causa ni afinidad, esa ni siquiera la sospechó, pues de haberla sólo imaginado, tengo para mí que hubieran saltado de horror entre sus propias manos las cuerdas de su lira.

No: la naturaleza que Selgas canta no es la naturaleza hecha dios, ni los dioses hechos naturaleza, ni una naturaleza sin naturalidad, ni una naturaleza sin Dios, sino la que creó, conserva y gobierna Dios como palacio del hombre-rey y como templo del Sér Supremo, que la sacó de la nada con una sola palabra, para muestra de su poder y como espejo de su hermosura.

Selgas, ejerciendo el ministerio sublime del artista, *idealizó lo sensible y sensibilizó lo ideal;* personificó en las flores y las aves las ideas y los sentimientos del espíritu. Pintó en la naturaleza á Dios, y nos dió, sin quererlo, el propio retrato de su alma como hecha á imagen y semejanza del Altísimo.

Porque Selgas, como era bueno, como era suave, como era pacífico y manso de corazón

no prefirió personificar en la naturaleza los atributos terribles de la divinidad, pintándonos su ira en la tempestad, su voz en el trueno, su grandeza en el mar, sino que quiso pintarnos en las flores los reflejos de su belleza, de su bondad y de su providencia.

Por eso, aunque su libro fué la creación, y en su inspiración tuvo tanta parte el sentimiento de la naturaleza, no fué ésta su musa, como á primera vista parece: su musa tuvo más alto vuelo y más elevado origen; la musa de Selgas fué la *virtud*.

> «Virtud, santa virtud, tu llama pura
> Alumbre con sus vívidos fulgores
> La triste imagen de mi vida obscura.»

Por eso la invoca con tanto fervor *el poeta* exclamando:

> «Virtud, dame tu fe, dame tu aliento,
> Olvida mis pasados desvaríos,
> Brille en mi corazón tu sentimiento,
> Brille en mi vida y *en los versos míos.*»

No es posible dudar, señores, que la musa oyó la invocación y le asistió con sus favores divinos, lo mismo en su vida que en sus obras; pero no dejaréis de convenir conmigo que musa poco solicitada, no era mucho que acudie-á tan fervoroso llamamiento.

Y aunque es preciso reconocer que el alma

y los versos de Selgas ganaron mucho con su trato, fuerza es confesar, entre nosotros, que musa más impopular no se halla en todos los contornos del Parnaso moderno.

Por eso fué toda su vida lo único que no parece que debe ser un hombre que se estima en nuestra sociedad: fué *pobre*; y lo peor, señores, es que lo fué por culpa y vicio suyo; pues, como él solía confesar en el seno de la intimidad en sus momentos de abandono, con no haber sabido granjearse bienes de fortuna jamás, se permitió, siempre en medio de su pobreza, un lujo que raya en despilfarro: *el lujo de la honradez*, que es el lujo más caro de estos tiempos.

Por eso se consolaba en sus adentros de semejante desventura, unas veces al ver pasar cierta clase de ricos, diciendo que *una prueba del poco aprecio que Dios hacía del dinero eran las manos á que lo entregaba;* otras, pensando que bastaba arrojar una moneda en medio de la gente para que todos se bajaran á cogerla, por ricos que ellos fuesen; de donde deducía *la escasa medida de su valor, pues nunca era bastante.*

Las amarguras que le causó esta pobreza, compañera inseparable de la virtud, según algunos, contra los que no será buen argumento la vida de Selgas, no llegaron nunca á abat[illegible] la serena alegría de su espíritu. Entre sus n[illegible]cesidades y sus creencias, debió entablar.

más de una vez el diálogo que su fantasía puso entre un sauce doliente y un fúnebre ciprés. El sauce, lloroso y macilento, se quejaba exclamando:

«¡Triste nací... mas en el mundo moran
Seres felices, que el penoso duelo
Y el llanto oculto y la tristeza ignoran!
Dijo, y sus ramas esparció en el suelo.—
¡Dichosos! ay *¡los que en la tierra lloran!*
Le contestó un ciprés, *mirando al cielo.*»

Y que tenía razón el ciprés, es cosa para mí averiguada: y aún mayor la hubiera tenido si, á la vez que al cielo, hubiera mirado á las inspiradas obras del poeta.

¡Glorifiquemos, pues, á la virtud, que supo arrancar tan dulces sones á su lira, á la vez que otros, si no tan dulces al corazón, más agradables al ingenio!

Porque, por ser su musa la virtud, tenía dos principales cuerdas en su lira nuestro poeta, á semejanza de Dios, que tiene el atributo de la justicia, además del de la misericordia.

Una era la cuerda del sentimiento; la otra era la cuerda satírica: con la primera templaba lo acerbo de la segunda, y con ésta daba vigor y energía á la otra; con la satírica azotaba los vicios y ridiculeces de la sociedad con el látigo de su ingenio, sacándolos á la ver-

güenza, ya caballeros en un romance, ya encerrados en la picota de un soneto.

¿Quién podrá olvidar jamás alguna de esas poesías, en que casi me atrevo á decir que cristianizó la sátira? ¡Tanto supo disfrazar la caridad con el traje pagano de la burla! sin que por eso olvidase el fin con que se disfrazaba, ni menoscabase el respeto que debía á su decoro.

Lo que es de mí, sé deciros que no sé cuándo admirarle más: si cuando castiga el vicio, hiriéndole con el equívoco mordaz y malicioso, ó si cuando, ensalzando la virtud, la personifica en las flores, y simboliza en las aves la Religión, que, á semejanza de la alondra, sube como la oración de la mañana y de la tarde al cielo, se comunica allí, aleteando inmóvil, con el Creador entonando dulcísimos gorjeos, y baja á la pradera y deposita en las flores los secretos celestes que adivinó, obligándolas á que miren desde entonces al cielo, como desterradas á su patria.

¡Símbolo más bello, para poner de manifiesto el lazo que une á las virtudes con la Religión, no le imaginó poeta alguno sobre la tierra!

Si no temiera hacer interminable este rap dísimo bosquejo, engarzaría en el plomo vil mi estilo frases y pensamientos suyos en pr

sa, de uno y otro género, para daros á escoger, seguros de poneros en grave aprieto.

Porque si sus poesías son tales que encierran á montones joyas de ambos géneros, ¿qué no podríamos decir de su prosa, limpia, ajustada, castiza, por la que corre como por su cauce el ingenio, haciendo brotar flores todo lo largo de sus márgenes?

¡Ah! Señores, lo confieso con ingenuidad: cuando leo las obras en prosa de Selgas, me asalta el sentimiento de que Selgas haya nacido en este siglo. En pleno siglo XIII, Selgas hubiera dejado atrás al mismo Escoto, aventajándole con la sutileza de su ingenio; y si por desgracia Selgas no hubiera sido católico, permitidme que os lo diga con convicción, mal año para Hegel y para Krause.

Figuraos, si no, á Selgas una mañana volviendo la espalda á su crucifijo y arrumbando el estorbo de su conciencia, y poniéndose, ávido de oro y celebridad, á forjar un sistema de filosofía. Los que como nosotros hayan admirado la fecunda vena de su ingenio, que de una palabra, de un vocablo, hacía brotar mundos de ideas y de conceptos, podremos dudar qué serie de estupendos sistemas desconoci-, originales y enrevesados hubiera hecho brotar de la *idea-sér-nada*, del *esquema del sér forma de lenteja*, del *werden ó devenir* de lo

inconscio, ó de cualquiera de esos fundamentos sobre que se sostiene la base de esa infecunda algarabía?

Me diréis que pudo escribir filosofía católica en estos tiempos, como hacen otros, y yo os contestaré que tenéis razón, y que lo que es por poder, también pudiera haber escrito para los españoles en chino; pero él conoció su generación y su tiempo, y en vez de hablar á su inteligencia con la luz del saber, prefirió tocarle en el corazón con la vara de la poesía; é hizo bien, en verdad; porque sus obras científicas hubieran muerto pronto olvidadas; y ¿qué corazón amante de los castos amores olvidará jamás á *Laura*, destacándose, á la primera luz de la mañana, entre las sombras del bosque, señalando al cielo y besando la candorosa frente del poeta; qué padre, arrobado ante los brazos de su esposa en que duerme el querubín, de sonrosadas mejillas y cabellos de oro, no exclamará, tendiendo el brazo para detener á los que llegan á disfrutar de esta visión: «*¡Callad, que no se despierte!*»; y qué madre habrá que, habiendo visto desaparecer de ante sus ojos el hijo querido de sus entrañas, no aguce esperanzada el oído, á ver si escucha el leve murmullo de las alas de los ángeles que se van dejándola el corazón destrozado y la *cuna vacía*

¡Ah, señores! También nosotros en este mo

mento parece como que esperamos que vamos á oir su voz, como teníamos por costumbre en este recinto; casi parece que esperamos que su palabra nos llegue desde el cielo á través de estas bóvedas, hechas á recoger el eco de su acento.

Pero, ¡ah, señores! que si no nos habla, nos escucha, y, sin duda alguna, nos ve, y se alegra, como en su corazón, al vernos aquí unidos con el lazo común de su memoria. Permitidme, pues, que, haciéndome intérprete de todos, dirija al cielo una plegaria, rogando á Selgas que desde el seno de Dios, donde goza el premio debido á sus virtudes, haga que se nos otorgue á todos la gracia, á los que con él peregrinamos sobre la tierra, entristeciéndonos con sus pesares y alegrándonos con sus alegrías de que cada palabra que escribamos ó pronunciemos sea, como las que él esculpió con el cincel de su ingenio sobre el bronce de la inmortalidad, una oración que solicite la misericordia divina y desarme el brazo de sus iras, levantado ante el clamor de la literatura que hoy nos invade, y que es ante el arte una profanación, y ante la Religión una blasfemia.

Y nosotros, haciendo, por nuestra parte, lo ue nos toca, procuremos por todos los medios tender la lectura de Selgas, contribuyendo á

la nueva edición de sus obras con nuestro óbolo: con lo que haremos, á la vez que una obra de caridad solemne y un beneficio á las almas, un servicio á las letras, favoreciendo así en uno al bien, á la verdad y á la belleza, que juntamente resplandecen en las obras de Dios.



DISCURSO BRINDIS

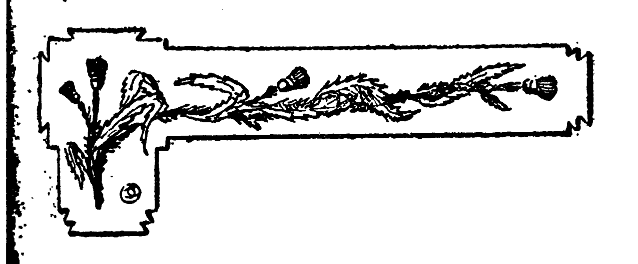
PRONUNCIADO COMO MINISTRO DE LA CORONA

en el banquete dado por

LA SOCIEDAD GEOGRÁFICA

EN HONOR DE LOS EXPLORADORES PORTUGUESES

IVENS Y CAPELLO



SEÑORES:

En nombre del Gobierno de S. M. el Rey D. Alfonso XII, brindo por la heróica nación portuguesa, unida á nuestra patria por los inquebrantables lazos de la Religión, de la Naturaleza y de la Historia; y como personificaciones de su gloria y de su valer, por los audaces é inteligentes exploradores del continente Africano, Sres. Ivens y Capello. (*Muy bien.*)

Brindo por la heróica nación portuguesa; por la antigua é ilustre Lusitania; por la patria insigne de Viriato; por aquella porción gloriosa de nuestra Península que, dilatada todo lo largo de nuestras costas occidentales, parece destinada por Dios, que traza y determina los ca-
teres históricos y geográficos de los pue-
s, á extender sus miradas por el mar, para
ıncarle sus secretos y lanzarse audaz entre

sus olas, en largas y peligrosas navegaciones, para acrecentar su gloria y su poder con la innumerable serie de sus prodigiosos descubrimientos. (*Muy bien, muy bien.*)

Brindo por la nación *sabidora en el descobrir*, que, apenas expulsados los musulmanes de su suelo y asentada la paz con sus hermanos de Castilla, se arroja, para responder al misterioso é irresistible llamamiento de su vocación y de su destino, á dar empleo á su valor en la peligrosa exploración del *Mar tenebroso*.

¡Gran epopeya, señores, gran epopeya la que quiero aquí por un momento evocar ante vosotros: la gloriosa epopeya Portuguesa sobre las costas mauritanas! Aquélla es la epopeya de sus grandes glorias militares, que empieza con la conquista de Ceuta por D. Juan I; se continúa con el *Heroísmo del Príncipe constante*, cantado por nuestro Calderón, en quien la independencia y el santo amor á la patria hallan los acentos del arte y las iluminaciones de la religión, para expresarse en aquellos versos memorables que caracterizan la civilización española:

«¿Me darás á Ceuta?—No.
Porque es de Dios y no es mía.» *(Aplausos.)*

De aquella epopeya que sigue con la toma Alcázar-Seguer, de Arsila y de Tánger, por

fonso V *el Africano*; con la conquista de Azamor, por el Duque de Braganza; con las hazañas de Meneses y con el cerco de Mazagán, en tiempo de la Reina Doña Catalina, y se cierra con la triste y dolorosa expedición, con la mortal tragedia del malogrado Rey D. Sebastián, cuya sombra ensangrentada y gloriosa parece que se destaca aún en las inhospitalarias costas del continente Africano como un recuerdo y una reconvención al olvido y al abandono de la Península española, como indicándole con su mano ensangrentada la abandonada senda de sus gloriosos destinos. (*Grandes aplausos.*)

Pero si grande y gloriosa es esta epopeya, eslo mucho más aún, señores, la epopeya científica y geográfica, la que más parece que debe recordarse aquí: aquélla en que el peligro de la lucha con el enemigo humano es, con todos sus horrores, secundaria y accidental, al lado de la lucha con los elementos desencadenados, la lucha cuerpo á cuerpo con lo desconocido, en el teatro de la inmensidad, sin más testigo que Dios y sin más amparo que el destino.

¡Epopeya gigante también aquélla que toma su remoto origen, y como el signo de su p[illegible]destinación, y como el secreto de su fuerz[illegible]en el Infante D. Enrique, primer promoved[illegible]de la larga serie de sus descubiertas, el

fundador de la Escuela de pilotos de Sagres, que regaló, al mundo de la navegación, el invento utilísimo de las *cartas planas!*

¡Epopeya magnífica, en verdad, de la que son héroes sucesivos Gil Yáñez, que pasa el cabo Bojador; los descubridores de la isla de Puerto Santo y de la isla de Madera; los exploradores del Río de Oro, que traen por primera vez hombres de *negro color* á Portugal; los que hallan las islas de cabo Verde y las Azores, y saludan á Sierra Leona y arriban á Fernando Póo, y encuentran el Congo, y avistan el cabo de las *Tormentas*, que ha de convertirse, una vez doblado por el genio peninsular, en el cabo de *Buena Esperanza!*

¡Epopeya de cantos maravillosos, como aquella portentosa expedición digna de héroes mitológicos en demanda del *Preste Joan* y de su fabuloso reino, como los viajes de Vasco de Gama, al que la antigüedad hubiera colocado en el número de sus semidioses; como el descubrimiento del Brasil por Pedro Álvarez Cabral; como las increíbles hazañas de aquellos portugueses en la India: *Los dos temidos Almeidas, por quien llora siempre el Tajo;* Alburquerque el *Terrible*, conqueridor de Goa y Ormuz y de la península de Malaca; el gran Pacheco á quien Camoëns llama *Aquiles Lusitano*; I Juan de Castro, verdadero *héroe de Plutarco*

según nuestro Menéndez Pelayo; Fernán Méndez Pinto, que viajó por el Asia veintiún años, siendo vendido por esclavo diez y siete veces; Antonio Tenreyro, que vino por tierra desde la India á Portugal, y, en suma, todos los obreros de aquella heróica labor, vencedores todos de las fatigas y la muerte, á vueltas con la fortuna, amadores todos de su Dios y servidores de su patria, que no olvidaron jamás, ni cuando les ofrecían tronos en las regiones más remotas, ni cuando el mar aparecía sembrado de despojos portugueses en la terrible serie de sus horrorosos naufragios, ni en todo el curso de aquella empresa, superior en los trabajos á las de todos los Hércules de la antigüedad, en que, como dice un gran historiador, «Portugal domó muchos bárbaros, ganó muchas plazas fuertes, postró innumerables ejércitos, penetró inmensos mares y vastísimos imperios, hasta llegar por entre gente feroz y belicosa á ocupar la cuna en que se despierta el sol.» (*Aplausos.*)

Y brindo, señores, por los ilustres exploradores Sres. Capello é Ivens, que ardiendo en amor á la humanidad, en amor á la ciencia y á la patria, despreciando toda clase de peligros, sin temor á aumentar con sus nombres el largo martirologio africano, acaban de ligar por un gigantesco paréntesis la *Edad Novísima* con la *Edad Media*, dejando luminoso surco con su

huella de obreros de la civilización, á través de ese continente Africano, de aquella desierta y abrasada Libia, que, como si estuviera reservada por Dios para teatro de ulteriores civilizaciones, envuelta en el sudario de su clima, guardada por la ferocidad de sus habitantes, por lo terrible y grandioso de su fauna y de su flora, parece como que rechaza toda investigación ó la castiga con la muerte, como si á sus puertas velase el ángel vengador con la espada de fuego, como á las del paraíso perdido de la humanidad, esperando una gran redención, una gran transformación redentora, en que, abandonadas la vieja Europa y la jovén América con sus errores, como lo fué el Asia con sus decadencias, el linaje humano halle en África su tierra de promisión para la realización de sus más gloriosos destinos. (*Grandes aplausos.*)

Y brindo, sobre todo, además, porque al realizar sus exploraciones arrostrando el peligroso encuentro de esa *esfinge* que, como la de la antigüedad, sale invariablemente al encuentro de todo viajero audaz que se aventura en sus dominios, proponiéndole el propio enigma é intimándole el terrible *adivina ó te devoro,* han inscrito en el largo catálogo de nombres
nes que marcan el derrotero de la investig
africana, dos nombres españoles ó portug

mucho más dulces y agradables á nuestros oídos latinos. (*Aplausos.*)

Y brindo, por último, señores, en nombre de España, la nación hermana gemela de Portugal; las dos fracciones de la Península que, unidas en las glorias de su pasado y en los intereses de su porvenir, pueden y deben marchar al presente unidas, como Magallanes y Elcano, en la misma nave, en la nave de la *Victoria*, á aprisionar el mundo, conquistándolo, si no con el poder de sus armas, con la supremacía de su genio, para la religión, para la ciencia y la humanidad. (*Grandes aplausos.*)



[illegible]

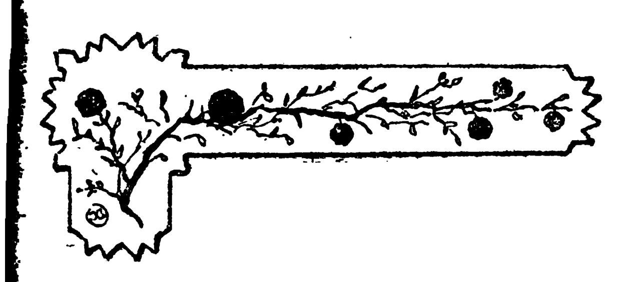
GLORIAS ASTURIANAS

DISCURSO

PRONUNCIADO CON MOTIVO DE LA INAUGURACIÓN

DEL

CENTRO DE ASTURIANOS



ASTURIANOS:

No necesito vuestra benevolencia: estoy seguro de vuestro respeto. Semejante al *héroe* del apólogo en que vengo cargado de reliquias, me diferencio de él, entre otras cosas (*risas*), en que no he de tomar para mí el homenaje que vais á prestar, los aplausos que vais á tributar á las gloriosas reliquias que os presento.

A mí me basta vuestra compasión; vuestra compasión, que no me puede faltar; la compasión que debe excitar en vuestros generosos pechos ver la impotencia cargada con la imposibilidad, el Atlas sobre las espaldas de un pigmeo, mi torpe palabra y débil voz encargada, por la arbitraria tiranía de una comisión ›richosa (*risas*), de cantar las inmarcesibles ›rias asturianas. (*Aplausos.*)

¡Las glorias asturianas! ¿Quién las podrá

enumerar dignamente? Cuando Dios llamó á Abrahán, le dijo: *Aspice cœlum, numera stelas si potes, et descens tua, equavit eas in numero.* Una cosa análoga me ha venido á decir á mí la Comisión al señalarme por tema la rápida enumeración de las innumerables glorias asturianas. ¡Tanto valdría contar las estrellas de oro que tachonan la bóveda celeste en el azul obscuro de la noche, como contar las glorias que esmaltan y que ilustran el cielo de la historia patria (*aplausos*); el cielo, sí, porque la historia de Asturias es propiamente, por lo elevada y por lo pura, por lo esplendorosa y radiante, el cielo de la historia de España! (*Aplausos.*)

Por eso, aunque yo sólo os traigo hoy como ofrenda en este acto, mi obediencia, no puedo, por más que lo quisiera, obedecer. Me pedís la obediencia de un imposible: no se puede enumerar lo innumerable, y además, lo que no se destaca distintamente sobre un fondo obscuro y vulgar; y si glorias son, no sólo las que alcanzaron la gloria, sino también las que la merecieron, las glorias asturianas son una nebulosa por resolver, una zona de luz, una lluvia copiosa de estrellas; en realidad, una sola y no interrumpida constelación, donde todo átomo luminoso es estrella, y donde todas la[s] estrellas forman un sol: el sol de la glorios[a] epopeya asturiana. (*Grandes aplausos.*) ¡Ahí l[o]

tenéis! (*El orador se vuelve y señala la cruz de la «Victoria» que se destaca bajo el dosel presidencial. —Grandes aplausos.*) ¡Ahí lo tenéis! puro, esplendoroso, radiante, iluminando con su luz el cielo y derramando sus rayos de oro sobre los campos de la patria. ¡Saludadle, asturianos: es el astro de la fe, de la libertad y de la civilización españolas! (*Grandes aplausos.*)

Pero afortunadamente no hay para qué contar. Quede eso para la descarnada crónica, primer vagido de la historia, aún no salida del claustro monacal. Nosotros no somos el monje contemporáneo del guerrero que registra diariamente las hazañas que, sin cuidarse de que se escribieran, realizaban nuestros mayores. Venimos detrás, somos los *videntes del pasado.* Desde las alturas de las grandes síntesis de la filosofía de la historia, las vemos en toda la totalidad de sus efectos y consecuencias; las abarcamos en toda su transcendencia é importancia, en toda su magnitud y su grandeza; las contemplamos como á *vista de águila*, cerniéndonos majestuosos sobre los abismos del pasado, erguidos sobre las cimas del presente, adivinando los horizontes del porvenir. (*Bien.*)

Para verlas así, batid las alas de vuestro es-píritu y de vuestro corazón; y si no, abandonad estos salones, dejad atrás las áridas llanuras de Castilla, las tristes montañas de León, *pa-*

sad el puerto (*risas y aplausos*), y trepad, trepad conmigo á la enriscada cumbre, á la peña blanca, esbelta, colosal, que se yergue como pirámide levantada por la mano de Dios en lo más alto de la cordillera Asturo-Cántabra, en los soberbios *Urrieles* asturianos, y desde allí, sobre las fértiles vegas por donde corren los ríos entre maizales y castaños; sobre las verdes praderas donde se apacienta el ganado y se levanta la cabaña del pastor; sobre la arbolada zona donde se guarece el Oso-Rey; más alto que la región del águila y que el abrevadero del robezo; en la desnuda y calcinada región de las calizas donde fluye solitario el manantial; con la cabeza coronada con los girones de las nieblas y los pies hundidos en las perpetuas nieves de los ventisqueros; mirando encima lucir el sol y debajo estallar la tempestad; y á nuestros pies tendido el mar, el indomable mar Cantábrico, que se despedaza y destroza contra nuestras tajadas costas... tended, tended la vista por el vasto y dilatado horizonte que ofrecen á vuestra admiración, sembrado de recuerdos y de bellezas, juntamente la naturaleza y la historia. (*Aplausos.*) Tended, tended la vista por las abruptas y escarpadas montañas de Cantabria y Asturias, que encierran el augusto y nobiliario solar de la Monarquía dentro de los límites del *Principado*; por los histó

ricos campos de León, que conquistamos para corte de nuestros reyes; por la tierra clásica de Castilla, que guarnecimos de castillos para hacerla arena de nuestras luchas y convertirla en el hogar común español, á cuya llama acuden á calentarse todos los hijos dispersos de la gran familia española, para adorar, en una misma lengua, á un mismo Dios; por las feracísimas campiñas de Andalucía y de Valencia, arrancadas á la morisma por nuestras armas, y por encima del Mediterráneo, verdadero *mare nostrum*, saludad á Italia, la Península hermana gemela de la nuestra, que parece brotada de los mares para teatro de nuestras glorias y para campo de nuestras empresas, donde salvamos la religión, la libertad y la civilización tantas veces; y dando una mirada á las fronteras de Francia y Alemania, donde paseamos triunfante nuestro valor sobre el carro de la victoria, adivinad en el horizonte al África, á donde nos llama la voz de nuestro destino, donde tantas veces clavamos con la Cruz la bandera de nuestra patria, regándolas copiosamente con nuestra sangre.

Y si al Oriente saludáis las regiones clásicas de la antigüedad, en cuyo suelo, que guarda to-
ía la huella de tantos héroes, *despertamos el*
o de nuestras armas, saludad al Occidente virgen tierra de América, el Nuevo Mundo

surgido ante los ojos de Colón y ante la proa de las carabelas españolas, la ingrata tierra á donde tanta sangre y tantas lágrimas y tanto sudor del cuerpo y del alma hemos derramado y estamos aún dispuestos á derramar (*bravos y aplausos*) para mantener la gloria del nombre español, de aquella España que la sacó de entre las tinieblas del no sér, de entre los abismos del mar, de las garras de la barbarie y de la superstición, que la dotó con su fe, con su lengua, con lo más precioso de su sangre y con todos los frutos de su civilización. (*Grandes aplausos.*)

Y después que hayáis contemplado en toda su extensión el vasto campo de actividad de los hijos de esta Península gloriosa que dibujó el dedo de Dios cuando la formación de los continentes, levantándola entre dos mares, colocándola entre el África y Europa, entre el nuevo y el viejo mundo, como la tierra de promisión para la inteligencia y el valor, como el pedestal del genio y del heroísmo para salvar con su palabra y con su espada la fe, y como el puerto sagrado de donde surcasen perpetuamente los bajeles de la Cristiandad para llevar el Evangelio y la civilización á los climas remotos é inhospitalarios, á los pueblos que se-sientan en las tinieblas, á los que viven *cabe la cuna del sol y cabe el tálamo de la aurora*, más al

de las columnas de Hércules, últimos linderos del mundo antiguo, á todo el mundo, en fin, que *todo* lo abarcamos con la luminosa estela de nuestras *naos* y *galeras*, y *todo* lo alumbramos con *nuestro* sol, que no le valió acogerse á lo más alto de los cielos para que no le aprisionáramos también, dándole por cárcel nuestros dominios. (*Grandes aplausos.*)

Después, digo, que hayáis contemplado toda la extensión de nuestras glorias, todas las expansiones de nuestra civilización, recordad, recordad que sin aquel puñado de valerosos Astures que, capitaneados por Pelayo, mantuvieron inextincto el fuego sagrado de la patria y conservaron las reliquias de nuestra nacionalidad en los antros de la cueva de Nuestra Señora de Covadonga, cuando los hijos del Islam, lanzados al asalto de la cristiandad, se desbordaron por España, no hubieran podido tener lugar ni la gloriosa epopeya de la reconquista española ni la gloriosa odisea de la civilización americana, ni hubiéramos salvado la Cristiandad en Lepanto, ni hubiéramos puesto tan alto el nombre y el valor español en Italia, en Grecia y en Oriente, ni hubiéramos ceñido los primeros el mundo con nuestros brazos para arrodillarlo ante Dios, y España, esta paña que asombró al mundo con su poder y maravilló con su gloria, sería hoy una pro-

longación del África, esclavizada y envilecida, un erial donde acampase una tribu nómada del desierto, una ruína habitada por chacales y beduínos (*aplausos*), y ¡quién sabe qué hubiera sido de Europa y de su civilización sin la barrera que nuestros pechos levantaron en Covadonga al poder musulmán en los días más críticos de su historia! (*Grandes aplausos.*)

Volvamos, pues, señores, agradecidos los ojos á la venerable gruta de Covadonga, así como los habitantes de las orillas del Nilo vuelven la vista prosternados hacia las lejanas montañas donde brotan las misteriosas fuentes de aquellas aguas que riegan y fertilizan las comarcas habitadas por sus hijos, y no seamos como el salvaje errante sobre los bordes de las cataratas del Niágara, que se extasía ante aquel espléndido espectáculo de la Naturaleza y enturbia desdeñoso su manantial que, allá en las cumbres, brota de las entrañas de la tierra, sin ver cuánto más maravilloso es subir hasta las regiones de la luz desde las profundidades del globo, que rodar y despeñarse después por la rápida pendiente de los abismos. (*Grandes aplausos.*)

Si, en aquellas montañas que se levantan como titanes amenazadores, escondiendo s- nevadas frentes en el cielo y bañando sus pi calzados de esmeralda en el mar; en aquell

montañas veladas por la niebla que las oculta á las miradas codiciosas y desvanecidas de todos los orgullosos conquistadores; allí, en aquellas oquedades que las fieras convirtieron en cavernas y la religión en santuarios, allí surte purísimo el inagotable manantial de nuestra nacionalidad que brota al pie de la musgosa y enriscada peña; se desliza en arroyuelo espumoso y bullidor hasta el lago donde se reposa y se acrece; cae en vistosa catarata por la montaña; se despeña en torrente mugidor por la hoz; corre en río torrencial por el valle; se dilata en anchurosa ría por la vega y se pierde en la inmensidad del mar, llevando sobre el lomo de sus encrespadas ondas las naves adornadas con los blasones de la bandera de la patria á todas las riberas del mundo conocido. (*Aplausos.*)

Así es que, contemplando la historia desde estas alturas, se ven en las cuatro grandes crisis de nuestra historia y de nuestra independencia, aparecer la nube en el horizonte, crecer, dilatarse, estallar, asolar comarcas y regiones y venir á morir y á desvanecerse á nuestros pies, sin lograr obscurecer jamás el sol que corona con su luz el inviolable asilo de ...stras gloriosas montañas. (*Aplausos.*)

...uatro veces en el largo transcurso de la ...toria aparece suscitado por la ira de Dios

el azote vengador de su justicia; cuatro veces el mundo entero mira pasar la justicia de Dios azotando y aherrojando los pueblos; cuatro veces España está á punto de desaparecer, perdiéndose en las grandes transformaciones de la historia, y cuatro veces se salva en cuanto humanamente es posible, merced al fiero valor, al heroísmo individual, al santo amor á la patria que enardece los pechos asturianos.

Y si no, asomaos conmigo á los grandes horizontes de la historia; evocad como una visión los grandes espectáculos del pasado; llamad á juicio á lo que duerme ya en los panteones del olvido, y veréis, veréis cómo en cada una de esas grandes sacudidas que la mano de Dios imprimió airada á la gran cadena de la historia, en cada uno de esos diluvios que su cólera derramó sobre los pecadores y las iniquidades del mundo, siempre exceptuó estas nevadas cumbres como el asilo de la fe, como los *santos lugares* del amor patrio, como el refugio de la esperanza y como el santuario de la redención de todos nuestros males y dolores.

¡Mirad! Allí aparecen las águilas por aquella vía labrada en la roca, y que desde el centro de la *ciudad* avanza á través de todo género de abismos y de cordilleras hasta los últimos límites del mundo antiguo; avanzan las legiones romanas; el dedo providencial del dest

las conduce... vienen á sojuzgar, á unificar y á pacificar la tierra: todo se aplasta ante la mano de hierro de su centralización y de su fuerza. Han conquistado imperios y regiones enteras en rapidísimas campañas. La antigua Grecia, la tierra de los dioses y de los héroes, es una provincia romana. Cartago, su poderosa rival, ha sido destruída. Las Galias han sido conquistadas. La Numidia los ve aparecer como una turba avasalladora... el mundo calla en su presencia. El universo se ha hecho romano. Pero he aquí que en lo alto de aquellas montañas se *desenroca el cántabro;* las alturas se coronan de fieros é invencibles astures que detienen el poder de Roma con su valor y lo asombran con su fiereza, prefiriendo emponzoñarse con el zumo mortal del tejo antes de verse prisioneros y esclavos, entonando himnos de triunfo clavados en la Cruz por la ferocidad de los conquistadores y manteniendo abierto el palenque, sin perder el campo de batalla, como el hogar de la independencia española, sin más interrupción que la necesaria para que se cierre el templo de Jano, ¡como una tregua concedida á la Providencia para que se realicen las profecías y el Hijo de Dios nazca en nosotros en medio de la paz octaviana y versal que espera y porque suspira la hunidad, como la hora de la plenitud de los

tiempos en el gran reloj de la historia! (*Aplausos.*)

Volved los ojos y mirad... por allí vienen los lobos feroces del Septentrión: son los bárbaros que, como la langosta sobre la mies, caen en cerrada nube sobre el Imperio. Es Atila, el perpetuo Atila del Norte que, obediente á la voz de Dios, se despierta y se levanta

«Del témpano de hielo en que dormía,»

para saltar sobre su bridón, y convocando con un grito de guerra á sus hordas salvajes, las lanza á donde le señala el misterioso dedo del destino, como azote de la cólera de Dios, que le manda crugir sobre los pueblos degradados, reducir razas y gentes á la esclavitud, debelar imperios y naciones. Nada resiste á su poder. Es como el torrente desbordado en inundación asoladora. Sólo se detiene y se estrella allí, ante aquel dique infranqueable é indestructible, ante aquellas siempre verdes montañas, en cuyas rocas albas, vecinas de las nubes, brota el eterno guerrillero español, el audaz *Bagauda* que, como el genio de la cordillera nacional, mantiene enhiesta, en lo más alto de sus picos, la bandera enarbolada en la C[illegible] emblemas de la independencia y libertad d[illegible] patria. (*Aplausos.*)

Mirad ahora; volved los ojos y escuchad. ¿No oís? Es el rugido de los leones del desierto, es el África que cae sobre nosotros, son las huestes de Muza y de Taric, son los soldados de Alkamak que han pasado las aguas del Estrecho y corren á sangre y fuego España entera. Vedlos llegar; nada les detiene. Europa va á caer en sus manos, y el Korán va á destruir el Evangelio. Mas no; que allí, en aquella montuosa región donde anidan las águilas, sobre aquel torrente deslumbrador que se despeña por los riscos, en el centro de aquella peña colosal que rasga las nubes, abre sus negros antros una cueva, y en ella brilla una imagen celestial de la Virgen de las Batallas. Á sus pies ora un guerrero, en una mano una Cruz, la Cruz de la victoria, y en la otra una espada, la espada de Pelayo. En torno de él se agrupan los valerosos montañeses. Ya suena tonante en el espacio la señal de acometer, rasga los aires estentóreo clamor, chocan los cielos y la tierra, el abismo abre sus fauces espantosas, las nubes truenan y se desgajan en diluvio torrencial, el rayo incendia las tinieblas, las montañas vacilan, se derrumban y caen sobre los hijos de Mahoma, y en aquel cataclismo universal de horrores y de prodi-
sólo se escucha distinta, sobre los gritos
spanto y de dolor de los vencidos y los es-

truendos de la naturaleza perturbada, la voz vibrante de Pelayo que, levantando en alto la Cruz de tosco leño, apellida á los asturianos é invoca, como el grito de guerra en la batalla y como la única esperanza de redención, el santo nombre de Nuestra Señora de Covadonga! (*Grandes aplausos.*)

¡Covadonga, el Arca santa que, como la de Noé, lleva en su seno las reliquias y los gérmenes de la patria española; la que flotando sobre el diluvio universal que produjo la inundación del Guadalete, entre cuyas ondas pereció nuestra nacionalidad, se detiene y se abre, dando á luz y dejando salir de su seno los Patriarcas de nuestra civilización en el monte Ararat de nuestra historia, en las insumergibles montañas Asturianas! (*Grandes aplausos.*)

Pero para que esto sea más visible, repite el espectáculo la Providencia. Sabéis que cuando los cristianos se unían y se agrupaban en torno de la Cruz, vencían, y cuando la discordia los desunía y el pecado los debilitaba, eran vencidos. La discordia y el pecado también trabajaban á los musulmanes, pero Dios, queriendo castigar á los cristianos, les suscitó *Almanzor*. El temible azote de los cristianos españoles incendia á Barcelona, demuele á L saquea á Zamora, conquista á Astorga y,

vocando todas sus fuerzas tributarias de Africa y de Europa, penetra en Galicia, arrasa la *Meca* de los cristianos y huella con los cascos de su corcel el sepulcro glorioso del Apóstol de Compostela.

El trabajo heróico de tantos años de batallas estaba deshecho. España, casi reducida otra vez á las montañas Asturianas, sus reliquias sagradas volvieron á emprender sus antiguas peregrinaciones para guarecerse en las cuevas de Monsacro. Entonces se cegó Almanzor, y olvidando que allí se habían estrellado los salvajes hijos del desierto, se propuso aniquilar de una vez todas las monarquías españolas. Trabóse la batalla con furor: era la batalla definitiva y suprema de cuyo éxito dependía la ruína total de las fuerzas de la Cristiandad en España. Peleaban como leones los combatientes, pero el éxito nos hubiera sido fatal si en lo más recio de la pelea, bajando como osos de sus montañas, los astures, capitaneados por su rey D. Bermudo, no hubieran sembrado el espanto y la ruína entre los moros, produciendo aquella rota memorable que callan avergonzados los árabes, como si siempre hubieran de recordarla con lágrimas; que predijeron voces misosas que repetían tristes los ecos de sus pos, y que ha consignado la tradición en el dicho vulgar, tan expresivo de lo apre-

tado de la lid y de lo transcendental de la victoria:

«En Caltañazor,
Almanzor
Perdió el tambor.» (*Bravos; aplausos.*)

Y por último, señores, cuando el coloso de la revolución y de la guerra, dominador del mundo que descomponía y recomponía á su antojo, que obscurecía y eclipsaba á las pirámides al pasar junto á ellas, que era más frío que los hielos en Rusia y más ardiente que el sol en Egipto, que servía y se servía de la revolución al mismo tiempo, echó una mirada de desprecio y de codicia á la vez ¡sobre esta nación de *frailes y toreros*, aspirando á amarrarla á su carro triunfal!; aquel hombre, que había paseado su látigo sobre las espaldas de todos los reyes y enlazado sus cadenas en los cuellos de todos los pueblos; aquel hombre, que representaba todas las grandezas de la antigüedad y todas las grandezas del porvenir; aquel hombre, que era Alejandro y César, Atila y Gengis-Kan, Augusto y Carlomagno, y que parecía el Antecristo; aquel hombre, que, siendo el rayo de la revolución, obligó al mismo Papa á que le consagrara Emperador de Occidente, se encontró detenido en su carrera triunfal, h
do de muerte en la mitad de su pecho p
pueblo español, que mirando, no al enem

sino á su esfuerzo, alentado por Dios, pronunciando el sublime *No importa*, se atravesó en su camino, se levantó como un solo hombre contra él y le humilló, arrancándole el laurel de la victoria que circundaba sus sienes, y ajó la aureola de su prestigio, y lo desangró con su heróica tenacidad y constancia, y lo venció y derrotó en la memorable jornada de Bailén! (*Grandes aplausos.*)

¿Pues sabéis quién declaró la guerra á Napoleón? ¿quién inició esta lucha desigual? ¿quién empujó España á la victoria?... ¡quién había de ser, Asturias (*aplausos*), la siempre invencible Asturias, que, viendo á España abandonada de sus reyes, despreciada por Europa, la Junta central entregada á la inacción, Madrid sumido á los horrores del *dos de mayo*, se revuelve como el oso de sus montañas y *declara la guerra á Napoleón*, dando la señal del *alzamiento!* (*Grandes aplausos.*)

Inglaterra, que no se atrevía con el genio de la victoria, se asombra al mirar tanta audacia y tan increíble valor, y su Gobierno sigue con la vista, atónito, el dedo del conde de Toreno señalando en el mapa de Europa el punto imperceptible del *Principado* que osaba *declarar* ... *uerra á Napoleón*. «Jamás, exclamaba en el ... o y con el aplauso de todo el Parlamento ... és M. Sheridan; jamás hubo cosa tan va-

liente como este desafío *al tirano de la tierra por un puñado de montañeses;* jamás acción más noble que la conducta de los Asturianos.»

Y tenía razón; pero olvidaba que el pueblo que había hecho frente á toda el Africa desde la grieta de un peñasco, tenía antecedentes en su historia para saber hasta dónde alcanza la fuerza de un pueblo que pelea por su Dios, y los soldados franceses no eran á los ojos del pueblo español sólo los invasores de su suelo y los enemigos de su rey; eran los soldados de la revolución, que hacían pesebres de los altares; los apóstoles de la impiedad, los hijos de Voltaire, los blasfemadores de su Dios. Y Dios animó su brazo y los derrotó, y Europa, degradada á los pies del obscuro corso Emperador, pudo ver que lo que envilece y degrada á las naciones no es la falta de cultura material, sino de valor moral, de virtudes, de espíritu de sacrificio y de abnegación, y que los héroes verdaderos, si los produce en el suelo y en el clima la raza, nunca florecen con más lozanía y vigor que á la sombra augusta de la Cruz. *(Grandes aplausos.)*

Ya lo veis. No es posible dudar del sublime destino de nuestras Montañas. La tiranía del Paganismo romano primero, la barbarie he reje del Norte después, el fatalismo despótic y avasallador del Islamismo más tarde, y l

impiedad revolucionaria por último, se han ido á estrellar allí!, como si aquellas vírgenes simas, nunca desfloradas por la huella de otros pies que los de sus audaces hijos, no consintiesen otro blasón sobre sus tajadas crestas que el que, rematando en una Cruz, tremola al aire los alegres colores de la patria. *(Aplausos.)*

¡Que no en vano el Creador las levantó hasta las gradas de su trono, cercándolas de abismos que descienden hasta el profundo!; no en vano las veló con las densas nieblas del misterio; no en vano labró en su seno cristalizadas grutas, y las defendió con enmarañadas selvas cortadas por mugidores y despeñados torrentes, que por algo su diestra poderosa arrugó, en los instantes supremos de la consolidación de la tierra, esta predestinada región, para que, al enfriarse su corteza, tuvieran las dilatadas llanuras de Castilla un asilo en que refugiarse, un templo en que regenerarse, una cuna en que renacer en los días graves de su historia. (*Bravo.*)

¡Que no es obra del acaso, no, la misteriosa disposición de los continentes y de los mares, de los valles y de las montañas, forjadas por la diestra del Creador, que ve de antemano en mente las acciones de que han de ser teatro spués, andando los siglos y los tiempos, ando el drama humano de la historia vaya

desenvolviendo su acción, tan poblada de peripecias y de catástrofes, y de cuyo conjunto y resultado final ha de salir al fin el destino solemne y providencial de las grandes civilizaciones! (*Bien, bien.*)

Señores, no lo dudéis. Dios ha señalado nuestras Montañas para cuna de todas las restauraciones. Allí se restauró el altar, allí el trono, allí la nobleza, allí todo lo que constituye la patria. Del angosto recinto de Covadonga, sale completo el germen del imperio español. El altar que se levanta en su cueva, crecerá hasta trocarse en la soberbia Catedral; el pavés sobre que se alza Rey á Pelayo, llegará á convertirse en el solio de los monarcas españoles; las escuelas que brotan en los claustros de los monasterios fundados por nuestros Reyes, son el germen de nuestras gloriosas Universidades; el grito de guerra que resuena en aquellas alturas, la sonora habla española, y todo lo que constituye nuestro carácter nacional, la bondad nativa, la grandeza romana, la altivez gótica, la intrepidez árabe, todo se funde allí, revistiendo, con las antiguas formas é instituciones de la monarquía goda, las espontáneas y nacionales manifestaciones de la Monarquía asturiana. Reyes, caudillos, sacerdotes, lengua, escuelas, concilios, códigos y pueblos, todo renace allí, puesta la mira en la imperial

Toledo, donde por fin se corona Emperador uno de los descendientes de Pelayo, y levanta su alcázar por fin, aquel alcázar en que únicamente se sentía Emperador aquel Monarca español, ¡el nieto de los Reyes Católicos, el gran Carlos V, el que realiza en todo su esplendor nuestros colosales destinos, siendo el Paladín de la Cristiandad contra todos sus enemigos á un tiempo y personificando el genio español en la majestad de su grandeza y poderío en ambos mundos y en su alma noble, esforzada y varonil de cristiano y de caballero *(aplausos)*, en el que sólo trocó la armadura de campeón de la patria y de la fe por el sayal del monje y los esplendores de los alcázares imperiales y el estruendo de los campamentos militares por el silencioso retiro de los claustros de los monasterios! (*Grandes aplausos.*)

Y más tarde, después, cuando no sean necesarios Alfonsos, ni Pelayos, ni Bermudos; cuando no sean necesarios guerreros que defiendan el suelo de la patria; cuando alboreen los tiempos modernos, Asturias prestará su contingente de restauradores en todos los órdenes de la vida y á todas las fuerzas de la patria.

e su suelo glorioso saldrán conquistadores
no Menéndez Avilés, capitanes como Navia
orio, eruditos como Campomanes, Mariana

y Ceán Bermúdez, arquitectos como Herrera, economistas como Flores Estrada, y repúblicos como Jovellanos.

Y aun hoy, señores, aun hoy, cuando se trata de restaurar todas las disciplinas en frente de la falsa ciencia y de la falsa filosofía, para vindicar el nombre español en los fastos de la ciencia, Asturias, y vindicar el nombre asturiano en los fastos de la poesía, desmintiendo aquel dicho audaz de que «más allá del Duero no nacen poetas;» Asturias, que nos dió los Inguanzos y los Cuevas, los Torenos y los Mones, los Pidales y los Cavedas, los Posada Herreras y los Laverdes, nos dará, sobre toda la pléyade ilustre de pensadores, de artistas y de poetas, los tres nombres *más célebres* de la cultura española contemporánea, los tres nombres representantes del *saber*, del *pensar* y del *sentir*. Pues los nombres de Menéndez Pelayo, de Fray Zeferino González y de Campoamor, que han dado ya la vuelta al Mundo como los representantes de la *ciencia*, de la *filosofía* y de la *literatura* españolas, ya lo sabéis, son nombres asturianos. (*Muy bien, muy bien.*)

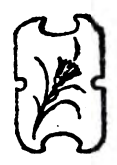
Y si en los tiempos antiguos nuestras Montañas encerraban las venas de *oro puro*, que era la palanca de la civilización en la antigüed
como lo demuestran los colosales trabajos
nuestras minas, hoy esas mismas Montañ

nos abren sus inagotables criaderos de *carbón*, que es la formidable palanca de la cultura y del trabajo en los tiempos modernos, á la vez que la garantía de la riqueza y hasta de la independencia marítima de nuestra patria. (*Aplausos.*)

Y para acabar, señores. A las luchas de la espada han sucedido las luchas de la palabra en nuestros días, á los campos de batalla las Asambleas; y si los grandes capitanes salían en otros tiempos de Asturias, hoy de aquel modesto y reducido rincón, de aquellas benditas Montañas salen los grandes oradores, los hombres de Estado, los grandes capitanes de la Política. (*Grandes aplausos.*)

Asturianos, no lo olvidéis. La fuerza incontrastable de los hijos del Principado estriba en su mérito y en su honradez, pero además en su *unión* (*aplausos*), en esa unión que los mantiene unidos como en sus valles nativos en el santo amor de su patria en la dilatada extensión del Nuevo Mundo, á través de mares y de desiertos, y á través de las enconadas pasiones más soberbias que las ondas del Océano, en el proceloso mar de la Política. (*Aplausos.*) No lo olvidéis: manteneos unidos con el recuerdo de las ...rcesibles glorias asturianas; no conspiréis ...ra el porvenir de nuestra Provincia, ati...lo el odio y la discordia entre sus hijos.

Seamos la falange compacta que todo lo arrolla y lo penetra. Que el nombre de asturianos equivalga al de hermanos entre nosotros como sucedía en tiempo de nuestros padres, y aunque dispersos, en la lucha por la vida, por toda la redondez de los orbes, que al eco del Himno tradicional de nuestras Montañas se agrupen nuestros esfuerzos y se unan nuestros corazones en el santo amor, en el tres veces santo amor de la patria. Y cuando viejos nos retiremos á descansar y á morir á la sombra de los árboles seculares que dieron sombra á nuestras cunas, junto al sepulcro de nuestros mayores, podamos legar á nuestros hijos incólume, el lazo de unión, el fuego sacro de amor á aquella región bendita, que jamás se aparta de nuestra memoria, por la que palpita ardiente nuestro corazón, en cuyo nombre nos hallamos aquí congregados; la que tiene por timbre y por blasón esa Cruz (señala la de la *Victoria*), la santa y hermosa y noble, la gloriosa región Asturiana! (*Grandes y prolongados aplausos.*)



CORONACIÓN DE LEON XIII

DISCURSO

PRONUNCIADO EN SU CUARTO ANIVERSARIO

EN LA UNIÓN CATÓLICA



EXCMO. SR.:

SEÑORES:

DICE nuestro insigne filósofo español Fr. Zeferino González, que de dos causas opuestas puede provenir la dificultad de explicar una materia: ó de lo muy compleja que ella sea, ó de su misma simplicidad; porque si de una parte la multitud de conceptos que comprende hace muy difícil encontrar su esencia, de otra la misma simplicidad y abstracción de la naturaleza que se define, la hacen, por tal manera abstrusa, que la inteligencia no acierta á encontrar su verdadera substancia, para explicarla de modo que sea fácilmente comprendida.

Esto, que resulta evidente en las cuestiones afísicas y filosóficas, tiene también su aplión aunque de distinta manera, cuando se

trata de las cuestiones de historia, ó de filosofía de la historia.

Hay cuestiones que por lo ignoradas, por lo difíciles, por lo apartadas que están las fuentes de su conocimiento, es muy difícil comprenderlas en su verdadera esencia, abarcarlas en toda su magnitud, y contemplarlas desde su verdadero punto de vista; y las hay también que por lo evidentes, por lo palpables, por lo vulgarizadas que se encuentran, es muy difícil tratarlas sin caer en la repetición, en el lugar común, viniendo á decir, una vez más, lo que todos estamos diciendo todos los días.

Esto es lo que tiene que suceder con la materia que, muy ligeramente, voy á tratar esta noche.

Si á ello se agrega que el estado de mi salud no me permite dedicarla todo el fuego, todo el fervor, todo el ardimiento, único tributo que yo puedo traer siempre á las causas que defiendo, tendréis que contentaros con una ligera repetición de lo que nosotros nos estamos diciendo todos los días; pero al fin y al cabo podrá servirme y serviros de consuelo aquella frase del gran orador francés, del ilustre Lacordaire, cuando, defendiendo contra los impíos el santo rosario, contestaba al argumento de la inutilidad de cansar con la repetición una misma palabra á la Divinidad, dicien

«El amor no tiene más que una palabra, y pronunciándola incesantemente no la repite jamás.» (*Muy bien, muy bien.*)

Hoy, al fijar la vista sobre el problema que tanto nos ocupa, y que verdaderamente es el problema único, porque es el problema universal, se me ha ocurrido de pronto formular de esta manera mi pensamiento; ó, por mejor decir, la cuestión me ha herido bajo esta faz: *que en nada, ó en casi nada, brilla tanto la Providencia de Dios en favor de su Iglesia, como en la economía divina que preside á la provisión de sus Pontífices, según las necesidades sociales de cada momento histórico.*

Verdaderamente, la Iglesia es la Esposa de Jesucristo, y los Papas son los Vicarios de Cristo en la tierra; defenderla, protegerla, ensalzarla y glorificarla, es la misión de los Pontífices; y Dios, que ha querido que nuestra fe tuviese algún mérito, no ha querido echar mano constante y permanentemente del milagro, dotando á la Iglesia de Pontífices ángeles, y valiéndose de lo sobrenatural, de manera que nuestra fe no tuviera mérito alguno, y que en el orden de las ideas, en el orden espiritual, en el orden intelectual y en el moral, ·ediera todo casi tan mecánica, tan necesa- y fatalmente como sucede en el mundo de ıaturaleza. Dios ha querido que nuestra fe

fuera racional, y al esconder su Providencia tras el velo de las causas segundas, no por eso deja de presentar, tanto por su oportunidad y por su permanencia, como por todos los caracteres que tiene la acción divina en el mundo, una verdad, á los ojos de todo observador: que en el desarrollo lento y progresivo, en los rápidos desenvolvimientos, en las grandes crisis que presenta la historia del Cristianismo, se descubre de tal modo la acción de una inteligencia superior, que obliga á todos los filósofos á exclamar: *Digitus Dei est hic.*

Y de tal manera sucede esto, que examinando la gloriosa serie de los Pontífices con que Dios ha dotado á su Esposa, vemos que en todos ellos brillaron las cualidades necesarias para que la Iglesia desplegase á los ojos de la humanidad la virtud más necesaria en aquella época; y así nos explicamos cómo Dios ha podido permitir que algunos Pontífices no apareciesen siempre rodeados de la aureola de santidad y de pureza que hubiéramos querido ver siempre sobre las sienes de los Vicarios de Dios; pues si Dios quiere la glorificación de su Esposa, las esposas, como las madres, tienen algunas virtudes heróicas que sólo pueden desplegar con los hijos ingratos y con los e posos que las abandonan.

Así vemos, recorriendo ligeramente la gl

riosa serie de los Pontífices á través de la historia, que cuando Dios quiere establecer el fundamento de su Iglesia, demostrar su Divinidad, no busca á ningún César ni á ningún Rey, á ningún sabio ni á ningún opulento; va á buscar allá en el fondo de la Judea, en Galilea, en las orillas del lago de Nazaret, á un pescador rudo y humilde, y, llamándole para que le siga, lo envía en su nombre á Roma; y aquel pescador judío, entra un día en la Roma de Nerón, desconocido, despreciado por los orgullosos romanos que le rodean á lo largo de la vía Sacra, llena de monumentos, y entra en Roma ¿á qué? ¡á morir clavado en una cruz como un malhechor? y, sin embargo, el suplicio de San Pedro en el Montorio es la cuna sagrada de la interminable dinastía de los Pontífices Romanos.

Y sus sucesores inmediatos, destinados á consolidar la fe, ¿dónde los busca? No los busca en los palacios, ni en el foro entre los grandes políticos, ni en las escuelas entre los grandes filósofos, no: los busca allí en el misterioso seno de las obscuras catacumbas, y allí los escoge, no para vencedores, sino para hostias destinadas al sacrificio, como mártires que van ...edando de unos en otros el derecho al po... que es el verdadero solio y el único trono que resplandece la majestad de los Pontí-

fices Romanos y la divinidad de su Iglesia, en medio de las universales tinieblas del paganismo. (*Muy bien, muy bien.*)

Pero pasa, señores, esa época; viene, después de vencido el paganismo, la irrupción de los bárbaros. Nada los detiene; ni las legiones romanas, ni la riqueza de los palacios, ni la belleza de los monumentos; todo lo asuelan y destrozan, y sólo se detienen ¿ante quién? ante el Papa, con que Dios dotó á la Iglesia en aquel instante supremo; ante San León el Magno, que se prosterna á los pies de Atila, y salva á Italia del incendio y del saqueo, como más tarde á Roma, de los furores de Genserico.

Las irrupciones dan su fruto: por todas partes se destruyen los monumentos; la cultura se destierra de Roma, y puede decirse que del mundo, y entonces Dios, en medio de aquella tenebrosa obscuridad en que gemía Europa, sabe buscar para Roma un Papa como Silvestre II, que llegó á merecer de sus contemporáneos el renombre de Mágico: tal era el asombro que causaba en ellos su maravilloso saber.

Después, cuando el imperio sacro-romano, que tantas y tan memorables luchas sostuvo con la Iglesia, parecía que había reducido á la Esposa de Dios á perpetua servidumbre, D[illegible]
suscita á su Iglesia al gran Gregorio VII, [illegible]
reivindica y alcanza su independencia espi[illegible]

tual en sus luchas con Enrique IV, y al no menos grande Alejandro III, que reivindica y conquista su independencia política, derrotando á Federico Barbarroja en la memorable jornada de Legnano, en que se salvó asimismo la independencia de Italia, que tantas veces han salvado los Pontífices, y que tantas veces ha visto á muchos de sus ingratos hijos volverse contra ellos en la hora del triunfo y en la hora de la bienandanza. (*Muy bien, muy bien.*)

Y después, cuando los Papas habían fundado el Catolicismo, habían civilizado á Europa, habían defendido la Cristiandad, y llegaba la Civilización Cristiana al apogeo de todo su esplendoroso desarrollo en aquel glorioso siglo XIII, Dios concede á su Iglesia, para presidir á tan magníficos destinos, la gran figura del inmortal Pontífice Inocencio III, que los explica con su bondad y los domina con su grandeza.

Y luego, cuando según el dicho de un ilustre escritor cristiano hubo que embellecer la sociedad cuando ya no era necesario defenderla, esa Iglesia católica, tachada de ignorante y obscurantista, vió sentado en el solio de sus Pontífices á León X, que dió su nombre á siglo, y eso que su siglo era el siglo del Re-imiento; y más tarde cuando los turcos, ños del Oriente, acampan ya en Europa y

extienden el terror de sus armas y de sus conquistas hasta el corazón de la Cristiandad, Dios suscita á San Pío V, á cuya voz arma sus escuadras la nación española y hunde el poderío musulmán en el hirviente golfo de Lepanto.

Cuando las facciones, devastando las villas y lugares, y asolando los campos, infestan á Italia de bandidos, haciendo imposible la vida, Dios, que tan á menudo coloca la piedad y la dulzura en el solio de los soberanos de Roma, sentará en él la energía y el vigor de la justicia con Sixto V, y ante terribles escarmientos la paz y la confianza renacerán en Roma y en Italia.

¡Ah, señores! ¿Para qué continuar? Si yo tuviera los conocimientos históricos suficientes para investigar en sus actos la misión de cada Pontífice en la tierra, veríamos cómo todos ellos respondían admirablemente á la necesidad más imperiosa de la Iglesia, al estado de la Europa en su tiempo, á la acción providencial de Dios en el mundo. Y si no, mirad lo que sucede cuando el obscuro y plebeyo corso se encarama en los brazos de la Revolución y recorre la Europa azotando con su látigo las espaldas de los monarcas absolutos que habían tomado parte en la conjuración contra la Ig sia de Cristo: todo lo vence, todo lo atropel sólo en realidad es vencido por vez primer

cuando la fuerza suprema de Napoleón se encuentra con la dulzura suprema de Pío VII.

Y si miramos á nuestros días y contemplamos la gran figura de Pío IX, ¿qué hemos de decir del mártir de la Revolución moderna, sino que Dios envió á su Iglesia al único arcángel que podía hundir á su verdugo hiriéndole en el corazón de sus mismos errores? Porque la verdad es, señores, que si quisiéramos concretar cuál es la misión que Pío IX ha traído al mundo, me atrevería á condensarla en esta frase: desenmascarar á la Revolución. (*¡Muy bien! ¡Muy bien! Aplausos.*) La verdad es que la Revolución hoy todos la conocemos; pero á principios de este siglo, ¡cuán pocos la conocían! Había un ansia vehemente, noble y generosa de libertad en todos los corazones: la causa de la independencia de Italia era una causa justa ¿por qué no decirlo? y la Revolución, engalanándose con esos laureles que no le pertenecían, se presentaba á los ojos de todo el mundo como una causa generosa, y quería escoger, para que la guiase á los combates, al al Papa nuevo, á Pío IX. ¿Y quién sino Pío IX tuvo la suficiente fortaleza de ánimo, el suficiente criterio para distinguir entre lo lícito y lícito, para ir hasta donde debía ir como v, y detenerse donde debía detenerse como ıtífice? ¿Quién supo, como él, conciliar los

deberes de italiano con los deberes de Papa? ¿Quién supo, como él, demostrar con Rossi, asesinado ante las puertas de la Cámara, que la paz con que la Revolución brindaba, era la guerra; que la independencia que se quería, era la servidumbre, y la libertad que se proclamaba, era la tiranía? (*¡Bien! ¡Muy bien! Grandes aplausos.*)

El día, señores, exclama el orador á que antes he aludido (el grande Lacordaire), en que la Italia, libre de la irreligión, vuelva la vista hacia su destino realizado, la figura de un gran Pontífice se le aparecerá ante sus ojos, y justa, aunque tardíamente, si alguna vez es tarde para hacer justicia, levantará una estatua al Washington que la Providencia la había concedido y ella rechazó.

Pero Pío IX hizo más: después que su popularidad entre ciertas gentes se disipó como la bruma que arrebata el viento, en cuanto se opuso á los planes de la Revolución, desenmascarada por los asesinos en Roma mismo; entonces, ya fuerte, no con la vana popularidad del populacho que grita, sino con el testimonio de la propia conciencia, se propuso curar los males de la humanidad en su tiempo, vió que estaba en el siglo del sensualismo y pr clamó el dogma de la Inmaculada Concepci consagró el universo al Sagrado Corazón

Jesús, elevó á los altares á los santos pobres, como Benito Labre, beatificado por Pío IX y canonizado por Su Santidad León XIII, y á los mártires del Japón, y reconoció como protector de la Iglesia al Patriarca San José. Y con gallarda mano clavó sobre las puertas mismas de los alcázares de la Revolución la lista de sus iniquidades, el *Syllabus* de sus funestísimos errores.

Vió que la duda era otro de los males que corroían á la Cristiandad, y proclamó el dogma de la infalibilidad, reuniendo para eso un Concilio con una oportunidad admirable; porque al mismo tiempo que dió pruebas de la vitalidad de la Iglesia en el mismo momento en que iba á ser despojada; al mismo tiempo, con la interrupción que tuvo que sufrir ese Concilio cuando los italianos penetraron en Roma por la brecha de la Puerta Pía, demostró, y está demostrando diariamente, que el Papa y la Iglesia están prisioneros en Italia.

Pero hubo tiempo suficiente para que el Concilio proclamase el dogma de la infalibilidad, dando á la Iglesia las armas necesarias para defender á la verdad divina del error durante el largo cautiverio que se le preparaba.

espués, persuadido que su destino era ser ıártir de la Revolución, la *crux de cruce*, se ⁊ó de brazos ante los poderosos de Europa,

y, presentando siempre su cuello al hacha del verdugo y su pecho al puñal del asesino en este siglo en que los Reyes abdican y en que los fuertes ceden; en esta época de las transacciones cobardes y de las conciliaciones falsas, pronunció su *Non possumus* y tomó sereno el camino del martirio. (*Muy bien, muy bien. Grandes aplausos.*)

De tal manera, señores, fué su misión desenmascarar á la Revolución hipócrita, que hoy mismo, cuando ha sido necesario desmentirla, demostrando á Europa que la persecución á la Iglesia sigue en Roma, y que el Papa está prisionero en el Vaticano; del fondo mismo de su sepulcro han salido sus venerandas cenizas para demostrar en la vergonzosa noche del 13 de julio... (*Grandes, entusiastas y prolongados aplausos apagan la voz del orador.*)

En verdad, señores, que considerando friamente las cosas, parece como que un consuelo nos falta; parece como que sentimos que Pío IX haya subido al cielo antes de presenciar el triunfo de la Iglesia en este mundo, en que tanto ha sufrido ascendiendo al Calvario á que la Revolución le había condenado; pero, si bien se considera, él ha conseguido su triunfo personal: lo conquistó al morir en la luch porque en las luchas por Dios, el soldado qı cae no es un vencido que muere: es un triur

fador que entra en la fortaleza de la gloria. (*Muy bien, muy bien. Grandes aplausos.*)

Por otra parte, dejad la figura de Moisés al Desierto; dejad que Pío IX muera antes de entrar en la tierra de promisión; no le quitéis la Cruz, que es su cetro; dejadle morir en toda la integridad de su sacrificio, y saludemos al Papa mártir al mismo tiempo que al Pontífice Santo de la edad moderna. (*Muy bien, muy bien. Grandes y prolongados aplausos.*)

Queriendo yo probar y comprobar la tesis que he sentado, como fundamento de estas desaliñadas frases, me he dicho á mí mismo: Cuando Dios se ha llevado á Pío IX, es que las necesidades de la Iglesia, en el momento actual, cambian; es que va á cambiar el estado actual del mundo.

La verdad es, señores, que, como decía antes, el último tercio del siglo XIX no se parece nada al primero; aquélla era una época espontánea, aquéllos eran todos entusiasmos legítimos ó ilegítimos: hoy estamos en la época del desengaño. Ese diccionario famoso que podemos todos formar con tantas palabras que han llevado las turbas al matadero, para servir de escabel á bastardas ambiciones, no engañan á ninguno: hoy los vivas, los vítores de la revolución, todas esas palabras fantásticas que otras veces hemos visto seducidas á

las muchedumbres, hoy son ya moneda falsa, de la que se ríen hasta los niños; hoy estamos enamorados de la realidad, y vamos perdiendo todos, casi todos los quijotismos. (*Muy bien, muy bien.*)

Por otra parte, algunos deberes que, si no arrancan de una ley positiva, se imponen á todo corazón hidalgo, hacen necesaria cierta renovación en los elementos directores de la política, aunque sea con aquello que se roza con la Religión, y entonces, viendo la mudanza de las decoraciones en el escenario político, podremos comprender cuán sabia es la divina Providencia, cuando, según la medida en que cambian los tiempos, y según el suceder de las generaciones, cambia las personalidades que en ellas han de influir. Así es que, recordando lo que os he dicho antes de que á la época espontánea ha sucedido la época reflexiva; al ver hoy sentado en el Solio Pontificio, en lugar del orador entusiasta, de aquel hombre de tan afectuoso corazón como era Pío IX, al gran filósofo tomista, al gran representante de las letras clásicas del Renacimiento, al gran León XIII, veo al mismo tiempo que aquellos monarcas, que aquellas instituciones, que todas aquellas entidades públicas que podían estar ligadas con Pío IX, bien por el lazo de gratitud, bien por el lazo del agravio, ó ha

desaparecido, ó no tienen nada de común con León XIII, que se encuentra sin más lazos que su divina misión con el cielo y su misión paternal sobre todos los hombres; y de esto nace, sin duda, una fuerza; una fuerza que tiene que producir sus resultados á poco que examinemos el estado actual de Europa.

La verdad es que, cuando Pío IX reinaba, el árbitro de Europa era Napoleón, y hoy es Bismarck; cuando Pío IX reinaba, la política italiana estaba dirigida por hombres como Víctor Manuel y Cavour, y la casa de Saboya era el instrumento de la Revolución; hoy la política italiana está dirigida por... quien vosotros sabéis, y la casa de Saboya es un obstáculo ya para la Revolución; no es el instrumento.

Por otra parte, la *unidad italiana* ha dejado de ser ideal de la Revolución, que lo proclamaba como bandera que ocultase sus miras de destrucción hacia la Iglesia y hacia el Trono. Hoy la Revolución proclama la Italia federal, pide la república italiana, y quiere arrojar el Papa al Tíber.

La verdad es que, aunque insensiblemente algunas veces, todo ha cambiado ya.

La profecía de aquel vidente español que se llamó Valdegamas, se ha cumplido ya por entero, cuando en 1849, arrojando una mirada

sobre Europa, nos predijo que la unidad que se había de hacer con más solidez, y acaso con más prontitud, había de ser la unidad de Alemania; y que el destinado á llevar á cabo esta obra, que tanto había de influir en los destinos de la Europa, había de ser el entonces obscuro y olvidado rey de Prusia; vacilando únicamente Donoso Cortés acerca de si el imperio alemán había de ser de la demagogia, ó del rey de Prusia.

Lo cierto es que la profecía se cumplió. Bismarck, que fué el hombre que llevó á cabo esta obra, sin duda por el algodón protestante que tenía en los oídos, no pudo oir, cuando derrotaba á la Francia, el himno de la *Marsellesa* que entonaban los soldados de la revolución, que se llamaban los soldados del Imperio, y sólo percibió el cántico del órgano de los ultramontanos franceses, que, como buenos patriotas y como buenos ultramontanos, pedían á Dios la victoria para los ejércitos de su patria; y los zuavos pontificios, que morían á la vanguardia con el Sagrado Corazón de Jesús en el pecho, no le permitieron ver á las hordas de Garibaldi que, huyendo del combate, se precipitaban victoriosos á saquear los conventos en vez de resistir á los ejércitos prusianos.

Por esto, y sin duda porque al fin y al cab

el imperio alemán se levantaba sobre las ruínas de las dos naciones católicas, Francia y Austria, creyó que había de tener á los católicos por enemigos, y que debía fundar un imperio protestante; y, sin embargo, ese hombre de Estado conoció que el protestantismo es una negación, y que sobre las negaciones no se pueden fundar imperios. Así es que trató de falsificar una Iglesia católica sobre el cisma de los viejos católicos, para crear una Iglesia nacional. Todos sabéis el fracaso de esa tristísima alucinación. La Iglesia católica, que tiene poca fuerza para atacar, porque no está en sus costumbres ni en sus intenciones, tiene una fuerza de resistencia admirable. Aquel hombre, que había podido, en pleno siglo XIX y en las barbas mismas del sufragio universal, arrancar dos provincias á la Francia para anexionarlas á la Alemania, nada pudo hacer ante unos cuantos obispos y unos cuantos curas, y tuvo que declararse impotente, porque aquellos tres ó cuatro, ó trescientos ó cuatrocientos sacerdotes, con sus sotanas raídas, estaban sostenidos por el amor de Dios y por las simpatías de todos los católicos de Europa y del mundo. (*Muy bien, muy bien.*)

León XIII juzgo la situación desde su altu- con su mirada de águila; comprendió la ra- alísima diferencia que había entre el impe-

rio autócrata y la Revolución cosmopolita; y, en lugar de aliarse con el radicalismo destructor, con el socialismo nivelador y con el nihilismo devastador, contra sus comunes opresores (como hubiese hecho cualquier hombre político de estos del día que se ponderan como sabios), ejerció su divina misión, se opuso á ellos y vino, con las enseñanzas de su doctrina y con sus poderosas armas espirituales, á sostener los tronos vacilantes de sus mismos verdugos.

No sé si la gracia de Dios ó los chispazos de las bombas debieron abrir los ojos á algunos de estos hombres de Estado, que sólo caen en la cuenta de las cosas después que pasan (*risas y muestras de aprobación*); el hecho es que no se puede negar que de esta gran conflagración y de esta contraposición de elementos tan diversos, nació una nueva manera de ver las cosas en Europa, de que León XIII se aprovechó, iniciando negociaciones con Alemania, que teníanque dar un gran resultado, puesto que allí estaba el centro de la guerra y de la persecución que se hacía en todas partes á la Iglesia. Un gran auxilio encontró León XIII en Alemania, un grande auxilio encontró en el Centro parlamentario alemán. ¡Cosa extraña, s ñores, y que conviene tener presente para c no demos importancia absoluta á ciertas co

que sólo la tienen relativa, como las formas de gobierno! Dos veces se ha encontrado la Iglesia, en este siglo, en frente de dos déspotas casi absolutos que la tuvieron amarrada á su política mezquina, y las dos veces ha sido salvada por el auxilio de dos Asambleas: una fué en Francia, cuando la política de Napoleón, de acuerdo con Italia, era: dejar hacer, diciendo que no la dejaría hacer, pero animándola por bajo cuerda para que hiciese; y ya recordaréis aquella memorable sesión en que los católicos, ayudados de algunos liberales sinceros que estaban en bastante minoría en el Parlamento francés, arrancaron al gobierno de Napoleón el famoso *jamás* de M. Rohuer, poco después de que los zuavos vengasen en Mentana la emboscada pérfida y vil de Castellfidardo (*Grandes aplausos*); la otra ha sido ahora en el Parlamento alemán, en el cual aquellos valientes católicos del Centro, no queriendo comprometer á la Santa Sede, dijeron que hasta ignoraban sus negociaciones; y la Santa Sede, aplaudiendo y admirando la conducta de los que no querían confundir una causa política con la causa religiosa, dijo que no tenía nada que ver con lo que hicieran esos católicos políticos;
le acción en que se ve el mutuo desinterés, curriendo á un mismo último fin, y produ- ıdo por uno y otro lado la derogación de las

tiránicas leyes de mayo, y además las negociaciones que se están siguiendo por medio de los Nuncios de Viena y de Munich, entre Su Santidad León XIII y el gran canciller de Alemania.

No se hizo esto, sin embargo, fácilmente, porque no es fácil contentar á todos, y sabéis que, sin ir más lejos, en Munich hubo un periódico, llamado el *Vaterland*, que se opuso á eso que llamaba «conciliaciones vergonzosas, cobardes é hipócritas,» y no sé si, calificándoles de mestizos, atacó al Nuncio de Su Santidad y al Centro Parlamentario alemán. Pero, por fortuna para Alemania, como ésta tiene hoy más importancia en el mundo que cualquiera de las otras naciones; como tiene la importancia que tenía España en el siglo XVI, el Padre Santo tenía más fijos los ojos allí, y en breve el *Vaterland* de Munich fué censurado por Su Santidad.

¿Hasta dónde irán á parar estas negociaciones? No lo sé, ni pretendo averiguarlo; ni soy profeta, ni estoy en los altos secretos de Estado; pero si la historia sirve para algo, si las enseñanzas políticas pueden servir para hacer algunas inducciones después de pesado el pro y el contra, al ver el monstruo gigante · panslavismo, enemigo mortal del german mo, y al considerar ese otro fantasma sangri

to del socialismo que se levanta en el seno mismo de Alemania, merced á la torpeza del Kulturkampf; al considerar la próxima desaparición del imperio turco que permanece como un cadáver insepulto en el Oriente de Europa; al ver la natural alianza del imperio alemán con los católicos alemanes de Austria y la necesidad de que Austria-Hungría se reconstituya hacia Oriente para conservar el equilibrio europeo, no me extrañaría que Dios, en sus altos designios, hubiera preparado para el fin del reinado de León XIII, con la constitución de un imperio cristiano en Occidente, heredero del imperio de Carlomagno, la constitución de un imperio católico en Oriente, heredero del antiguo imperio de Justiniano, para que en un mismo día bendijese Su Santidad León XIII á la Ciudad y al Orbe desde el balcón del Vaticano, y se adorase al verdadero Dios bajo las bóvedas de Santa Sofía. (*Muy bien. Aplausos entusiastas y prolongados.*)

Yo no sé si esto sucederá; pero sí os digo una cosa: que para que esto suceda, es preciso que todos los católicos ayudemos al Papa: hoy sólo se cuenta con el Papa, porque se le cree fuerte. Pues bien, señores: digámoslo con or-llo; la fuerza del Papa ante los poderes de la ra que no creen en las promesas divinas so-s nosotros los católicos. (*Muy bien, muy bien.*)

Si los poderes de la tierra creyeran que el Papa no era más que aquel anciano que está en el Vaticano rodeado de aquella corte de ancianos también, ya veríais qué poco tardaría en desaparecer el Papa de Roma. Pero ¿sabéis por qué, aun cuando le ven anciano y desvalido, no se atreven con él? Porque saben que por toda Europa, por Asia, por Africa, por América, y hasta en las islas más remotas de la Oceanía, hay una corriente eléctrica que se establece en todos los corazones y hace vibrar todas las almas apenas se sabe que una potencia invasora intenta levantar su diestra sobre la frente inmaculada del Vicario de Cristo. (*Estrepitosos aplausos.*)

Y como saben esto, es necesario que los católicos, uniéndonos cada vez más entre nosotros y con nuestros Prelados, y nosotros y por nuestros Prelados con el centro de unidad, demos al mundo el ejemplo de una verdadera unión católica sin mezcla, sin aspiraciones mezquinas de ningún género, manifestándonos sólo como los soldados del Papa, dispuestos á obedecer á su mandato; y para que toda Europa nos vea, es necesario, no sólo que lo hagamos aquí en España, ó en nuestras respectivas naciones; es necesario que demos este herm so espectáculo al mundo, y que vayamos á R ma, á donde Su Santidad nos llama con su ex

tación á la peregrinación católica, para mostrarnos allí como católicos unidos, bajo la dirección de nuestros Prelados, en la defensa de la Santa Iglesia Católica, Apostólica, Romana, y para la libertad del Vicario de Cristo en la tierra.

Sí, es necesario que Europa vea que vamos á Roma, sólo á eso y sólo para eso; es necesario que Europa no crea que vamos á servir ningún interés personal, ninguna causa nuestra por legítima y por santa que ella sea, sino única y exclusivamente por servir la causa del Pontificado, que es la causa de Dios; es necesario que vayamos como peregrinos, y no hay que olvidar que la peregrinación es la oración en acción, y no es posible adorar á Dios más que con el corazón limpio, diciendo: «Padre, perdónanos como nosotros perdonamos á nuestros enemigos.» (*¡Bravo, bravo! Grandes aplausos.*)

¡Ah, señores! Muchos que se conduelen hoy día de la prisión que sufre el Santo Padre en Roma, me recuerdan al Rey franco, Clodoveo, cuando, oyendo referir el doloroso relato de la Pasión de Nuestro Señor Jesucristo, olvidando el Rey bárbaro (porque el Evangelio no había podido penetrar del todo en su inteligen-
que Jesucristo había dicho: «Si yo quisie-
defenderme, ¿pensáis que no rogaría á mi

Padre que me enviase doce legiones de ángeles?» al oir las infamias de la Pasión exclamaba: «*¡Ah! ¿por qué no estaba yo allí con mis francos?*» En lugar de decir: «*¡Ah! ¿por qué estaba yo allí con mis pecados?*» (*Muy bien, muy bien. Aplausos prolongados.*)

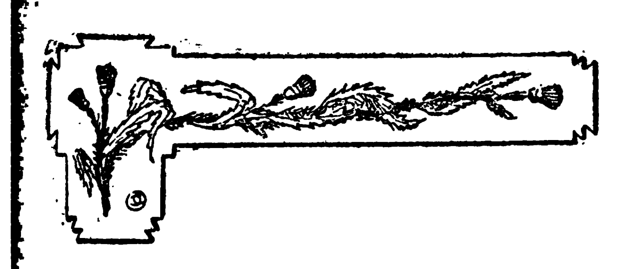
Pues lo mismo debemos decir nosotros ante el Padre Santo, cautivo en Roma. No necesita, no, que vayamos allí un puñado de hombres (que tal seríamos ante la inmensidad de Europa) á comprometer su causa y á dar pretexto para que digan que vamos á hacer una política nuestra hacia la izquierda ó hacia la derecha, que todas, por buenas que fuesen, serían allí inoportunas é inconvenientes; sino sólo á hacer profesión de fe de católicos y de cristianos; sólo á dar, con nuestra absoluta é incondicional adhesión á la Santa Sede, fuerza moral al Pontificado, para que pueda con ella reivindicar su independencia y sus derechos, que no prescriben jamás; sólo á desarmar, con nuestras oraciones, el brazo poderoso de la ira de Dios, para que derrame compasivo sobre nuestros corazones el rocío de su misericordia.

Si nosotros, señores, los que me escucháis, si nosotros vamos á Roma con el bordón del peregrino, lo haremos mirando, no al mundo, sino á Dios, como un acto purísimo de pieda[illegible] y, lejos de querer inclinarle, con la presión

nuestro afecto, hacia éstas ó hacia aquellas soluciones, exclamaremos con el Profeta, de lo más profundo del corazón: *Notam fac mihi viam in qua ambulem, quia ad et Domine levabi animam meam.* (*Estrepitosos y prolongados aplausos.*)



ARTÍCULOS LITERARIOS



EL PADRE ZEFERINO.

El Padre Zeferino! ¡Qué nombre tan impropio para la celébridad! Todo lo más parece destinado á resonar entre las paredes de un convento. Es casi el nombre de un confesor de monjitas, y, sin embargo, como las viejas banderas españolas, este nombre ha dado la vuelta al mundo.

Es cosa verdaderamente particular, pero los nombres tienen su hado: á veces se pierden en la obscuridad de las sombras que realzan la brillantez de un apellido; otras se eclipsan ante la luz esplendorosa de un apodo; algunas se imponen de tal modo que, erigiéndose en avasalladora individualidad, obligan á sus tocayos á servirse exclusivamente de sus prenombres sucesivos.

sto es lo que sucede á este nombre: tengo re la mesa varias publicaciones en italiano,

francés, alemán, inglés y latín, referentes á este religioso. Ninguna le designa con el título del Padre González ó del Padre Tuñón: todas le llaman el Padre Zeferino, como si no hubiera más frailes Zeferinos que él. ¡Poder del genio avasallador, individualizar, inmortalizándolo, el más prosáico de los nombres!



El religioso que lo lleva es el único que no percibe su resonancia. Á los oídos de su modestia natural es el nombre de un pecador humilde, que en el seno del claustro lucha con el mal y forcejea con el error. Ignora que este nombre con que niño le llamaban los pastores en los montes de Asturias, joven los misioneros en Asia y hombre los religiosos en España, suena en los oídos de Europa como el nombre de un religioso español, sabio en las ciencias más sublimes, y que viene á continuar la interrumpida cadena de sus glorias científicas, añadiendo un florón más á la diadema con que Séneca, Lulio, Melchor Cano, Vives y Balmes ciñeron las sienes de la ciencia patria.

Ni el elogio con que lo citan los sabios, ni el verlo al pie de los grabados que reproducen su figura, ni el éxito de las obras en cuyas portadas resplandece, ni el respeto con que lo p[illegible] nuncia el vulgo, ni los tratamientos con qu[illegible]

obligaron á exornarlo el Papa y el Gobierno español, ni el estruendo con que salió de las urnas, ni sus letras grabadas en el sillón de la Academia, le hacen llevarlo con ostentación. Parece que lo oye con la indiferencia con que se ve la gloria desde la tumba, y, sin embargo, su sepulcro lo ostentará en su lápida con orgullo.



El Padre Zeferino nació en Villoria, uno de esos profundos valles de Asturias, que obligan á los hombres á mirar al cielo desde niños. Sus padres le educaron para cristiano, esto es, para el trabajo en la tierra y la recompensa en el Paraíso. Estudió gramática con un dómine de aquéllos que metían el latín con la disciplina en la mollera, tan adentro, que ya nunca se volvía á salir: el Padre Zeferino es un gran latino. Desde las montañas de Asturias bajó á las llanuras de Castilla, y sintiendo, al par de la vocación espiritual, la vocación del estudio y la vocación del retiro, se hizo fraile de la Orden de Santo Domingo, hermano de Santo Tomás y de Alberto Magno, hijo de la *Orden de la verdad*. La regla, con su estrechez severa, le impri-
el sello de la austeridad; la escolástica, con
gimnasia intelectual, vigorizó su poderoso
endimiento; la metafísica le acostumbró á

los abismos; la teología, á las alturas; la meditación le hizo silencioso; el estudio, enfermizo; la soledad, adusto; y Dios, tocándole con el dedo la frente, hizo brotar en ella la llama esplendorosa del genio.



Habiendo profesado en Ocaña, uno de los empujones de la revolución le arrojó al otro lado del Océano, no sin pasar antes por las peripecias de tempestades, naufragios, incendios y revueltas, en una navegación de ocho meses mortales. Una vez en Oceanía, acostumbrado á los atajos de las montañas de Asturias, pidió ir al martirio, que es como el atajo del Cielo. Pero los superiores le negaron la autorización. Acaso adivinaron que su frente resplandecería mejor que con la aureola del mártir con la luz del doctor, y le destinaron á la enseñanza.—Si quieres saber una cosa, enséñala,—ha dicho un sabio. El Padre Zeferino enseñó catorce años Filosofía y Teología en la Universidad de Santo Tomás, en Manila.



Un día, al limpiar su celda, encontraron voluminoso legajo de papeles. El superior llamó y le preguntó qué era... aquello.

—Son apuntes míos,—contestó el Padre Zeferino.

El superior le invitó á corregirlos para darlos á luz. El Padre se negó á revisarlos, y la Orden los publicó sin corregir.

Aquello... eran los *Estudios sobre la Filosofía de Santo Tomás*, traducidos hoy día á casi todos los idiomas.

***

Después ha escrito mucho el Padre Zeferino. Teología, Filosofía de la Historia, Economía política, Ciencias naturales, han sido objeto de su pluma. Trece grandes tomos constituyen sus obras principales. Unas, como la Filosofía de Santo Tomás, han resucitado en España la pujante escuela tomista; otras, como la Filosofía latina, se dan de texto en muchos seminarios de Europa, América y Oceanía. Otros, como la Historia de la Filosofía, se están traduciendo en el extranjero, y son el único monumento de su género en nuestra patria.

La solidez de sus fundamentos científicos, la elevación de sus conclusiones transcendentales y la actualidad de los problemas que resuelve, de los errores que rebate y de los datos que registra como quien sigue al día las 'mas evoluciones del movimiento científico temporáneo, son sus cualidades especiales. filósofo del siglo XIII, que habiendo vivido

en el XVI, resucitase en el presente: he aquí lo que parece el Padre Zeferino, visto en sus obras.

* * *

El Padre Zeferino completa la trinidad de los escritores católicos españoles que han alcanzado en este siglo celebridad europea. Donoso Cortés y Balmes tienen ya su sucesor y compañero. Y, sin embargo, hay entre ellos transcendentales diferencias.

Donoso Cortés puede decirse que es el orador, Balmes el escritor, el Padre Zeferino el filósofo.

Leed á Donoso y os admirará, estudiad á Balmes y os persuadirá, meditad al Padre Zeferino y os enseñará y convencerá.

Otro Donoso podrá quizá admiraros en sentido opuesto al de Donoso, quizá otro Balmes llegaría á persuadiros de lo contrario de lo que Balmes os persuada, la verdad que hayáis aprendido en el Padre Zeferino puede esperar su contradictor, ha echado raíces en el entendimiento. Y la razón es sencilla. Donoso canta como Homero, Balmes persuade como Platón, el Padre Zeferino demuestra como Aristóteles.

Para no salirnos de la Iglesia, compararíamos á Donoso Cortés con Tertuliano, á B[illegible] con San Agustín, al Padre Zeferino con [illegible] Tomás.

Donde Donoso Cortés halla antinomias y analogías que engarzar en frases grandilocuentes, Balmes halla múltiples aspectos, secretas relaciones, infinitos considerandos, antecedentes luminosos que os envuelven, subyugan y arrastran á su conclusión apetecida; en cuanto al Padre Zeferino, sólo sabe hallar la esencia del problema, sus divisiones naturales, sus principios evidentísimos y sus lógicas conclusiones.

De Donoso han salido los antiguos neo-católicos españoles.

De Balmes los escritores catalanes y valencianos apologistas.

Del Padre Zeferino los tomistas contemporáneos.

El que tomando el esqueleto de hierro de una cuestión como la forja el Padre Zeferino, la ampliase con las irresistibles y profundas consideraciones de Balmes, exponiéndola con la grandilocuencia de Donoso Cortés, habría realizado el ideal del orador y del polemista cristiano en nuestros agitados días.

Donoso le daría imágenes para arrebatar la fantasía, Balmes resortes para mover la voluntad, el Padre Zeferino principios para con- [illegible] el entendimiento.

[illegible] faltarían las alas para ser un ángel.

*
* *

¿Pero queréis conocer al Padre Zeferino? Pues venid conmigo. Alejémonos del bullicioso centro de Madrid, internémonos en los barrios bajos, penetremos en las entrañas vivas del Rastro mismo, y cuidando no despeñarnos al bajar la rápida pendiente de la calle de la Pasión, detengámonos ante el humilde aspecto de una casa de aquéllas que llamaban nuestros abuelos con nombre picaresco *Casas á la malicia.*

Tiene el número 15. Fué convento y hoy es casa de procuración de los misioneros dominicos que mantienen alzado á la sombra de la Cruz el pabellón español en Asia y en Oceanía.

Abramos el macizo portón, subamos la tortuosa escalera, y llamando suavemente á la puerta, preguntemos por el Padre Zeferino.

El lego que nos abre se sonríe. Me ha visto llegar tantas veces sirviendo de introductor á las celebridades mundanas en aquel retiro del sabio religioso; conoce tan bien la ruda modestia de este Padre, que no puede menos de sonreir con inocente picardía pensando en la graciosa ley de los contrastes.

A la celda del Padre Zeferino se baja por una escalera de caracol que termina en una puerta cerrada, la puerta de la celda. Doy golpes con los nudillos, y sin esperar el c sabido *adelante*, me cuelo adentro, y extend

do el índice delator, exclamo dirigiéndome á mi compañero: «Ese es el Padre Zeferino.»

Y mi compañero, indefectiblemente, se asombra, porque él se ha figurado un Padre Zeferino viejo, cubierto de canas venerables, de elevada estatura, muy fornido, de luenga y poblada barba, grave y majestuoso como un infolio en vitela; y en lugar de aquella aparición de otros siglos, ve un fraile joven, seco, de mediana estatura, de ojos vivos, mirada penetrante, morena tez, gesto adusto, frente concentrada y saliente, pelo negro, rostro barbilampiño y bronca y desapacible voz.

El verdadero Padre Zeferino.

Y yo, conocedor de la situación por experiencia, rompo el hielo de la presentación con la avalancha de la broma, y hechos los saludos de ordenanza, entro bruscamente en materia haciendo recaer la conversación sobre algún punto transcendental é importante, ó sobre alguna cuestión científica; y cuando, al retirarnos de la visita, salimos á la calle, al recibir la impresión del aire libre en el rostro, sea quien fuere mi compañero, oigo sin variación las mismas idénticas palabras: «Hombre, al principio me pareció un fraile tosco, inferior u reputación; pero ya veo que es un genio.»

es que el Padre Zeferino habla poco, muy o, lo necesario para no pasar por mudo ó

descortés, y las presentaciones en que *se le expone* á la pública curiosidad le disgustan sobremanera; pero apenas la conversación, elevándose á más altas regiones, le hace perder de vista la situación, lanza una palabra y aquella palabra es una luz... y disipadas las sombras de la duda, de la dificultad ó del error, la verdad se destaca con el poderoso relieve de la evidencia.

Por eso el Padre Zeferino sorprende al principio, cautiva luego y admira al fin. Es como el tosco pedernal en que duerme oculta la chispa brillante y creadora. Es de suyo frío, pero herido por el eslabón de la dificultad, brota de sus entrañas, deslumbradora como el relámpago, la inextinguible llama del ingenio.



Dicen que el hábito no hace al monje, pero no se podrá negar que el monje hace la celda: desde la que para guardar la miel labra la abeja en el panal de su colmena, hasta las que los Reyes de Egipto se labraron en las Pirámides para dormir el sueño de la eternidad, todas llevan el sello individual de quien las habita. Si es águila, colgará su nido en las alturas; si es serpiente, se sumirá por tortuosa galería en las entrañas de la tierra.

Parodiando un conocido refrán, podemos

exclamar con seguridad y con acierto: Enséñame tu cuarto y te diré quién eres.

Veamos, pues, al Padre Zeferino en las paredes de su celda.

¡La celda del Padre Zeferino! Una celda estrecha como la regla de su Orden y alegre como el corazón del religioso que la cumple; una cama dura con un jergón y sábanas de lana, metida en un chiribitil; dos ó tres sillas y un sillón, una mesa vieja, un arcón y un aguamanil, un velador y una estantería por ajuar; libros y papeles por dentro, y por fuera el sol, el sol que la baña, inundándola con su luz, al mismo tiempo que la envía sus olores el modesto y reducido jardín; aire, aromas y sol, que si faltan alguna vez bajo los opulentos artesonados de los alcázares, nunca faltan en los nidos de los pájaros, ni en las celdas de los religiosos.

El Padre Zeferino está allí, con su hábito blanco, sentado en su sillón. Delante, el velador cargado con los últimos destellos del idealismo alemán y los postreros detritus del positivismo inglés, con las últimas evoluciones del ontologismo belga, del materialismo francés y del espiritualismo italiano.

Á su lado, como las armas de combate en la 'oplia, San Agustín y Platón, Aristóteles y to Tomás, Melchor Cano y Suárez, los tos Padres y la Biblia, los grandes docto-

res de la Orden y las obras maestras del ingenio humano.

Allí todo es grande, sólido, macizo, hercúleo: los materiales, el asunto, el trabajo, la concepción y sus efectos. Aquella celda es el laboratorio de la idea, de la idea madre, de la idea tipo, concentrada por la severa presión del raciocinio, sublimada por la luminosa intuición del genio, esencia casi divina que, esparcida y disuelta en la corriente de las ciencias, lleva luego en ellas luz y calor á todas las esferas de la vida.

Y la peroración del tribuno, la ley del legislador, la disertación del académico, el dictamen del jurisconsulto, la sentencia del magistrado, el norte del político, la concepción del artista, hasta la elaboración del industrial, se relacionan con la celda por el misterioso y á veces invisible lazo que une á las ciencias de aplicación con la ciencia madre de la Filosofía.

En esta larga y estrecha celda escribió el Padre Zeferino gran parte de sus obras. Aquí le conocieron las eminencias científicas, políticas y sociales de nuestra patria; á ella le vinieron á buscar la prensa y el grabado para popularizar su nombre y su fisonomía; á ella vino la Universidad libre de Madrid á ofrec le una cátedra en sus aulas, y la Academia Ciencias Morales y Políticas un sillón en

seno; de ella vino, por fin, á sacarle Roma, colgando de su pecho el pectoral y poniéndole el báculo en la mano; y en ella recibí yo las iniciaciones de aquella sublime ciencia que da temple de acero al entendimiento, alas á la razón, horizontes á la fantasía, y es como la escala de Jacob, que sube desde los últimos efectos de la tierra á la primera causa de los cielos, y por la que ascienden y descienden poniendo en comunicación al hombre con Dios, los ángeles de la revelación y los genios de la inteligencia.

¡Oh triste y solitaria calle de la Pasión! ¡Cuántas veces hollé tus mal asentadas piedras, huyendo del disipador bullicio y buscando allí, tras uno de tus modestos umbrales, sosiego para las zozobras de mi corazón y luz para las tinieblas de mi alma! ¡Cómo podré olvidar jamás aquellas horas que en aquella humilde celda pasé oyendo al Padre Zeferino! ¡Cuántas veces, cerrando el libro ó el manuscrito por falta ya de luz, de pechos á la ventana, por la que entraban, con los efluvios del jardín, los tibios resplandores de la tarde, dejábamos errar nuestra mirada por las dilatadas llanuras que, perdiéndose en el horizonte, confundían con el cielo, mientras enlazan con el hilo de oro del pensamiento arcanos misterios, discurríamos sobre los grandes

objetos del entendimiento, Dios y el mundo, la profecía y la historia, las pasiones del hombre, los secretos de la predestinación y los milagros de la Gracia! ¡La teología en sus más sublimes altezas, la filosofía en sus más hondas profundidades, la historia en sus más ocultas leyes, las ciencias sociales y políticas en sus problemas más pavorosos, evocados por nuestra conversación, surgían ante nosotros, y después de considerados en toda su grandeza, iban á perderse desvanecidos para dejar lugar á otros, como las nubes, que, doradas un instante por los últimos rayos del sol, iban deshaciéndose en el espacio!

Cuando entrada la noche regresaba al corazón de Madrid, al ver el ir y venir de tanta gente, el brillo de tantas luces, el ruido de tanto coche, me parecía extranjero en mi propia patria; y deplorando la desdicha de los que sólo viven la vida de la materia, me recreaba interiormente, gozándome en la posesión de tanto y tanto tesoro, cuyo secreto había revelado á mi espíritu la profunda ciencia, la alta razón y la palabra grave del sabio dominico.

Pero ahora que lo recuerdo... ¿á dónde vamos?... El Padre Zeferino ya no está en su celda, ni su celda en la calle de la Pasión: el tiempo todo lo borra ó lo destruye. La *Casa* *a Malicia* se ha convertido en un *Hotel*. S

queréis conocer al Padre Zeferino, tenemos que ir á Córdoba.

Le han hecho Obispo.

***

Le hicieron Obispo á su pesar y al nuestro. Entre Pío IX y Castelar nos jugaron esta pasada... En vano cuantas ilustraciones sociales y políticas tiene España rogaron en una exposición á Su Santidad que le dejara escribir. El Papa contestó:—«Por lo que escribió le hice Obispo; que lo sea y que escriba además.»—El Padre Zeferino, aunque de mala gana, obedeció; y aunque al obispar colgó la pluma, la obediencia se la hizo descolgar otra vez. La descolgó para escribir pastorales, pero cada pastoral era un artículo filosófico; y una vez acabada la pastoral, la pluma seguía haciendo de las suyas en el papel; y así, Obispo y todo, en medio de los trabajos de su apostolado evangélico, entre visita y visita, entre ejercicios y ejercicios, entre misión y misión, al tiempo que reformaba la disciplina de su clero, que organizaba científicamente el seminario, que establecía círculos católicos de obreros, misioneros para los campos, institutos de ...idad para los pueblos y hasta cementerios ...a los desdichados que morían fuera de la ...ponía coronamiento y remate á sus obras

elementales y fundamentales de filosofía, donde se visitan los fundamentos de la realidad, se sondean los arcanos del pensamiento y se tocan las cimas de la idea, á sus trabajos de aplicación á la religión y á la historia, á la ciencia social y á las ciencias físicas y naturales, escribiendo el complemento de sus estudios, la *Historia de la filosofía.*

¡Un monumento levantado á la ciencia de las ciencias por un desterrado del claustro, un forzado de la mitra y un inválido de la enfermedad!



Yo he visto al Padre Zeferino en su obispado. Es el Padre Zeferino de siempre. Por debajo de sus capisayos asoma el hábito, detrás de la mitra la capucha, á través del Obispo el fraile. Madruga con la aurora, ofrece el Santo Sacrificio con luz artificial, ora, estudia, trabaja, da audiencia á sus diocesanos, visita y socorre á los enfermos pobres, vigila los establecimientos religiosos y pasa los momentos más dulces de su vida haciendo ejercicios en las renombradas ermitas de su diócesis.



¡Las ermitas de Córdoba... palomas solitari
posadas en las agrestes soledades de la sier

¡En ellas se entierran, como en el sepulcro, los tristes recuerdos de la vida; en ellas nacen, como en su cuna, las inefables esperanzas del cielo; allí entabla coloquio el hombre consigo mismo en la presencia misma de Dios; allí el corazón se dilata, el ánimo se enciende, el espíritu se ilumina, la carne se mortifica, y el hombre, perdiendo de vista el bruto, se levanta hasta el ángel para sublimarse hasta Dios!

¡En ellas, á la luz del filósofo, aumentada con las irradiaciones de la aureola del teólogo y los esplendores del nimbo del místico, ve en una sola mirada sintética y comprensiva el mundo y sus causas, el hombre y su fin, el universo y su creador!

Y bajando como Moisés del Sinaí, con las tablas de la ley en la mano y la frente iluminada por la mirada del Señor, corre á doctrinar á su pueblo, á vigilar su rebaño de las asechanzas del lobo, á apacentar, como buen Pastor, sus ovejas, trashumantes en el árido puerto de la vida!

***

Cuando hicieron Obispo al Padre Zeferino, fueron muchos los que dijeron: No hará buen obispo este sabio. Un religioso anciano que lo conoció desde niño, me dijo: Cuando se le nombró confesor de unas religiosas, dijeron mu-

chos: no servirá para confesor de religiosas el filósofo especulativo. El día que las dejó, las religiosas lloraron la perla de sus confesores. Cuando se le nombró rector del Colegio de Ocaña, también dijeron: ¡Cómo ha de servir para regentar un Colegio el metafísico abstraído! Y el Padre Zeferino, aplicando la filosofía á la administración, hizo subir las rentas del Colegio, y aplicando las rentas á la filosofía, montó cátedras de lenguas vivas y muertas, gabinetes de física, química é historia natural, y á la enseñanza sólida de la ciencia antigua unió el conocimiento de la moderna, para que, al mismo tiempo que todos los aspectos de la verdad, conociesen todos los aspectos del error los que al recibir el hábito blanco de Santo Tomás no saben si han de ir á morir allá en la soledad del desierto de la barbarie, blanco de las flechas del igorrote, ó acá en el cerebro de la civilización, sirviendo de mira al fusil de aguja del sectario, cargado con la pólvora de la injuria y de la calumnia, por la pluma y por la palabra del sofista.

Por algo dijo Platón que el mundo no estaría bien gobernado hasta que los filósofos fuesen reyes ó los reyes fuesen filósofos.



Si Platón hubiese conocido un convento d

frailes dominicos, hubiese quedado satisfecho viendo allí realizado el ideal de su república. Un rector elegido por los mejores para gobernar en común una sociedad en que cada uno se sacrifica por el bien de todos, y este rector, un filósofo, un sabio, por lo general, en la ciencia misma de las causas.

Lo que Dionisio le negó en Siracusa, lo hubiera encontrado en Ocaña bajo la dirección del Padre Zeferino.

Allí le conocimos nosotros en su verdadera luz... y nunca lo olvidaremos.

Todavía le vemos presidiendo aquella interminable procesión de sombras blancas que cerraban los ancianos graves y serios, como los doctores, los confesores y los mártires de la ley, y que abrían los novicios puros y alegres como los ángeles en el Paraíso. Los claustros sombríos se iluminaban al pasar con los reflejos de sus vestiduras, las bóvedas resonaban con sus cánticos, el pavimento ahogaba el ruido de sus sandalias. Parecían los genios de la virtud reunidos para dispersarse por el mundo esparciendo la verdad y el bien.

El Padre Zeferino hubiera parecido un Dios si no pareciese un religioso.

***

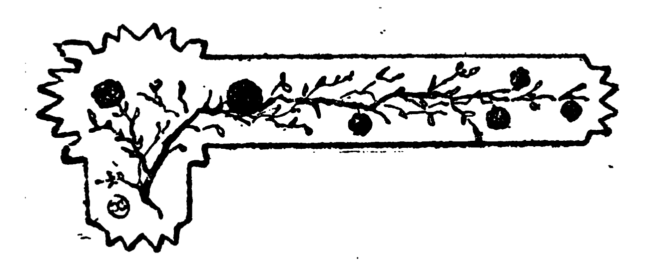
Hoy, en los silenciosos claustros del colegio

de Ocaña, al lado de los retratos de los heróicos misioneros que salieron de aquella humilde casa para clavar el glorioso estandarte de la Cruz en las regiones inhospitalarias de la idolatría y mantener enhiesto el pabellón español en las lejanas posesiones de la patria, dando la vida por su fe, se ve el retrato del Padre Zeferino, que, como sus hermanos en religión y nacionalidad, sostiene enhiesto también el pabellón español en las regiones de la ciencia, al mismo tiempo que eleva entre las tinieblas del error el luminoso faro de la verdad crucificada, gritando á la humanidad, sentada en las sombras de la duda y de la muerte, aquellas inefables palabras: *Ego sum via et veritas et vita.*

De aquel retrato en que, aunque el arte brilla por su ausencia, el Padre Zeferino está hablando, hemos tomado al acaso y de priesa los rasgos más característicos de esta esbozada silueta.

En uno de los ángulos del retrato se lee medio borrada esta firma anónima de su autor:—*Un pobre lego.*





MARCELINO MENÉNDEZ PELAYO.

Nuestros lectores saben quién es Marcelino Menéndez Pelayo.

Porque no hay ya nadie en España que no sepa quién es este verdadero fenómeno literario.

Ayer sólo le conocían los porteros de las bibliotecas.

Hoy le conoce todo el mundo.

Y en honor de la verdad, á excepción del bozo, Menéndez Pelayo no ha cambiado nada desde que es tan conocido.

Su aire, su facha y hasta su traje son los mismos hoy, después de las solemnes votaciones en las Cámaras, á su favor, después de las reñidas y brillantes oposiciones de la Universidad, después de sus alabanzas cantadas por los sabios [...]teratos extranjeros y españoles, después de [...] triunfos científicos y artísticos en los salo-

nes aristocráticos y en los círculos literarios, como ayer cuando, sentado en una mala silla, con los pies colgando por no poderlos llegar al suelo, con infolios delante y manuscritos detrás, lo olvidaba todo en el rincón de algún archivo en amoroso coloquio con los ratones y con la polilla.

Y este es el mérito principal de Marcelino.

¡Cosa extraña que el mérito principal de un sabio consista en su ignorancia!

Porque Marcelino, que lo sabe todo, se ignora á sí mismo: lo que para los que sepan que el conocimiento de sí propio es el compendio de la sabiduría, equivale á decir que Marcelino no sabe nada.

¡Ignorancia dichosa! El día en que Menéndez Pelayo se conozca, se estime y se ensalce; el día en que, reparando que todos le señalan con el dedo, murmurando «ese es,» se señale á sí mismo diciéndose «yo soy,» aquel día Marcelino dejará de ser él, para ser otro, como otro fué Adán, cuando, después de saberlo todo, quiso saber la ciencia del bien y del mal, que aprendió tan á su propia costa.

La manzana para Marcelino es su propio valer.

¡Dios le libre de que alguna Eva acerque á sus labios el fruto maldecido!

Entonces la venda de la inocencia caerá de

sus ojos, y, avergonzado al verse desnudo, correrá á tapar su desnudez con la hoja de parra de la modestia artificial, que sólo tapa lo que quiere que se vea mejor.

Pero, hoy por hoy, Marcelino sólo está enamorado de una Eva.

¡La ciencia!

Pero no de una ciencia insípida y nebulosa como las alemanas, ni de una ciencia traviata como la moderna, sino de la ciencia hermosa, noble, graciosa y honesta: de *la ciencia española.*

Oriunda de Grecia, conserva, según Marcelino, sus líneas y perfiles esculturales; nacida en España, adquirió alma de fuego y ardiente corazón, y rica savia en esta tierra del sol; y bautizada por el cristianismo, hermoseó, con el suave tinte del pudor, sus gracias naturales.

Marcelino oyó desde el sitio de Troya, en que á la sazón peleaba, pregonar su belleza y llorar su triste cautiverio á bardos, como Laverde y Llorens, y, semejante á Don Quijote, se propuso desencantar á ésta su amada Dulcinea, víctima de malandrines y follones.

Y cerrando á tajos y reveses con Sycofantas ...ianescos y caballeros de la lenteja; después ...iplazar, citar y retar á sin igual combate, ...públicos carteles, á todos los que no con-

fesaren la sin par hermosura de su dama, se entró por los reales enemigos, derribando á sus adversarios como si fuesen corderos ó cueros de vino tinto, en honra y gloria de su maltratada Dulcinea.

***

Después, como para limpiar las ensangrentadas armas, se puso á historiar por el revés la historia de la civilización española, demostrándonos el claro resplandor de la luz radiante de la fe que iluminaba sus timbres y blasones, enseñándonos la negrura de las sombras que pugnaban por apagarla, y que ella ahuyentó con sus destellos. Y los ratos de ocio que le dejaba la composición de esta obra monumental, los empleó en pasatiempos, tales como traducir, comentar é ilustrar los clásicos griegos y latinos, italianos, ingleses, portugueses y franceses, en prologar muchedumbre de obras contemporáneas, en vindicar la ciencia y la virtud de los sabios jesuitas extrañados de nuestra patria en tiempos de Carlos III, en exhumar las glorias montañesas, en historiar las teorías estéticas de nuestros escritores, en las oposiciones y el desempeño de su cátedra, en multitud de artículos de revista, y en fundar en Es[illegible] una nueva Escuela poética clásica sobr[illegible] ruinas del pseudo-clasicismo francés, derr[illegible]

por la barbarie del pseudo-romanticismo de nuestros días.

***

Tal es, en compendio y sin hipérbole, la labor de ese niño de veintidós años, que acaba de ingresar en la Academia.

Pero, ¿qué hace, sin embargo, ese mozo, os estoy oyendo decir, sumido en ese sillón monumental, sentado entre el majestuoso coro de esos ancianos venerables?

Sus pies, que apenas han hollado el virgen sendero de su vida, se mueven rebeldes á la tranquila quietud á que momentáneamente se les condena; sus manos ociosas se agitan en busca de la pluma; su rostro, apenas sombreado por el bozo de la juventud, afrenta las hondas arrugas que el penoso trabajo y la cansada vejez imprimieron en las venerables frentes de los ancianos que le rodean.

¿Qué hace ahí, pues, ese mozo sentado en el templo de la gloria, en vez de pelear en sus umbrales por la esperanza de conseguir algún día el honor de penetrar en su recinto?

¿Qué hace? Esperad que le interroguen sobre cualquiera cuestión, y escuchadle.

Su voz de adolescente vacila, y su lengua viosa tropieza en el incesante aluvión de as que se agolpan en tropel á su cerebro y el riquísimo caudal de palabras que se pre-

cipitan y amontonan sobre sus labios; pero no temáis: las edades y los sistemas, los datos de la historia y las razones de la filosofía esperarán su vez, detenidas por la inflexible diestra de la lógica, y ordenados en haces los argumentos saldrán en vistosa formación y darán irresistibles cargas al error á la voz de mando de su clarísimo criterio.

Las generaciones que vivieron en la remota antigüedad entre los misterios religiosos del Oriente, las que vagaron errantes bajo las nieblas de Occidente, las que esculpieron en Grecia la nuda estatua de la beldad, las que erigieron en Roma el formidable alcázar del derecho, las que organizaron en los siglos medios el cuerpo social de la Cristiandad entre el estruendo de las invasiones á la benéfica sombra de la cruz, las que labraron con el cincel del Renacimiento el oro tosco de la verdad cristiana, las que le trocaron por las escorias de la barbarie en la Reforma, las que se agitan convulsas entre las horrendas agonías y las rientes resurrecciones de la edad moderna, las que palpitan en invisible germen entre las adivinaciones de la edad futura, evocadas de sus sarcófagos de granito y de sus cunas de desconocido metal, irán desfilando ante sus ojos, velándole el secreto de su civilización y vicisitudes de su existencia.

Ellas le dirán los dioses en que creyeron y los ídolos que adoraron, las lenguas en que hablaron y los signos con que escribieron, y las obras que llevaron á cabo en su peregrinación sobre la tierra.

Los sacerdotes de las antiguas regiones bajarán de sus templos y hablarán las lenguas sagradas por su voz; los filósofos de la naturaleza secularizada saldrán de sus pórticos y academias y revelarán sus sistemas por su conducto; los poetas de las antiguas y modernas literaturas le harán intérprete de los acordes de su lira, y como si, dotado de vista sobrenatural hubiera leído en el libro de Dios los designios ocultos de la Providencia, y dotado de genio profético hubiera adivinado las libres decisiones del humano arbitrio, os explicará, desde las alturas de la filosofía de la historia, la marcha tortuosa del linaje humano en pos de la civilización por los invisibles derroteros del plan divino.

Oráculo del mundo intelectual que fué, y que dejó en las crónicas de sus archivos, en los museos de sus artes, en los monumentos de su civilización y en los grandes hechos de su historia las huellas de su paso, os responderá á cuanto sobre él le preguntéis, si no todo cuanto queráis averiguar, cuanto os puede contestar la ciencia.

Entonces, por lenta transformación y no por vano prestigio, veréis cubrirse de surcos y de arrugas la juvenil tersura de su tez, trocarse en blanca nieve la obscura tinta de sus cabellos; y si el vivo centelleo del ingenio enciende la lumbre de sus ojos, creeréis que algún espíritu inmortal, contemporáneo de nuestros primeros días, habla por los animados labios de un cuerpo humano, y no echaréis de menos en sus pupilas la fría y apagada mirada de la vejez, que perdió su brillo descifrando los jeroglíficos de las momias y las raspaduras de los códices.

Sí: lo aseguramos sin vacilar; una larga experiencia nos lo confirma. Oid al erudito, y os parecerá que los caracteres cuneiformes, los intrincados jeroglíficos, los papirus y los palimsestos de la antigüedad, y los volúmenes de las bibliotecas modernas toman la palabra; escuchad al pensador, y creeréis que los apagados ecos de las escuelas de Atenas, de Alejandría, de Salamanca y de París resuenan en vuestros oídos; prestad atención al poeta, y soñaréis que la musa helena, transfigurada en el Jordán del cristianismo, os muestra, como á través de purísimo cendal, sus formas esculturales veladas por el manto de la fe cristiana; y entonces os diréis: sí; bien se está San P dro en Roma y Marcelino en la Academia, q cuando Dios en su infinita misericordia co

un poco de barro y lo amasa entre sus manos, y sopla en él, y le infunde un espíriru inmortal enriquecido con los inestimables dones de la sabiduría, y enciende en él los inextinguibles fulgores de su luz, no es justo ni conveniente mantenerle oculto bajo el modio en la obscuridad, sino colocarlo sobre el elevado candelabro del saber para que ilumine al mundo con la luz de sus fulgores celestiales.

***

Demos, pues, el parabién á Marcelino, y démoselo también á la Academia. La estatua es digna del pedestal, y el pedestal honra la estatua. Marcelino ha encontrado su cátedra de honor, y la Academia ha premiado el mérito y el valer, sin detenerse por la edad y sin adelantarse á la opinión. Su fallo ha sido una sanción, y su voto la consagración del aplauso general. La justicia ha quedado satisfecha, dando á cada cual lo suyo, y el orden ha realizado su misión, colocando en su lugar las cosas. Marcelino dará á la Academia, no sólo un gran discurso en el día de su recepción, no sólo un nombre más que añadir al catálogo de los nombres insignes que la ilustran, sino la asidua cooperación á sus tareas que promete su sólido saber y su constante laboriosidad. Hecha

ya la ganancia de Marcelino, bien puede permitirse la Academia el lujo de un despilfarro en unas cuantas elecciones.



Pero sepámoslo de una vez: apuradas las cuentas, ¿qué es Marcelino?

¿Es un prodigio de memoria?

Sí, puesto que recuerda casi á la letra cuanto puede decirse que ha leído. Yo le he visto leer en un solo papel toda una noche innumerables composiciones en verso y en prosa. Cuando terminó la lectura recogí el papel, y era... «la cuenta de la lavandera.»

¿Será entonces su memoria como la memoria del pastor del Escorial, prototipo de cotorras y papagayos?

No; pues no sólo recuerda los textos y las fechas, los nombres y los sucesos, sino las razones y las causas, y todo cuanto el más perspicaz entendimiento puede descubrir á través de un hecho histórico transcendental, ó en el fondo de un obscuro y desconocido diploma.

¿Su memoria se habrá ejercitado al acaso?

Tampoco; pues en vez de perder el tiempo en estudiar obras de referencia y de erudición de segunda mano, ha estudiado con orden preconcebido las fuentes de cada cuestión, desconocer por eso las copias, traduccio

plagios, ediciones y hasta ejemplares, si son raros, de los libros que traten de la materia.

Quiere decir, que es un bibliófilo, erudito y al mismo tiempo pensador, prodigio de memoria, asombro de aplicación y fenómeno de talento. ¿En cambio no tendrá imaginación?

Al contrario: su nota predominante es la artística. Rinde culto ferviente á la belleza, y aunque su entendimiento es cristiano, su fantasía la vislumbra rodeada de luz allá sobre las cumbres del Olimpo griego, con las formas espléndidas de Afrodita.

¿Y qué edad tiene Marcelino?

Veintidós años.

Entonces no lo comprendemos, ó mejor dicho, ya sabemos lo que es Marcelino: es un sabio de la antigüedad encerrado por un diablo familiar en alguna redoma ó botella para renacer algún día. El frasco se quedó en el sótano de algún convento, y con el trasiego de la desamortización ó de las incautaciones, la piqueta revolucionaria lo hirió, y he aquí al sabio resucitado y rejuvenecido.

¡Sólo así se comprende, después de tratado, Marcelino Menéndez Pelayo!

Porque Marcelino no luce en la cátedra, ni en la tribuna, ni en el libro al igual de su inc parable valer.

libro y el discurso pueden estar elabora-

dos con penoso trabajo en el silencio del gabinete y con ajeno auxilio.

Pero donde no cabe superchería, y donde, por lo tanto, luce Marcelino, es en el trato familiar.

Yo le he visto, en medio de una biblioteca en desorden, clasificar y analizar todos los libros por su título.

Yo le he visto juzgar, á la simple inspección de una mirada, cartas inéditas de autores conocidos, recién halladas por un librero.

Yo le he visto responder, sin vacilación, á un interrogatorio de cinco horas sobre los puntos literarios y científicos más diversos por un sabio enciclopédico y preguntón.

Yo le he visto, y le veo todos los días, abrumar con datos nuevos é interesantes á los especialistas de la ciencia; á los que, dedicados á trabajos particulares, creían haber agotado el caudal de las fuentes y las noticias; indicar, con la mera alegación de un detalle, la obra, el libro, el asunto, el autor, y hasta el capítulo á veces á que se refería; aclarar con una palabra dudas y errores, para cuyo desvanecimiento trabajaban en vano gentes eruditas; le he visto, en suma, admirar casi al mismo tiempo con su saber en sus respectivos ra[...] á teólogos y filósofos, á historiadores y lit[...] tos, á filólogos y á críticos, á artistas y poe[...]

Y Madrid entero le vió, durante sus reñidas oposiciones, asombrar al auditorio, maravillar á sus rivales y llenar de júbilo á sus jueces que, en lugar de la calificación correspondiente á cada uno de sus ejercicios, no hallándolas bastante expresivas de su valer, arrojaban sobre el papel exclamaciones de sorpresa, y alabanzas y bendiciones al inagotable poder de Dios que tales genios producía.



Como el soldado español de veinte siglos que nos pintó el erudito historiador Arteche, describiendo sobre los lugares mismos de las peleas, á que había asistido, la lucha de todos los ejércitos españoles, desde los primeros aborígenes hasta nuestros dias; así Marcelino parece un sabio universal, cosmopolita y contemporáneo de todos los tiempos y regiones. Oidle hablar de las razas prehistóricas, y creeréis que habitó la caverna del troglodita y erró con la tribu nómada por el desierto; oidle hablar de la civilización oriental, y creeréis que es un hierofante de los antiguos días; oidle sobre Grecia, y creeréis que es un comensal del con-
; de Platón; oidle sobre Roma, y le toma-
s por un parásito de Mecenas; oidle sobre la
ad Cristiana, y sospecharéis que es el cro-

nista de algún monasterio; oidle sobre el Renacimiento, y le tendréis por un gramático de la corte de los Médicis ó por un catedrático de Salamanca ó de Alcalá; oidle sobre el siglo XVIII, y creeréis que asistió á la redacción de la Enciclopedia; oidle sobre hoy, y creeréis que el diablo cojuelo ha levantado á su vista los techos de todas las cátedras y academias de Europa, renovando para el uso particular de Marcelino el prodigio que realizó allá por el siglo XVII, en obsequio del mal llevado Don Cleofás, á la voz del picaresco escritor Luis Vélez de Guevara.

Y entonces estamos seguros que exclamaréis: «Ese hombre ha vivido otra vez,» como gritó un amigo nuestro después de oirle; ó «ese hombre es un fenómeno espiritista,» como dijo otro prójimo al escucharle; ó «ese hombre no se comprende,» como he solido yo exclamar al fin arrojando con despecho el libro, al ver la dificultad de aprender algo de tanto como sabe.

Y no se crea que todos eran como yo, forzados á la admiración ajena por la consideración de la miseria propia: ahí están Cánovas y Valera, el Padre Zeferino y Caminero, Laverde y Castelar, Fernández-Guerra y Cañe' cuyas exclamaciones de asombro no transcri por no alargar este relato, pero que avaloı

con ellas el general estupor de los que creen que sueñan al escucharle. Incomprensible aparece haber atesorado tanto caudal en tan breves y contados días, y sin embargo, ese hombre inverosímil es, vive, bebe, come, duerme como los demás mortales, no es madrugador, trasnocha, come fuera de casa todos los días, no pierde baile ni función, asiste á su cátedra con puntualidad, y no hay libro nuevo, novísima revista, artículo ó discurso reciente que no conozca y de que no dé noticia, lo mismo en el extranjero que en España, y sólo para corregir las pruebas de lo que diariamente escribe, necesita cualquier mortal doble tiempo del que él tiene disponible.

Renunciemos, pues, á descifrar este enigma, cada día menos sorprendente, porque esto que es hoy, cuando tiene veintidós años, lo era ya cuando tenía diez y seis, y vestía gorra y chaquetilla como librea de guerra contra el sentido común, emplazado y retado á lucha singular y derrota segura por tan extraño como viviente imposible.



Conocido ya el personaje en sus extraordi-ias cualidades, completemos este boceto, curando fijar sus opiniones.

Marcelino es católico á lo español, esto es, á macha-martillo. En filosofía es vivista, porque Vives harmonizó, combinándolos, á Aristóteles y á Platón estudiados en sus fuentes completas y originales, utilizó á San Agustín, á Santo Tomás, y añadió el elemento crítico á este conjunto, sellándolo todo con el sello del genio filosófico del Renacimiento español; y en suma, Marcelino es ultramontano, porque los hechos lo son, y siéndolo tambien sus principios, no halla modo de dejarlo de ser, aunque lo intentase, cosa en que por gracia y misericordia de Dios no ha dado todavía, ni espera dar en lo venidero.

Pero es un ultramontanismo especial el ultramontanismo de Marcelino.

No es el ultramontanismo de Gaumme, enemigo de los clásicos; ni el de Montalembert, entusiasta de la Edad Media; ni el de Demaistre, enamorado del principio de autoridad; ni el de Donoso Cortés, receloso de las fuerzas de la razón: no es tampoco el del Padre Zeferino, partidario de la escuela de Santo Tomás, ni el de Ozanam y el de Veuillot, admiradores de las artes cristianas del siglo XIII y de la literatura escolástica de la *Divina Comedia*. Para Marcelino, los clásicos son el modelo eterno de la humana sabiduría; la Edad Media, época rudeza y de ignorancia; *Las veladas de San I*

tersburgo, obra amena de ingeniosa filosofía y sorprendentes adivinaciones; Donoso, un escéptico tradicionalista; la escuela de Santo Tomás, una excelsa filosofía, pero no la única ni la mayor; las artes de la Edad cristiana, el espíritu en ascensión pugnando con el límite de la forma, y el Renacimiento italiano, y sobre todo el español, el siglo de oro de la civilización cristiana, en que, á la espléndida luz de las hogueras inquisitoriales, ahuyentados los buhos de la Reforma, renacían las ciencias y las letras, las artes y la religión, se unificaba y consolidaba la gran nacionalidad de la monarquía española, tomaba posesión la Cruz del universo, y mientras el habla castellana hacía resonar con sus acentos vigorosos los ecos de la verdad á los cuatro vientos del mundo, Europa realizaba el ideal de Marcelino, cuya fórmula acertó á expresar Letamendi: «La Grecia en gracia de Dios.»

La Inquisición y el Olimpo: he aquí los dos componentes de la civilización para Menéndez Pelayo, ó sea el Olimpo purificado por la Inquisicion.

Y es que Marcelino, más que un pozo de ciencia, antes que un monstruo de erudición, [illegible] un artista: la luz que irradia la belleza le [illegible]e, lo deslumbra y lo fascina le asustan las [illegible]las del error como precursoras de la bar-

barie destructora del arte y engendradora de la deformidad, y las hogueras del Santo Oficio desvaneciendo las tinieblas de la bárbara herejía, y reflejando su luz sobre las obras maestras del ingenio humano, constituyen para él uno de los más esplendorosos faros de la luz de la civilización en el mar tenebroso de la historia.

La Inquisición, á los ojos de Menéndez Pelayo, no defendió menos que la pureza de la fe y que la nacionalidad de la patria, la ciencia, las letras y las artes, de la barbarie del error y del vandalismo de la herejía.

En medio de sus famosos *autos de fe*, sólo temibles para herejes vulgares y malos clérigos, para brujos y sodomitas, ve atravesar incólumes los genios de Sócrates y de Séneca, de Aristóteles y Platón, no con el *sambenito* de los relapsos, sino con la toga de los inquisidores; y en aquellos odiados *índices* ve proscritos los libros que niegan la providencia de Dios y la libertad del alma humana, los tratados de brujería y los dè torpe obscenidad, dejando á salvo, *propter elegantiam sermonis*, los de Homero y de Safo, los de Horacio y Virgilio y toda la docta antigüedad, corona del arte y del saber y prólogo humano del E[illegible]gelio.

Porque para el genio artístico de Marcel

la Reforma y el libre examen, lejos de ser la emancipación de la razón humana, son una nueva invasión más de la barbarie del Septentrión contra la cultura del Mediodía, personificada en el Renacimiento español é italiano. De las brumas y nieblas del Norte, de sus bosques añosos y de sus desiertos de hielo, ve venir como nuevo Atila sobre Roma al genio maléfico de Lutero, representante de la barbarie germánica, y tras él las hordas de tudescos, la jerga alemanesca, el materialismo y nihilismo brutal que sin cesar arrojan aquellas ásperas regiones sobre las playas de oro bañadas por las ondas de plata y azul del mar Mediterráneo, donde entona himnos á la belleza el alegre coro de las islas griegas, y donde Italia canta con voz sonora su genio y su saber, y donde España se viste su armadura mientras apresta las escuadras de su fe para llevar la civilización al universo mundo.

Por eso Marcelino se entusiasma ante el inquisidor que, después de haber pasado la noche entre la oración y el estudio de los grandes genios de la antigñedad, vestido con el hábito artístico de la virtud, fulmina en correcto lenguaje el anatema contra el grosero inado que en bárbaro latín excita á licen- a soldadesca al incendio del templo monu- tal y de sus artísticas imágenes en aras de

un misticismo estrecho y material, destructor de la misericordia divina y de la libertad humana.

***

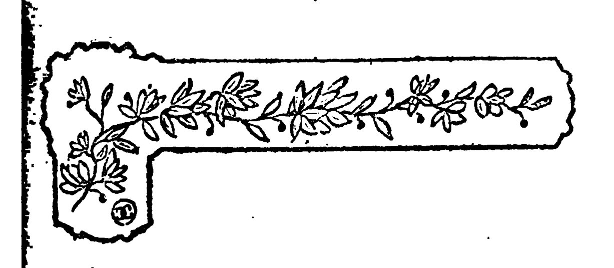
Marcelino no oculta sus opiniones: en casa de un opulento banquero israelita defendió la expulsión de los judíos; en un círculo liberal ensalzó la Inquisición; en frente de los tétricos y cejijuntos krausistas, defiende la supremacía del genio filosófico español; pero como lo hace con autoridad, como lo prueba con razón y lo demuestra con hechos, sin mira alguna personal, política ó de escuela, nadie lo lleva á mal ni lo censura como falta de cortesía, y aunque al principio lo repugnan, acaban todos por rendirle el tributo que se merece.

Pero á todo esto no hemos hecho su retrato...

Miradle... ahí va... alargando sus zancas desmesuradas, sacando por el embozo de su capa á medio caer sus descarnadas manos y su cabeza pequeña y regular, afeada por su sombrero derribado hacia atrás. En continua excitación nerviosa no sabe por dónde va, ni mira por dónde camina, tropieza con todo el mundo, y aunque su corbata blanca y su frac re[illegible] lan que va á algún festín, su hongo parece [illegible] da á entender que va á caza de libros rar[illegible]

Entre pergaminos y manuscritos, como entre sedas y diamantes, Marcelino sólo piensa en su amor que, por más que otra cosa crean Lidias y Epikaris, es amor griego, como si dijéramos platónico, á todo lo que no sea la ciencia; y sólo á título de antigüedad podrán competir en él los atractivos de una dama con los encantos de un libro viejo.





CAMPOAMOR.

CAMPOAMOR!... ¿Quién habrá tan adusto que lea este nombre ó vea aparecer la cara plácida del que lo lleva, sin que se le desarrugue el ceño y... se ría?

Nadie, seguramente. Alegre como unos cascabeles, Campoamor, que es la jovialidad en persona, la impone con su recuerdo cuanto más con su presencia, en la que brillan todas las alegrías de la salud, del bienestar y de la buena conciencia.

Porque á la conciencia... á veces... le pasa lo que al olfato, que, á fuerza de pervertirse, llega á complacerse en el mal olor... y nunca está más satisfecho que cuando aspira un miasma que él toma por aroma salutífero y delicado.

o es esto decir que Campoamor sea un cri-
al... de esos que castiga el Código... pero

á juzgar por la tranquilidad con que escribe... merecería un presidio.

No sé quién ha aplicado oportunísimamente á Campoamor el dicho hecho para Feijóo: «Había que levantarle una estatua y quemar al pie de su pedestal sus obras.»

A excepción de unas cuantas joyas que con el título de *doloras*, *fábulas*, *poemas* ú otras varias constituyen en realidad verdaderas *obras maestras* que le acreditan de *genio*, el resto del mismo nombre brilla tanto por sus bellezas literarias como por sus deformidades morales.

Si fuera menos artista, sería un escritor pornográfico; como es un artista de primer orden, sus *libertades* son *áticas*. Pero cuidado con confundir las provocativas desnudeces de Campoamor veladas, más que por la severa mano del pudor, por la diestra ejercitada de un refinamiento sensual, con las *desnudeces castas* del arte clásico.

En este particular, tenemos la pretensión de haber dicho la última palabra. Examinando su literatura á la luz de nuestra filosofía, hemos encontrado la fórmula estética que hace de Campoamor el más funesto de los escritores y el más peligroso de los artistas.

La entregamos llenos de confianza y seguridad á la circulación en las menos palabras posibles: Campoamor es un genio artístico que

ha sustituído uno de los términos invariables de la misión del artista, trocándola de *divina* en *diabólica* con semejante sustitución. La misión del artista se reduce á *sensibilizar lo ideal* y á *idealizar lo sensible*, como es sabido. Campoamor ha sustituído lo *sensible* con lo *sensual*, y, tranquilo con esta mistificación, da rienda suelta á su musa por los fértiles campos de su ingenio, *sensualizando lo ideal* é *idealizando lo sensual*. Por eso, salvas honrosas excepciones, que constituyen las *obras maestras* á que nos hemos referido, el resto de las obras de Campoamor merecerían el fuego; porque no es el cuerpo con sus brutales apetitos el que allí se revuelca, como en el vulgo de los escritores corrompidos... allí, del seno de irisada nube, se desprende el alma para bañarse, como en un lago límpido y azulado, en los charcos más infectos del camino; y, transfigurándolo con las bengalas de su ingenio, el cieno que chorrea el alma después del baño, se dora con todos los cambiantes de la luz y con todos los reflejos del arco iris. Por este procedimiento tan sencillo, Campoamor ha puesto del revés el orden estético y el moral. Por eso juzgamos más peligrosos sus *psicologismos* que todos los *bestialismos naturalistas*. No es que falte allí el alma ó que sucum-
, no. El alma está allí en perfecta y plácida
rmonía con el cuerpo. Sólo que en vez de

presidir á esta unión como reina y señora dentro de su reino, está como soberana que sólo dispone del manto real para cubrir con él al más envilecido de sus esclavos.

No lo hace esto por maldad Campoamor, no, ciertamente: lo hace por naturaleza, más bien por *bonachonería*, si se nos permite la palabra. Es tan agradable el *placer* y es tan desagradable el *dolor*, que el poeta de las *Doloras* no lo concibe mayor que el no poder divertirse... y se divierte buscando en la risa primaveral de la humanidad y de la tierra el color favorito de su pincel, que, para poder reirse de todo lo triste, hace como que llora con todo lo alegre.

Ya había aplicado á otro género de asuntos este procedimiento aquél que cantaba:

«En las cuestas arriba
Quiero mi mulo,
Que las cuestas abajo
Yo me las subo.»

Por eso el *humorismo* de Campoamor es superior á todos los *humorismos*, siendo práctico y teórico á la vez.

Así es que, teniendo un talento colosal, no hay medio de que lo emplee *seriamente*, á no ser cuando disuelve la Quinina para oprob de Galenos y farmacéuticos.

Como empleado... *cuentan* que cuando le trajeron el primer expediente, preguntó:—«¿Les parece á ustedes que me paga el Gobierno para que pierda el tiempo leyendo esas tonterías que ustedes han escrito para pasarlo?»

Como Académico... *dicen* que preguntándole en una ocasión el Presidente si traía alguna papeleta para el Diccionario, contestó muy fosco:—«¿Tengo yo cara de traer papeletas?»

Como Consejero de Estado... *refieren* que como en una cuestión administrativa Campoamor pronunciase un discurso en que llamó á los *escultores... picapedreros*, arrastrando tras de sí á la mayoría, el Presidente (que era Ríos Rosas) empezó así su refutación:—«El señor Campoamor, que en vez de *ilustrar* las cuestiones las *ameniza...*»

Y es que Campoamor (perdónenos su ausencia), no ha tomado nada *en serio* en toda su vida. Cree que la *seriedad*, como las orejas largas, es patrimonio de los asnos. Mira la vida como un sainete de brevísima duración, y recordando la pregunta de Augusto desde su lecho de muerte, aspira á representar el papel más divertido de la comedia y procura alargar la fábula todo lo posible.

Cuando se le ve en los días más serenos y plados rodear su oronda humanidad con es y se le pregunta el motivo de tanto lujo

de precaución, contesta:—«Quiero ver lo que dura una persona bien cuidada.»

Y sin embargo, este pagano rezagado, que no tiene de cristiano más que su mujer; este comensal de Mecenas, hermano gemelo de Horacio, no es egoista. Su bolsa está abierta constantemente á los pobres y á los amigos; sus dehesas son una hospedería permanente, en las que ejerce la hospitalidad con tanta cordialidad como esplendidez. Nadie le gana como anfitrión. Tiene toda la bondad, generosidad, nobleza y desprendimiento de un *vir... bonus* con bondad puramente natural. Por un amigo es capaz de tirarse de cabeza á un pozo. Cuando por no abandonar á Romero Robledo se separó del partido conservador, replicaba á los que le motejaban de inconsecuente:—«Si yo no siguiera la suerte de Romero Robledo, habría que colocarme en la Puerta del Sol como la *Estatua de la ingratitud.*»

Como poeta lo es de nacimiento. Eslo además porque *piensa* tanto como *siente*, aun cuando piensa generalmente mal. En cuanto á *reglas*, sólo tiene la regla de no tener ninguna. Cuando acaba una obra, antes de leérsela á sus compañeros los Académicos, se la lee á su *cocinera*, para ver el efecto que en el alma virgen del vulgo produce la exposición de los afectos humanos.

El secreto de su inmensa popularidad está en la fácil naturalidad con que dice las cosas hondas. Las aves, las flores, los niños, los ancianos y las mujeres son sus asuntos predilectos y los héroes de sus *epopeyas* ideológicas. Todo parece inocentísimo... pero no os fiéis: por entre los nacarados y olorosos pétalos de la flor... asoma su dardo el venenoso áspid, suavemente enroscado alrededor del tallo virginal.

Alguien ha comparado las poesías de Campoamor con un pomo del Renacimiento cincelado por Benvenuto, que en vez de bálsamo salutífero encierra una ponzoña mortal. Nosotros las comparamos con uno de esos puñalitos adamasquinados, verdaderas joyas de tocador, cuya acerada y luciente punta está impregnada de *curare*. Seduce á los ojos por lo gentil, se toma entre las manos como un juguete. Sin saber cómo, su punta imperceptible ó su filo acerado hace correr un poco de sangre; el veneno se desliza en el torrente de la circulación, y cuando queréis acordaros, el frío de la paralisis ha invadido vuestro pecho, ha amortiguado vuestro corazón: el alma... ¡es un cadáver!

Como filósofo... había que ahorcarle. El Pa- Zeferino lo dice: es una naturaleza filosó- a; si quisiera filosofar *seriamente*, sería una

gloria nacional cortada por el patrón de Luis Vives y de su escuela. Tiene todos los caracteres del criticismo español. Pero no quiere... y sólo revela su natural poder de especulación forjando hipótesis como su teoría ideológica, basada en la cantidad, que asombra y que suspende, y cerrando lanza en ristre contra el formidable escuadrón de *Caballeros de la Lenteja.*

En suma, es un filósofo español de pura raza: sería un *tomista* incomparable si Santo Tomás no fuese fraile. Eso de *convento* le entristece, á él, que sólo concibe la humanidad discreteando alegremente en los jardines de un serrallo.

No negaremos, sin embargo, en muestra de imparcialidad y para que el retrato sea completo, que este *loco de atar...* (literariamente hablando), al que se podría aplicar aquello que dice Rubí de Colón:

«¡Es loco, que más de un cuerdo
Quisiera su entendimiento!»

tiene lucidos intervalos, en que se levanta á toda la altura de sus prodigiosas facultades. Entonces, poeta, su musa irritada tiene acentos proféticos dignos de la lira de Israel; filósofo, su mente fulgura con las iluminaci[illegible] espiritualistas y esculpe fórmulas que par[illegible] sentencias de Pascal. El filósofo y escép[illegible]

humorista desaparece de pronto, y en su lugar queda el atleta vengador de la fe, de la justicia, del honor y de la majestad en la historia, en la filosofía y el arte. Su palabra, tajante como una hoja toledana, penetra hasta la médula de los huesos, y deslumbra, al caer, los ojos. Su estilo, semejante al cincel de un escultor, labra en el ánimo más endurecido la reproducción de sus afectos. Entonces se ve la fuerza que puso Dios en aquella cabeza extraordinaria. Subyuga y avasalla su estro potente... Pero todo esto es un relámpago pasajero y fugaz; como si le molestase ostentar las energías de su naturaleza, corre á deponer la clava, como Hércules afeminado, para empuñar la rueca, reposando su cabeza sobre la liviandad ataviada con los atributos de una musa.

Y entonces es cuando, para justificar su deserción, inventa *sus teologías*, que no merecen otro nombre, por más ingenio y sutileza que revelen, sus desenfadadas teorías *estético-morales*, reductibles todas ellas... en puridad, á la respuesta de aquel borracho que, amonestado en un momento de templanza por sus hijos ante el espectáculo de los traspies y caídas de compañero suyo devoto de Baco que salía uno de sus templos, como le hiciesen ver degradación y bajeza de aquella *imagen de*

Dios rebajada al nivel de los mismos brutos, escarnio y ludibrio de las gentes, se apresuró á replicar:—«Callad, necios, vale más la alegría que ese hombre lleva en el cuerpo que toda la seriedad de los que se burlan.»

Así son las *filosofías del arte* de Campoamor, despojadas de las brillantes paradojas con que las reviste su ingenio.

Lo mismo que en el arte y la ciencia le pasa en la vida social. En una ocasión, tratando una cuestión que se había hecho política, llamó... no sé qué á los marinos: toda la Armada le desafió. Hallábase postrado á la sazón con intensa fiebre. Aquel hombre corriente, juguetón, afable y dulce, no se enfadó; pero se *envenenó con quinina*, y durante los efectos del envenenamiento, en un paréntesis que forzó á abrir á la calentura, cortó la cara de un sablazo al formidable campeón designado por sus contrarios... y tomó el contraveneno después. No le ensalcéis la *heroicidad*: en materia de *sablazos* encuentra muchísimo más *heróico*, cualquiera de los muchos que le dan la turba multa de sus admiradores y discípulos.

¡Sus discípulos! ¡Justo castigo á su perversidad! Semejantes, por lo común, al.... rucio que se propuso imitar al faldero, toman la -
nialidades peculiares de Campoamor por -
fecciones genéricas; y dejándose olvidado

otro lado de la cuna la ática sal, la vis cómica, la sutil agudeza y la honda intención de su maestro... salen retozando por esos campos de Dios con cada *Dolora* que es capaz de hacer verter lágrimas de dolor al mismo convidado de piedra.

No; Campoamor no puede tener discípulos, ni puede dejar escuela, ni sus imitadores podrán ser otra cosa que caricaturas sin gracia de este originalísimo escritor.

Quitad á Campoamor su personalidad exuberante que se insinúa y que se impone; quitadle su inimitable modo de leer con que graba en el ánimo de sus oyentes, acentuando hasta el más delicado matiz y arrastrando ó recogiendo la frase, la intención oculta en el más cándido de sus versos; quitadle el *dejo montañés* que, como las frías nieblas de su patria, proyecta no sé qué vaga tristeza y melancolía en sus más alegres y *soleadas* producciones; quitadle el atrevido y rápido, pero seguro toque con que aventura una *sublimidad* sobre el borde de un *ridículo*, y os sucederá lo que con la *sopa de guijarros* del soldado le sucedió á la cándida patrona que, más avisada al cabo que los discípulos de Campoamor, es de creer que arrojaría . espuerta los *pedruscos* en vez de arrojárse- á la cabeza del público con el título de «*imi- ones.*»

Pero volvamos á Campoamor, ó mejor *acabemos* con él.

Campoamor recibió de Dios los más prodigiosos dones: los dones más á propósito para llenar una misión cuya fórmula el mismo Campoamor nos ha dejado. El hombre que escribió como lema y blasón de su carrera literaria: *La metafísica limpia, fija y da esplendor al lenguaje*, hubiera realizado en su propia personalidad el filósofo literato ó el literato filósofo, que tanto necesitaba la cultura patria.

Por este camino le llamaba Dios... pero él prefirió seguir por el que le llamaba el diablo; y en vez del pensador serio, investigador y fecundo que arrancase nuevos secretos á la realidad interrogada por su genio apremiante y poderoso, ha preferido ser el ingenioso y chispeante sofista que todos conocemos; y en vez de ser el poeta de las grandes ideas y de los grandes sentimientos que llamase con su inspirada voz el corazón á lo alto, es el poeta... que... *¡todos!* leemos; filósofo y poeta tanto más perjudiciales, cuanto más resplandece en sus producciones el genio y la inspiración que ha recibido de lo alto.

Ayala se lo dijo en una substanciosa composición, que es un retrato de cuerpo entero Velázquez del gran ingenio asturiano. Si l piéramos de memoria, la estamparíamos

como prueba de todo lo que hemos dicho. Sólo recordamos el pensamiento final que sintetiza todo nuestro pensamiento, á saber: que Campoamor no sería tan malo si Dios no lo hubiese hecho tan bueno.

«Tú no serías tan malo
Si fueses algo peor.»

Por eso nosotros, siempre que nos despedimos de él, asombrados de su valer é indignados de la labor en que se emplea, le repetimos aquello de que «á pocos negará Dios con más sentimiento y con mayor justicia la entrada en el reino de los cielos.»

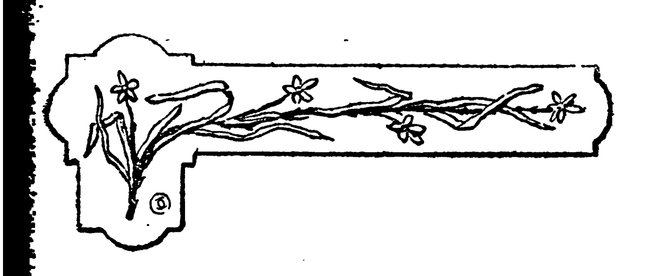
Porque esto es lo que nós pasa á nosotros al criticarle. Nos da tanta pena acusarle ante nuestros lectores, que sin ser escrupulosos, ni mucho menos, hemos de confesarnos de una tentación de *herejía* que nos asalta. Al ver lo *buenamente malo* que es Campoamor, quisiéramos creer que después del juicio final en que por desagravio á la vindicta pública debe ser condenado... á lo menos por una vez, y accediendo á la unánime aclamación de todos los elegidos, la divina prerrogativa iba á ejercitar la gracia de indulto... para aplicársela á este escritor... ...sible!... á quien no se puede menos de ...r con toda el alma, cuando en ley de jus... y razón debía detestársele con todos los

sentidos. Porque en él son simpáticos el error y la deformidad, y en vez de indignación y de escándalo, sólo provocan alegres sonrisas sus atrevimientos más audaces... porque sus versos, como sus pensamientos, como sus hechos y dichos, no son ni dichos, ni hechos, ni pensamientos... son simplemente *cosas* para todo el mundo, y con este pasaporte que le expide por sufragio universal la opinión pública, escala y alborota los cielos, revuelve toda la tierra, alegra y divierte los infiernos, y viejos, y mozos, y viudas, y doncellas, aspiran sonriendo los mortales y embriagadores perfumes de las vistosas flores de su ingenio, murmurando para su excusa ante Dios, ante su conciencia y la sociedad, el *visto bueno* del pasaporte universal.

«¡*Cosas* de Campoamor!»

«Cosas tenedes el... Cid...
Que farán fablar las piedras.»





ENRIQUE PÉREZ HERNÁNDEZ.

¡Qué grande es el poder de Dios! ¡Cuán misteriosos sus designios!... Un día crea en los abismos de la nada un alma esplendorosa y potente, la infunde en un cuerpo sano exuberante de vida y robustez, toca con su mano la frente serena y despejada... y enciende en ella la luz que ha de disipar las densas tinieblas de la ignorancia y de la duda... y al otro día... la muerte, que se pasea inofensiva por entre el número infinito de los tontos y la vil muchedumbre de los malvados, se abate, como el buitre sobre su presa, sobre el genio, y lo arrebata entre sus garras á otras regiones, dejando, como trofeos de su rapiña, un triste montón de despojos á voracidad de los gusanos.

Diríase que con este despilfarro de su poder ador, la Providencia se propone demostrar

á la humanidad que nadie es necesario á la causa de la verdad y de la justicia, y que el Dios que crea y que conserva puede, con la misma facilidad que destruye los más esforzados campeones, suscitar á su causa en un momento ejércitos numerosos de héroes que impriman nuevos rumbos á la civilización y marquen inesperados derroteros al progreso.

¡Pérez Hernández: su corta y esplendorosa vida; su inesperada muerte, en los momentos mismos en que empezaba á coger los frutos de su valer y poderío, son la prueba más concluyente de lo que afirmamos!

¡Quién que recuerde la asombrosa precocidad de su talento, cuando niño; sus ruidosos triunfos de colegio, de universidad, de ateneo, cuando joven; su profundo pensar, su rápido y enérgico decir, su sentir hondo y delicado, su prodigiosa y fecunda actividad, no se abismará en mil confusas reflexiones al verlo desaparecer de repente, escogido entre la multitud por la mano asoladora de una epidemia, que como el rayo en la tempestad eligió para caer y para herir las más enriscadas de las cumbres!

¡Alma grande tocada de las más sublimes aspiraciones, corazón apasionado abierto á todo sentimiento noble y generoso, intelig cia avasalladora y pujante, fantasía creac de extraordinario poder, voluntad incontra

ble é impetuosa, temperamento vigoroso y ardiente, su vida fué una constante lucha, ó mejor, una no interrumpida victoria contra los obstáculos que el mal, la deformidad y el error oponen á la marcha triunfal del genio sobre la tierra; y cuando conquistados todos los laureles de la juventud, amontonados todos los premios y hacinadas todas las coronas que se ofrecieron al vencedor en todos los palenques abiertos á su actividad en los breves años de su vida, acababa de entrar, por decirlo así, en la arena á que lo llamaba su vocación, donde se revelan y se proclaman las esperanzas de la patria que han de labrar su pedestal sobre las grandezas del Estado... entonces... filósofo, orador, político, hombre de acción y de energía... todo se desvanece y se va... como una sombra que se disipa, como hoja caída del árbol secular que arrastran en el revuelto girar de sus irresistibles torbellinos los desencadenados aquilones!...

¡Él lo presintió!... qué digo lo presintió... lo vió con la implacable claridad de las más luminosas intuiciones.

«¡Qué desgraciado soy!» me decía la última vez que juntos nos retiramos del Ministerio á casa... pocas horas antes de caer como tima señalada ya por el dedo inexorable del tino. «Llegar á donde estoy; y cuando voy

á desplegar todo lo que siento dentro de mí en el teatro de la acción eficaz y fecunda; cuando veo abierto el horizonte para mis alas, el porvenir para mis hijos... morirme del cólera.»

Poco después... ¡qué noche!... entré en la habitación en que se retorcía bajo la mano implacable de la peste. ¡Aquel cuadro no se borrará jamás de mi memoria!... ¡Dios mío, en qué pensarán los que no creen, en ocasiones semejantes, como no sea en el círculo breve y estrecho, en el punto obscuro y luminoso á la vez, de la boca de una pistola!

Pérez Hernández, indomable entre los horrores de la enfermedad y entre los abrazos de la muerte... se esforzaba en sonreir á su familia desolada... ¡á su esposa, que reveló lo que puede dar de fuerza y de valor el espíritu al cuerpo desfallecido y al corazón destrozado... á sus amigos; al confesor, con quien platicaba sobre la muerte con la serenidad del filósofo y la esperanzada resignación del cristiano!

«Acabamos de perder al joven de mayores esperanzas que teníamos,» exclamó Cánovas interrumpiendo el Consejo de Ministros que presidía cuando llegué con la noticia del fallecimiento. El telégrafo transmitió la nueva fatal á sus numerosos amigos y admirador que gimieron deplorando en el alma pérdi tan irreparable; ¡y la amenaza sombría q

como una nube de sangre pesaba y se cernía sobre la capital del reino que esperaba aterrada la explosión del formidable azote, no ahogó con el dogal del espanto ni con la mordaza del egoísmo (aunque se creyó llegado el momento fatal), el grito de compasión unánime ante aquel cadáver, ante aquella vida tronchada en flor, tan rica en rientes como inmediatas esperanzas! El cedro derrumbado por la tormenta en el suelo cuando más gallardamente erguía su copa en las alturas, no produce una impresión más honda acerca de la fragilidad de las promesas terrenas, que aquel lúgubre ataúd en que yacía muda la lengua vibrante y sonora, fríos y apagados los ojos fulgurantes, impasible y yerto aquel corazón todo fuego, mustia la frente serena y despejada, donde forjaba sus rayos aquel entendimiento poderoso.

De aquella figura ciclópea que sólo llegó á dibujarse en embrión... sólo quedaba ya la memoria. Sería para desesperar, y aborrecer como los pesimistas la vida, si la mano consoladora de la religión no nos señalase la gloria donde su espíritu purificado por el dolor gozaba sin duda ya las inefables alegrías.

¡Y cómo no las había de gozar! Jamás rehu- salir á la defensa de la verdad, de la inocen- ó de la justicia, donde quiera que las viese

atropelladas, aunque para defenderlas tuviese que arrostrar toda clase de daños y peligros, aun cuando el *ridículo*... que era la pesadilla de su dignidad... le esperase para coronarle en la palestra.

¿Y su caridad ardentísima? ¡Oh! aquello era ya la prodigalidad... En cuanto veía una lástima, lo daba todo... y le parecía que no había dado nada aún. Lo daba herido en lo más hondo de su corazón por el espectáculo desgarrador de la miseria, pero teniendo constantemente un vivísimo empeño en consignar que lo daba sólo *por amor de Dios*, no por otro sentimiento alguno.

Pero el triunfo más grande sobre sí mismo que alcanzó, la victoria más espléndida que obtuvo, la que Dios habrá premiado con mejor galardón, fué la de resignarse á devorar en silencio una provocación personal. Lo recuerdo aún... pálido y demudado el semblante, encendidos y ensangrentados los ojos, crispados los nerviosos puños, y serenos, afectadamente serenos, el continente y la voz, entrando en mi despacho. Me refirió el lance. Su ánimo esforzado, su carácter impetuoso y violento, hasta su orgullo... cuanto en él había de vicio y de virtud, se rebelaban contra las apariencias vileza con que el heroísmo se presentaba a sus ojos... el heroísmo de resignarse y de c

llar. Yo, que le conocía, le dejé hacer explosión. Sentí los latidos de su dignidad lastimada, oí los bramidos de su coraje comprimido y me reí de los que tienen por *valor* cambiar un tiro ó una estocada en semejantes ocasiones... en que hasta los nervios lo reclaman como un refresco... y después, con una sola palabra convenientemente colocada, lo calmé, lo reconforté, lo reduje al límite estricto de su deber.

Esta palabra, lentamente articulada, mis ojos en los suyos y disparada derecha á su corazón, fué ésta simplemente... *¡Cobarde!*

Me comprendió... se estremeció desde la cabeza á los pies... hizo un esfuerzo sobrehumano, y rojo el semblante como la grana, próximas á reventar las venas que surcaban su frente, sólo me respondió estas palabras: «No hablemos más...» y se marchó á sus ocupaciones.

¡Ay, Dios! ¡Cuánto se parecen á veces lo ridículo y lo sublime! ¡Para mí, que conocía su condición... hasta creí escuchar el crujido con que el organismo dislocado se retorcía constreñido para obedecer, protestando, el imperioso decreto de la voluntad!

¡Y decir que el *miedo vil* coincide á veces en la solución con este *heroísmo* inconcebible en t[illegible] corazón no cristiano!

[illegible]rque es la verdad. Pérez Hernández ten[illegible]ía no el germen de todos los crímenes, co-

mo él decía, todas las pasiones en germen, y de no haber sido tan firmes y tan arraigadas sus creencias, tan sólida su piedad, hubiera llegado á ser un monstruo de violencia.

Había allí un espíritu colosal, y de no haberlo encaminado rectamente por la áspera y penosa cuesta del deber, se habría despeñado violentamente por los abismos. La fuerza explosiva de la pólvora que eleva y lanza el proyectil por la majestuosa trayectoria en los espacios, es la misma que revienta en mil pedazos el cañón, sembrando la ruína y el estrago en torno suyo. Todo consiste en la buena salida y dirección que traza al proyectil la estría, marcada de antemano en el ánima de la pieza.

Así se explican las eternas y profundas contradicciones de su carácter y de su espíritu; las violentas tempestades de su conciencia, siendo un modelo de inocencia y de piedad, cuando joven; los amores apasionados y vehementes de su vida; el calor que llevaba á las discusiones más abstractas y serenas, los extremos de su inquebrantable amistad, la honda y penetrante mirada con que sondeaba todos los problemas, iluminando los más obscuros y complicando, tal vez por exceso de percepción, los más sencillos; la actividad vertiginosa que [illegible] primía y que comunicaba á todo aquello er [illegible] ponía su mano, el desaliento infinito, el al [illegible]

niento profundo vecino de la desesperación en que en ocasiones determinadas y sin motivo racional se sumía.

Y sin embargo, Pérez Hernández, que apenas ha sido conocido fuera del círculo relativamente estrecho de sus amigos más íntimos, aunque pasaba, y lo era en realidad, por un orador arrebatado y fogoso, como los quería Cicerón, tenía, y apenas tuvo ocasión solemne de usar, un estilo oratorio que, de no haber muerto tan temprano, le hubiera hecho formidable en las luchas parlamentarias: el supremo aticismo con que manejaba en ocasiones dadas (cuando no discutía sobre ciencia ó sobre religión) *la ironía*. Yo le he visto hacer pasar á un auditorio apasionado y prevenido de la más violenta cólera á la risa, haciéndole reir á costa de sus ídolos habituales, heridos unos tras otros mortalmente por la mano ligera, fácil y suave con que, al parecer, los acariciaba.

No era ésta en verdad la cuerda habitual de su elocuencia, aquélla con que triunfaba en las Academias. No: entonces su voz era ronca como la tempestad, su acento formidable como el trueno, despedían lumbre sus ojos, se coloreaba su semblante, y era de verle caer so[illegible]e una cuestión, hendirla, desentrañarla, ex[illegible]er el problema oculto en las profundida-d[illegible] su seno, plantearle en los términos pre-

cisos de una ecuación matemática, cuando no era posible desatar el nudo, cortarlo, y arrojarlo resuelto, como una granada en explosión, en el centro de las huestes contrarias aturdidas.

Había allí palabra, había imaginación, había ciencia, pero nada de esto se destacaba sobre el fondo común: lo que allí soberanamente resplandecía era el razonamiento pujante, victorioso, conquistador, imponiéndose con todo el poder avasallador de una dictadura: diríase que era la razón personificada dictando sus decretos á la voluntad, que sumisa los recibía.

Por eso la verdadera vocación de Pérez Hernández era la filosofía; tenía vista intelectual enfocada para la especulación más abstrusa. En su estudio llegó á veces á adivinaciones semejantes á las de Pascal en sus comienzos matemáticos; tenía el don de la profundidad y el de ver claro en la penumbra; su mirada era perforadora, y como el barreno para los pozos artesianos, llegaba hasta el corazón de las capas más hondas del terreno, traía consigo las muestras y las pruebas de su calidad, y por el sutil agujero que dejaba abierto en la cuestión, se precipitaba fuera á borbotones el cristalino manantial ansioso de reflejar la luz esplendorosa del cielo.

Así lo conoció nuestro común maestro el padre Zeferino, que siempre lo distinguió entre

todos sus demás discípulos, con secreta, pero al cabo conocida predilección, como quien fundaba en él las más brillantes esperanzas de la escuela. Adivinaba en él al pensador de fuerza incalculable, presentía al filósofo transcendental, quizás se vanagloriaba con la gloria de su discípulo... pero la muerte, tendiendo su fúnebre crespón sobre tan rientes horizontes, convirtió en noche tenebrosa la aurora que empezaba apenas á lucir sobre las cimas del Oriente.

De tanta esperanza en flor... ¿qué queda? Una piedra fría... y á su alrededor una familia desolada!...

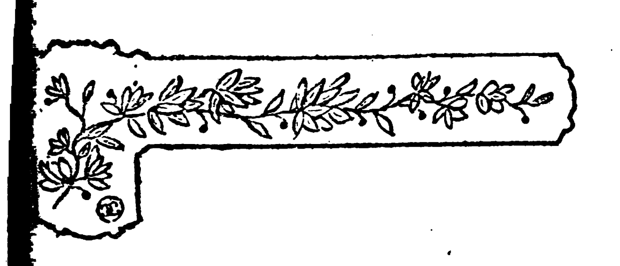
Todo lo hemos perdido con él, los que con él compartíamos el pan cuotidiano del alma y de la vida: los recuerdos dulcísimos del pasado, las alegres esperanzas del porvenir, la tranquila y serena confianza del presente. La lucha ya no me llama con la irresistible voz de otras veces: falta á mi diestra el inseparable compañero de armas que peleaba y que vencía á mi lado. Los ocios de la paz resultan fríos y tristes, sin aquella genialidad simpática y poderosa que nos imponía sus infantiles caprichos. Los grandes sentimientos y las grandes ideas parecen huérfanos ante mí, sin el que los inspiraba ó compartía. Sólo sobre su mesa de despacho, en la que trazo al hilo

de mi dolor estas páginas, se levanta como una visión del pasado, un grupo fotográfico de nuestra juventud, que me transporta á tiempos y lugares más felices: dos jóvenes agrupados en el interior de una celda, alrededor de un Dominico abismado en la lectura de un infolio.

La celda... estuvo en la calle de la Pasión. El dominico... fué más tarde Cardenal Primado de las Españas. El infolio contenía los comentarios de *Juan de Santo Tomás*... En cuanto á los jóvenes, el uno fué arrebatado de pronto por la mano de Dios... el otro, atónito y espantado al golpe, vaga desorientado y errante como el ciervo que en la intrincada selva, viendo caer herido por el rayo al compañero de su vida, recorre á la ventura los bosques donde corrieron unidos los años felices de su juventud, deteniéndose en lo alto de todas las cumbres que traspone, para interrogar á los ecos por el que se fué para no volver, dejándole sumido en las tristezas de inesperada soledad.







DON ROBERTO FRASSINELLI.

ACABO de recibir su papeleta mortuoria. Murió en Corao, entre los vestigios de la antigua colonia romana; cerca de Santa Eulalia de Abamia, donde estuvo el sepulcro del Rey Pelayo; á corta distancia de Covadonga, donde dejará recuerdo imperecedero; á la vista de las Peñas de Europa, teatro de su vida salvaje y aventurera, y objeto de la pasión que le hizo olvidar todas las comodidades de la civilización y todas las aspiraciones de la vida.

Alemán por todos cuatro costados, vino á España en aquella época feliz para *anticuarios* y *bibliófilos*, en que los tesoros de la desamortización se malbarataban en las ferias y baratillos en nombre del progreso y de las luces, ıs conocimientos literarios y artísticos, suıores á los de la generalidad de sus contem-

poráneos españoles, le produjeron rica cosecha de adquisiciones arqueológicas. Su minucioso y exactísimo modo de dibujar le permitió conservar en verdaderas *fotografías de lápiz* el recuerdo de monumentos arquitectónicos que la piqueta revolucionaria ha convertido en miserables ruínas. Carderera y Fernández-Guerra decían que las inscripciones copiadas por Frassinelli eran más fáciles de descifrar que los originales esculpidos en las antiguas piedras, y las carteras del arqueólogo alemán conservan los restos de monasterios y castillos que descubrió en sus largas correrías á pie, en los más apartados valles de las más remotas montañas, y de los que ya no existe ni la más lejana memoria.

La generación, desaparecida ya en los abismos de la muerte; aquella generación de eruditos y de literatos, en que descollaban Gallardo, Estébanez Calderón, Durán, Pidal, Ochoa, Morante, Hartzenbusch y tantos otros cuyos nombres están inscritos con letras de oro en los fastos de las antiguas Academias, estimaban en todo lo que valía á Frassinelli, y pocos son los que no legaron á sus herederos, como recuerdo del dulce y sabio alemán, algún incunable, alguna tabla flamenca, algún dibujo en que aclaró la borrosa inscripción ó la c fusa figura labrada por artístico cincel e

siglos medios sobre los monumentos de la patria.

Pero si el arqueólogo y el artista eran en su tiempo una notabilidad, arqueología y arte palidecían en él ante el culto ardiente que profesaba á la naturaleza. Covadonga le enamoró la primera vez que, deslizándose por el angosto y tortuoso camino que desembocaba frente á la cueva, se le apareció en toda la salvaje majestad é histórica grandeza de aquel lugar, cuya extrañeza, según el cronista de Felipe II, «no se podía dar bien á entender del todo con palabras.»

Allí sentó sus reales, creando en la pintoresca aldea de Corao aquella casa modesta, con su jardín primorosamente cultivado y su cueva, aquella cueva habitada, según la tradición, por el *Cuelebre* fantástico y sanguinario, y de la que salía al obscurecer para vagar por su jardín la gigantesca lechuza domesticada por el sabio alemán, para reflejar en sus anchas alas los plateados rayos de la luna.

Pero su verdadero teatro eran los *Picos de Europa*, *Peña Santa*, la *Canal de Trea*, los gigantescos *Urrieles* asturianos.

En ellos se perdía meses enteros, llevando todo ajuar un zurrón con harina de maíz y lata para tostarlo al fuego de la yerba ı, su carabina y los cartuchos. Vino no lo

bebía: bebía agua en la palma de la mano; carne, sólo la del robeco que abatía el certero disparo de su escopeta, y cuya asadura tostaba sobre la misma lata al mismo fuego. Dormía sobre las últimas matas del enebro que avecinan la región de las peñas y de las nieves; se bañaba al amanecer en los solitarios lagos de la montaña, y al recogerse, después de la penosa ascensión á los altos picos, se refrescaba revolcándose desnudo sobre la nieve. En las noches de luna trasladaba á su cartera los fantásticos picachos de la caliza, los girones desgarrados de la niebla, los ventisqueros olvidados entre las rocas, el águila erguida sobre la peña colosal, el robeco trasponiendo la cortante arista de la cumbre.

Yo cacé con él en aquella agreste y sobre toda ponderación salvaje comarca. Subí con él á las enriscadas majadas de *Ario*, le acompañé en la peligrosa ascensión de *Peña Santa*, descendimos juntos á los abismos por donde corre el espumoso *Cares*, y le vi atravesar impávido los ventisqueros, erguirse sereno sobre los imponentes *argayos*, y arrastrarse tranquilo por las verticales pendientes de las simas, agarrándose á las rugosidades de las peñas, á la grama que entre sus grietas reverdece, á l- -n-durecida nieve petrificada en las umbría- or la indefinida acción del tiempo y del fríc

De noche nos guarecíamos en una miserable cabaña sin más abrigo y poco más espacio que el de una hoguera, á cuyo alrededor nos agrupábamos; sin víveres apenas, pues no consentía mucha carga el género de nuestra expedición investigadora; acompañados, es verdad, de los célebres *cainejos*, los *hombres-gamuzas* de aquella región, los ribereños de aquel *mar de piedra*, en cuyos inmensos *joos* encuentran de padres en hijos el sustento de su miserable vida, y por fin el sepulcro para su trágica muerte.

Nunca podré olvidar la impresión que me causaron la primera vez que los divisé en compañía de Frassinelli.

Sentado en la más alta cumbre de la majada, reponíame apenas del asombro que me acababa de causar la súbita aparición de las caladas agujas y de las gigantescas torres de los *Urrieles*, á través del tupido manto de niebla desgarrado por las brisas del mar, y disipado y deshecho por los rayos del sol, y pidiendo noticias al más rústico de los cabreros que, apoyado en su cayada, me contestaba, sumido en la misma contemplación á pesar de su rudeza y de la costumbre, le preguntaba el modo mejor de verificar la ascensión á aquellos verticales picos.

—Ahí, sólo esos demonios de *cainejos* pueden

cazar... que se pegan como moscas en las peñas,—me contestó.

—¿De dónde son esos *cainejos?*—le pregunté.

—¿De dónde han de ser? De *Caín*. Un pueblo colgado ahí abajo, á donde no se puede entrar ni salir, y donde viven todos de la caza... *¡Allí los tenéis!*—añadió con el tradicional tratamiento de su antiquísimo lenguaje, señalándome las más tajadas aristas de un insondable precipicio. Seguí con los ojos el tosco cayado del pastor, y se me heló la sangre en las venas. Como una mosca imperceptible en el cuello de una botella, para seguir la comparación del pastor, un sér con figura humana acaba de aparecer en medio de la arista de una encumbradísima peña cortada á pico, sin que se pudiera comprender cómo humanamente podía sostenerse allí, en aquella luciente y bruñida vertical, colgada sobre el abismo. Un grito gutural, salvaje, ronco, resonó en las concavidades del *joo*. Un peñasco ciclópeo sacado de su secular equilibrio por el brazo poderoso del cainejo, cayó, que no rodó, por la pendiente, y chocando contra las puntas de las peñas, asordó el valle todo entero. Las gamuzas que se refrescaban acostadas en las grandes manchas de nieve, se pusieron en pie, irguieron sus cabezas adornadas con los airosos cuernecillos, y el poderoso macho que los capita-

ba lanzando su penetrante silbido, se lanzó al galope, seguido de todos los demás, por las escabrosidades de las peñas.

No tardamos en oir una detonación, y entre el humo producido por el disparo, vimos levantarse de una peña suspendida al borde de un desfiladero á otro cainejo que, corriendo tras de su pieza despeñada, la alcanzó, la remató y degolló, y aplicando sus labios á la herida, bebió largamente y con delicia la caliente sangre del gallardo habitante de los abismos.

Desde entonces no me separé de los *cainejos* todo lo que duró la expedición. Quizás debí al brazo de alguno poder contar lo que ahora escribo, y no hubiera sido posible, sin su ayuda, aquella vertiginosa bajada que desde los más altos picos de Cornión emprendimos, huyendo de las nieblas que amenazaban envolvernos en lo más peligroso de la montaña, hasta avistar á media noche la luz que arde perpetuamente en la sagrada cueva, delante de la imagen de Nuestra Señora, en los históricos lugares de Covadonga.

Y sin embargo, durante aquella penosa expedición, el anciano alemán apenas probó otra ›a que leche y agua; se mantuvo constante›te á la cabeza de la partida, y desafiaba ›xtremado rigor del frío en las noches cla-

ras para enriquecer las páginas de su álbum de dibujante.

Aún le estoy viendo, después de seis horas mortales de bajada *á plomo*, primero por las peñas, luego deslizándonos por las nunca pacidas ni segadas yerbas de la *Cabritera*, y por último, suspendidos de los árboles que brotan en aquellas paredes, paralelos al suelo, agotar el rústico depósito de una fuente con su fanática pasión por el agua de las montañas. Era el momento en que uno de nuestros compañeros, el agil *Ruperto*, de Caín, suspendido á muchos cientos de metros de altura, del cañón de su carabina que había introducido en el agujero de una lisa é interminable pared de peña para alcanzar con los pies un imperceptible fragmento de cornisa, convencido de la impotencia de sus esfuerzos, luchaba en vano por retroceder. ¡Terrible instante!... Mientras más seguros, sobre nuestros pies destrozados, contemplábamos aterrados aquella escena, oíamos á nuestro compañero de expedición, el célebre canónigo de Covadonga *D. Máximo*, pronunciar las sagradas palabras de la absolución *in articulo mortis*, mientras su mano, abandonando la escopeta, trazaba el signo redentor en los aires. Como si Dios hubiera reanima sus fuerzas, el *cainejo* hizo un esfuerzo des perado y supremo, y consiguió izarse nue

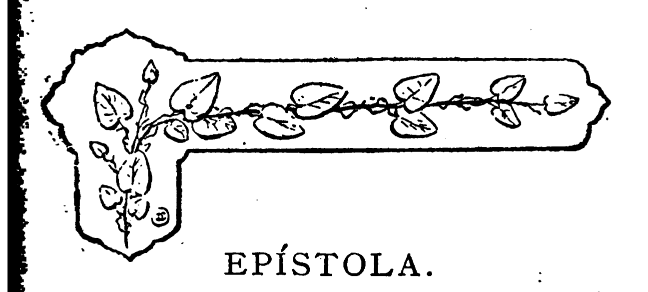
mente sobre los pies en la cornisa abandonada... Momentos después corría como si tal cosa por las asperezas apenas salientes de la tajada peña estimulado por nuestros aplausos y las voces del *sabio alemán*, impaciente porque llegara á tiempo á cortar la retirada de los robecos.

Era, en efecto, un hombre muy original el *Alemán de Corao*, como lo llamaban los montañeses, y su originalidad lo mismo se prestaba á la admiración que al ridículo. El respeto á la muerte me veda tratar aquí la parte cómica de sus extraordinarias teorías y aventuras, de sus inverosímiles narraciones; pero sea de ello lo que quiera, siempre será cierto que Covadonga ha perdido una de sus personalidades más características; un extranjero arqueólogo y artista, que enamorado de la grandiosa naturaleza asturiana, renunció á todas las ventajas de la vida para sumir su alma en la contemplación de aquellas bellezas sublimes, que sólo se pueden comprender en todo el encanto de sus misterios internándose y como perdiéndose allá en los laberintos sin término de aquellas torres de piedra, de aquellos bosques impenetrables, de aquellos lagos solitarios, de uellas cuevas gigantescas que pueblan aque- región inaccesible á todo ánimo temeroso, oda planta insegura, á todo espíritu, en fin,

menos tocado del amor irresistible á lo infinito que embargaba al ilustre alemán que acaba de bajar al sepulcro.

Covadonga lo recordará, y serían ingratos sus hijos si entre las lápidas que visten las paredes de los claustros del Monasterio no se leyera en una el nombre del extranjero alemán hijo adoptivo de aquellas montañas, arqueólogo, dibujante, arquitecto, bibliófilo, literato, botánico, médico, que reconcentró todo su amor en aquellos lugares donde solía vivir constantemente y á donde quiso volver pocos días antes de su muerte, como si misterioso aviso le indicase su próximo fin, y como si quisiera que sus huesos reposaran á la vista de aquellas agujas de piedra que tantas veces conquistó con la firmeza y la tenacidad de su lápiz y de su planta, á la sombra del venerable santuario que tuvo durante cerca de medio siglo en él uno de sus más devotos admiradores y fervientes panegiristas.





EPÍSTOLA.

SR. D. CARLOS DE HAES.

Mi querido compañero de... fatigas: Como sé, bien á mi costa ciertamente, lo flaco que es usted de memoria, me voy á permitir recordarle, por vía de prefacio, al asunto que motiva esta epístola, una de aquellas entrecortadas y deliciosísimas conversaciones que sobre el agudo pico de una tajada roca á cuyos pies venía á estrellarse soberbia ó á morir silenciosa la ola de azul y plata del embravecido mar Cantábrico, solíamos entablar, cuando con el pincel en una mano y la paleta en la otra inmortalizaba usted sin esfuerzo una de aquellas tablas que, á semejanza de tantos hombres en la tierra, ajena por completo á las veleidades del destino, formaba poco antes humilde, la más humilde tapadera de los aromáti-s habanos que, pendientes á la sazón de nues-os labios, se deshacían con mis ilusiones en poco de humo que en azuladas espirales se

remontaba al cielo, y en un poco de ceniza que fría y apagada caía sobre la tierra.

Lo recuerdo perfectamente: era una tarde. El sol, dorando con sus reflejos las orlas de las nubes, se sumergía á lo lejos en el mar tiñendo el horizonte de púrpura. La luna, ganosa de gozar de los esplendores del crepúsculo, asomaba curiosa su faz pálida por sobre la cima de las montañas; y una estrella, de esas que brillan más ó menos en el fondo de todos los cielos, como la esperanza brilla siempre en el fondo de todos los corazones, se destacaba en el fondo azul del espacio como un punto perdido en la inmensidad. ¡Toque soberbio del gran artista de los mundos que nos hablaba de infinito! El mar estaba como inquieto, no bramaba imponente como en sus días de tormenta, pero tampoco estaba en calma. Dormía, pero no con ese dormir tranquilo que le asemeja á un lago sin orillas, sino con ese dormir agitado que revela inquietud, como si su sueño estuviese cargado de pesadillas y congojas. ¡Cuántos corazones he conocido yo cubiertos de esa aparente calma á los ojos del vulgo, debajo de cuyas engañosas apariencias pugnaba y rugía la pasión oprimida por la mano de hierro de una voluntad firme!

Pero dejémonos de comparaciones. Lo c to es que el mar presentía la tempestad: nu

obscuras asomaban á lo lejos en fantásticos grupos, y las aves marinas, rozando la cresta de las olas y arrojando su grito ronco en el espacio, acudían á guarecerse sobre las rocas, donde como presas de anonadamiento y de modorra, permanecían inmóviles.

Usted daba los últimos brochazos á su estudio, y yo, cerrando el libro que para leer tenía en la mano, le dije como sintetizando nuestra conversación: «Amigo mío, todo es inútil; lo bello no puede seguir suerte diversa que lo verdadero y lo bueno. Lo bueno yace perseguido; lo verdadero desconocido; y lo bello, lo que es peor, falsificado. Los artistas como usted han nacido en mala época. Tienen un público que los compra, pero que no los comprende, y á poco que se dejen guiar por las insinuaciones del público, perderán el camino y se extraviarán. El mundo ha perdido el gusto de lo bello y lo ha reemplazado por el gusto de lo bonito, por un *bonito* que es la belleza de lo feo. Los inteligentes admiran y hacen justicia á la manera, al procedimiento, al medio, á lo que constituye *le metier;* pero esto, aunque es parte del arte, no es el arte. El arte tiene más alto fin, misión más grande y elevada, esfera ...s excelsa, y aunque el genio, por excepción, ...lcance, el mundo, que ha perdido el gusto, ...ncargará de hacerle bajar de cabeza, atro-

nándole con sus silbidos, agarrándose á su paleta ó haciendo sonar en sus famélicos oídos el metálico son del precio de su gloria. El artista, en toda la noble extensión de esta palabra, si quiere merecer plenamente este nombre de las generaciones venideras, tiene que resignarse á vivir solo, á estudiar consigo mismo y á pintar para sí y para la posteridad que le hará justicia.»

Usted meneaba la cabeza con esa sorna belgo-andaluza que usted tiene, y me respondía: «Usted exagera, usted exagera,» es decir, «usted tiene razón, usted tiene razón, pero qué vamos á hacerle.»

Yo, persuadido de que le había convencido á usted teóricamente, me callé esperando el día en que pudiese convencerle á usted prácticamente, diciéndole con ademán trágico, propio de la máscara y el coturno: «¡Mira!»

Ese día ha llegado.

Sin más máscara que la que el sol y el viento de mis queridas montañas ha puesto sobre mi rostro, y sin más coturno que mis botas de becerro, me levanto hoy, no menos victorioso por esto, y le digo á usted: «Mi señor D. Carlos, hágame usted el obsequio de mirar... *eso*,» y le señalo á usted al mismo tiempo el *molino viento*, que á espaldas de la estatua de Ce vantes y en el mismísimo jardinillo de la pl

zuela de las Cortes, tiende sus aspas escuálidas y raquíticas, ávidas de recoger un poco de aire, aunque sea el que con sus burlones labios debió de hacer la musa que sopló cual numen artístico al «artista del siglo XIX, que concibió, ideó y llevó á cabo tan gigante empresa.»

Ya le estoy oyendo á usted decir: «Qué atrocidad, qué...—... lo que usted quiera.—Si parece una garita.—No; parece un remate de un plato de dulce.—Mejor: ese es un molino arrancado de un nacimiento; no se van á reir poco los críticos y todo el mundo; no van á armarla mala los periódicos; anda, y tiene dos letreros en negro que plagian frases de Cervantes. A ver, á ver qué dicen.

«Pues aunque mováis más brazos que los del gigante Briarco, me lo habéis de pagar.»

Caramba, eso debe decirlo por el Municipio.

Y por el lado de las Cortes:

«Non fuyades, cobardes y viles criaturas, que un solo caballero es el que os acomete.»

Calla, y la veleta representa á D. Quijote en son de alancear al Congreso. ¿Si será una alusión política? ¡Pobre Cervantes! ¡Pobre arte!» Y se reirá usted de veras.

Pero yo, amigo mío, irguiéndome con toda la ..ura de mi triunfo, le replicaré á usted: «Nada .. eso, amiguito, nada de eso; ese... *molino*, que ..s bien parece un *molinillo*, ha sido ideado por

un artista; su plan ha sido sometido á una ó á varias corporaciones de gente ilustrada; el Gobierno ó el Municipio ha debido aprobarlo, y la gente que baja á oir los conciertos de Monasterio y á ver la Exposición de pinturas permanente y que sube á escuchar los cuartetos del Conservatorio, lo ha visto, lo ve y... no lo ha arrancado. Los periódicos no dicen nada, y el *molino*, hundido sobre el asfalto con su collar de *piedrecitas*, sus *grietas*, su *monterita*, sus *letreritos*, y sobre todo, con sus *aspitas* (por pudor no mentamos la *veleta*), levanta, qué digo levanta, baja su cabeza indicando el nivel del gusto artístico de lo bello, en la noble capital de España en el último tercio del siglo XIX.»

Y entonces, si usted fuera capaz de llorar, una lágrima surcaría su mejilla de usted; pero no hay cuidado.

En lugar de llorar se encoge usted de hombros, y se va usted á su estudio á desquitarse con la contemplación de las obras de Dios, de la mala impresión que le han producido á usted ciertas obras del hombre.

Esto hizo usted el otro día.

Yo, distraído como siempre, como siempre en Babia, me quedé allí apoyado sobre la barandilla abismado en mis reflexiones, y elaborando la escala de mis pensamientos c como la de Jacob, corre de la tierra al ci

por más que no sean sólo ángeles los que suban por ella. La noche, esa noche sin encantos de las poblaciones, esa noche de gas, de polvo y de pulmonías que constituye las noches de Madrid, se vino encima; una soledad y un silencio completos reinaban en la plazuela de las Cortes, clara señal de que estaban cerradas. De pronto creí oir un ruido vago, levanté los ojos y vi ¡oh asombro! á Cervantes que descendía de su pedestal. Un sudor frío heló mi cuerpo; se me erizaron los cabellos; quise huir y no pude; la mano del destino me había clavado los pies al pavimento para obligarme á ser testigo de una escena sublime. Cervantes se encontró en el suelo del jardín; miró al Congreso y no dijo nada; miró al molino y le pareció lo mismo que el Congreso; después se dirigió á los bajo-relieves que ornan el pedestal de su estatua, y dijo:

—¡Oh, tú, ingenioso hidalgo D. Quijote de la Mancha, caballero de la triste figura, y tú, insigne Sancho Panza, flor y nata de los escuderos, acorredme, ensillad al rocinante y al rucio y venid en mi ayuda. Una injuria mortal se me infiere por algún malaventurado follón y malandrín, que de todo debe tener menos de cantador; á vosotros, pues, á quienes hice mortales, á vosotros toca mi desagravio y defensa!

Apenas pronunciadas estas palabras, Don Quijote y Sancho, obedientes al llamamiento de su señor, acudieron, y D. Quijote, calándose la celada y enristrando la poderosa lanza, iba ya á acometer, sin saber á quién, á todo el galope de su brioso rocinante, cuando Sancho, poniendo la mano delante de los ojos, le dijo con voz tranquila y sosegada:

—Mire vuesa merced, señor D. Quijote, que este mi señor D. Cervantes debe de haber perdido el juicio con tantas y tan diversas voces como de esa venta (y señaló al Congreso) han salido en estos últimos tiempos, pues aquí no se ven gigantes, y no tengamos aquí otra, bien que al revés, como la de los molinos de viento, pues aquello que allí se ve (dijo señalando al molino), no es gigante, ni siquiera enano, de aquéllos que vuesa merced veía sobre las puertas de los castillos, sino una de esas invenciones que llaman columnas... *mingitorias*, ó cosa así por el estilo.—Y dicho esto, apeándose del rucio con desusada presteza, y llevando rápidamente la mano á sus descomunales bragas, dijo volviéndose á D. Quijote:

—¡Ah, señor mío! ¡que no hubiera habido estas invenciones cuando la aventura de los batanes, y no hubiera olido vuesa me[illegible]d aquello que «olía y no á ámbar,» como v[illegible]a merced me dijo!—Y echando á correr [illegible]a

adelante, se encaminó al molino, y..........

....

—Caballero, que se va usted á helar, me dijo despertándome el guarda de los jardinillos, á eso de las cuatro de la mañana.

—Gracias, buen hombre, le respondí; mucho se madruga.

—No tal, me contestó; sino que oí ruido y me levanté á ver lo que era.

—¿Y qué era? le pregunté.

—Nada; algún ocioso que ha tenido la broma de ir á plantar coles á mi puerta, me dijo, señalándome la del molino.

—Algún perro, dije yo por decir algo.

—Cá, no señor, me dijo satisfecho el guarda. Perros, antes era una maldición; pero desde que se ha puesto el *molinillo*, ni uno parece por la plazuela.

—¡Ah, ya caigo! me dije yo entonces: lo que yo creía un monumento artístico levantado por el genio español á la gloria de Cervantes es un *espanta perros*.

Y entonces me acordé de usted y me dije: Haes, estás vencido; lo que espanta á los perros en este siglo, ya no espanta á los hombres. ¡He aquí el progreso!

De usted admirador y amigo,

ALEJANDRO PIDAL Y MON.



TOLOSA, LOURDES Y LOYOLA.

EPÍSTOLA Á...

Corresponsal de un periódico revolucionario en la Exposición de Filadelfia.



MIGO... ¡Dos veces he tomado la pluma para escribirte estas desaliñadas líneas, y dos veces la he dejado caer en los abismos del tintero, sin valor para darlas principio!... ¡Tan formidable apareció ante los ojos de mi imaginación acalorada el espectro de su sarcástica sonrisa!

Pero bien que á las tres va la vencida, y tal es la resolución con que esta tercera vez la empuño, que dudo yo que con más resolución empuñara Valdivia su lanza, cuando

«los dientes y las lanzas apretando,»

entró con sus nueve compañeros, como la z por la mies, por entre la araucana gente;

y á bien que no menos resolución necesito yo, pues no menos feroces que los araucanos son en realidad los errores y preocupaciones de este siglo prosáico y positivista en que vivimos.

Compadécesme, amigo mío, porque esas pesadas cadenas de la vida, como tú y los tuyos llamáis á los santos lazos de la familia y de la patria, me tengan de tal modo apegado al terruño, que no me haya sido dado «espaciarme en el anchuroso seno del Océano,» para contemplar después con mis ojos esa gran maravilla de nuestro siglo, que se llama la Exposición de Filadelfia.

Y juzgas, acaso más con temor que con risa, que mientras tú observas el incesante voltear de la gran rueda del progreso, que arroja á miles los inventos y á millares las máquinas en aquellas virginales regiones preparadas por el destino para cuna de todas las emancipaciones, yo, con la alforja al hombro y el báculo en la mano, me preparo para formar, como soldado humilde, en la humilde hueste de los humildes romeros españoles, que abandonan hoy sus hogares, no para admirar el prodigicso acrecentamiento del poder humano en la Exposición de Filadelfia, sino para contemplar la sublime representación del poder divino, er celada entre los muros de la ciudad leor al otro lado del Tíber, en la ciudad Eterna

Tranquilízate por el momento. La Providencia, que ordena y rige todas las cosas á su fin, y todo misteriosamente lo relaciona y encadena á la gloria de Dios, no me ha permitido que fuese á aumentar con mi nombre el número crecido de los embajadores que la España católica envía al rey de su corazón, aherrojado y prisionero, como testimonio vivísimo de lealtad y de gratitud, y como protesta enérgica y consoladora contra las prescripciones de la maldad, de la usurpación y de la violencia.

Empero, si la Providencia me vedó esta dicha, hubo de permitirme otra no menos grande, llevándome á visitar sucesivamente, como en peregrinación encantadora, tres exposiciones magníficas, ante cuyo conjunto tu Exposición de Filadelfia pierde y siente desvanecerse su grandeza, como se desvanecen los vapores terrenos ante la luz celeste que vierte sobre ellos desde el elevado zénit el rey de los astros.

Y así como tú me cuentas en sus menores detalles las maravillas y prodigios de la industria que en Filadelfia admiras, permíteme que con mayor brevedad te dé yo asimismo noticia de las exposiciones á que me refiero, para que espíritu, atufado por el humo del carbón de dra y mareado por la trepidación de tan-artificio, pueda entrever un momento, bien

como con lástima, las rientes y memorables regiones en que el mío vuela.

I.

Abandonando una noche á la antigua Lutecia, que prefiere sin duda perecer como Babilonia á hacer penitencia como Nínive, me encaminé, en brazos del vapor, que nunca es más grande que cuando presta sus fuerzas á la fe, á la insigne ciudad de Tolosa, antigua capital del imperio visigodo, cuyos ilustres condes dejaron gloriosamente escrita la página de su historia en el libro de los grandes hechos de Francia.

Una vez allí, y sin más detención que la de haber visitado un humilde convento de la gloriosa orden que Santo Domingo fundó en Tolosa, y que, á despecho de la revolución que le dió muerte, hizo revivir allí también el célebre Enrique Lacordaire en nuestros días, me dirigí á la ilustre y monumental basílica de San Saturnino, uno de los templos más grandiosos de la cristiandad y más rico en recuerdos, glorias y sacratísimas reliquias.

Y penetrando bajo aquellas sagradas bóvedas, que resonaban todavía con los ecos de l[illegible] aclamaciones de los cruzados, descendí á [illegible] profunda cripta, y allí, á los débiles resplan[illegible]

res de una lámpara de bronce, encima de un altar de piedra y debajo de los cristales de una urna gótica, pude descansar mis ojos sobre el codiciado objeto de mi primera peregrinación: sobre una calavera.

Aquella calavera era... la cabeza de Santo Tomás de Aquino.

Los que en medio de las horas de calma, que son como las horas de tedio de la vida, ó en medio de las horas de borrasca que produce en el ánimo ardiente la enconada lucha de las encontradas ideas y el terrible batallar de la verdad con el error y de la certeza con la duda, hayan saludado, como el náufrago el faro, las obras y doctrinas de este genio inmortal, ante cuya palabra calló la tierra y se postraron los reyes y enmudecieron los doctores y la confirmaron los pontífices; los que rendidos de forcejear en el árido campo de la especulación filosófica con dificultades insuperables, perdidos en el revuelto laberinto de los intrincados problemas de la ciencia, extraviados y confusos ante la variedad y contradicción de las escuelas y sistemas, hayan abierto la *Suma* y hayan visto brotar de sus páginas la luz clara, penetrante, divina, ante cuyos reflejos se
vanecieron las sombras de la ignorancia
tamente con las nubes del error; los que se
van sumido en las honduras y profundidades

de la filosofía y los que se hayan elevado á las altísimas regiones de la ciencia teológica, así como los que hayan estudiado atentamente á través del curso de la historia la influencia de Santo Tomás y sus doctrinas en su siglo y por su siglo en Europa, y por Europa en la Cristiandad y en la civilización, esos comprenderan bien con qué ansia solemne, con qué recogimiento sublime posaría yo las miradas de mis ojos sobre aquel cráneo prominente y voluminoso, laboratorio un tiempo de las más altas lucubraciones, y en cuyos senos abiertos á las iluminaciones divinas y á las intuiciones humanas, se fijó, depuró y aquilató tanto la verdad religiosa y filosófica, que ni las sombras del renacimiento, ni la noche de la reforma, ni las tinieblas de la revolución han podido obscurecerla en cinco siglos de incesante lucha.

Sí; en aquella redonda cárcel de hueso vivió prisionera, pero no esclava de la materia, aquella inteligencia luminosa y altísima; por aquellos agujeros abiertos, como respiraderos profundos, llegaron á despertar el dormido poder del genio las impresiones de los sentidos exteriores; y allí la memoria dócil, la voluntad perseverante y el entendimiento creador, c nocieron la realidad de los seres, indujero dedujeron sus fenómenos y sus leyes, se

montaron á sus causas, descendieron á sus consecuencias y aplicaciones, y fabricaron la escala misteriosa de la ciencia, que, desarrollándose paralela á la cadena de los seres en la órbita de la creación, fué á acabar á donde había empezado, en Dios, causa primera y fin último de toda inteligencia y de toda verdad.

Sí; en aquel obscuro recinto brilló la luz esplendorosa del genio, encendida por la chispa de la divina gracia, y á la luz de sus deslumbradores destellos palidecieron los fuegos fatuos de la herejía y del sofisma; sus rayos, reflejados sobre las inteligencias de los grandes hombres de la Cristiandad, iluminaron las ciencias sacras y profanas, las letras y las artes, y descompuestos por los prismas de las generaciones analíticas, y concentrados por las lentes de las generaciones sintéticas, enseñaron nuevas verdades, refutaron nuevos errores y encendieron á lo largo de este penoso *Via-Crucis*, que la humanidad recorre, antorchas refulgentes con que alumbrar su triste y fatigoso camino.

Sí; en aquel vaso de tierra resplandeció con todos los irresistibles fulgores de la luz, la *luz de la gloria;* y ante su claridad celeste apareció
elestial visión de lo ideal, de lo espiritual y
o divino. El velo del santuario se transpa-
ó ante aquella lumbre á la mirada intelec-

tual del santo; y su espíritu, transfigurando su cuerpo, se absorbió en la contemplación de lo infinito, mientras la tierra veía suspensa en el aire su figura, irradiando resplandores su rostro, y agitando sus labios en diálogos inefables con la divinidad, entre cuyos fragmentos poseemos á aquellas divinas palabras, confirmación de su doctrina: *Tomás, bien has escrito.*

Y esta cabeza es aquélla que después de alzarse hasta el cielo, frente á frente de Dios, se postraba humilde en el suelo sobre la ceniza para llorar sus culpas, sólo visibles al rigor de su extremada justicia y al celo de su ardentísima caridad; esta cabeza es aquélla á cuyo perfumado contacto vieron los ciegos y se curaron los leprosos; aquélla que fué separada del tronco y sometida á mil manipulaciones extrañas, y en diferentes lugares escondida para mejor y más seguramente poseerla sus rudos y amantísimos devotos; aquélla, tras de la que corrían los pontífices con sus bulas, los reyes con sus ofrendas, las universidades con sus peticiones, las órdenes con sus exigencias y hasta los pueblos con sus armas; aquélla que los herejes pensaron destruir, y que despojaron los incrédulos y trataron de falsificar los falsarios, y sobre la cual pronunciaron elo[illegible] en todas las lenguas y en todas las edades [illegible] oradores más insignes de todos los países,

de los que, vivo aún, profetizó Alberto Magno en Colonia, hasta los que en su última traslación y bajo estas mismas bóvedas de esta misma basílica pronunció el más insigne orador de los tiempos modernos, el elocuente Lacordaire, al subir por primera vez á la cátedra del Espíritu Santo en Tolosa, con el hábito blanco de Santo Domingo, para honrar la memoria de Santo Tomás.

¡Sacra cabeza! á despecho de las injurias del tiempo, de las supercherías del fanatismo y de los ultrajes de la impiedad, atravesaste incólume las edades, y las nuevas generaciones arrastradas por la soberbia del racionalismo pueden meditar ante sus sienes coronadas por la llama del genio, la aureola del ángel y por el nimbo del santo, perfumadas por el aroma de la humildad y de la pureza, cuán grande puede ser la inteligencia humilde, cómo se eleva la razón cuando lleva las alas de la fe.

Pero arranquémonos á estas consideraciones como yo me arranqué á la contemplación de aquella cabeza, ¡astro apagado hoy en la noche de la muerte, cuyos destellos iluminan todavía dos mundos!

[illegible] después de postrarme un instante ante la u[illegible] preciosa en que yace el cuerpo de Santo T[illegible]más en la capilla del Espíritu Santo, que es

el lugar preferente, detrás del altar mayor, y de visitar las desiertas naves del magnífico *templo* de Santo Tomás de Aquino, que la revolución convirtió de *santuario* del *genio* en *establo* del *bruto*, destinándole para *cuadra*, salí de Tolosa para que esta peregrinación al sepulcro del Santo no se convirtiera, con la vista de vanas curiosidades, en expedición divertida de viajero desocupado.

II.

Salí de Tolosa, y el ferrocarril me condujo á través de aquellas campiñas, tan célebres en la historia de la religión como de la literatura; y después de una hora de camino, trocadas las apacibles llanuras por las quebradas montañas, y turbado, con el monótono galopar de la locomotora, el manso ruido de las aguas del río, desembocamos, por fin, en un valle, en el que la agreste naturaleza ostentaba allí, por lo maravilloso del espectáculo que á nuestros ojos se ofrecía, raro y peregrino contraste. Sobre una peña que se levantaba á orillas del caudaloso río, se elevaba un templo majestuoso coronado de luces; en el centro de la [illegible] abría sus fauces una gruta, y á la luz d[illegible] mil luminarias que allí ardían, veíase una [illegible]

titud de devotos que, como si la incredulidad no existiera en el mundo, oraban fervorosos ante una imagen de la inmaculada Concepción que se aparecía en el hueco de la peña, bebían y se lavaban el rostro en una cristalina y copiosa fuente que brotaba en la roca, y corrían á depositar sus ofrendas al pie de innumerables ex-votos con que los favorecidos con milagrosas curaciones daban testimonio al cielo y á la tierra de su gratitud y de su bienandanza.

El cuadro que á los ojos del más positivista de los viajeros ofrecía, en medio de aquella comarca salvaje, aquel templo y aquellas luces que hacían brillar como un ascua de oro á la gruta, cuyos iluminados contornos reflejaba entre sus ondulaciones el río, juntamente con el ir y venir de los peregrinos, hubiera sido bastante para herir en su corazón fibras más delicadas que las que sólo vibran al contacto de los intereses materiales; pero á estos detalles vino pronto á agregarse otro, todavía más conmovedor y sublime.

Como si los dormidos ecos de los valles despertasen de pronto, el viento frío de la noche nos trajo un sonido vago al principio, luego [illegible] claro y cadencioso, y en breve un cánti[illegible]rave, solemne y acordado, resonó en los [illegible]cios. Muchedumbre de ardientes lumina-

rias desembocaron en la gruta, y miles de peregrinos, después de saludar con voces salidas del corazón á la Estrella de la mañana, se dirigieron en ordenada procesión á lo largo de la colina; subieron á su cumbre, formando vistosa espiral de luces, y como si los vientos fuesen más propicios á las voces, ó como si los ángeles se mezclaran al coro desde el cielo, sus cánticos sonoros se impusieron á todos los sonidos y á todos los silencios, y resonaron vigorosos como el grito de Europa náufraga ante su tabla de salvación en la tormenta, ó sea ante la imagen de la Virgen María Inmaculada.

El tren, en esto, se detuvo. Estábamos en Lourdes.

Cómo explicarte, amigo, lo que el corazón y el ánimo del creyente experimentan á la vista de tan venerados lugares. El mundo con todas sus ignorancias, la impiedad con todas sus rechiflas, el infierno con todas sus artes, todo desaparece ante el cielo que se abre allí á los ojos del espíritu iluminado con la esplendorosa luz de la fe.

Allí, sobre aquella peña lanzada por la mano de Dios desde la creación á la orilla de aquel torrente; en aquella gruta abierta por el
de la Providencia en los primeros catacli
de la tierra; en el centro de los Pirineos

son como el nudo de la Europa católica y el corazón de la Europa latina; en el núcleo de tantos valles y de tantas vías que conducen á las mil aguas salutíferas á donde acuden buscando alivio á sus dolencias, descanso á sus fatigas y tregua á sus ocupaciones, las tres cuartas partes del mundo civilizado; en el suelo de la Francia propagandista y en las fronteras de la España católica: allí se apareció en nuestros días, ante la presencia de cien pueblos, á una humilde pastora, aquélla que los ángeles desde el cielo y los hombres desde la tierra, saludan con el nombre de la Inmaculada Concepción.

Y allí, vestida de blanco y orlada de azul, con dos rosas de oro sobre sus pies y el rosario en la mano, dignó confirmar su privilegio anunciándolo al mundo con su palabra divina, á la que respondieron, como dóciles ecos, millones de gritos de gratitud de los favorecidos con los dones espirituales y temporales que siguen en tropel á la invocación del dulce nombre de María.

Y allí se entristeció su rostro al girar la vista sobre la tierra y contemplar la iniquidad de los hombres, y se serenó é iluminó su faz de ria y de alegría al elevar sus ojos al cielo :ontemplar en su trono de majestad á la nidad Santísima.

Y allí pidió con gritos maternales la penitencia de los pecadores, y con voz de reina ordenó la oración para santificarlos.

Y allí al cabo, á la faz de millares de irrecusables testigos, brotó de la seca peña, y al contacto de los débiles dedos de una niña, el manantial perenne en cuyas limpias aguas encuentran instantánea y maravillosa curación, por no decir resurrección milagrosa, tantos cuerpos heridos y tantas almas laceradas.

El templo majestuoso que, como por encanto, se elevó sobre aquella peña; su cripta, en donde tantas lágrimas se derraman y tantos gemidos resuenan; la gruta, en donde tantos cirios arden, y se ostentan tantos trofeos de la vida sobre la muerte; la fuente, en que tantos ciegos ven y tantos sordos oyen; la piscina, en que tantos paralíticos se levantan, todo está pregonando allí, con la voz irresistible de la evidencia, la manifestación solemne de lo sobrenatural en nuestro siglo, ofrecida á nuestra consideración para nuestra esperanza y nuestro remedio.

¡Ay! deja, amigo, que lamente tu ceguedad y la de aquéllos que en esta época de libre examen desdeñan examinar estas credenciales de lo divino, y para mejor negarlo ó exc[illegible] sus dudas, corren á sumirse en voluntari[illegible] norancia y pasan sin detenerse ante esta s[illegible]

me exposición del cielo, para ir á celebrar las apoteosis de la materia en las exposiciones de los hombres.

No alargaré, querido amigo, esta epístola con la detallada enumeración de estos lugares, ni con la narración de las curaciones sobrenaturales que diariamente aquí se presencian; no te hablaré de las infinitas peregrinaciones que aquí terminan, dejando sus vistosas banderas y blasonados estandartes á los pies de María, y llevando más consuelo en el corazón y la vida en algún miembro muerto; no te pintaré el asombro del incrédulo caído en medio de estas estrepitosas manifestaciones de la fe, ni el estupor del indiferente, ni el odio y la rabiosa saña del impío: todo ello capítulo más largo por sí merece, y se ve aquí mucho el cielo para que trate en estas breves líneas de ocuparme nada de la tierra.

Bástete saber, que para detener en su corriente al arroyuelo que, cual nuevo Moisés, hizo brotar con su dedo del suelo de una roca una pastora humilde, conjuró sus fuerzas el infierno, y los poderes de la tierra tuvieron que sucumbir, rendidos de fatigosa lucha, á la gota de agua de lo sobrenatural que, detenida [illegible] el muro ciclópeo de la tiranía, se convirtió [illegible] torrente caudaloso, que se llevó tras sí, en[illegible] las ondas de la gracia, la malicia de los co-

razones, no sin haber quebrado algunos, arrojándolos sobre la peña de la justicia.

Pero no me permitiré perder de vista estos lugares sin hacerte notar las misteriosas coincidencias que se ofrecen á la mística consideración del creyente, en esta aparición de la Concepción Inmaculada, cerca de Tolosa, cuna de la orden de Santo Domingo y sepulcro de Santo Tomás, y con el rosario en la mano, siendo Vicario de Cristo sobre la tierra Pío IX, el que declaró tan excelsísimo dogma; y todo ello sobre esa cordillera pirenáica, desde cuyas nevadas cumbres pudo escuchar la aparición celeste, el rugido de la impiedad europea repercutido por los mil ecos de la Francia, y la voz grave y solemne de trece siglos españoles que la están saludando en el noble idioma castellano, con aquellas antiguas palabras *¡Ave María Purísima!* sin que ni una sola vez, lo mismo en el palacio del monarca que en la choza del mendigo, haya dejado de oirse como contestación inmediata de un eco eterno *¡sin pecado concebida!*

III.

Pocos días después caminábamos c... amigos dentro de un coche, por uno de

hermosos caminos que serpean en el fondo de los valles euskaros; y después de haber contemplado con los ojos tristes del patriotismo herido, las ruínas y estragos que una guerra de religión, encendida por la persecución revolucionaria, ha ido sembrando por aquellos frondosos lugares creados para la paz y el trabajo, dimos vista á un magnífico monumento que en el fondo de un pintoresco valle alzaba su masa imponente y grandiosa.

Aquel de nuestros compañeros, que con tanta cordialidad como diligencia se había ofrecido á servirnos de *cicerone*, nos dijo con un acento que valía un poema: «Este es el valle de Loyola.»

El que por su dicha haya visto la luz del sol en esta hermosa tierra de España; el que sienta correr por sus venas sangre española, y el que haya paseado sus ojos maravillados por el interminable catálogo de nuestras glorias nacionales, comprenderá la impresión que este nombre debió de producir en nuestro corazón de católicos y de españoles.

¡Loyola!

Pronto el carruaje se detuvo. Precipitámonos afuera, y nos encontramos en aquella como desierta comarca, solos, y frente á frente al solitario edificio que con sus torres silenciosas y sus incompletas murallas, y hasta con sus es-

calinatas desusadas, entre cuyas grietas crecía la yerba, parecía preguntarnos con el acento mudo del bronce y de la piedra noticias de sus hijos.

No le respondimos, y no por falta de palabras, que no creo yo que haya espíritu alguno, por tosco que de suyo sea, que no sienta vibrar dentro de sí todas las cuerdas de la elocuencia al contemplar el santuario de Dios, el solar del noble, el hogar de la comunidad, la escuela del ignorante y el hospital del pobre herido por la mano brutal de la tiranía revolucionaria, al mismo tiempo que, al grito hipócrita de libertad de cultos, abre la puerta á los secuaces de la herejía, que, enemigos de España y subvencionados por las naciones extranjeras, vienen á seducir á los pequeñuelos, explotando su ignorancia y su necesidad.

No le respondimos, que harto le responderán por nosotros los gemidos de los habitantes de aquellas regiones, privados de sus insignes beneficios; las letras y las artes, faltas de su cultivo, y la moralidad y la inocencia, abandonadas á los embates del crimen, de la impiedad y del vicio.

No le respondimos, porque tanto ahora, que en nombre de la libertad se les aleja, como cuando se les alejó en nombre de la tiraní[illegible] historia, conmemorando sus nombres y los [illegible]

bajos gloriosos de muchos de ellos, le responden bien elocuentemente.

No le respondimos, porque harto saben aquellos muros, visitados ayer por la arbitrariedad de los monarcas, y hoy por el despotismo de las turbas, á qué precio se enseña la moderación á los grandes y la obediencia á los pequeños; cuán peligroso es formar en las vanguardias de los ejércitos de Cristo; qué odios no atesora el infierno en el corazón de los secuaces de la revolución, lo mismo en el de los serviles enciclopedistas que en el de los rebeldes miembros de la Internacional, contra los formidables enemigos de la protesta religiosa; y sobre todo, porque mejor les responderá el recuerdo de aquella divina promesa, arrancada al mismo Jesucristo por el mismo San Ignacio, en la hora de sus misericordias, de que nunca faltarían persecuciones á la Compañía de Jesús.

Nosotros, tristes y cabizbajos, penetramos en aquel recinto por aquellas anchurosas puertas, abiertas por la mercenaria diestra de un extraño.

Y después de recorrer una tras otra aquellas abandonadas estancias en que falta el hálito lpitante de la vida, y en que á través del esente abandono todo habla de paz, de trajo, de estudio y de virtud, nos detuvimos

ante un histórico muro que se levanta en el interior del monasterio, y que nuestro ilustre cicerone nos señaló diciéndonos: «Esta es la casa de San Ignacio.»

¿Quién no conoce el poder de la imaginación? Como obedientes al poder de misterioso conjuro, evocados del fondo del olvido, surgieron ante nuestros ojos el cuadro doméstico del hogar del noble guipuzcoano en los albores del siglo XVI. Sucedió á éste el feroz asalto por los franceses de la torre de Pamplona, después la penosa cura de la terrible herida, luego la conversión, más tarde la gruta de Manresa, y por fin ese soberbio é interminable panorama de glorias y virtudes que presenta la Compañía de Jesús.

Y todo, todo, como el fruto de la simiente, como de la bellota la encina, como del huevo el águila, todo había salido de entre aquellas humildes paredes que la honradez y la nobleza de cien generaciones habían hecho dignas de atraer la gracia de Dios.

Cuando abandonamos el templo, tras de las fugaces apariencias con que en ocasiones tales trátase de disimular los sentimientos, se adivinaba mal reprimida la emoción en nosotros; emoción de pena de que en España 1
dan congregarse todavía los hijos de Lut
y no puedan reunirse aún los hijos de Sar

nacio, por más que en la reunión de los primeros sólo pueden forjarse armas para herir en el corazón de la patria, y en la de los segundos sólo deban elaborarse bálsamos para cicatrizar esas mismas heridas.

Perdóname por fin, amigo mío: henos aquí en presencia de la deseada meta de esta epístola, que en contestación á la tuya he escrito, dejando correr mi pluma sobre el papel á impulso de suaves y dulcísimos recuerdos.

La oda que con tan enfático acento entonaste á los intereses materiales, que nadie protege como la religión que los santifica, me animó á recordarte que *non de solo Pane vivit homo*, como con tan evidente revelación como conocimiento del corazón humano dice el Evangelio; y como para mejor probar tu tesis, á la vez que para despertar en mí la envidia, me encarecías las maravillas de la industria que contemplabas en esa Exposición, yo, tanto para poner el debido correctivo á tu entusiasmo, como para hacerte ver que más estoy para envidiado que para envidioso, quise ofrecer á tus ojos el rápido conjunto de una peregrinación en tres etapas, que me permitieron ver en pocos días *¡Lourdes!* el santuario de la Inmaculada Con-
epción! *¡Tolosa!* el sepulcro de Santo Tomás
Aquino! *¡Loyola!* la cuna de San Ignacio!
ına, sepulcro y santuario en el que se com-

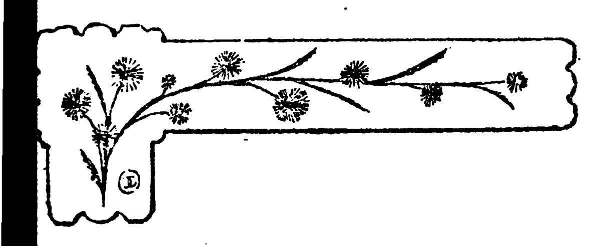
pendian la vida del hombre, y la Patrona, la doctrina y las milicias que han de salvar al mundo, si el mundo ha de ser salvado en la terrible crisis porque atraviesa.

Tuyo siempre,

ALEJANDRO PIDAL Y MON.

Madrid 21 de octubre de 1876.





UNA MADRE CRISTIANA.

SI algún libro hay que justifique cumplidamente su título en el mundo en estos tristes tiempos que alcanzamos, en que pomposamente bautizamos con los nombres más grandes las cosas más pequeñas, es ciertamente el presente libro (1); y no sólo porque las enseñanzas que en él se contienen sean saludables consejos de virtud que caen de los labios augustos de una madre en el corazón todavía inocente de una hija, sino también porque sólo en el pecho esforzado de una madre, y de una madre cristiana que todo resueltamente lo atropella tratándose de la felicidad del fruto de sus entrañas, cabe el valor de dar á luz un libro de moral en estos tiempos de ´ctica y teórica inmoralidad en que vivimos.

) Alude á una obra de este título, escrita por la . Urbina y Miranda.

¡Un libro de moral! ¡Preceptos y consejos para embellecer el alma, adornándola con toda suerte de virtudes! ¿En qué siglo estamos? ¿Entre qué gentes vivimos? ¡Cuánto fuera mejor preceptos y consejos para embellecer el rostro adornándole con toda clase de afeites!

Escribiera una madre á su hija el fruto de su ya larga experiencia, enseñándole las artes del bien parecer y revelándole los secretos misterios del tocador é iniciándola en los tiránicos caprichos de la moda. Prestárale la ayuda de sus avisos mundanales para escalar el trono del lujo en los salones y el altar de la belleza y de la elegancia en la *sociedad conocida*. En buen hora. He aquí un libro al que no había de faltarle editor y que encontraría lectoras de seguro.

¡Pero un libro de sana moral! ¿Quién lo compra? ¿Qué editor suicida lo editará? Dado que se regale la edición, ¿habrá quien lo lea?

¡Embellecer el alma, que ni la retrata el pintor, ni se dibuja en el objetivo de unos gemelos de teatro, ni puede servir de percha para que la modista cuelgue sus encajes, ni de escaparate en que, como en aterciopelado estuche, ostente el lapidario sus joyas!

Y sin embargo, el alma es la parte má[s] ble y principal de la mujer como del hom[bre] y su belleza es el aroma que ha de embr[...]

mar el hogar en que se forma la familia, perfumando con sus espirituales fragancias el tálamo del esposo, la cuna del hijo y el santo sepulcro de los padres.

La belleza del alma es inmortal. Como el alma misma, no pasa ni envejece; antes se acrecienta con la edad que la adorna con las galas del sacrificio, de la abnegación y del amor.

Belleza verdaderamente incomparable y por soberana manera superior á la fugaz y pasajera belleza del cuerpo.

La belleza corporal es efímera, y el imperio de su fascinación, más efímero aún, desaparece con la costumbre.

Entrad en un salón. Buscad con los ojos serenos de la virtud la reina del baile: allí está; miradla. Su cuerpo es esbelto como la palmera africana, su rostro resplandeciente como la luz del sol, sus hombros y su garganta nevados como la cima de los Alpes, tiene de la gacela los ojos y del antílope el andar, la majestad del león se retrata en su porte, y el suave gorjeo del ruiseñor no es más dulce al oído que el son harmonioso de su palabra.

¡Qué impresión causa el verla! La sangre se
lpa al corazón más sereno; los ojos des-
lbrados se cierran; una centella de fuego
ficador recorre como el rayo las venas,

prendiendo fuego devorador en las entrañas. El cielo se entreabre á nuestras miradas codiciosas.

Pero pasa un año, y otro, y otro; antes que la hermosura se marchite, perdió ya el encanto para vuestros ojos. A fuerza de mirarla se debilitó la impresión y con la impresión sus efectos. Y aquellos ojos, tras de los que creíais ver un abismo, no son más que una brillante superficie; sus labios de nácar y coral sólo articulan... palabras. Aquel seno que ondulaba con tan agitado latir, no palpita más que por cintas y por colores. La antorcha de la inteligencia, cuyos fulgores creíais ver reflejados en su frente esplendorosa, está apagada por completo, y aquel sér que habíais tomado por un ángel, es simplemente una mujer hermosa.

Penetremos ahora en aquel hogar. La modestia reina en este recinto impregnado de paz y reposada alegría. El orden se refleja en todos sus objetos: un niño sonríe á Dios en sueños desde su cuna; un hombre se entrega allí á las viriles y regeneradoras dulzuras del trabajo; una anciana descansa más allá en un escaño, mientras sus labios murmuran una oración y sus ojos vienen y van desde la cuna al cielo; en una alcoba contigua se escuch sosegado respirar de un enfermo que rep en el patio la risa alegre de un muchacho

juega; en el umbral de la casa la voz confiada de un mendigo que pide una limosna por amor de Dios.

Aquel hogar no es el cielo, pero se le parece mucho. Hay allí miserias y dolores de la vida, lágrimas del valle de la tierra; pero algún ángel habita en este valle, que hace que las lágrimas no sean amargas y que las enjuga además; que da consuelo y esperanza en los dolores, y alivia y da resignación en las miserias... ¿A dónde está este ángel? Miradle.

Ahí viene: un hábito sencillo es su vestidura habitual; su rostro no deslumbra, pero atrae; sus ojos no son hogueras ni luceros, pero tienen un mirar tan sereno y tan suave; sus labios no sonríen para enseñar las perlas que se esconden detrás, pero se entreabren para dejar salir palabras discretas de paz y de alegría; brilla tanta modestia en todo su sér, exhala un perfume de virtud tan hermoso, que se siente uno atraído hacia él y como conmovido dulcemente en su presencia; alarga la limosna al mendigo sin ostentación y sin rudeza; resbala más que anda por la habitación al entreabrir los pliegues del blanco pabellón en que duerme el niño; lleva la mano á los labios desde el marco de la ventana para que el rapaz travieso que juega en el jardín modere sus gritos; prepara el cordial que ha de repo-

ner al enfermo sus fuerzas en cuanto se despierte; y tomando la labor en sus manos, agita sus labios en la oración, como respondiendo á las de la anciana, mientras sus ojos castos y serenos se reposan sobre la frente contraída por los esfuerzos del pensamiento de su amado esposo.

El tiempo pasa, los años corren, y aquella alma en que tienen trono y dosel todas las virtudes, extiende cada vez más el imperio y cada vez un imperio mayor sobre los corazones que la rodean; se buscan siempre sus ojos, porque sus ojos hablan cada vez más de ternura y de amor; se atiende más y más á sus labios, porque de sus labios manan palabras cada vez de mayor utilidad y encanto; se recogen siempre sus lágrimas, porque sus lágrimas son siempre bálsamo de consuelo que mitigan y que alivian los acerbos dolores de todo corazón ulcerado. Sabe que Dios es su fin, y todo lo encamina á Dios; conoce que el mundo es un destierro, y fija la vista en el oasis que le espera; camina sin impaciencia y sin temor. Su esposo es el compañero de su vida, y mientras se enlaza con él buscando su sostén y apoyo, le rodea con sus cariñosos cuidados para que no se seque su corazón y no se desvanezca su ternura. Su[illegible] hijos, para ella, antes que frutos de sus ent[illegible]s y pedazos de su corazón, son almas p[illegible]s

bajo su dirección y cuidado; plantas tiernas, pero viciosas también, que hay que regar con amor, pero que podar con firmeza y enderezar con energía desde sus primeros años.

Si la desgracia la agobia, sus golpes la realzan y no la abaten. Si la ventura la corona, sus dones la humillan y no la enervan. Los años que platean el cabello que orla su frente, añaden la hermosura de la majestad á su cuerpo, que si fué vaso tosco de aromas celestiales, penetrado al fin por su olor, esparce fragancia suavísima en torno suyo, que aspiran con delicia los escogidos que merecieron rodearla.

Alma, en suma, perfeccionada por la educación; inteligencia cultivada por el estudio; corazón purificado por la caridad; voluntad dominada por la obediencia, y todo oculto ó mejor velado sin afectación por la natural modestia de la virtud: he aquí una belleza moral que no se marchita ni se consume, de la que no hay posible hastío, que no causa fiebre de recelos y de temor, y á cuyo lado descansa tranquila la felicidad posible en la tierra; mientras la inquietud, el temor y el cansancio disfrazados con sus atributos vuelan llevando en pos de sí á las generaciones, como mariposas brillantes que, seguidas de un tropel de muchachos, corren de flor en flor y de jardín en jardín, hasta que alcanzadas, por último, se con-

vierten en un poco de polvo sucio y en un gusano repugnante.

Y sin embargo, la humanidad, como los niños que apenas sueltan el gusano vuelven á correr tras de la primera mariposa que ven sus ojos, corre siempre tras de la falsa belleza física, aunque encubra una gran deformidad moral.

Un ilustre poeta lo ha dicho en inmortales versos:

«Si fuera en nuestro poder
Tornar la cara hermosa corporal
Como podemos hacer
El alma tan gloriosa angelical,
Qué diligencia tan viva
Tuviéramos á toda hora
Y tan presta
En componer la captiva
Dejándonos la señora
Descompuesta.»

¡Qué tal es la ceguedad humana que atiende á lo ruín y efímero, desdeñando lo duradero y lo noble, cuidando del cuerpo y sus afeites y descuidando el alma y sus adornos!

¡El alma, espíritu hecho á imagen y semejanza de Dios! ¡Sus adornos, el rico collar de las cristianas virtudes, cerrado con el preci[illegible] broche del saber y cubierto con la gasa de [illegible] de la modestia!

¡Adornos inmortales cuyo secreto y artificio enseña ese arte sublime que se llama la moral cristiana!

¡Oh santa y sublime moral, nombre hoy antipático á nuestro siglo y siempre odioso á los oídos del vicio y temible á los de las pasiones! Tú representas en verdad duros padecimientos y trabajos, sacrificios y dolores del propio amor, áspero y rudo sendero que trepa á la cima de la montaña del deber, en cuya cumbre tiene su templo la perfección, y sin embargo, tú eres como las alas con que el hombre se convierte en ángel y con las que, alejándose del bruto hacia el que por su materia gravita, se acerca más y más á su Dios.

Tú eres cruz y cruz de insoportable peso al parecer; pero una vez tomada en hombros eres áncora arrojada en el mar de la felicidad que se oculta en los bajíos de la vida, mientras llega la hora de la felicidad suprema en que, rotas las vendas de la carne, verán los ojos del alma los encantos divinos y las celestes perfecciones que adornan con belleza moral á las almas de los elegidos y á los espíritus angélicos y al sér eterno, infinito y absoluto de Dios.

Oh triste engaño de las mentidas aparien-s, que sólo deshace y burla descubriéndolas lara luz de la fe!

Los preceptos de la moral, preceptos al parecer enojosos, encantan cuando se practican, sumiendo al alma en éxtasis de felicidad, que nunca dan, por más que siempre la prometan los falaces vicios.

Porque las cosas de Dios, al revés de las cosas del mundo, según decía un varón santo, no se desean cuando no se tienen, y cuando se alcanzan se aprecian, mientras las cosas del mundo se desean cuando no se tienen, y en cuanto se alcanzan hastían.

El vicio es la perpetua manzana con que la serpiente tienta y seduce á Eva, y por Eva á Adán; y la virtud es como aquel lago de pez hirviente de la literatura caballeresca, en que, arrojándose sólo los intrépidos caballeros, hallábanle convertido en frescas y cristalinas aguas, pórtico y vestíbulo de los alcázares de la felicidad.

¡Feliz, feliz quien conoce y practica los preceptos de la moral cristiana, única moral digna de este nombre! ¡Feliz mil veces quien los conoce y practica desde la niñez, grabados como en cera blanda en su corazón al suave influjo de la voz maternal!

Si es hombre, la duda no arraigará jamás en su mente, el vicio no tomará carta de nat leza en su pecho, el viento del dolor arranc el polvo del camino que se haya podido es-

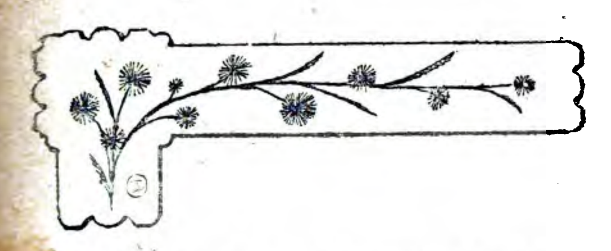
cir sobre su alma y su corazón en las jornadas de la vida.

Si es mujer, niña, será como ángel de inocencia en el hogar sagrado de la familia; joven, será como púdica y fragante flor de embalsamadores aromas en el árido yermo de la tierra; esposa y madre, será como árbol frondoso de regalado fruto, á cuya sombra descansarán las generaciones, y á cuyo arrimo buscará fuerza y reposo y valor el labrador cansado; y si por dicha suya atenta á los consejos de esa misma moral, consagra y dedica su virginidad á los celestiales amores del Divino Esposo, será como estrella resplandeciente de místicos fulgores, enclavada en el firmamento de la vida para alegría de los ángeles y para consuelo de los hombres.

Allí, en la soledad del elevado claustro, en el dulce retiro de la apartada celda, cubierta con las albas tocas de la inocencia y de la candidez, en frente de su adorado Esposo, clavado en una cruz y cubierto de sangre, al son del órgano herido por la devota mano del arte religioso, lejos del mundo y su bullicio, de que la separa el anhelo de su corazón más aún que los espesos hierros de su reja, gozándose en [illegible]sis y deliquios y arrobamientos celestiales, [illegible] los que el ánima arrebatada en inefables [illegible]sportes ve y contempla á su Dios, que tras-

pasa con la saeta del amor divino su pecho inflamado por la caridad... allí esperando con ansia el momento, la hora suprema de la absoluta libertad en que, abandonando el cuerpo á la tierra, vuele el alma libre á su Dios y suba al cielo, donde vestida con la ropa nupcial la espera su Divino Esposo para anegarla en las eternas dulzuras del perfecto amor... allí... encontrará seguramente, entre el dolor, la abnegación, el sacrificio, la penitencia y hasta la persecución, la más completa y absoluta felicidad que puede hallarse en este árido y desolado yermo en que peregrinamos menesterosos, en este valle de lágrimas, en que heridos por la divina justicia esperamos levantarnos por la divina misericordia á las celestes alturas de las divinas bienaventuranzas.

Goces todos, felicidades todas más ó menos relativas y todas conducentes á la absoluta felicidad, debidas á los celestes efluvios de la gracia, que nunca llegan mejor ni más pronto á santificar el alma de los hombres, que cuando llegan por el fácil camino que abre Dios para el corazón de los hijos en los amorosos labios de una madre cristiana.



UNA VISIÓN... ANTICIPADA [1].

(Carta al director de EL DIARIO ESPAÑOL.)

(1873.)

SEÑOR director... no puedo más... si no hablo, reviento. El secreto me pesa, me oprime, me ahoga, y voy á revelárselo á usted, reservadamente, se entiende, no vaya usted á divulgarlo por esos mundos y me quemen por brujo los novísimos inquisidores del krausismo, que ya sabemos cómo las gastan y cómo saben suspender la inmanencia del derecho cuando no transciende en su provecho.

Con que chitón y óigame usted. Es el caso

(1) Aunque á primera vista parece que este artículo ertenece al número de los políticos, por su forma humostica y por haber sido reproducido como artículo de ostumbres en varias publicaciones literarias, lo incluimos en el presente tomo.—(*Nota del editor.*)

que el día de la Ascensión, única cosa que ha subido aquí donde todo ha bajado, desde la Bolsa hasta la intendencia de Filipinas, que es hasta donde se puede bajar, salí de mi casa ansioso de noticias y me dirigí al Congreso á ver lo que allí se mentía. El Congreso estaba desierto. Parecía que se había convertido nuevamente en convento, pues como usted sabe, señor director, fué convento poco antes de ser mancebía... ¡Al cabo de los años mil!... Era día de toros, y sin duda los constituyentes habían ido á tomar tierra á la plaza. No deje usted de recordarles, señor director, que el otro redondel es más pequeño, que el tendido es más corto, que las naranjas se tirarán con más facilidad, que el sol calentará á los que se sienten junto al Gobierno, que según dicen tiene mala sombra, y, por último, que lo que allí se corre no es un toro, sino un león, pero tan manso, que parece un burro.

Pues, señor, entré en el salón de conferencias... nadie; atravesé los pasillos... nadie; me introduje en el salón de sesiones... nadie tampoco. ¡Qué soledad, ni la del Gobierno! El Congreso estaba como el Tesoro. El reloj estaba parado... ya se ve, *¡la Mano Oculta!* Si yo fuera constituyente, propondría quitarlo por r--cionario. ¡Pararse ahora que todo va á es- y hacia abajo!

Miré á la cara de los Reyes Católicos... tan serios. Miré á los santos del techo, impasibles... ya se ve, están tan acostumbrados. Subí á los bancos, y me senté ¿dónde dirá usted, señor director? En el asiento de mi amigo el marqués de la Florida.

Yo no sé qué demonios tenía aquel asiento; pero ello es que los demonios que tuviera, apenas me senté, tomándome sin duda por su amigo el marqués, creyeron que yo les conjuraba; y como vieron que yo estaba preocupado con el porvenir de mi patria, como si fuera sibilítico trípode el escaño, comencé á desvanecerme, quedando en breve mi rostro impasible como el de Pí, y mi espíritu confuso como un artículo de Salmerón en la *Revista de la Universidad*.

Y entonces, poblándose de fantasmas los asientos y de apariciones las tribunas, parecióme como que tocaban á juicio, sonando con desaforados sones un descomunal y espantoso cuerno, que me hizo echar de menos las antiguas campanillas. Pronto eché de ver mi equivocación, señor director, pues mal podían tocar á juicio donde sólo entraban los que lo habían perdido. Tocaban á hacérselo perder á los demás; sólo que como las campanillas huelen á iglesia, se habían sustituído con el cuerno, que al cabo es instrumento revolucionario,

como que los lleva el demonio desde aquella de marras.

Calló el cuerno y oí una como voz que dijo: «Abrese la sesión.» Aquí fué Troya. Pareció que dijo ábrese la caja de Pandora ó ábrese el infierno. Todas aquellas sombras comenzaron á gritar y á menearse como poseídas de los malos. ¡Qué algarabía, qué tiberio, qué confusión, qué Babel, digo, qué república! Unos gritaban «federal,» otros «petróleo,» otros «reparto» y todos «dietas, dietas.» ¿Si serán enfermos, me dije, que quieren curarse? «No, señor,» me dijo por lo bajo un demonio canario, tomándome por su paisano, «son médicos que quieren curar al enfermo, y le sangran á fuerza de dietas.» ¡Vaya una casta de sanguijuelas! La gritería fué tal, que el presidente embocó el cornudo instrumento, dió una nota profunda, y exclamó después dando cornadas en la mesa: «Desorden, señores.» ¡Oh, prestigio de la autoridad! Todos callaron.

Habló entonces el presidente, y blandiendo el asta, dijo: «Compañeros, no me cojáis por la palabra; os he llamado señores... ya no hay señores: los señores son nuestros criados.»

«¡Viva la igualdad!» dijeron todos.

«Cada uno hace lo que quiera,» continu[ó el] presidente; «pero pobre del que no quiera [la re]pública.»

«¡Viva la libertad!» respondió el coro.

«Sí,» concluyó el presidente, «vivan la igualdad, la libertad y la fraternidad, y mueran los carlistas, y los alfonsinos, y los conservadores, y los radicales, y los unitarios, y la nobleza, y el clero, y la burguesía, y... (entre dientes) el Gobierno.»

Todos.—«¡Mueran, mueran!»

«Y ¡viva la república!»

«¡Vivaaaa!»

«¿Qué va á ser?» preguntó un constituyente antiguo mozo de café.

«Federal, federal, federal,» contestaron todos.

«¿Y qué es federal?» dijo echando un taco un aragonés de esos que llaman al pan pan y al vino vino, y que no sabía bien cómo llamar á esa nueva primera materia de primera necesidad.

«Federal es no pagar al casero,» dijo uno que tenía trazas de inquilino.

«Federal es coger trigo sin sembrarlo,» dijo un cosechero improvisado.

«Federal es abajo los privilegios,» dijo un teniente coronel, la víspera paisano.

«Federal es la emancipación social,» dijo lector de Roque Barcia.

Federal es protección y autonomía, *voto va* ,» dijo un catalán. (Grandes aplausos. Su-

ñer, Quintero, Rubau y otros protestan contra eso de *Deu*.)

«Federal es la unitativa divisibilidad de partes en el todo, por el todo, para el todo y contra el todo, dentro y fuera del todo, en, con, sin, por y para el todo,» dijo un krausista.

Grandes voces.—«Que lo diga en catalán, que lo diga en catalán.»

El krausista.—«Lo diré en alemán para mayor claridad.»

Una voz.—«Que lo diga Castelar.»

Castelar.—«Si el reglamento lo permite.»

El presidente.—«No hay reglamento: cada uno hable cuando quiera.»

Castelar.—«Señores (rumores), señores, todos somos señores, porque todos tenemos la libertad, la libertad, esa virgen de mis amores, pálida como la luna, rubia como el sol, indecisa como la niebla de los ríos en los desiertos de América, de América, esa cuna de oro, de nácar, de rosas, de luz, de éter, en que se mece la idea federal, que es el anillo de oro, de luz, de éter, esmaltado por el genio (*Una voz*: ¿Qué dice? *Otra*: Calla, bruto), esmaltado por el genio misterioso que une las naciones como las ideas, estableciendo corrientes desde el Misissipí ta el Cáucaso, desde Atenas hasta el vall Josafat, como desde el racionalismo de

Pablo hasta el misticismo de Buchner, esos dos genios de la mecánica (sensación), y reasumiéndose en un hombre, que es el hombre de la palabra, que es el orador que hace del universo su pedestal, del espacio su cátedra y de las estrellas sus discípulos, y forja su harmonía en el nombre tres veces santo de la libertad.»

«¡Bravo, bravo!» (Grandes, ruidosos, estrepitosos y prolongados aplausos.)

Un progresista rezagado.—«¡Viva España!»

Casi todos.—«¡Viva Cataluña!»

Una voz.—«Que hable Salmerón.»

Salmerón.—«Ciudadanos: mi honrada palabra, enemiga de la fe católica, causa de la apremiante situación en que nos hallamos, no puede servir de forma al pensamiento, porque el *yo*, al ponerse á sí mismo como objeto y término del *yo*, produce el *no yo*, que es la representación inmanente, externa del organismo primordial que se desarrolla, á pesar de la religión católica.» (Estupor y asombro: varios diputados toman apuntes.)

Un diputado.—«¿Qué cuenta Tutau?»

Tutau.—«Tutau no tiene nada que contar.» (Rumores.)

«Figueras, que hable Figueras.»

Figueras.—«Yo no puedo hablar, compañe-; yo lloro, lloro de gozo y de pesar, y me ero retirar á mi casa, solo, ¡qué digo á mi

casa! á un convento; ya os he hecho felices, ya tenéis república y república federal: ya veis, yo soy Ministro de la Guerra. ¡Ah, cuánto sacrificio: no puedo más!» (Se suena.)

El aragonés.—«¿Pero qué es la federal?» (Otro taco.)

Una voz.—«Suiza.»

Otra.—«Los Estados-Unidos.»

Otra.—«La Confederación Germánica.»

Otra.—«El libro de Tubino.» (Confusión: todos gritan; nadie se entiende.)

«Orense, Orense; que hable Orense, que habla claro.»

Orense.—«La república federal es no tener reyes comilones, no ser empleado (grandes rumores), trabajar (murmullos), gastar menos de lo que se gasta, no robar, no asesinar (*Un internacionalista*: Esos son los mandamientos de la ley de Cristo. Protesto contra las religiones positivas); lo demás es bambolla.»

«Abajo, abajo; fuera, fuera.»

Voces.—«¿Y Pí, no habla Pí? Que hable Pí, que hable Pí.»

Pí no habla; impasible sube á la tribuna: ni un músculo se contrae en su semblante, ni una facción se dilata en su rostro; su cara está momificada; es la expresión de la frialdad re[illegible] centrada; es el muro invencible que sep[illegible] cerebro del ideólogo de la sociedad que [illegible]

dea, y á la que quiere curar sin conocerla y á la que destroza sin oir sus quejidos y sin ver sus lágrimas. Pí es la estatua de hielo del peor de los fanatismos, del fanatismo del entendimiento, que es el fanatismo que calcula, que medita y que busca con la mano sobre el pecho de su víctima el sitio en que palpita el corazón para herirla con un solo golpe certero y definitivo. No le pidáis compasión: ¿puede compadecerse el médico de los dolores que experimenta el enfermo para su cura? La compasión la conserva para los que no le comprenden, para los que le creen un loco, para los ignorantes que no alcanzan toda la sublimidad de su sistema.

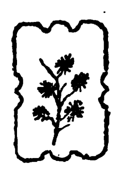
Pí no habla, Pí lee: lee un decreto tras otro decreto, una ley tras de otra ley, y la religión gime, y la patria llora, y la justicia sucumbe, y España, aquella España que poblaron cien naciones, innumerables tribus de origen diverso, de lenguas, ritos y costumbres desemejantes, enemigas las unas de las otras, lidiando sin cesar el cananeo, el libio, el griego, el peno, el celta, el ibero, el romano, el godo, el árabe, y que vió fundirse, y combinarse, y unificarse tan distintas razas al calor de la religión y al paro del trono formando la gloriosa nacioidad española que sojuzga á Europa, tiensu brazo poderoso allende los mares y saca

de su proceloso seno á América, esa perla que engarza en su corona rematada en una cruz que dora el sol sin cesar con sus fulgores! España, ve caer una á una las almenas de las torres de sus castillos, las garras de sus leones, las barras de sus escudos; y ve ponerse el sol de su grandeza, que se va con la cruz de sus altares, con el trono de sus reyes; y ve más: ve quebrarse, romperse, disolverse aquella grandiosa unidad nacional forjada al calor de cien combates, en veinte siglos de lucha, por los grandes santos, por los grandes héroes, por los grandes políticos con que á la Providencia plugo dotar á la antes bienhadada y ahora triste, y afligida, y postrada España... y Pí lee... Pí continúa leyendo, y tales cosas lee, que yo, absorto, me hago una cruz, y los demonios familiares conocen que esta vez no está detrás el diablo, y que en lugar del marqués de la Florida estoy yo, y la escena desaparece, la visión se disipa y el salón queda desierto sin más sér humano que yo sentado en el asiento del marqués de la Florida.

Largo rato pasé, señor director, temiendo que fuese realidad lo que juzgaba ilusión, y me espeluznaba al pensar que llegaría pronto un día en que vería traducido en leyes en la *ceta* el discurso de Pí... Cuando salí del (greso vi las calles animadísimas: era el pu

de Madrid (villa descoronada y no corte, sino cortada cabeza de la federación, anillo no sé cuántos, esmaltado no sé por quién) que volvía de los toros.

El pueblo de Calomarde siquiera, además de toros, pedía pan.





EL CAMPO EN ASTURIAS.

> «Asturias... situada en el extremo septentrional del Reino y confinada entre la más brava de sus costas y una cordillera de montañas inaccesibles... es, no ya poco conocida, sino siniestramente juzgada por los españoles, que tienen de ella poco más ó menos la misma idea que de la Siberia ó la Laponia.»
>
> JOVELLANOS.

I.

EL caminante que, después de haber atravesado las áridas y dilatadas llanuras de Castilla, trepa por las escabrosas faldas de las montañas de León y llega á sobreponer la elevada cumbre de uno de aquellos formidables montes que sirven de frontera y de baluarte al histórico Principado de Asturias, hállase de pronto en presencia de tan inesperado y soberbio espectáculo, que rara vez logra contener un grito de admiración y orpresa.

us ojos, hasta allí fatigados por las inter-

minables perspectivas de monótono y uniforme aspecto que presenta la *Tierra de Campos*, abrasada por los ardores de un sol africano que desde que se levanta hasta que se pone en la vastísima extensión de sus remotos horizontes, no encuentra ni una nube que vele sus rayos, ni una bruma que los empañe, ni una montaña que los detenga, ni un árbol que sombree y guarezca de sus rigores algún cristalino manantial en cuyas ondas pueda tomar la brisa algunas gotas de rocío con que templar la caldeada atmósfera, apenas si pueden dar crédito á lo que ven, y apenas si la duda les deja recrearse y reposar en el esplendente paisaje que como por encanto apareció á su vista.

¡Montañas colosales de formas ciclópeas y de gigantescas proporciones que, arrancando sus faldas de los abismos, esconden en las nubes sus picos coronados de perpetuas nieves; hondas simas en las que saltando se precipitan mugientes cataratas; agrestes y solitarios lagos tendidos entre las cumbres de las salvajes cordilleras; bosques seculares de hayas añosas y corpulentos robles; rocas tajadas que cubiertas de amarillento musgo surgen del fondo de los insondables precipicios; verdes praderas surcadas por espumosos arroyuel-- y matizadas de blancas y rojas florecillas, y t[illegible] o envuelto en la flotante gasa de las nieblas [illegible] e

se levantan del hondo cauce por donde corre el río, ascienden lenta y majestuosamente tendiéndose á lo largo de los valles, desgarrándose en las crestas de los peñascos, coronando las cimas de los montes y confundiéndose con los grupos de fantásticas nubes, entre cuyos vapores y celajes quiebra su luz el sol rompiéndola en mil brillantes matices de oro, de púrpura y de azul con que tiñe y colora el cielo!

¡Maravilloso y enajenador espectáculo que nunca olvida el que lo ve y que no se cansa de ver el que lo mira!

Contémplalo con embebecimiento el pastor que, empujando sus rebaños trashumantes desde las ardientes dehesas de Extremadura, por los antiguos caminos de la *Mesta*, hasta los puertos secos asturianos, detiénese asido á su cayado mientras sus ovejas sestean allá en las altas lomas de *San Isidro* y *Vegarada;* admíralo como fascinado por su hermosura y majestad el cazador de robecos que, apoyado en su carabina, como inmóvil estatua, destaca el perfil de su hercúleo torso sobre el fondo claro del cielo, en la elevada cumbre de algún pico de las renombradas *Peñas de Europa;* y clava sus [illegible]rtos ojos en él, con tanto asombro como [illegible]anto, el viajero que, encerrado en la estre[illegible]a prisión de la destartalada diligencia pre-

cedida más que arrastrada por el largo tiro de mulas y forradas sus ruedas con la plancha y el *cuadro* que ara con su acerado diente el camino, mira desprenderse en rápidas revueltas la ancha carretera por las verticales pendientes de *Pajares*.

Pero más á su sabor que caminantes y pastores puede juzgar de la incomparable grandeza de este espectáculo el águila caudal, que, tendiendo sus alas poderosas, déjase caer desde la encumbrada roca en el abismo para remontarse serena y cernerse en anchos y espirales círculos, vecina de las nubes. Desde este elevado observatorio, al que, si no con alas materiales, podemos remontarnos con las alas inmateriales del espíritu, descúbrense en toda su extensión y magnificencia las diferentes comarcas del Principado.

Desde allí se divisan los renombrados territorios de todas las Asturias, desde las que empezando en las agrestes fronteras de Galicia hallaban término y confín en el histórico *río de España*, hasta las que con el nombre de *Cantabria* corrían desde las márgenes de este río á Laredo, limitadas en el Mediterráneo por las guajaras de Covadonga y de Liébana; desde las que llevaron el nombre de Astur de *Sant'-Anderii* y las que se conocieron co nombre de Asturias de *Cusellio*, hasta las q

se llamaban Asturias de *Sant'-Illana* y las que se denominaron Asturias de *Oviedo:* Asturias todas que, limitadas ya por los naturales linderos de los montes, mares y ríos, constituyen hoy las verdaderas Asturias, que son las que corren del *Eo* al *Diva* y desde los altos montes de la cordillera astúrica á las tajadas costas del Cantábrico.

Y desde allí se dominan las tres distintas zonas de estas Asturias, deslindadas por el dedo de Dios con los diversos accidentes de la naturaleza, y cuya múltiple variedad en nada rompe la imponente unidad de su majestuoso conjunto.

Elévase primero la *Montaña*, compuesta de los escarpados montes, hondos valles y angostos desfiladeros de la cordillera *Asturo-Cántabra*, que arrancando de las salvajes comarcas de Occidente con los puertos que se levantan en los confines de los antiguos reinos de León y de Galicia, viene á morir en las grandiosas regiones del Oriente, con los soberbios *Urrieles* asturianos, en los gigantescos *Picos de Europa*. ¡El Titán de Cantabria!

Síguese á la Montaña la *Vega*, encerrada entre los *cordales* ó estribaciones de la gran ordillera que, ramificándose y extendiéndose or el centro del Principado, dejan abiertos ıchos valles, por cuyo fondo, cubierto de

maizales y praderas, corren ríos tan caudalosos como el *Nalón*, el *Navia*, el *Narcea*, el *Sella* y el *Piloña*, á la sombra de los espesos y sombríos bosques de castaños, nogales y pomares.

Y sucede á la Vega la *Marina*, ancha faja de risueñas y amenísimas campiñas sembradas de colinas coronadas de pinos, en cuyas llanuras florecen al aire libre limoneros y naranjos, y por cuyas *huelgas*, cubiertas de juncos y espadañas, tienden su caudal tranquilo las anchas rías de *Rivadeo*, *Navia*, *Avilés*, *Gijón*, *Villaviciosa* y *Rivadesella*, formando, como dice un escritor castizo (1), «tranquilos y anchurosos lagos, donde ora se refleja la solitaria y monumental iglesia del concejo, ora se retrata el modesto y característico *horreo* de la aldea, ora se dibuja la moderna y pretenciosa alquería del opulento americano;» pero cortada también bruscamente por barrancos profundos y hondas simas en las cercanías de la costa, que ya se abre en espaciosas y doradas playas, ya se extiende en estrechos y dilatados cabos, ya se cierra con altas y tajadas murallas de granito, con escarpadas peñas, escollos, islotes y arrecifes entre los que despedaza sus alteradas ondas el embravecido mar Cantábrico.

(1) Amador de los Ríos, *Poesía popular de Esp*

Y desde allí se contemplan también las venerandas ruínas con que la mano de la religión, del arte y de la historia han ido santificando, embelleciendo é ilustrando todos los lugares. El monte en que desierta se levanta la hospitalaria abadía, erigida por los antiguos monjes para socorro y alivio del caminante sorprendido por la tormenta y por la nieve en el corazón de los Alpes asturianos; el valle en que tiende sus muros vastos y sombríos el olvidado monasterio, bajo cuyas bóvedas de piedra encontraron soledad y retiro los sabios, consejo y sepultura los reyes, asilo los desvalidos y menesterosos; el río en que gallardo ostenta sus ojivales arcos el encumbrado puente que ofreció franco paso á las acosadas huestes asturianas en los días de las grandes luchas; la colina en que solitaria se destaca la ermita como un monje postrado en oración al pie de la elevada cruz que la sombrea; la peña en que yergue aún formidable sus derruídas torres el castillo feudal, como viejo guerrero que cubierto de cicatrices contempla en pie todavía el antiguo teatro de sus hazañas.

¡Ruínas artísticas realzadas por las espléndidas galas de la naturaleza que las engarza; ennoblecidas por el augusto sello del tiempo que las blasona; consagradas por el heróico

recuerdo de la historia que las ilustra, y poetizadas por las leyendas y consejas con que la tradición las enriquece, rodeándolas de terrores y de misterios! Ruínas que sólo Asturias posee, porque como asegura un arqueólogo ilustre (1): «Sólo Asturias combina esta triple ventaja, uniendo los pintorescos paisajes del país vasco con los preciosos monumentos de la adusta y árida Castilla.»

Y así es, en efecto. Dólmenes erigidos por los celtas en las remotas edades prehistóricas, en el seno de frondosos bosques; trabajos de minas abandonadas hoy, un día abiertas por la insaciable codicia de cartagineses y romanos en las rocas; aras romanas elevadas en los promontorios de los cabos; vestigios de castramentación en puntos estratégicos; grutas y santuarios venerados por la tradicional piedad de los montañeses como lugares santos de apariciones milagrosas; capillas contemporáneas de los albores de la Reconquista, en que la arquitectura latino-goda concentró en diminutas joyas la riqueza de su ornamentación y sus gallardas proporciones; iglesias, colegiatas y monasterios anteriores, coetáneos y posteriores al apogeo del arte bizantino, tendidos sobre los montes y riberas; castillos arruinad

(1) Cuadrado, *Recuerdos y bellezas de España.*

atalayas de valles y cañadas, á cuya vista de águila en vano pretende ocultarse el caminante de aquellas comarcas agrestes; torres de los antiguos Templarios, que aún levantan sus pardos murallones en las *erias*, como protesta contra la terrible proscripción de sus caballeros; fuertes erizados en las montañas y en las costas contra las correrías de los árabes y los desembarcos de los normandos; puentes fantásticos, cuya fábrica atribuye la tradición al diablo, cabalgando sus arcos ojivos coronados de hiedra sobre las corrientes torrenciales de los ríos, y, por último, el primitivo templo astúrico más tarde monasterio bizantino, y hoy soberbia catedral gótica que levanta á lo alto sus caladas agujas en el centro de la histórica ciudad de Oviedo, indican á cada paso que estos montes inaccesibles, estas comarcas salvajes y estas bravas costas asturianas han recogido en su seno los ricos legados de todas las grandes civilizaciones que las codiciaron como la última y más preciada conquista de su poder y de su gloria, adivinando tal vez en ellas el signo providencial que las señala para último asilo de todas las agonías solemnes, y primera cuna de todas las gloriosas restauraciones, como elocuentes lo pregonan, más que sus monumentos artísticos, obra del hombre, sus monumentos naturales, obra de Dios.

Tal nos lo grita el venerable *Monsacro*, envuelto en el misterioso sudario de sus brumas, y en cuyas tortuosas cavernas hallaron amparo y refugio las reliquias de los santos y los vasos sagrados, que como restos escapados del naufragio de la España Goda, transportaron sobre sus hombros en los días tristes de la patria los fugitivos de Toledo, y tal nos lo confirma también, y sobre todo, allá en lo más abrupto de la región oriental, en las ramificaciones de los *Picos de Europa*, debajo del profundo lago de *Enol*, á través de las espumosas aguas del *Diva*, en el mismo corazón del gigante *Auseva*, en aquel «santo lugar cuya extrañeza, como dijo el sabio cronista de Felipe II, no se puede dar á entender bien del todo con palabras,» la veneranda cuna de la religión, de la monarquía y de la nacionalidad española: *¡Covadonga!*

Descendamos, pues, de estas alturas, no sin haber exclamado antes con un sabio arqueólogo español (1), que «el antiguo Principado de Asturias, una de las regiones más pintorescas de la Europa meridional, que compite, y no sin ventaja muchas veces, con la celebrada Suiza, así por lo quebrado y majestuoso de sus empinadas montañas, como por lo risueñ

(1) Amador de los Ríos, *Poesía popular de Esp*

frondoso de sus angostos y tortuosos valles, como por sus elevadísimos picos, cuyo grandioso aspecto sobrecoge y admira, es la tierra clásica de las tradiciones históricas y populares que en cada montaña, cada colina y cada roca están consagradas por el vivo recuerdo de alguna tradición misteriosa, ó por el noble testimonio de alguna patriótica hazaña, en la que no se acierta á dar un paso sin que surja un nombre venerado ó el recuerdo de algún hecho de alta transcendencia;» y paseando nuestra vista por las laderas en que trisca el ganado ó se entrega á sus rústicas faenas el labrador, deslicémonos suavemente á lo largo de la pendiente y sinuosa carretera que, orillando insondables despeñaderos y bordada de macizos y elevados pilares que indican su trazo en los días de las grandes nieves, nos conduce al seno del antiguo reino de Oviedo, para ver de cerca sus costumbres campestres, objeto principal de este trabajo.

II.

Rudas, sencillas y guerreras fueron siempre costumbres de los habitantes de esta co-rca, en cuyos naturales límites comprendió naturaleza y la historia las razas gemelas de

Cántabros y Astures [1], que fieros y celosos de su independencia resistieron el poder de Roma, emponzoñándose con el zumo del tejo antes que rendirse prisioneros, y entonando al morir en la cruz de que los suspendían sus enemigos, himnos y cánticos de victoria; que se levantaron animosos contra los feroces invasores del Norte, acaudillados por los Bagandas, tipo y ejemplar de los posteriores guerrilleros españoles, que llevaron á cabo con Pelayo la Restauración de la Monarquía, que encerrada en los estrechos límites de una cueva se extendió después por los ámbitos de dos mundos, y cuyos hijos más tarde declararon la guerra al vencedor de Europa, desde el fondo de sus gloriosas montañas.

Religiosos en alto grado unieron á sus creencias en un solo Dios Creador y Señor de todas las cosas, al que festejaban con danzas y coros en las espléndidas noches del plenilunio, las más atroces y crueles supersticiones, sacrificando al numen de la guerra hombres y caballos juntamente. Tendencia tan irresistible á lo maravilloso en estas razas, que aun hoy día, á pesar del invasor escepticismo de los tiempos, no faltan crédulos aldeanos que afirmen

(1) Véase sobre los límites definitivos de la Cantal Aureliano Fernández-Guerra, *El libro de Santoña.*

la existencia de las misteriosas *xanas*, lavando sus madejas de oro en el transparente remanso de los cristalinos manantiales, y la temida aparición de la *Hueste*, desfilando en lenta procesión por las cumbres de las montañas en las altas horas de la noche.

Así lo relatan los ancianos á los jóvenes, cuando sentados cabe el *llar*, donde resplandece y chispea el encendido tronco del roble ó del castaño, se entregan hombres y mujeres á las rústicas labores de la *esfoyaza* ó de la *fila* en las claras noches de verano, ó en las largas y brumosas del invierno, mientras el jarro de la clásica *sidra* pasa de mano en mano y de boca en boca, y mientras las castañas revientan y se doran bajo el rescoldo y la ceniza.

El *bable*, antiguo dialecto de sus montañas, hijo, sin duda, de aquella enérgica y sonora lengua que, según el inspirado cronista del emperador de las Españas, Alonso VII, «enardecía los corazones como el vibrante y agudo clamor de una trompeta,» y cuya semejanza con el antiguo castellano aparece al momento que por primera vez se oye pronunciado con el melancólico acento de aquellos hijos de las nieblas, es el idioma nativo con que se expre-
los astures; y la graciosa montera, derri-
das las puntas sobre el lado izquierdo, la
de chaqueta terciada sobre el mismo hom-

bro, el corto y apretado calzón hasta la rodilla, y el nudoso garrote en la mano, en los hombres, y el vistoso pañuelo sobre la cabeza, el dengue cruzado sobre el ancho seno, las medias azules y las sayas cortas, verdes ó amarillas, en las mujeres, constituyen los tradicionales y pintorescos trajes de aquellos sencillos aldeanos.

Las *romerías* celebradas alrededor de algún histórico santuario situado en lo alto de alguna colina sobre las riberas del mar, ó en el fondo de algún sombrío bosque de copudos *carbayos*, son las fiestas habituales de estas comarcas. Allí, á los fulgentes resplandores de alguna colosal *foguera* alimentada por carros enteros de secas *argomas*, unidos hombres y mujeres por las manos, y con los palos levantados en alto á guisa de lanzas, se entregan, formando ancha rueda, á los acompasados movimientos de la *danza prima*, antigua *danza guerrera* de los primitivos astures, cuyo misterioso origen se remonta á las edades homéricas, acompañada de cantos tristes y cadenciosos, sólo interrumpidos por el feroz *¡ijujú!* lanzado de cuando en cuando á los aires en son de reto, como salvaje grito de guerra, y no pocas veces terminados al son de tremendos garrotazos entre los contrarios y rivales habitantes dos comarcas convecinas.

La siembra y cultivo del *maíz*, planta favorita de los asturianos, que les suministra la dorada *borona* con que reemplazan el pan; la cría del ganado vacuno, providencia de aquellas montañas; la fabricación de la *sidra* en los gigantescos *llagares* de madera, son las labores ordinarias de aquellas gentes, que las alternan con la elaboración de la manteca y del queso, en las montañas en que los substanciosos y aromáticos pastos dan á la leche las apetecidas condiciones.

El carro de macizas y claveteadas ruedas, cuyos apretados ejes rechinan con estridente y desapacible chirrido; el *horreo* levantado sobre cuatro pilares y revestido de las amarillas ristras de panojas, son los objetos más característicos de su agricultura, que tienen la explicación de su particularidad, el primero en la angostura y declive de los senderos, y el segundo en la humedad del suelo y en la abundancia de roedores.

Diseminados por los montes los caseríos de las aldeas, sólo conocen sus habitantes como lugar de reunión la iglesia, en cuyos pórticos aprenden la doctrina y las letras los traviesos rapaces, y leen con grave voz los alcaldes los bandos de la autoridad, y bajo cuyas bóvedas asiste el pueblo á la celebración del Santo Sacrificio con edificante devoción y recogimien-

to. Las distancias que algunos tienen que recorrer para cumplir este precepto son grandes y de tránsito peligroso en algunas épocas y regiones. Morales recuerda en su *Viaje Santo* su visita á la iglesia de Santa Eulalia de Abamia: «El día que yo allí estuve, dice, era domingo, y parecía que estaba allí el Real del Rey Don Pelayo, pues había más de doscientas lanzas hincadas al derredor de la iglesia, de los que venían á misa. Y dan razón del traerlas, que como vienen por aquellas breñas, pueden encontrar un oso, de que hay hartos, y quieren tener con qué defenderse.»

Mayores peligros y dificultades suelen ofrecerles las nieves que, cayendo copiosamente en aquellas montañas, sepultan sus pueblos y caminos bajo el blanco sudario de sus copos. A desembarazar las degolladas ó pasos de los puertos acuden á centenares los *espaladores*, labrando entre los blancos paredones hondo camino, por donde transitan con sus caballerías, comunicándose sólo los habitantes de las aldeas encaramadas en los montes por agujeros y túneles abiertos en la nieve. Los remolinos formados por la ventisca, y los aludes y las avalanchas que se desprenden desde la cima de los montes, hace peligrosísimo el tránsito por aquellos parajes, en los que sólo en d serenos y despejados se aventuran los gui

sondeando antes de moverse el terreno con largas *pértigas* ó palos para asegurarse de su firmeza.

Estos trabajos y faenas hacen del asturiano un hombre duro, sobrio y fuerte, cuyo natural melancólico resalta más en su rostro, de tez blanca, dorada por el sol, adornado por los ojos azules y por los cabellos rubios ó castaños, comunes á las razas del Norte, y dan á las asturianas, que alternan con los hombres en los trabajos campestres, hilan el lino y trepan por las montañas á las fuentes, con la graciosa *ferrada* cubierta de sus brillantes aros de hierro sobre la cabeza, la salud y la robustez que atestiguan su fecundidad, y los largos años de vida que por lo común alcanzan.

Tales son los comunes caracteres de los tipos, costumbres y usos asturianos tomados en conjunto, pues mal pueden equipararse en un todo los habitantes cercanos á las ciudades de la costa con los que viven perdidos en lo más áspero y salvaje de las montañas del interior, y regiones hay en que, como dice un diligente investigador de nuestras bellezas (1), «á medida que se interna hacia el Sur, hácese más quebrado y montuoso el suelo, más escasos y ·seros los lugares, más incultos sus morado-

(1) Cuadrado, *Recuerdos y bellezas de España.*

res, y al llegar el viajero, cruzando el concejo de Ibias, á los encumbrados puertos que divididos por hondos valles trazan los confines de las tres provincias de Galicia, Asturias y León, asómbrase de verse en el seno de un país completamente salvaje. Grupos de pajizas cabañas, figuras pálidas y vellosas con informes harapos por vestidos, con inarticulados gritos por lenguaje, parecidos casi á los osos de sus breñas; tropas de niños y mujeres huyendo con espanto al desacostumbrado ruido de las pisadas de un caballo, ó saliendo á su encuentro con estúpida curiosidad; pobrísimos hogares donde son objeto de lujo casi desconocido el pan, el vino y el aceite, pueblan solamente aquel territorio, por otra parte pintoresco, pero agreste é infeliz sobre todos los fronterizos.»

A estas salvajes montañas, y cuando derretidas las nieves que las sepultan descubren sus verdes y menudas gramas las ondulantes praderas que las tapizan, es á donde conducen sus ganados las tribus casi nómadas de *vaqueros* que habitan las solitarias *brañas* en lo alto de los escarpados montes del interior y de la costa.

Raza *maldita*, cuyo desconocido génesis atribuyen unos á los primitivos aborígenes asturianos, otros á los siervos moros que se re-

belaron contra Aurelio, y los más á los fugitivos restos de los moriscos derrotados en las Alpujarras, sin que falten algunos que, con mayor fundamento á nuestro modo de ver, pretendan encontrarlo en los esclavos orientales que para el laboreo de las minas transportaron los romanos á estas regiones, ofrece el singular espectáculo de una sociedad dentro de otra sociedad, de un pueblo viviendo en el seno de otro pueblo, sin confundirse ni mezclarse, separados por la infranqueable valla de añejas costumbres y arraigadísimas preocupaciones.

Gente montaraz y arisca, exclusivamente entregados al pastoreo, viven vida común con sus ganados y familias en el estrecho recinto de sus chozas de piedra, donde soportan las inclemencias del invierno, y que abandonan solitarias cuando llega la época de sus periódicas emigraciones. Organizados entonces en grandes caravanas, dejan las costas y las montañas del interior para dirigirse á los altos puertos de las cordilleras, á través de casi impracticables senderos, llevando consigo todo su ajuar sobre los lomos del ganado vacuno, y suspendiendo sus más frágiles menesteres, sus animales domésticos y hasta sus tiernos niños de pecho entre las astas de los bueyes, á cuyo prudente y seguro paso los confían en las penosas jornadas del camino.

Llegados á los puertos ni siquiera establecen su aduar, viviendo vida primitiva en aquellos pintorescos lugares, alimentándose de la leche de sus ganados y durmiendo á cielo raso bajo la espléndida bóveda del cielo.

El origen maldito que se les atribuye, su vida de soledad y apartamiento, el apego á su rústica profesión y á sus salvajes costumbres, los encumbrados lugares que de antiguo habitan, y más que todo el influjo de la tradición, perpetuada por las generaciones, hacen de estos *vaqueros* una especie de *parias*, objeto de aversión y de menosprecio para los labradores asturianos, cuyo desvío pagan ellos con la más absoluta indiferencia. Ni los unos consienten sus alianzas, ni los otros las buscan ni las desean, manteniéndose siempre á distancia en todas las relaciones de la vida. Aún hay iglesias que conservan la inmensa viga atravesada en la nave, como insuperable barrera entre labradores y *vaqueros*, y aún hay mercados en los que el precio de la res se deposita sobre una piedra, de donde lo recoge el *vaquero*, cuyo temido contacto parece recordar el de los antiguos leprosos de la Edad Media.

Y, sin embargo, es menester confesar, como decía Jovellanos (1), «que si hay un pueblo

(1) Carta sobre el origen y costumbres de los *vaqueros de alzada* en Asturias.

bre sobre la tierra lo es éste sin disputa, no porque no esté sujeto como los demás á las leyes generales del país, sino porque su pobreza lo exime de las civiles y su inocencia de las criminales; los reglamentos económicos no tienen jurisdicción sobre él, porque sólo cultiva para existir y sólo trafica en los mercados libres... la aspereza de sus poblaciones aleja de él los molestos instrumentos de la justicia, y su rudeza natural los sorteos y los enganchadores para la guerra.»

III.

País tan áspero y montañoso y regiones tan salvajes y agrestes no pueden menos de ofrecer á los cazadores que, despreciando el regalo y comodidades de las expediciones cortesanas codicien las grandes emociones de las verdaderas monterías, largo premio y rica recompensa á sus duras penalidades y trabajos.

Consisten éstos, sobre todo, en lo quebrado y pendiente de los cazaderos, que obligan al cazador á descender y á subir trabajosamente las peñas y montañas que en corto vuelo atravesó la pintada perdiz, y en lo tupido y espinoso de los matorrales y bosques en que se guarece el azulado faisán ó la picuda chocha; pero compénsanse estos trabajos con la mucha

espera de la caza, que busca más su salvación en las defensas del terreno que en la rapidez y fuerza de sus alas, lo que unido al gran andar y muchos vientos de los enjutos perros asturianos, produce al fin riquísima cosecha de triunfos venatorios.

Coloca el cazador sus *atalayas* en los más altos puntos del cazadero, y colgando un sonoro cascabel al collar de su perro de caza, le deja galopar á su sabor por campos y por mieses, atento más que á nada al sonido del vibrante metal, cuyos ecos le indican el punto del monte que registra, y cuyo silencio le advierte que el perro está *de muestra*. Dirígese allá despacio el cazador, si no es que el perro, más amaestrado, retrocede á buscarle, indicándole con sus saltos que descubrió la caza apetecida, y preparada la escopeta, anímale á *romper la muestra*, diciéndole con voz breve el imperioso: *Entra*. Lánzase el perro sobre la banda de perdices, que no siempre consigue levantar, y mientras el cazador hace lucida *carambola*, los *atalayas* cuentan el número de las perdices que quedaron y siguen con vista atenta su vuelo, marcando el punto en que, doblando, se abatieron: acude allá entonces el cazador, y registrando bien la *quebrada*, dei ba una tras otra todas las restantes, suce vamente *paradas* y *cobradas* por su perro, (

jando sólo tres de cada banda que descubre.

En cuanto á la caza de *robecos*, verifícase aún con mayores trabajos y peligros, abandonando el cazador la bota y la polaina para calzar su pie con la flexible y apretada albarca, que con mayor dificultad resbala sobre la lisa superficie de las encumbradas rocas, á donde, dejando atrás los bosques y praderas, tiene que trepar el cazador si ha de sorprender á las astutas reses en sus sabrosos pastos y solitarios abrevaderos.

Erguido sobre la más alta peña, destácase con apuesto continente el macho, jefe de la manada, tendiendo atentos el olfato, la vista y el oído á los cuatro puntos del horizonte, mientras el resto del rebaño busca entre las grietas de las rocas y á la orilla de los ventisqueros la aljofarada yerba y el menudo césped de las alturas, y pronto el galopar sonoro de todos ellos por sobre las aristas de las peñas indica que el viento descubrió con las emanaciones de su cuerpo ó con el sonido de sus pisadas la presencia del cazador artero.

El eco sordo de una detonación rasga los aires, y en breve el vigilante centinela que entre todos descollaba por su gentileza y gallardía, disminuye la velocidad de su marcha, hace esfuerzos por salvar un barranco que delante de sus pies se abre, y rueda por fin en él

con estrépito, dejando matizadas de sangre las desnudas piedras.

Y por lo que hace á la montería del tardo y corpulento Oso, rey de los montes asturianos, requiere, por lo general, mayor aparato y ostentación que la que en los demás casos se usa..

Señalada la presencia del oso en el seno de alguno de los intrincados montes que frecuenta, ya por el destrozo de las mieses cercanas; ya por las huellas de sus garras impresas en el tronco del haya gigantesca, á que trepó para alcanzar su fruto, ó en el hueco y colosal tronco del roble, desgarrado para extraer la miel de la colmena que en su interior labraron las abejas silvestres; ya por el estrago de los ganados, cuyas robustas fuerzas paraliza el tremendo animal sujetándolos por las astas y por los lomos, organízase en breve la correría, que dura, por lo general, largas horas.

Colócase el cazador de antemano, ya en la cumbre de un elevado peñasco suspendido sobre el abismo; ya á las márgenes de un caudaloso torrente, sentado en alguna redonda piedra pulimentada por las aguas; ya en el medio de alguna escondida senda perdida en lo interior de los bosques: pasos todos forzados de un monte á otro, y por cuyo centro tiene que atravesar el oso apenas acosado abandone el re[illegible] de su *cubil* ante el estrépito de los ojeado[illegible]

Comienzan éstos la batida, moviendo gran algazara y ruido por todo el monte, batiendo las malezas con sus fuertes y nudosos palos, disparando cohetes á lo largo de las cañadas, atronando los valles con su estentóreo griterío. Los perros, ensangrentándose con las zarzas y abrojos, laten con voz sonora y solemne, como si conociesen la importancia de la fiera que cazan, y las alimañas asustadas vagan temerosas por la espesura, mientras las inquietas ardillas saltan de rama en rama por las altas copas de los árboles.

Nada de esto percibe el cazador que, solitario *espera;* apoyados los cañones de su carabina sobre el caído tronco de algún árbol, ó sobre la cresta de la roca en que se guarece. Sólo el ruido del viento que zumba en las alturas, ó el estruendo del río que se despeña, ó el murmullo que forman las hojas al caer hiere sus oídos, atentos al más leve rumor de la montaña.

Pero crece de pronto la vocería: un *¡ahí va!* prolongado y potente retumba en las fragosidades de la sierra; menudean los tiros y disparos de *voladores;* arrecian los perros su ladrar; y si el eco de estos estrépitos no llega repercutido de valle en valle á los oídos del cazador, no tarda éste en sentir el chasquido de la maleza que se rompe, el fragor de las piedras

que se desprenden y ruedan por la pendiente de la montaña, el áspero ronquido de una respiración fatigosa, y con el corazón palpitante y el rostro sereno, apoya el dedo en el gatillo de la carabina, fija la vista en el negro boquete de piedras y follaje que se abre á sus pies, y... espera.

¡Ahí está!... imponente, majestuoso, magnífico, erizadas sobre la cabeza las lustrosas cerdas, brillantes los hundidos ojos, mostrando al descubierto su ancho y velludo pecho y sus fornidas garras. Asómbrase más que irrítase al descubrir al cazador que lo contempla, y sólo cuando éste se echa con seguridad y rapidez la escopeta á la cara lanza fieros rugidos, alzándose sobre sus nervudos y disformes pies para abalanzarse sobre el hijo de San Huberto.

Pero el disparo suena, y apenas el oso sacude sus ensangrentadas melenas con furia, cuando una segunda detonación ensordece el espacio, y el oso, herido en el corazón por las certeras balas, se desploma y rueda por la pendiente, llevando entre sus garras tierras y malezas, tronchando los retoños de las hayas y arrastrando tras sí una avalancha de piedras que, envolviéndole, le acompañan hast^ el fondo del río.

Pronto los ojeadores acuden por verec

atajos, y en breve, sobre rústicas andas, desciende en hombros de robustos paisanos á la aldea del valle el glorioso trofeo de la destreza del cazador, espanto y gala poco há de las selvas.

Cuando la noche tiende su manto sobre los cielos, el oso, suspendido de un árbol é iluminado por los vivos resplandores de una hoguera, sirve de centro á la alegre danza de los labradores que victorean al cazador héroe de tanta hazaña.

Si tan variados lances y tan halagüeñas emociones ofrece el arte de la caza en los bosques de estas montañas, no menores ni menos gratas ofrece el arte de la pesca en los caudalosos ríos que las bañan, vistiéndolas al paso de amenidad y de frescura.

Nacen los ríos asturianos en lo más alto y fragoso de las cordilleras, ya tomando sus aguas del misterioso fondo de algún lago perdido entre sus cumbres, ya del brillante y cristalino manantial que brota de la musgosa peña en la cima del bosque, ya de las nieves que blanquean los encumbrados picos de las montañas, y derrumbándose en fragorosos torrentes bajan saltando por estrechas gargantas y desfiladeros llamados *foces,* encallejonados entre altísimas y paralelas rocas coronadas de arbustos hasta dar en la vega, en cuyo fondo,

matizado por el verdor de las praderas y maizales, y sombreado por tilos, plátanos y fresnos, serpean en caprichosos giros, formando aquí remansos sobre profundos y transparentes pozos, rompiéndose más allá en espumosos *rabiones* contra los redondeados cantos de su lecho, encerrando después entre sus brazos estrechas y prolongadas islas cubiertas de sauces y tamarindos, hasta que llegando á la marina se tienden por las juncosas riberas y arenales, formando anchurosos lagos que, acrecidos con las aguas del Océano en las grandes mareas, se desbordan y extienden sobre los campos, inundan las praderas y asemejan un mar tranquilo, de cuyo seno surge allá una colina, acullá un bosque, más allá un molino ó una cabaña, y sobre cuyas superficies, cuajadas de brillantes insectos y pececillos, se ciernen y se abaten las blancas gaviotas de la mar, mientras el ánade describe círculos en los aires, y el martín-pescador, con el iris sobre las alas, roza silbando la superficie de las ondas, pronto á calar tras el plateado *moil* al transparente seno de sus cristales.

Tal variedad de aspectos en tan accidentada carrera ofrece variedad infinita también de ocasiones al arte de la pesca, que ya persi
la salmonada trucha con la *garrafa* y el *t*
mallo en las angosturas de los ríos, ya aco

encierra al *moil* y á la *llobina* con *trainas* y redes en las desembocaduras de las costas, no lejos de donde aparejan sus lanchas y *boniteras* los pescadores de sardina, y los que, más audaces, se lanzan á los azares y peligros de alta mar en persecución de los atunes; alcanzando esta variedad también á la pesca más especial y característica del país, que es la variada pesca del salmón, el monarca fluvial de los espumosos ríos asturianos.

Remontan con la *red de palos* sus furiosas corrientes en los *rabiones*, donde el río se quiebra contra la fortaleza de las peñas, los más expertos enemigos de esta presa, mientras sus compañeros apedrean las aguas desde las márgenes para obligarla á que penetre en las redes; y escudriñan más tarde unos y otros con la acerada *fisga*, armada de tres arpones afilados, las tranquilas aguas de los remansos, donde el salmón, confundido con las arenas, reposa.

Pero la verdadera pesca del salmón verifícase en los profundos pozos que se abren en el mismo cauce de los ríos. Cercada su boca con anchos y resistentes *paradejos*, arrójase al agua un buzo, sin más aparato que la robustez de ...s pulmones, y dirigiéndose al salmón que en ...s hondos senos habita, trata de enlazarlo con ...l corredizo nudo de un cordel de azote; si lo

consigue, remóntase ligero á la barca, llevando en su mano el otro extremo del cordel, y en breve empieza una azarosa y violenta lucha, en la que, vencida la resistencia del salmón por el acertado *tira y afloja* de los pescadores, sucumbe al fin sin fuerzas, saliendo á la superficie de las aguas sofocado y rendido. Si se escapa al contacto del cordel, pronto otro de los corpulentos hijos de Asturias *chapuza* diligente á su vez, y lanzándose á través de las aguas como disparada saeta, pasa su mano por encima del lomo del salmón, apretándole con entrambas por las agallas. Sacude el salmón sus recios coletazos, agitando el agua del pozo, y el pescador, abrazándole contra su pecho, hiere con el talón el cauce del río para elevarse rápido á la superficie, donde le espera la barca, en cuyo fondo arroja su magnífica presa, que salta y se debate con las últimas congojas de la agonía.

También es curioso cómo se verifica la abundante pesca de anguilas en estos ríos en las épocas de las grandes avenidas. Levantan los pescadores una choza en el centro de alguna isla de las que encierra entre sus brazos el río, y con los mismos *regodones* que forman su lecho elevan grandes *cañales* en forma de embudos, que abrazando por una parte todo el ancho de la corriente, vienen á rematar en la

opuesta en grandes cestos de mimbres. Las aguas, acrecidas con las lluvias ó con el deshielo de las nieves de las montañas, aumentan en caudal y velocidad de tal suerte que, arrolladas las anguilas, se precipitan á millares siguiendo las paredes de la *cañal*, en el cesto que las remata. No sin que alguna vez suceda que, creciendo mucho las aguas, destruyan las paredes de los *cañales*, invadan la isla en que se hallan los pescadores y véanse éstos resignados á perecer sin posible socorro, pues ni la fuerza de la corriente consiente barcas, ni la distancia que de las orillas los separa permite arrojarles cuerdas ó tablas de salvamento. Escena triste cuyo horror es imposible describir, pues al llanto de las acongojadas familias, acorridas al siniestro rumor de la catástrofe, únese la solemne confesión de sus pecados, hecha en voz alta por aquellos infelices, coronada por la suprema bendición del sacerdote, que cae sobre sus cabezas próximas á sumergirse bajo las aguas.

Auxiliares del hombre en estas expediciones y correrías, tanto para vadear con seguridad los torrenciales ríos como para trepar con firmeza por los escarpados senderos de las montañas, son los famosos caballos *asturcones*, tan celebrados por los romanos, y cuyos servicios, más útiles que brillantes, sólo pueden apre-

ciarse recorriendo estas regiones montuosas.

Críanse estos caballos en estado casi salvaje, sueltos en manadas por los puertos, sobre todo en el renombrado de *Sueve*, á donde suben á cazarlos acosándolos entre las peñas sus presuntos dueños para conducirlos al mercado. Su corta alzada, finos remos é inteligente cabeza, apenas hacen sospechar la dureza y sobriedad de sus cuerpos, y la valentía y agilidad con que trepan por las verticales pendientes de aquellos montes á la orilla de barrancos y precipicios; y no menos ayudan á los montañeses, así para la guarda de sus ganados como para las duras fatigas de la caza, los enormes mastines de sus cabañas y los vistosos y mosqueados perros de sus antiguas razas cazadoras.

IV.

Cuadro verdaderamente encantador es el que, como vemos, presenta este país privilegiado; pero aféalo en parte ya ese enemigo de la inocencia, de la sencillez y de las bellezas silvestres, engalanado por nuestro orgullo con el mentido nombre de *civilización*.

La larga carretera labrada en la falda de las montañas de los puertos á fuerza de hie-- y oro, hasta el punto de preguntar Carlos *si estaba empedrada de plata*, abrió una nuev

más cómoda comunicación á las ideas y costumbres del resto de España que la que hasta entonces tenían con las vecinas provincias de Galicia y de Santander por el camino que, aunque bautizado con el pomposo nombre de *Real* en nuestras *Cartas topográficas*, obligó á exclamar á un viajero francés (1) «que no se podía dar idea de los peligros de este camino, colgado en partes sobre el mar, á menudo en medio de altas montañas y gargantas estrechas ó entre espesos y sombríos bosques, teniendo que atravesar treinta y seis ríos, y de éstos sólo seis sobre puentes, nueve en barcas y el resto á caballo.» Pero hoy ya la negra locomotora atruena con los prolongados silbidos de las válvulas de sus calderas los ecos de los valles, anunciando que la *civilización*, con todo su cortejo de miserias, crímenes y deformidades, ha hecho irrupción en las comarcas asturianas.

Así lo atestiguáis tristemente vosotros, hermosos valles de Mieres y Langreo, con vuestros altos hornos encendidos y con la sorda trepidación de las máquinas de vuestros talleres. El negro carbón, arrancado del seno de vuestros montes por la insaciable codicia de los extranjeros, cubre de espesa nube de negro polvo las verdes hojas de los árboles y los claros

(1) Alexandre de Laborde, *V. á E.*

manantiales de vuestras fuentes. Montañas de sucia escoria interrumpen el curso de vuestros ríos, de cuyas turbias aguas huye ya la moteada trucha, y el plateado salmón, y la ondulante lamprea; el hacha del minero tala incesante vuestros poblados bosques, para sostener, con sus desnudos troncos, que antes se alzaban gallardos á las nubes, las subterráneas galerías de vuestras minas; vuestros honrados moradores, joviales, sanos, limpios y robustos, parecen hoy espectros ó demonios cuando, tiznados los rostros y las manos, con el hacha ó el pico en la cintura y la agonizante linterna en la montera, salen, como fieras de sus guaridas, de las entrañas de la tierra para consumir el precio de su salud y de su trabajo en el innoble seno de algún *chigre*, donde la blasfemia, entrándose por los oídos, toma carta de naturaleza en los labios, y donde, perdidos el cariño y respeto á toda creencia, á toda tradición y á toda autoridad, que constituían su peculiar fisonomía, se convierten en estúpidos soñadores de las concupiscencias socialistas, esclavos del primer charlatán que los explote, y déspotas y verdugos de su familia y de su alma.

Celebren en buen hora los entusiastas radores de los *intereses materiales* la riqueza neral de este suelo, cuyos ríos arrastran

nas de oro, cuyas cuencas están preñadas de carbón y cuyas peñas ocultan ricos filones de cobre, de cinabrio, de hierro, de cobalto, de blenda y calamina. Nosotros, amantes de lo *bello* y de lo *bueno* antes que de lo *útil*, preferiríamos que Asturias permaneciese siempre en su primitivo aspecto de país patriarcal, y que su pueblo, feudal por tradición y naturaleza, conservase sus piadosas creencias y sus antiguas costumbres en el seno de sus alegres aldeas, entregado á la ganadería y á la agricultura, á la caza y la pesca, viviendo bajo la autoridad paterna del venerable párroco que le asiste, remedia y consuela en sus necesidades y dolores, y á la sombra de los muros de su iglesia, que como madre cariñosa le llama con la sonora voz de sus campanas para que levante la vista al cielo, que le señala con la cruz que se eleva sobre sus torres.

Sí, tenemos ese mal gusto, y lo confesamos sin rebozo; nos placen más los pintados mármoles de nuestras montañas que los negros pedruscos de carbón de nuestras minas; preferimos el blanco crespón de nuestras blanquecinas nieblas al fúnebre penacho que corona las chimeneas de nuestras fábricas; encontramos más bellas las cavernas cuajadas de estalactitas de nuestras costas que los pozos obscuros de nuestras explotaciones industriales;

nos satisface más el honrado aspecto de nuestros fornidos labradores que el demacrado rostro y la mirada torva de nuestros infelices mineros; y cuando, cruzando por las ásperas veredas de nuestras sierras, descubrimos las arruinadas murallas de un monasterio, recordamos la piedad, la instrucción, la defensa, el socorro que nuestros mayores hallaban entre sus muros, é involuntariamente se nos vienen á la imaginación nuestras fábricas, donde nuestros hermanos encuentran todos los males y miserias que corroen, en una sociedad que ha renegado de su Dios, el corazón del proletario.

¡Y, sin embargo, aquéllos se llamaban *siervos;* éstos son *soberanos,* gozan de *derechos ilegislables* y disponen del *sufragio universal!*

Pero ya que así lo quiere la Providencia, que pródiga con estas montañas no sólo abrió en ellas las grutas y cavernas que fueron templos de la independencia patria en los antiguos días, sino que escondió previsora, con la poderosa mano de los cataclismos prehistóricos, bosques enteros bajo los montes y las rocas que los sepultan, para que, cuando corriendo los tiempos y sucediéndose las generaciones, la industria que hace prósperas las nacionalidades, y la guerra que las mantiene libres, necesitase[n] substancia que les da vida, la encontrase[n en] estos montes, verdadero santuario de la l[i-]

tad española; esperemos siquiera que, arrollando esas teorías funestas y esas prácticas aborrecibles, merced á las cuales España, desconociendo estas riquezas, hace tributaria su industria y ¡hasta su marina de guerra! del carbón extranjero, constituyendo así á Inglaterra en árbitra de su porvenir industrial y hasta de su libertad política, proteja por todos los medios la explotación de estas cuencas carboníferas, que compiten en calidad y abundancia con las inglesas, que están próximas á la mar, que atraviesan dos líneas férreas y que sólo piden un arancel que las ampare, una marina que las ayude y un puerto que dé salida á sus productos para que España halle en ellas, y por lo tanto dentro de sí, el pan de su industria, la sangre de sus ferrocarriles y el viento que conduzca sus escuadras á la victoria.

Dejemos, pues, seguir el inevitable curso del *progreso*, que sin duda para grandes fines empuja con su mano la Providencia, y mientras los estadistas lo fomentan y los sacerdotes lo purifican, retirémonos nosotros á llorar al fondo de alguna ignorada gruta, como las antiguas divinidades moradoras de los bosques, la profanación de la naturaleza.

V.

Hemos terminado nuestra tarea esbozando el mal trazado bosquejo de los agrestes campos asturianos, cuyas soberbias magnificencias más son para vistas y sentidas que para descritas.

Desconócenlas en parte aun los mismos habitantes de las ciudades asturianas, por la gran dificultad y aspereza de los senderos, que tienen en Asturias vez y lugar de caminos, y que ya trepan por entre riscos y malezas, como se labran en la desnuda pared de los *escobios*, como se internan en la salvaje espesura de los montes; y sólo las disfruta y aprecia el cazador aventurero, sorprendiéndolas en toda la deslumbradora desnudez de sus virginales atractivos.

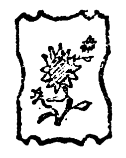
Así las conocimos nosotros en esas horas desacostumbradas del crepúsculo en que, sentados en las cumbres de las laderas, nos sorprendió la aurora escuchando el matutino cantar de la perdiz y el penetrante grito con que el gallo de monte saluda desde las copas de las hayas la venida del día; así las contemplamos cuando, al volver de la enriscada espera, nos deteníamos en la tajada cumbre para mirar los rojos celajes de las nubes, las ne

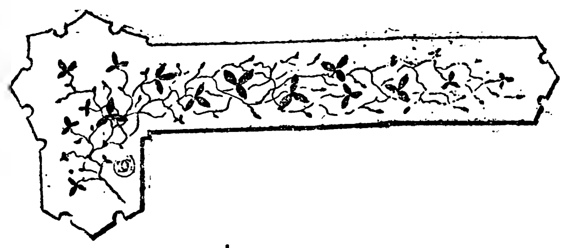
proyecciones de las sombras en las montañas y los espléndidos destellos de las nieves de las alturas, heridas por los últimos rayos del sol, que lenta y majestuosamente se sepultaba entre los mares; así las divisamos también en la callada noche, cuando, escondidos entre los juncos que bordan las orillas de los lagos, esperábamos que se abatiesen con estruendo sobre sus aguas, iluminadas por la luna, las bandas de aves acuáticas que, lanzando sus salvajes graznidos al aire, se cernían en revueltos y caprichosos giros sobre nuestras cabezas. ¡Goces supremos, desconocidos para los habitantes de las poblaciones, con que generosamente les brinda el paisaje asturiano!

Lo aseguramos sin vacilar. El hombre de fibra que, prefiriendo á las enervantes comodidades de las ciudades los encantos sublimes de la naturaleza, cabalgue sobre un infatigable corcel asturiano, y suspendiendo del arzón de la silla la corta y reforzada carabina, precedido de un enjuto y resistente perro de raza asturiana y acompañado de un guía acostumbrado á las asperezas de estos montes, se entregue al inenarrable placer de recorrerlos, ya para admirar los sorprendentes espectáculos de sus accidentados paisajes, ya para estudiar sus históricas y artísticas ruínas, ya para recoger de labios del noble pueblo que los habita las

tradiciones, leyendas y cantares en que consignó sus creencias, sus sentimientos y costumbres, ya para rendir, en desigual y valerosa lucha, al poderoso rey de aquellas breñas, hallará seguramente incomodidades y privaciones en sus jornadas, tal vez encontrará peligros, habituales compañeros de semejantes excursiones; pero no turbarán su gozo ni el miserable aspecto del ratero, ni la faz criminal del *secuestrador*, ni el cobarde rostro del asesino. En los rientes cuadros de la naturaleza contemplará el benéfico influjo de la religión, que dotó de honradez y laboriosidad á sus moradores; en el torreado alcázar del noble como en la miserable choza del pastor, en la remota *braña* del vaquero como en el caserío del labrador acomodado, encontrará franca, generosa hospitalidad, que nunca se niega en esta tierra hidalga y devota de la Madre de Dios, al que, peregrino, la solicita desde los umbrales del hogar con la salutación tradicional en estas montañas del *Ave María*, y al apearse, de vuelta de su expedición encantadora, rendirá ardiente tributo de gracias al Señor, que tan hermoso ha hecho el primitivo solar de la monarquía española, y dará solemne testimonio de que, al trazar estas mal perjeñadas líneas, guió nuestra pluma tanto desinteresado amor á la verdad como el am

al suelo asturiano, que es, para los que en él hallamos nuestra cuna y veneramos en él los huesos de nuestros padres, ya que no la patria toda entera, como el corazón de nuestra patria.

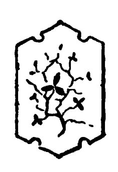




ÍNDICE.

Páginas.

ARTÍCULOS LITERARIOS.



Este libro se acabó de imprimir
en Madrid, en casa de
Manuel Tello, el día
9 *de Diciembre*
del año de
1887.


LIBROS